





J. GARCIA CATALA
N. ORDEN 11
PRECIO PTAS. 5.

L. Robique, Hernandez

ANT
XIX
174

Malaga 19-2-42

EL FUEGO



OBRAS DE GABRIEL D' ANNUNZIO
que se hallan de venta en esta Casa Editorial

Las novelas de la Rosa

<i>El Placer</i>	2 tomos
<i>El Triunfo de la Muerte</i>	2 >
<i>El Inocente</i>	1 >

Las novelas del Lirio

<i>Las Virgenes de las Rocas ...</i>	1 >
--	-----

Las novelas de la Granada

<i>El Fuego</i>	2 >
---------------------------	-----

R. 67.188

LAS NOVELAS DE LA GRANADA

El Fuego

POR

GABRIEL D' ANNUNZIO

...fa come natura face in foco
Dante

TRADUCCION

de

TOMÁS ORTS-RAMOS

[Red ink scribbles and signature]



TOMO PRIMERO



BARCELONA

Casa Editorial Maucci.--Consejo de Ciento, 296

BUENOS AYRES

Maucci Hermanos
Cuyo, 1070

MÉXICO

Maucci Hermanos
1.ª del Relox, 1

1900



*Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.*

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA

AL TIEMPO

Y

A LA ESPERANZA

Sin la esperanza, es imposible encontrar lo inesperado.

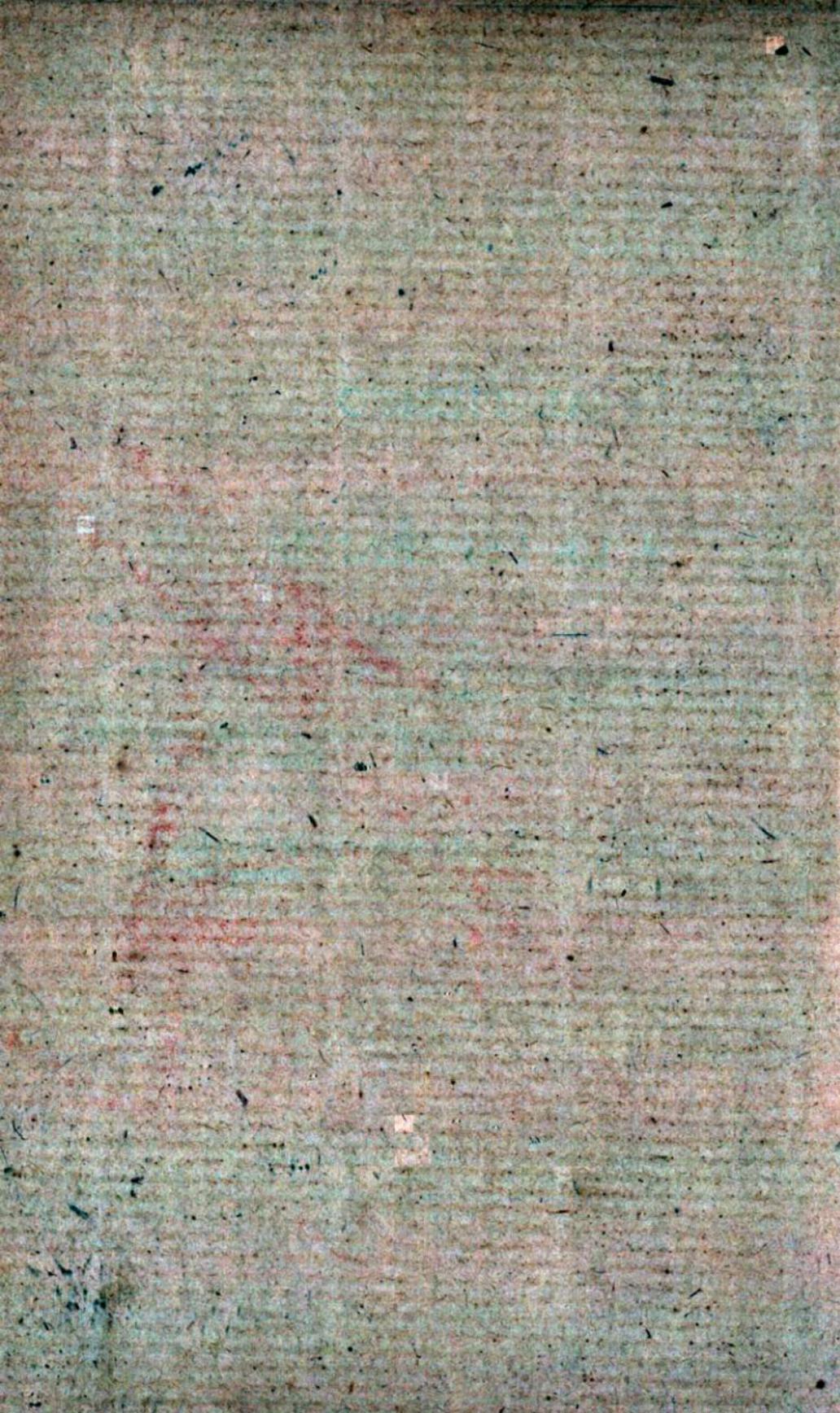
Heraclito de Efeso.

Aquél que cante á Dios un canto de esperanza, verá realizado su deseo.

Esquilo de Eleusi.

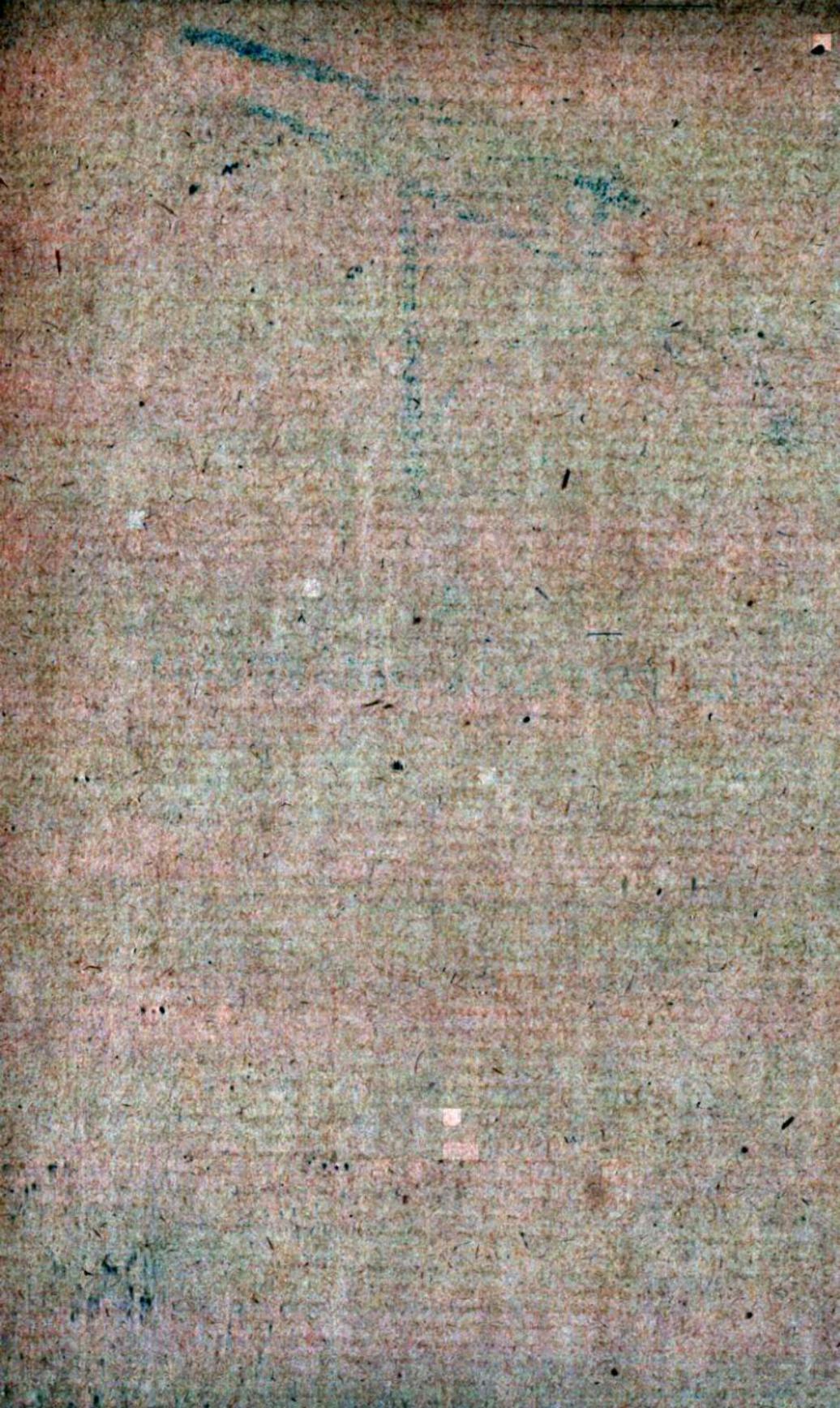
El tiempo es padre de prodigios.

Hariri de Basra.



I
LA EPIFANÍA DEL FUEGO

1977





—¿Stelio no os palpita el corazón por primera vez?—preguntó la Foscarina con una sonrisa tenue, tocando la mano del amigo taciturno que se hallaba sentado junto á ella.—Os veo un poco pálido y pensativo. ¡Hé aquí una hermosa noche de triunfo para un poeta!

Una mirada reunió en sus expertos ojos, la belleza difundida divinamente por el último crepúsculo de Septiembre; lo mismo que en aquel animado cielo obscuro, las guirnaldas de luces que hacía brotar en el agua el remo de cerca, ciñeron los ángeles escabrosos que resplandecían de lejos, sobre los campanarios de San Marcos y de San Jorge Mayor.

—Como siempre—añadió ella con su voz más dulce—como siempre, todas las cosas os son favorables. ¿En una noche como esta, que alma podría permanecer cerrada á los sueños que os plazca sugerir con las palabras? ¿No sentís que ya la multitud está dispuesta á recibir vuestras revelaciones?

De este modo acariciaba al amigo delicadamente, lo envolvía en una continua lisonja, lo exaltaba en una continua alabanza.

—No era posible imaginar una fiesta más magnífica y más insólita, para sacar de la torre de marfil á un poeta desdeñoso, tal como sois vos. A vos tan solo estaba reservada esta alegría, de poder comunicar por primera vez con la multitud en un lugar soberano como es la Sala del Mayor Consejo, del estrado desde donde en un tiempo, el Dux hablaba á la asamblea de patricios, teniendo por fondo el *Paraiso* de Tintoretto y sobre la cabeza la *Gloria* del Verones.

Stelio Effrena la miró en las pupilas.

—¿Queréis embriagarme?—dijo con una súbita hilaridad.—Esta es la copa que se ofrece al que vá hacia el último suplicio. Pues bien, si, amiga mía os confieso que me palpita un poco el corazón.

El estrépito de una aclamación surgió del embarcadero de San Gregorio, se extendió por el Canal Grande, repercutiendo en los discos preciosos de pórfido y jaspé, que enriquecen la casa de los Dario, inclinada como una cortesana decrepita bajo la pompa de sus joyas.

Pasaba la góndola real.

—Hé aquí, á aquella de vuestras oyentes á quien la etiqueta os manda exaltar en el exordio—dijo la mujer lisonjera, aludiendo á la Reina.—En uno de vuestros primeros libros, me parece, confesáis el respeto y el gusto que por los ceremoniales sentís. Una de las más extraordinarias fantasías vuestras, es aquella que tiene por motivo una jornada de Carlos II de España.

Como la nave real pasaba cerca de la góndola ambos saludaron. Reconociendo al poeta de *Persephone* y á la grande actriz trágica, la Reina se volvió por un acto espontáneo de curiosidad; blonda y rósea, frescamente iluminada por aquella amplia sonrisa suya, que brotaba inagotable, extendiéndose en los pálidos é intrincados encajes buraneses. A su lado estaba la dueña de Burano, Adriana Duodo, aquella que en la pequeña isla industriosa cultivaba un jardín de hilo donde se renovaban asombrosamente antiguas flores.

—¿No os parece Stelio, que las sonrisas de las dos mujeres son gemelas?—dijo la Foscarina mirando hervir el agua en el surco de la popa fugitiva, donde parecía que se prolongase la reverberación de las dos claridades.

—La condesa tiene una alma ingenua y magnífica, una de las raras almas venecianas que han permanecido con los colores vivos á imagen de las telas antiguas—dijo con gratitud Stelio—Yo siento una profunda devoción por sus manos sensibles. Son manos que tiemblan de placer cuando tocan un bello encaje ó un terciopelo, y titubean con una gracia que es casi una vergüenza por ser tan débiles. Un día, mientras yo la acompañaba por las salas de la Academia, se detuvo delante de la *Matanza de los inocentes* del primer Bonifacio (vos recordáis, ciertamente, el verde de la mujer abatida que el soldado de Herodes esta á punto de matar: ¡es una nota inolvidable!); se detuvo lejos y en su rostro se veía difundido el placer de la sensación llena y perfecta; después me dijo: «Llebadme fuera Effre-

na. Es preciso que yo *deje los ojos* sobre aquellos vestidos y ya no puedo ver otra cosa.» ¡Ah, cara amiga, no sonriais! Era ingenua y sincera hablando así: había dejado en realidad sus ojos sobre aquel fragmento de tela que el arte con un poco de color ha hecho centro de un misterio indefinidamente gozoso. Y en realidad yo conducía á una ciega, completamente penetrado de reverencia por aquella alma privilegiada, en la cual la virtud del color había podido producir, un tal ímpetu, capaz de abolir por algún tiempo todo vestigio de la vida ordinaria, é impedir toda otra comunicación. ¿Cómo llamáis vos á esto? Llenar el cáliz hasta los bordes, me parece. Hé aquí, lo que yo quisiera hacer esta noche si no estuviese desalentado.

Un nuevo clamor, más fuerte y más largo se elevó entre las dos tutelares columnas de granito, mientras la nave real se aproximaba á la Piazzetta populosa. La multitud negra y densa ondulaba, los huecos de los pórticos ducales se llenaban de un confuso rumor semejante al zumbido ilusorio que anima las volutas de las conchas marinas. Después, de repente, ascendía de nuevo por el aire brillante el clamor, se quebraba arriba en la ligera foresta marmórea, superaba las frentes de las altas estatuas, llegaba á los pináculos y á las cruces, se perdía en la lontananza crepuscular. Imperturbable, sobre la agitación inferior, en la nueva pausa, continuaba la armonía de las arquitecturas sacras y profanas, sobre el cual corrían como una melodía ágil las modulaciones jónicas de la Biblioteca, alzábase como un grito místico el vértice de la torre descubierta. Y aquella

música silenciosa de las líneas inmóviles era tan potente que creaba el fantasma casi visible de una vida más bella y más rica, superponiéndolo al espectáculo de la muchedumbre inquieta. Sentía esta la divinidad de la hora, y en su clamor hacia aquella forma nueva de realeza que abordaba la antigua ribera, hacia aquella hermosa reina blonda iluminada por una sonrisa inextinguible, exhalaba quizás la obscura aspiración á transcender la angustia de la vida vulgar, y á recoger los dones, por la eterna poesía esparcidos sobre las piedras y sobre las aguas. El alma ondulosa y fuerte de los padres aclamando á los que volvían triunfantes del Mar, se despertaba confusamente en los hombres, oprimidos por el tédio y el trabajo de largos días mediocres, y recordaba el aura movida por los grandes estandartes de batalla al replegarse, como las alas de la victoria después del vuelo, ó su grito de injuria implacable, á las flotas fugitivas.

—¿Conocéis vos, Perdida—preguntó Stelio de improviso—conocéis vos algún otro lugar del mundo que tenga como Venecia, la virtud de estimular la potencia de la vida humana en ciertas horas, excitando todos los deseos hasta la fiebre? ¿conocéis vos una tentadora más tremenda?

La mujer que él llamaba Perdida, reclinado el rostro como para recogerse, no contestó; pero sintió en todos sus nervios correr aquel estremecimiento indefinible que le producía la voz del joven amigo, cuando se hacía de pronto reveladora de un alma apasionada y vehemente, hacia la cual se sentía atraída por un amor y un terror sin límites.

—¡La paz! ¡El olvido! ¿Encontráis todo eso allá bajo en el fondo de vuestro canal desierto, cuando volvéis exhausta y sofocada por haber respirado el soplo de las plateas, que un gesto vuestro vuelve frénéticas? Yo, por mi, cuando me encuentro sobre este agua muerta, siento que mi vida se multiplica con una rapidez vertiginosa, y en ciertas horas me parece que mis pensamientos se inflamen como por la inminencia del delirio.

—La fuerza y la llama están en vos, Stelio—dijo la mujer casi humildemente, sin levantar los ojos.

Calló él, atento, porque en su espíritu se generaban imágenes y músicas impetuosas como por virtud de una fecundación súbita, y gozaba bajo la ola inesperada de aquella abundancia.

Aún duraba la hora vespertina, que en uno de sus libros él había llamado la hora del Tiziano, porque todas las cosas parecían resplandecer últimamente con una luz propia y rica, como las desnudas criaturas de aquel artífice, y casi iluminar al cielo antes que recibir su luz. Alzábase sobre su propia sombra glauca el templo octógono que Baltasar Longhena extrajo del Sueño de Polifilo, con su cúpula, con sus volutas, con sus estatuas, con sus columnas, con sus balaustres, suntuoso y extraño como un edificio neptúnico construido á semejanza de las tortuosas formas marinas, blanqueando en un color de madreperla sobre el cual difundiéndose la humedad salobre, parecía crear en las cavidades de las piedras, algo fresco, argentino, brillante, que sugería una imagen vaga de abiertas valvas perlíferas sobre las aguas natales.

—Perdida—dijo el poeta que sentía todo su ser recorrido por una especie de felicidad intelectual, viendo propagarse por todas partes su animación, —¿no os parece que seguimos el cortejo del Estío muerto? Yace en la barca fúnebre, vestido de oro como una dogaresa, como una Loredama, ó una Morosina ó una Soranza del siglo reluciente, y el cortejo la conduce hacia la isla de Murano, donde un maestro del fuego, lo encerrara en un féretro de vidrio opalino, á fin de que, sumergido en la laguna, pueda al menos mirar á través de sus párpados diáfanos, los flexibles juegos de las algas, y creerse que alrededor de su cuerpo tiene todavía, la ondulación continua de su cabellera voluptuosa, esperando la hora de resurgir.

Una sonrisa espontánea se extendió por el rostro de la Foscarina desbordando por los ojos que parecían haber visto en verdad la hermosa figura. Estaba en efecto, en aquella improvisada representación—por la imagen y por el ritmo—expresado el verdadero sentimiento difundido en todas las apariencias de en torno. Asi como la leche azulada del ópalo esta llena de fuegos ocultos, asi el agua pálida é igual de la gran dársena contenía un esplendor disimulado que revelaba los choques del remo. De allá, de la otra parte de la selva rígida de los navíos quietos sobre sus áncoras, San Jorge Mayor aparecía en forma de una vasta galera rosada, con la proa alzada á la Fortuna, que le atraía desde lo alto de su esfera de oro. Abriase en medio del canal de la Giudeca como una plácida boca donde los navíos cargados, descendidos por las vías

de los ríos, parecían traer con el montón de troncos cortados y desgarrados el espíritu de los bosques que crecen sobre las lejanas aguas corrientes. Y del Molo, donde sobre el doble prodigio de los pórticos abiertos al aura popular surgía la blanca y rosada muralla que encerraba la suma de las voluntades dominadoras, la Ribera extendía su arco suave hacia los Jardines sombreados, hacia las Islas fértiles, como para conducir al reposo de las formas naturales, el pensamiento excitado por los arduos símbolos del Arte. Y casi, como para favorecer la evocación del Otoño, pasaba una fila de barcas colmadas de frutas, semejantes á grandes canastas nadando, esparciendo el olor de los huertos insulares sobre las aguas, donde se reflejaba el follaje perpetuo de las cúspides y de los capiteles.

—¿Conocéis Perdida,—continuó diciendo Stelio, mirando con manifiesto placer los racimos dorados y los higos violáceos acumulados de popa á proa, no sin harmonía;—conocéis una particularidad muy graciosa de la crónica de los dux? La Dogaresa, para los gastos de sus vestimentas solemnes gozaba algunos privilegios sobre el impuesto de las frutas. ¿No os alegra esta noticia, Perdida? Los frutos de las islas la vestían de oro y la ceñían de perlas. Pomona, dando las mercedes á Aracne: hé aquí una alegoría que el Verones hubiese podido pintar en la bóveda del Vestiario. Yo gozo cuando me figuro á la señora erguida sobre los altísimos zócalos brillantes, si pienso que lleva algo agreste y fresco entre los graves pliegues del paño: el beneficio de los frutos. ¡Qué sabor adquiere su opulencia! Pues

bien, amiga mía, imaginad que estas uvas y estos higos del nuevo otoño, dan el precio de las telas de oro, con las cuales está envuelto el estío muerto.

—¡Qué deliciosas fantasías, Stelio!—dijo la Foscarina, encontrando su juventud para sonreír, atónita como una niña á quien se muestra un libro con estampas.—¿Quién fué el que os llamó un día Imaginífico? (1)

—¡Ah, las imágenes!—exclamó el poeta completamente invadido por el calor fecundo.—En Venecia, así como no se puede sentir sino por modos musicales, no se puede pensar sino por imágenes. Vienen á nosotros innumerables y diversas de todas partes, más reales y más vivas que las personas que nos tocan con el codo en la calle angosta. Podemos inclinarnos á escrutar la profundidad de sus pupilas y adivinar las palabras que nos dirán por la sinuosidad de sus labios elocuentes. Unas son tiránicas, como amantes imperiosas, y nos tienen por largo tiempo bajo el yugo de su poder. Otras se presentan ocultas por un velo como las vírgenes, ó estrechamente fajadas como los niños, y tan sólo aquel que sabe desgarrar el envoltorio puede elevarlas á la vida perfecta. Esta mañana, al despertar, el alma mía estaba ya repletísima, y semejaba á un hermoso árbol cargado de crisálidas.

Se detuvo y rió.

—Si esta noche se abren todas,—añadió;—estoy salvado. Si permanecen cerradas, estoy perdido.

(1) El que hace imágenes.—En español tenemos el adjetivo imaginario, pero no lo empleo para evitar la confusión que su acepción corriente pudiese originar.—N. del T.

—¿Perdido?—dijo la Foscarina mirándole á la cara con ojos tan llenos de confianza, que él le quedó inmensamente agradecido.—Vos no podéis perderos, Stelio. Vos estáis seguro siempre; lleváis vuestra suerte en vuestras manos. Pienso que vuestra madre no debe haber jamás temido por vos, ni aún en los peores pasos. ¿Es verdad? Tan sólo el orgullo, hace palpar vuestro corazón...

—¡Ah, querida amiga, cuánto os amo, y cuán agradecido os estoy por eso!—confesó Stelio cándidamente, tomándole la mano.—Vos no hacéis más que alimentar mi orgullo y darme la ilusión de haber ya conseguido las virtudes á que de continuo aspiro. Me parece á veces que tenéis el poder de conferir no sé qué cualidad divina á las cosas que nacen de mi alma, y hacerlas aparecer lejanas y adorables á mis mismos ojos. Reproducis á veces en mí, el estupor religioso de aquel estatuario que, habiendo transportado por la noche al templo las imágenes de los númenes aún calientes de su trabajo, y casi diré atenidos aún á su pulgar plástico, á la mañana siguiente las vió elevadas sobre los pedestales y envueltas en una nube de aromas, y respirando divinidad por todos los poros de la materia sorda, con la cual él los formara con sus manos percederas. Vos, cara amiga, no penetráis en mi alma sino á realizar parecidas exaltaciones. Por eso, todas las veces que la buena suerte me concede estar junto á vos, me parecéis necesaria á mi vida; y, sin embargo, en las demasiado largas separaciones, puedo yo vivir y podéis vivir vos, sabiendo ambos que esplendores podrían nacer de la

conjunción perfecta de nuestras dos vidas. De modo que, cuando sé lo que vos me dáis y lo mucho más que podríais darme, os considero perdida para mí, y en el nombre con que me gusta llamaros, quiero expresar que no lo ignoro, y mi infinita aflicción...

Interrumpióse, sintiendo vibrar la mano que aún tenía en la suya.

—Cuando os llamo Perdida,—añadió en voz más baja, después de la pausa,—me parece que vos debéis ver mi deseo avanzar con un hierro mortal clavado en el pecho anhelante. Si os llegare á tocar, sentiríais que el hielo ya se ha apoderado de la extremidad de sus dedos rapaces.

Ella sufría una pena manifiesta, oyendo aquellas hermosas y perfectas palabras que fluían de los labios del amigo con una espontaneidad que las hacía sinceras. Experimentaba una vez más una inquietud y un temor que ella misma no sabía definir. Le parecía perder el sentimiento de su propia vida y ser elevada á una especie de vida ficticia, intensa y alucinadora, donde la respiración se le hacía difícil. Atraída á aquella atmósfera, ardiente como la proximidad de una fragua, se sentía capaz de todas las transfiguraciones que el animador quisiese operar en ella, para saciar su continua necesidad de belleza y de poesía. Sentía que su propia imagen en el espíritu poético, no era de diversa naturaleza á la del difunto estío, encerrado en el féretro opalino, sino tan igual y evidente, que le parecía tangible. Y la asaltaba casi un deseo imperioso y pueril de mirarse en los ojos de él como en un espejo para ver reflejado su semblante real.

Lo que más grave hacía su pena era reconocer una vaga analogía entre aquel sentimiento agitado y la ansiedad que se apoderaba de ella en el acto de penetrar en la ficción escénica para encarnar una sublime creación del Arte. ¿No la obligaba él acaso á vivir en aquella misma zona de vida superior, y para que allí pudiese parecer olvidada de su persona cotidiana, no la cubría de espléndidas sombras?

Pero mientras á ella no le era dado persistir en un tal grado de intensidad sino por un esfuerzo, veía al otro mantenerse allí fácilmente como en su natural manera de ser, y, sin fin, gozar de un mundo portentoso que renovaba con un acto de continua creación.

El había conseguido realizar en sí mismo el íntimo connubio del arte con la vida, y encontrar así en el fondo de su substancia, un manantial perenne de armonía. Había conseguido perpetuar en su espíritu, sin intervalos, la condición misteriosa, de la cual nace la obra de belleza, y transformar, así, de pronto, en especies ideales, todas las figuras pasajeras de su existencia voluble. Había indicado precisamente esta conquista suya al poner en boca de uno de sus personajes las palabras: «Yo asistía en mí mismo á la continua génesis de una vida superior, en la cual todas las apariencias se transfiguran como por la virtud de un espejo mágico.» Dotado de una extraordinaria facultad verbal salía airoso al traducir instantáneamente en su lenguaje hasta las más complicadas maneras de su sensibilidad, con una exactitud y con un relieve tan vívido, que

á veces parecían no pertenecerle, apenas expresadas, hechas objetivas por la potencia aisladora del estilo. Su voz límpida y penetrante, que parecía diseñar con un contorno neto la figura musical de cada palabra, daba mayor realce á esta singular cualidad de su decir. Hasta el punto que en cuantos le oían por primera vez se generaba un sentimiento ambiguo, mixto de admiración y antipatía, pues manifestábase á sí mismo en formas tan violentamente definidas, que parecían resultar de una voluntad constante de establecer entre él y los extraños una diferencia profunda é inaccesible. Pero como su sensibilidad igualaba á su intelecto, á cuantos á su lado estaban y lo querían, les era fácil recibir á través del cristal de su palabra, el valor de su alma apasionada y vehemente. Sabían éstos que infinitas eran sus potencias para sentir y soñar, y de que combustión surgían las imágenes bellas, en las cuales solía convertir la substancia de su vida interior.

Bien lo sabía aquella que él llamaba Perdida: y como la criatura pía espera del Señor la ayuda sobrenatural para operar su salvación, ella parecía esperar que él, al fin, la pusiese en el estado de gracia necesario para elevarse y permanecer en tal fuego, hacia el cual era impulsada por un loco deseo de arder y consumirse, desesperada por haber perdido hasta el último vestigio de su juventud, y miedosa de encontrarse sola en un desierto de cenizas.

—Ahora sois vos, Stelio,—dijo ella con su tenue sonrisa ocultadora, liberando despacio su mano de

la del amigo,—sois vos quien quiere embriagarme.

—Mirad,—exclamó para romper el encanto, señalando una lenta barca cargada que venía de frente,—mirad vuestras granadas.

Pero su voz estaba turbada.

Vieron entonces pasar en el sueño vespertino, sobre el agua delicadamente verde y argentina como las hojas nuevas del sauce fluvial, la barca colmada de los frutos emblemáticos que daban imagen de cosas ricas guardadas en estuches de cuero encarnado, llevando en lo alto la corona del rey que los diera, cerrados unos: y otros semiabiertos mostrando las internas gemas aglomeradas.

La mujer recordó en voz muy baja las palabras que Ade dirige á Persefone, en el drama sacro, mientras la hija de Demeter prueba la granada fatal:

«Quando tu coglierai il colchico in fiore su 'l molle
prato terrestre, presso la madre dal cerulo peplo,
—e come un di saranno con te le Oceanidí belle
teco su 'l molle prato—verrá ne' tuoi occhi immortall
un improviso tedio il tedio verrá de la luce:
ti tremerá nel cuore, Persefone, l' anima grande,
memore del suo sogno profondo, ó Persefone, priva,
dei suo profondo regno. Allora la madre dal peplo
cerulo lacrimare vedrai taciturna in disparte.
E le dirai:—O madre, mi chiama nel regno profondo
Ade; mi chiama lungi dal giorno à regnare su l' Ombra
Ade; mi chiama so'a al seco insaziabile amore
Ade...»

—¡Ah, Perdida, como sabéis difundir la sombra en vuestra voz!—exclamó el poeta notando que una noche harmoniosa obscurecía las sílabas de sus ver-

—¡Cómo sabéis haceros nocturna, ante las tinieblas! ¿Os acordáis de la escena en que Persefone está á punto de sumergirse en el Erebo, mientras el coro de las Oceanidas gimen? Su rostro se parece al vuestro cuando se obscurece. Rígida en su pepló teñido de azafrán, echa hacia atrás la cabeza coronada y parece que la noche fluya de su carne exangüe, y se condense bajo el mentón, en la cavidad de los ojos, alrededor de las narices, transfigurándola en una tenebrosa máscara trágica. Es vuestra máscara, Perdida. Vuestro recuerdo me ayudó á evocar la persona divina, mientras componía mi Misterio. Aquel lacito de terciopelo azafranado que vos llevábais casi siempre en torno al cuello, me indicó el color conveniente al pepló de Persefone. Y una noche en vuestra casa, despidiéndome en el umbral de una estancia donde no estaban aún encendidas las lámparas (una noche agitada del pasado otoño, si recordáis), conseguisteis con sólo vuestro gesto iluminar en el fondo de mi alma la creación que allí yacía imprecisa aún; y después ignorante de haber promovido aquella súbita natividad, desaparecisteis en la última obscuridad de vuestro Erebo. ¡Ah! yo estaba cierto de oir vuestros sollozos, y no obstante corría en mí un torrente irrefrenable de alegría. ¿Nunca os he contado esto, verdad? Debía haber consagrado mi obra á vos, como á una Lucina ideal.

Ella sufría bajo la mirada del animador; sufría por aquella máscara que él le admiraba sobre el rostro, y por aquella alegría que sentía renacer de

continuo en el fondo de él, como una fuente perenne. Sufrió por toda ella; por lo mudable de sus líneas; por la extraña cualidad mímica que poseían los músculos de su semblante; y por aquel arte involuntario que regulaba la significación de sus gestos; y por aquella sombra expresiva que tantas veces en la escena, en un minuto de silencio anhelante, ella había sabido difundir por su semblante, como un sorprendente velo de dolor; y por aquella sombra que ahora llenaba los surcos abiertos por el tiempo en su carne ya no joven. Sufrió cruelmente por aquella mano que adoraba, por aquella mano tan delicada y tan noble, que no obstante con un regalo ó con una caricia podía hacerle tanto daño.

—¿No creéis vos, Perdida,—dijo después de una pausa Stelio, abandonándose al curso lúcido y tortuoso de su pensamiento que, como las sinuosidades del río forman, circundan y nutren las islas en el valle, dejaba en su espíritu oscuros espacios aislados donde él sabía perfectamente que en la hora oportuna había de encontrar ótra nueva riqueza,—no creéis vos, Perdida, en el beneficio oculto de los signos? No hablo de ciencia astral, ni de signos del horóscopo. Entiendo que á semejanza de aquellos que creen compartir la virtud de una estrella, nosotros podemos crear una correspondencia ideal entre nuestras almas y cualquier cosa terrena, de modo que poco á poco, impregnándose de nuestra esencia y magnificándose en nuestra ilusión parezca casi representativa de nuestra ignota fatalidad y adquiera casi una figura de miste-

rio apareciendo en ciertas coyunturas de nuestra vida. Hé aquí el secreto, Perdida, para devolver una parte de la frescura primordial á nuestra alma un poco seca. Sé por experiencia el efecto benéfico que llega á nosotros comunicando intensamente con una cosa terrena. Es necesario que nuestra alma sea de vez en vez semejante á la amadriada para sentir circular en sí la fresca energía del árbol con el cual vive. Ya habéis comprendido que al hablar así, aludo á las palabras proferidas por vos al paso de aquella barca. Habéis expresado con obscura brevedad estos pensamientos cuando habéis dicho: «¡Mirad *vuestras* granadas!» Para vos y para los que me aman, las granadas no podrán ser sino *mias*. Para vos y para ellos la idea de mi persona está ligada indudablemente á la fruta que yo he elegido por emblema y que he sobrecargado de significaciones ideales, más numerosas que sus granos. Si yo hubiera vivido en el tiempo en que los hombres desenterrando los mármoles griegos encontraban en la tierra las aun húmedas raíces de las antiguas fábulas, ningún pintor hubiese podido representarme en la tela sin ponerme en la mano la granada. Desunir de este símbolo mi persona hubiera parecido al artífice ingenuo cortar una parte viva de mí, porque en su imaginación pagana, el fruto pareceríale ligado al brazo humano como á su rama natural, y en suma no hubiera tenido de mí ser una idea diversa de la que pudiera tener de Jacinto, ó de Narciso ó de Cipriano, los cuales á veces deberían aparecerle en figura de plantas y con semblantes de jóvenes. Pero también existe en

este tiempo algún espíritu vivo y poético que comprende todo el sentido y gusta todo el sabor de mi invención. ¿Vos misma, Perdida, no os complacéis en cultivar en vuestro jardín un hermoso granado para verme florecer y fructificar todos los veranos? Una carta vuestra, realmente alada como una mensajera divina, me describía la ceremonia graciosa con que adornasteis de brocateles el arbusto «effrenico» en el mismo día en que os mandé el primer ejemplar de *Persephone*. Hé ahí, pues, que para vos y para aquellos que me aman he renovado verdaderamente un antiguo mito transfundiéndome de una manera ideal y significativa en una forma de la Naturaleza eterna; así que cuando habré muerto (¡y la Naturaleza me conceda manifestarme entero en mi obra, antes de que muera!) mis discípulos me honrarán bajo la especie del granado, y en la agudeza de las hojas y en el color de llama de la flor y en la genmosa pulpa del fruto coronado, querrán reconocer algunas cualidades de mi arte; y sus inteligencias, por aquellas hojas, por aquellas flores y por aquellos frutos, como por advertencias póstumas del maestro, serán guiadas en las obras, á la agudeza, á la llama y á la opulencia unidas. Descubris ahora cual es el verdadero beneficio. Yo mismo por afinidad he sido llamado á desenvolverme, según el genio magnífico de la planta con que me gusta significar mis aspiraciones, hacia una vida rica y creciente. Me parece que esa efigie mía vegetal, me valga para asegurarme que mis fuerzas se desarrollan siempre según la naturaleza, para conseguir naturalmente el efecto á que están

destinadas. «Así me dispone la Naturaleza» fué el epigrafe leonardesco que yo puse en el frontispicio de mi primer libro. Pues bien, el granado floreciendo y fructificando me repite de continuo aquella sencilla frase. Y nosotros no obedecemos más que á las leyes escritas en nuestra substancia; y por eso permanecemos íntegros en medio de tantas disoluciones, en una unidad y en una plenitud que son nuestra alegría. No hay desacuerdo entre mi arte y mi vida.

Hablaba con abandono, fluidamente, como si viese el espíritu de la mujer atenta hacerse cóncavo como un cáliz para recibir aquella onda, y quisiese llenarlo hasta los bordes. Una felicidad intelectual cada vez más clara difundíase en él, unida á una vaga conciencia de la acción misteriosa por la cual su mente se preparaba al próximo esfuerzo. A veces, como en un relampagueo, mientras se inclinaba hacia la amiga y oía al remo medir el silencio ascendente del inmenso estuario, vislumbraba la imagen de la multitud, de rostros innumerables, apiñada en el aula profunda, y un temblor rápido le agitaba el corazón.

—Es muy singular, Perdida,—continuó diciendo mirando las lejanas aguas pálidas donde á causa de la baja mar comenzaba á negrear el cieno,—con qué facilidad el acaso ayuda á nuestra fantasía dando un carácter de misterio al concurso de ciertas apariencias respecto á un fin imaginado por nosotros. Yo no comprendo por qué hoy los poetas desdeñen la vulgaridad de la época presente, y sientan haber nacido demasiado tarde ó demasiado

pronto. Yo pienso que todo hombre de intelecto pueda hoy, como siempre, en la vida crear su propia fábula hermosa. Es preciso mirar en el torbellino confuso de la vida con aquel mismo espíritu fantástico con que los discípulos del Vinci por los consejos de su maestro debían mirar en las manchas de los muros, en las cenizas del fuego, en las nubes, en los fangos, y en otros semejantes sitios para hallar invenciones admirabilísimas y cosas infinitas. Del mismo modo, añadía Leonardo, encontraréis en el sonido de las campanas todos los nombres y vocablos que os placera imaginar. Aquel maestro sabía bien que el acaso,—como ya lo demostró la esponja de Apeles—es siempre amigo del artífice ingenioso. Para mí, por ejemplo, son constantes causas de admiración la facilidad y la benevolencia con que el acaso secunda el desenvolvimiento armonioso de mis invenciones. ¿No creéis vos que el negro Ade haya hecho comer á la esposa los siete granos para darme el argumento de una obra maestra?

Le interrumpió una de aquellas risas juveniles suyas, que revelaban con tanta claridad la alegría nativa persistente en el fondo de él.

—Mirad, Perdida,—añadió riendo,—mirad si digo la verdad. En uno de los primeros días de Octubre, el año pasado, fui invitado por doña Adriana Duodo á Burano. Pasamos la mañana en el jardín de hilo; por la tarde fuimos á visitar á Torcello. Como en aquellos días yo había ya comenzado á vivir en el mito de Persefone y la obra se iba formando en mí secretamente, me parecía navegar sobre las

aguas estigias, traspasar al país de *allá*. No había tenido jamás tan puro y tan dulce el sentimiento de la muerte, y aquel pensamiento me daba tal ligereza que hubiese podido caminar sin dejar huella sobre la pradera de gamon. El aire era húmedo, ceniciento y suave; los canales serpenteaban por entre los bancos cubiertos de hierbas descoloridas. (Vos conocéis á Torcello consol, tal vez.); Pero alguien entre tanto hablaba, disfrutaba, declamaba, en la barca de Caronte! El sonido de la alabanza me despertó. Aludiéndome Francisco de Lizo se lamentaba de que un artista-príncipe, tan magníficamente sensual—estas eran sus palabras—se viese obligado á vivir apartado, lejano de la multitud, obtuso y hostil, y á celebrar las fiestas «de los sonidos de los colores y de la forma» en el palacio de su sueño solitario. Se abandonaba á un movimiento lírico recordando las vidas espléndidas y festejadas de los artistas venecianos, el sentimiento popular que los elevaba como un torbellino á la cima de la gloria, la belleza, la fuerza y la alegría que ellos multiplicaban en derredor suyo, reflejándolas en imágenes innumerables por las bóvedas cóncavas y en las altas paredes. Entonces doña Adriana dijo: «Pues bien, yo prometo solemnemente que Stelio Effrena tendrá en Venecia su fiesta triunfal.» Había hablado la Dogaresa. En aquel momento ví en la ribera vercosa un granado, cargado de fruta, romper, como una aparición alucinante la infinita palidez. Doña Orsetta Contarini que estaba sentada á mi lado, lanzó un grito de júbilo y extendió ambas manos impacientes como su garganta. No hay nada que

me plazca más que la expresión pura y fuerte del deseo. » ¡Yo adoro las granadas!», exclamó demostrando tener ya en la lengua el sabor acidulado y delicioso. ¡Y aparecía tan infantil como su nombre arcaico! Yo me conmoví, pero Andrea Contarini parecía desaprobarme gravemente la vivacidad de la mujer. El es un Ade que no tiene fe, parece, en la virtud mnemónica de los siete granos, aplicado al enlace legítimo. Se habían conmovido hasta los barqueros y atracaban, tanto que yo pude saltar sobre la hierba y despojar al árbol consanguíneo. Era precisamente el caso de repetir con boca pagana las palabras de la Última Cena: «Tomad y comed, este es mi cuerpo que por vosotros he dado; haced esto en conmemoración mía.» ¿Qué os parece, Perdida?» No creáis que invento. Soy verídico.

Ella se dejaba seducir por aquel juego libre y elegantísimo en el cual parecía experimentar la agilidad de su espíritu y la facilidad de su facundia. Había en él algo de ondulante, de voluble y de poderoso, que le sugería la imagen dúplice y diversa de la llama y del agua.

—Ahora—continuó él—doña Adriana ha mantenido su promesa. Guiada por ese gusto de la magnificencia antigua, que se conserva en ella tan amplio, ha preparado una fiesta verdaderamente duxal, en el palacio de los Dux, á imitación de aquellas que se celebraban hacia el fin del Quinientos. Ha pensado en resucitar del olvido la *Ariadna* de Benedetto Marcellò, y hacerla suspirar en el lugar mismo donde el Tintoretto ha pintado á la *Minoide* en actitud de recibir de Afrodita la corona de es-

trellas. ¿No reconocéis en la belleza de este pensamiento á la mujer que dejó sus caros ojos en la inefable tela verde? Añadid que esta representación musical en la sala del gran consejo tiene un precedente antiguo. En la misma sala, el año 1753 fué recitada una composición mitológica de Cornelio Frangipani, con música de Claudio Merulo en honor del cristianísimo Enrique III. Confesad, Perdida que mi erudición os deslumbra. ¡Ah, si supieseis cuánta he acumulado sobre el particular! Os leeré mi discurso el día que mereceréis algún grave castigo.

—¿Pero no lo pronunciaréis esta noche en la fiesta?—preguntó la Foscarina sorprendida é inquieta, temiendo que hubiese resuelto frustrar la pública expectativa con su despreocupación reconocida en lo que á sus deberes se refería.

Comprendió él la inquietud de la amiga y quiso secundarla.

—Esta noche—respondió con tranquila certidumbre—iré á tomar el sorbete en vuestro jardín, y á complacerme con la vista del granado lleno de joyas, reluciente bajo el firmamento.

—¡Oh Stelio! ¿Qué pensáis hacer?—exclamó ella irguiéndose.

Había en la palabra y en la actitud un tan vivo pesar y al mismo tiempo una tan extraña evocación de la multitud espectante, que él se sintió turbado, porque la imagen del monstruo formidable de innumerables rostros humanos le reapareció entre el oro y la púrpura obscura del aula inmensa, y presintió sobre su persona la mirada fija y el há-

lito borrascoso, y midió de repente el peligro que había pensado afrontar confiando en la sola inspiración momentánea, y experimentó el horror de la súbita obscuridad mental, del repentino vértigo.

—No temáis,—dijo.—He querido bromear. Iré *ad bestias*, é iré inerme. ¿No habéis visto antes reaparecer la señal? ¿Creéis que ha reaparecido en vano después del milagro de Torcello? Una vez más ha venido á avisarme que yo no debo asumir otra actitud que aquella á la cual la Naturaleza me dispone. Ahora vos ya sabéis, amiga mía, que yo no sé hablar sino de mí. Es preciso pues que desde el trono de los Dux, yo no hable al auditorio sino de mi alma cara, bajo el velo de cualquier alegoría seductora y con el encanto de cualquier bella cadencia musical. Eso haré yo, *ex tempore* si el espíritu inflamado del Tintoretto me comunica desde su Paraíso, el brío y el ardor. El riesgo me atrae. ¡Pero en qué singular engaño había yo caído Perdida! Cuando la Dogaresa me anunció la fiesta y me invitó á hacerla honor, me puse á componer un discurso de pompa, una verdadera prosa de ceremonia, amplia y solemne como un ropón morado guardado en una vitrina del Museo Correr, sin que faltase una profunda genuflexión á la Reina en el exordio, sin que faltase una frondosa guirnalda para la cabeza de la serenísima Adriana Duodo. Y por algunos días me complací curiosamente conviviendo con el espíritu de un patricio véneto del siglo XVI, adornado de todas letras como el cardenal Bembo, académico de los Uranici ó de los Adorni, concurrente asídúo de los huertos muraneses y de

las colinas despejadas. Ciertamente yo notaba una correspondencia entre el giro de mis periodos y las macizas molduras de oro que circundan las pinturas en el techo del aula conciliar. Pero, ¡ay de mí cuando ayer por la mañana llegué á Venecia, y al pasar por el Canal Grande bañé mi fatiga en la sombra húmeda y transparente donde el mármol exhalaba aún su espiritualidad nocturna, comprendí que mis papeles valían bastante menos que las algas muertas traídas por el flujo, y me parecieron extraños á mi persona, tanto, como los triunfos de Celio Magno, y las Fábulas marítimas de Anton Maria Consalvi, en ellos citados y comentados. ¿Qué hacer entonces?

Exploró en torno con la mirada, el cielo y el agua, como para descubrir una presencia invisible, para reconocer algún fantasma aparecido. Un resplandor amarillento difundíase hacia los lidos solitarios que se diseñaban entre sutilísimas líneas como las venas opacas en las ágatas; detrás, hacia la Salute, en el cielo estaban esparcidos ligeros vapores rosados y violáceos, semejando á un mar glauco poblado de medusas. De los Jardines próximos descendían los efluvios de la fronda saciada de luz y de calor, tan densos, que parecían casi nadando como aceites aromáticos sobre el agua bronceada.

—¿Notáis el otoño Perdida?—preguntó á la amiga, absorta, con una voz despertadora.

Ella volvió á tener la visión del Estío difunto, encerrado en el féretro de cristal opalino y sumergido en el fondo de la laguna algosa.

—Lo tengo sobre mí,—contestó con una sonrisa de melancolía.

—¿No lo visteis ayer, cuando descendió sobre la ciudad? ¿Dónde estabais ayer, á la puesta del sol?

—En un huerto de la Giudeca.

—Yo aquí, en la Ribera. ¿No os parece que cuando los ojos humanos han recibido un semejante espectáculo de belleza y de alegría, los párpados deberían bajarse para siempre y permanecer sellados? Quisiera hablar esta noche de esas íntimas cosas, Perdida. Quisiera celebrar en mí las bodas de Venecia y del Otoño, con una entonación igual á la que tiene el Tintoretto al pintar las bodas de Arianna y de Baco para la sala del Anticollegio:—azul, púrpura y oro. De improviso ayer se me abrió en mi alma un antiguo germen de poesía. Volviéme á la memoria el fragmento de un poema olvidado que empecé á componer en rima nona aquí, en Venecia, cuando vine la primera vez por mar, hace algunos años, en un Septiembre de la primera juventud. Se titulaba precisamente *La Alegoría del Otoño*, y representaba al dios,—no enguirnaldado de pámpanos, sino coronado de piedras preciosas como un príncipe del Verones, é inflamadas de pasión las venas voluptuosas,—en el acto de emigrar hacia la ciudad anadiomene de los brazos de mármol y los mil cinturones verdes. Entonces la idea no había llegado á aquel grado de intensidad que es necesario para entrar en la vida del arte, y yo renuncié instintivamente al esfuerzo de manifestarla entera. Pero como en el espíritu activo, como

en el terreno fértil, no se pierde ninguna simiente, ésta ahora me resurge en el momento oportuno á pedir con una especie de urgencia su expresión. ¡Qué hados misteriosos y justos gobiernan el mundo mental! Era necesario que yo respetase aquel primer germen para sentirlo hoy extender en mí su virtud multiplicada. El Vinci que fijó su mirada en todas las cosas profundas, ha querido ciertamente significar la verdad con aquella fábula suya del grano de mijo, que dice á la hormiga: «Si me consientes el placer de disfrutar mi deseo de nacer, *yo te daré ciento de mi mismo.*» ¡Mirad el tacto exquisito de aquellos dedos que desmenuzaban el hierro! ¡Ah, siempre es el maestro incomparable! ¿Cómo haré para olvidarlo y entregarme á los venecianos?

Se apagó de repente la ironía alegre que dirigía á sí mismo en las últimas palabras, y pareció replegarse por entero en su pensamiento. Con la cabeza inclinada, experimentando por todo el cuerpo una especie de contracción convulsiva que respondía á la tensión extrema de su espíritu, trataba ahora de descubrir alguna de las secretas analogías que habían de unir las imágenes múltiples y diversas, apareciendo como en los rápidos intervalos de un relampagueo; trataba de determinar alguna de las líneas máximas, entre las cuales había de desenvolverse la nueva figuración. Tanto era su orgasmo que se le veían temblar bajo la piel, los músculos del rostro, y la mujer, mirándolo, experimentaba una pena refleja, no de otro género, que aquella que hubiese experimentado si delante de ella él

hubiese querido tender con un esfuerzo pasmoso el nervio de un arco desmedido. Y ella lo sabía lejísimo, extraño, indiferente á toda otra cosa que no fuese su pensamiento.

—Es ya tarde, se aproxima la hora; es necesario retroceder,—dijo él, estremeciéndose con una agitación repentina, como perseguido por la ansiedad, porque había visto reaparecer el monstruo formidable de innumerables rostros humanos, ocupando el vasto espacio del aula sonora.—Es necesario que vuelva con tiempo al hotel para vestirme.

Y refloreciendo su vanidad juvenil, pensó en los ojos de las mujeres desconocidas, que debían verlo por primera vez aquella noche.

—Al hotel Danieli,—ordenó la Foscarina al gondolero.

Y ella y Stelio, mientras el hierro dentado de la proa giraba sobre el agua con una oscilación que tenía la apariencia de un movimiento animal, experimentaron entrambos una diversa pero aguda angustia en el momento de dejar tras ellos el infinito silencio del estuario, ya en señoría de la sombra y de la muerte, para volver á la ciudad magnífica y tentadora en cuyos canales, como en las venas de una mujer voluptuosa, comenzaba á encenderse la fiebre nocturna.

Callaron por un momento, absortos en el torbellino interior que les dominaba, internándose hasta las raíces de su sér y forzándolas como para descubrirlas. De los Jardines descendían los efluvios y nadaban como aceites sobre el agua, que presentaba aquí y allá, alrededor, en sus pliegues la brillantez

del bronce consumido. Esparcido en el aire notábase casi un fantasma de antiguos fastos, que los ojos percibían del mismo modo que contemplando los palacios oscurecidos por los siglos, habían sentido en la armonía de los mármoles perdurables, la nota borrada del oro. Parecía que en la noche mágica se renovasen el soplo y el reflejo del remoto Oriente que, en las velas cóncavas y en los lados curvos, traía un tiempo la galera, cargada de hermosas presas. Y todas las cosas en torno exaltaban la potencia de la vida en aquel que quería atraer hacia sí el universo para no morir, en aquel que quería echar á la pira su alma colmada para que muriese pura. Y entrambos palpitaban dominados por una ansiedad creciente, escuchando la fuga del tiempo, como si el agua sobre la cual navegasen corriese en una clepsidra espantosa.

Entrambos se estremecieron al oír el estallido imprevisto de la salva que saludaba á la bandera arriada en la popa de una nave anclada frente á los Jardines. Vieron en lo sumo de la noche negra el trapo tricolor descender á lo largo del asta y replegarse, como un sueño heróico que se desvanece. El silencio por algunos momentos pareció más profundo, mientras la góndola, resbalaba en la sombra más oscura, rasando el costado del coloso armado.

—¿Conocéis, vos, Perdida,—preguntó inesperadamente Stelio Effrena,—á esa Donatella Arvale que cantará en la *Arianna*?

Su voz tuvo una sonoridad singular al repercutirse en la coraza, en la sombra más oscura.

—Es la hija del gran escultor, de Lorenzo Arvale,—contestó la Foscarina, después de un instante de duda.—Es una de mis amigas más queridas, y también mi huésped. La encontraréis, pues, en mi casa, después de la fiesta.

—Me habló de ella anoche doña Adriana, con mucho entusiasmo, como de un prodigio. Me dijo que la idea de desenterrar la *Arianna* se le ocurrió precisamente al oír cantar á Donatella Arvale divinamente el aria «*Come mai puoi—Vedermi piangere...*» Tendremos pues una música divina en nuestra casa, Perdida. ¡Ah, qué sed tengo! Allá bajo, en mi soledad, por largos meses no oigo más música que la del mar, demasiado terrible.

Las campanas de San Marcos dieron la señal de la Salutación angélica, y el zumbido poderoso se dilató en largas ondas sobre el espejo de la dársena, vibró en las antenas de los navíos, se propagó lejano hacia la laguna infinita. De San Jorge Mayor, de San Jorge de los Griegos, de San Jorge de los Sclavones, de San Juan en Bragora, de San Moisés, de la Salud, del Redentor y así seguido, por todo el dominio, del Evangelista, de las extremas torres de la Madonna del Huerto, de San Giobbe, de San Andres, las voces de bronce respondieron, se confundieron en un solo máximo coro, extendieron sobre la muda reunión de las piedras y de las aguas una sola máxima cúpula de invisible metal que pareció comunicar en sus vibraciones con el centelleo de las primeras estrellas. Una desmedida grandeza ideal daban las sagradas voces á la Ciudad del Silencio, en la pureza de la noche. Partiendo de los

fastigios de los templos, de las escabrosas celdas abiertas á los vientos marinos, decían á los hombres anhelantes la palabra de la multitud inmortal, que ocultaban al presente las tinieblas de las naves profundas ó agitaban misteriosamente los resplandores de las lámparas votivas; daban á los espíritus fatigados por el día, el mensaje de las criaturas sobrehumanas que anunciaban un prodigio ó prometían un mundo simbolizado, en las paredes de las capillas recónditas y en los retablos de los internos altares. Y todas las apariciones de la belleza consoladora invocadas por la Plegaria unánime, se elevaban en aquel inmenso torbellino de sonido, relucían en aquel coro aéreo, irradiaban la faz de la noche maravillosa.

—¿Podéis aún rezar?—preguntó Stelio en voz baja, mirando los párpados de la mujer, bajos é inmovilizados, las manos entrelazadas sobre las rodillas, toda la persona recogida en un acto interior.

Ella no contestó, y los labios parecían unirse más apretadamente. Y entrambos permanecieron escuchando, sintiendo renacer de nuevo la ansiedad y la pena, como el río que después de interrumpido por la catarata, prosigue su curso veloz. Entrambos tenían una conciencia confusa, y no obstante molesta, desde el extraño intervalo en el cual había surgido, inesperadamente, entre ellos, una nueva imagen había sido proferido un nombre nuevo. El fantasma de la sensación momentánea que habían recibido al entrar en la sombra producida por el costado de la nave de guerra, parecía haber quedado en

ellos, como un obstáculo aislado, como un punto indistinto y todavía persistente en torno al cual existía una especie de vacuidad inexplorable. La ansiedad y la pena los volvían á dominar ahora de improviso, y les impulsaba uno hacia otro, les mezclaba con tanta vehemencia, que no se atrevían á mirarse en las pupilas por temor de descubrirse un anhelo demasiado brutal.

—¿No nos veremos esta noche después de la fiesta?—preguntó la Foscarina, con un temblor en la voz apagada.—¿No estáis libre?

Se apresuraba ahora en retenerlo, en conservarlo prisionero, como si fuese á escapársele, como si esperase poder encontrar algún filtro para ligarlo á sí, por último. Y mientras comprendía que el don de su cuerpo se hacía al presente necesario, todavía con una atroz lividez, á través de la llama que lo cerraba, reconocía la miseria de aquel don por tanto tiempo negado. Y un pudor doloroso, mezcla de temor y orgullo, parecía contraerle los miembros desflorados.

—Soy libre, soy vuestro,—contestó el joven, en voz baja, sin mirarla.—Vos sabéis que nada vale tanto para mí como lo que podéis darme.

También él temblaba en lo íntimo del corazón, al hallarse ante las dos miras hacia las cuales tendía en aquella noche su fuerza como un arco:—la ciudad y la mujer; entrambas tentadoras y profundas, y fatigadas de haber vivido mucho, y cansadas por excesivos amores, y excesivamente por él magnificadas en el sueño, y destinadas á frustrar su esperanza.

Por algunos momentos su alma quedó oprimida por una onda violenta de pesares y de deseos. El orgullo y la embriaguez de su dura y pertinaz labor, su ambición sin freno y sin límites constreñida á un campo muy angosto, la imposibilidad absoluta de aceptar la vida mediocre, su pretensión á los privilegios de los príncipes, el gusto disimulado por los actos en que se veía impulsado hacia la muchedumbre como hacia la presa preferible, el sueño de un arte más grande y más imperioso que fuese á un mismo tiempo en sus manos señal de luz é instrumento de subyugación; todos sus sueños soberbios y purpúreos, todas sus necesidades insaciables de predominio, de gloria y de placer, surgieron tumultuosamente, en confuso, deslumbrándolo, sofocándolo. Y una pesada tristeza lo inclinó hacia el extremo amor de aquella mujer solitaria y nómada, que parecía llevar para él en los pliegues de su vestido, recogido y mudo, el frenesí de las multitudes lejanas, en cuya compacta bestialidad ella había producido el escalofrío fulmineo y divino del arte, con un grito de pasión, ó con un llanto de dolor ó con un silencio de muerte; un turbulento deseo lo plegó hacia aquella mujer sabia y desesperada en la que él creía descubrir los vestigios de todas las voluptuosidades y de todos los espasmos, hacia aquel cuerpo, ya no joven, ablandado por todas las caricias y que permanecía aun desconocido para él.

—¿Una promesa?—añadió él, con la cabeza inclinada, y reprimiéndose para contener su agitación.
—¡Ah, por último!

Ella no contestó; pero fijó en él una mirada inflamada por un ardor casi loco, que él no vió.

Y permanecieron en silencio, mientras el zumbido del bronce pasaba por encima de sus cabezas tan fuerte que creían sentirlo en la raíz de los cabellos como un escalofrío de su propia carne.

—Adios,—dijo ella cerca del embarcadero.—Nos encontraremos al salir del zaguán en el segundo pcozo de la parte del Molo.

—Adios,—dijo él.—Haced que yo os descubra entre la multitud cuando vaya á proferir la primera palabra.

Un clamor confuso ascendió de San Marcos dominando el sonido de las campanas, se propagó por la Piazzetta, se desvaneció hacia la Fortuna.

—¡Toda la luz sobre vuestra frente Stelio!—exclamó la mujer tendiéndole apasionadamente sus manos secas.

Cuando Stelio Effrena; entró en el zaguán por la puerta meridional, al ver la Escalera de los Gigantes invadida por la blanca y negra multitud que hormigueaba á la luz rojiza de los hachones fijados en los candelabros de hierro, se sintió asaltado por un movimiento súbito de repugnancia y se detuvo en el corredor; porque vió surgir agudamente el contraste entre aquella mezquina gente intrusa y los aspectos de las arquitecturas magnificadas por la insólita luz nocturna, en las cuales se manifestaban con tan varia armonía, la fuerza y la belleza de la vida anterior.

—¡Oh miseria!—exclamó volviéndose á los amigos que le acompañaban.—¡En la sala del Gran Consejo, en el estrado del Dux, encontrar alguna metáfora para conmover mil pechos excitados! Retrocedamos, vayamos á sentir el olor de la otra multitud, de la multitud verdadera. La Reina aun no ha salido del Palacio Real. Tenemos tiempo.

—Hasta que no te vea en la tribuna,—dijo riendo

Francisco de Lizo,—no estaré seguro de que hablaras.

—Creo que Stelio preferiría á la tribuna, el tablado: arengar entre las dos columnas sanguíneas al pueblo amotinado que amenazase prender fuego á las Procuracias (1) nuevas y á la Librería vieja, —dijo Pedro Martello queriendo lisonjear en el maestro el gusto de las sediciones y el espíritu faccioso que él mismo afectaba para imitarle.

—Si, ciertamente,—dijo Stelio,—si la arenga sirviese para precipitar ó evitar un acto irreparable. Yo comprendo que la palabra escrita sea adoptada para crear una forma pura de belleza, que el libro aun cerrado contiene y guarda como un tabernáculo, al cual no se llega sino por elección, con aquella misma determinada voluntad que es necesaria para romper un sello; pero me parece que la palabra oral, dirigida de un modo directo á una multitud, no debe tener por objeto mas que la acción, y aun la acción violenta. Con esta sola condición un espíritu un poco altivo, puede, sin menoscabo, comunicar con la muchedumbre por las cualidades sensuales de la voz y del gesto. En todo otro caso su juego es de naturaleza histriónica. Por eso yo me arrepiento amargamente de haber aceptado esta misión de orador de ornamento y distracción. Considere cada uno de vosotros lo que hay de humillante, para mí, en el honor con que se me distingue, y considere la inutilidad de mi próximo esfuerzo. Toda esta gente extraña, arrancada por

(1) Procuratía. Palacio de los procuradores de San Marcos en Venecia.

una noche á sus ocupaciones mediocres ó á sus predilectas recreaciones, viene á escucharme con la misma curiosidad fútil y estúpida con que iría á escuchar á un cualquier «virtuoso.» Para los oyentes, el arte con que haya sido compuesto el lazo de mi corbata será más apreciable que el arte con que coordinaré mis frases. Y en el fondo, el único efecto de mi discurso será probablemente un aplauso con la sordina de los guantes ó un breve murmullo discreto, al cual contestaré con una inclinación galante. ¿No os parece que yo esté para llegar al último término de mi ambición?

—Estás equivocado, —dijo Francisco de Lizo.— Tú debes congratularte contigo porque has conseguido imprimir por algunas horas el ritmo del arte á la vida de una ciudad olvidadiza, y á hacernos entrever con que esplendores podría embellecer nuestra existencia el renovado connubio del Arte con la Vida. El hombre que enalteció el Teatro de Fiesta, si estuviese presente te alabaría por esta armonía que él ha anunciado. Pero lo admirable es que—tú ausente y ajeno—la fiesta parece que haya sido dispuesta según la guía de tu espíritu, según una inspiración tuya, un diseño tuyo. Hé ahí la mejor prueba de la posibilidad de restaurar y difundir el gusto por entre la presente barbarie. Tu influencia es hoy mas profunda de lo que tú crees. La señora que ha querido festejarte—la que tú llamas la Dogaresa—á cada nueva idea que le surgía en la mente, se preguntaba: «¿Le gustará á Stelio Effrena?» ¡Si tú supieses cuantos hoy, entre los jóvenes, se hacen á sí mismos igual pregunta al considerar los aspectos de su vida interior!

—¿Para quién si no para éstos hablarías?—dijo Daniel Glauro, el ferviente y estéril asceta de la Belleza, con aquella su voz espiritual en la que parecía reflejarse el ardor blanco é inextinguible de su alma, que el maestro preferiría como la más fiel. —Si cuando estés en el estrado miras en torno, tú los reconocerás fácilmente por la expresión de sus ojos. Y son numerosísimos; muchos venidos de muy lejos; y esperan con una ansiedad que tú tal vez no puedas comprender. Son todos aquellos que han bebido tu poesía, que han respirado en el éter inflamado de tu sueño, los que han sentido la garra de tu quimera. Son todos aquellos á quienes tú has prometido una vida más bella y más fuerte, todos aquellos á los cuales has anunciado la transfiguración del mundo por el prodigio de un arte nuevo. Son muchos, son muchos á los que tú has seducido con tu esperanza y con tu gloria. Ahora esos han oído decir que tú hablaras en Venecia en el Palacio Real, en uno de los lugares más gloriosos y más espléndidos que existen en la tierra. Podrán, pues, verte y escucharte por primera vez circundado de la magnificencia inestimable, que á ellos parece el cuadro apropiado á tu naturaleza. El antiguo Palacio de los Dux, durante tantas y tantas noches oculto entre tinieblas, ahora de improviso se ilumina y revive. Tú solo, para ellos, has tenido el poder para encender las antorchas. ¿Comprendes pues su ansiedad? ¿Y no te parece que tú debes hablar tan sólo para ellos? La condición que tú exiges, de aquel que habla á muchos, puede ser realizada. Tú puedes imprimir en sus almas un impulso

vehemente que las vuelva y las incline para siempre hacia lo Ideal. ¡Para cuántos de ellos, Stelio, podrá ser inolvidable esta noche veneciana!

Stelio puso su mano sobre las espaldas precozmente encorvadas del doctor místico y repitió sonriendo las palabras del Petrarca:

—*Non ego loquar omnibus, sed tibi, sed mihi it his...*

Veía dentro de sí brillar los ojos de los discípulos desconocidos, y oía con perfecta claridad, en su interior, como una modalidad tónica, el acento de su exordio.

—Todavía,—añadió alegremente volviéndose hacia Piero Martello,—desencadenar una tempestad en este mar, sería cosa mas alegre.

Se hallaban cerca de la pilastra angular del pórtico, en contacto con la multitud unánime y estrepitosa que se condensaba en la Piazzetta, se prolongaba hacia la Zecca, se engolfaba por las Procuracias, cerraba la Torre del Reloj, ocupaba todos los espacios como la onda informe, comunicaba su color vivo al mármol de las columnas y de las paredes, prensadas con violencia en su continuo desbordamiento. De cuando en cuando un clamor mas fuerte se elevaba lejano, en la extremidad de la Plaza, propagándose; y á veces iba creciendo en fuerza hasta que estallaba de cerca como un trueno, y á veces iba disminuyendo hasta que espiraba de cerca como un murmullo. Los arquitecros, las galerías, las agujas, las cúpulas de la Basilica de oro, el ático de la Loggeta, las cornisas de la Biblioteca resplandecían de innumerables luces, y la

pirámide del Campanario, excelsa, brillando con las constelaciones silenciosas en el seno de la noche, evocaba en la muchedumbre, ébria de clamor, la inmensidad del silencio celeste, el navegante de la extrema laguna al cual aparecía aquella luz como un nuevo faro, el ritmo de un remo solitario que promovía en el agua dormida el reflejo de los astros, la paz sagrada que recogían los muros de un convento insular.

—Quisiera hallarme esta noche por primera vez con la mujer que deseo, al otro lado de los Jardines, hacia el Lido, sobre un lecho flotante,—dijo el poeta erótico Paris Eglano, un joven rubio imberbe que tenía una hermosa boca purpúrina y voraz en contraste con la delicadeza casi angélica de sus lineamientos.—Dentro de una hora Venecia ofrecerá á algún amante neroniano oculto en un *felze* (1) el espectáculo dionisiaco de una ciudad que se incendia delirando.

Stelio sonrió al notar hasta que punto sus próximos estaban impregnados de su esencia y cuan profundamente el sello de su estilo había quedado impreso en aquellas inteligencias. La imagen de la Foscarina relampagueó á su deseo, envenenada por el arte, cargada de sabor voluptuoso, con el sabor de la madurez y de la corrupción en la boca elocuente, con la sequedad de la vana fiebre en las manos que habían exprimido el jugo de los frutos engañosos, con los vestigios de cien máscaras sobre el rostro que había simulado el furor de las pasio-

'1' La especie de camareta donde se reguardan los pasajeros en las góndolas venecianas.

nes mortales. Así la fingía él á su deseo, y palpita. ba pensando que en breve la habría visto surgir de la multitud como del elemento al cual se sujetaba, y habría recibido de la mirada de ella la embriaguez necesaria.

—Vamos,—dijo de pronto á los amigos.—Ya es hora.

Un cañonazo anunciaba que la Reina había salido del Palacio. Un largo estremecimiento recorría la viva masa humana, semejante á aquel que en el mar precede á la ráfaga. De la ribera de San Jorge Mayor partió un cohete con un silbido penetrante, se elevó derecho en el aire como un tallo de fuego, echó en lo sumo una detonante rosa de esplendores, después se esclareció, se dispersó en chispas trémulas, y cayó con un crepitis sordo en el agua. Y la aclamación alegre hacia la mujer hermosa coronada—el nombre de la blanca flor estelar y de la perla purísima, repetido en un grito unánime de amor por los ecos del mármol—evocó la pompa de la antigua Promisión, el cortejo triunfal de las Artes acompañando al Palacio á la nueva Dogaresa, la inmensa onda de alegría en la cual Morosina Grimani se trasladaba al trono resplandeciendo en su oro, mientras todas las artes se inclinaban ante ella cargadas de dones como las cornucopias.

—Ciertamente—dijo Francisco de Lizo—la Reina, si ama á tus libros, esta noche lleva al cuello todas sus perlas. Tendrás delante de tí una constelación de piedras preciosas: todas las joyas hereditarias del patriciado veneto.

—Mira, Stelio, al pie de la Escalera—dijo Daniel Clauro—un grupo de fanáticos, que te esperan al paso.

Stelio se detuvo en el pozo indicado por la Foscarina, se inclinó sobre el brocal de bronce sintiendo en sus rodillas los relieves de las pequeñas cariatides, y descubrió en el profundo espejo interno el reflejo rojo de las lejanas estrellas. Por algunos instantes se aisló su alma, se hizo sordo á los ruidos que le circundaban, se recogió en aquel círculo de sombra donde ascendía una tenue frialdad que revelaba la muda presencia del agua; y sintió la fatiga de su tensión, y el deseo de hallarse en otra parte, y la necesidad imprecisa de transcender no obstante aquella embriaguez que las horas nocturnas le prometían, y en la más extrema profundidad de su sér, un alma secreta, que á semejanza de aquel espejo de agua, permanecía inmóvil extraña é intangible.

—¿Qué ves?—le preguntó Piero Martello inclinandose también sobre el brocal, desgastado por las cuerdas de los arcaduces seculares.

—El rostro de la Verdad—contestó el maestro.

En las estancias contiguas á la Sala del Mayor consejo, en un tiempo habitadas por el Dux, ahora por las estatuas paganas adquiridas en los antiguos botines de guerra, Stelio Effrena, esperaba el aviso del ceremoniario para comparecer en el estrado. Sonreía tranquilo á los amigos que le hablaban, pero sus palabras le llegaban al oído como los rumores interrumpidos que trae el viento de lejos entre una y otra pausa. De momento en momento, por un movimiento que se revelaba involuntariamente por el ímpetu desbordante, acercábase á una estatua y la palpaba con la mano convulsa como si quisiese buscar un punto débil para desmenuzarla, ó se inclinaba atentamente sobre una medalla como para leer un signo indescifrable. Pero sus ojos no veían, porque la mirada estaba dirigida hacia dentro, allá donde la potencia multiplicada por la voluntad sugería las formas silenciosas que debían adquirir en la voz fluente la perfección de la música verbal.

Todo su sér se contraía en el esfuerzo de elevar al grado máximo de intensidad la representación del sentimiento singular que lo dominaba. Como él no podía hablar sino de sí y de su mundo, quería al menos recoger en una figura ideal las cualidades más fúlgidas y más especiosas de su arte y significar por imágenes á los espíritus adictos, con que fuerza invencible de deseo había sido lanzado á través de la vida. Una vez más quería demostrar á aquellos, que para obtener la victoria sobre los hombres y sobre las cosas, nada vale tanto como la constancia en la exaltación de sí mismo, y en la magnificación del propio sueño de belleza y de dominación.

Inclinado sobre una medalla del Pisanello, sentía en las sienas ardientes latir con increíble rapidez las pulsaciones de su pensamiento.

—Mira, Stelio—le dijo Daniel Glauro aparte, con aquella pia reverencia que le velaba la voz cuando hablaba de su religión,—mira como influyen en tí las afinidades misteriosas del Arte, y como por un infalible instinto, tu pensamiento, á punto de manifestarse es conducido, entre tantas formas, hacia el ejemplar de la más exacta expresión, hacia la muestra del más elevado estilo. Necesitando acuñar tu idea, te inclinas por similitud sobre una medalla del Pisanello, te encuentras con la señal de aquel que fué uno entre los más grandes estilistas que han aparecido en el mundo: el alma más puramente helénica de todo el Renacimiento. Y hé aquí que tu frente se ha señalado de pronto por una nota de luz.

En el puro bronce se veía la efigie de un joven de bella melena ondulosa, de perfil imperial, de cuello de Apolo, soberano tipo de elegancia y de vigor, tan perfecto que la imaginación no podía representárselo en la vida si no inmune de toda decadencia é inmutable como el artífice lo había encerrado en el círculo de aquel metal para la eternidad.—*Dux equitum praestans Malatesta Novellus Cesenae dominus. Opus Pisani pictoris.*—Y al lado había otra medalla, de mano del mismo creador, que representaba la efigie de una virgen de pecho exiguo, de cuello de cisne, de cabellera recogida hacia atrás á guisa de pesado bolso, de frente alta, fugaz, ya prometida á la aureola de la beatitud, vaso de pureza sellado para siempre, duro, preciso y límpido como el diamante, píxide diamantina donde se guardaba un alma consagrada como la hostia, al sacrificio. *Cicilia Virgo filia Iahannis Francisci primi Marchionis Mantuae.*

—Mira—añadió el sutil exégeta indicando las dos rarísimas muestras,—mira como el Pisanello sabía coger con mano igualmente portentosa la más soberbia flor de la vida y la flor más pura de la muerte. Hé aquí la imagen del deseo profano y la imagen de la aspiración sacra, en el mismo bronce, fijadas una y otra con la misma idealidad del estilo. ¿No reconoces aquí las analogías que enlazan este arte con tu propio arte. ¿Cuando tu Persefone arranca del granado infernal el fruto cargado para abrirlo, hay no obstante en su hermoso ademán de avidez algo de místico, porque ella en efecto, al partir la corteza para comer los granos,

inconsciente, determinara su destino. La sombra del misterio acompaña pues á su acto sensual. ¡Hé aquí como tú has significado el carácter de la obra entera! Ninguna sensualidad es más ardiente que la tuya; pero tus sentidos son tan agudos que gozando de las apariencias penetran hasta lo más profundo y encuentran el misterio y se estremecen? Tu visión se prolonga más allá del velo en que la vida pinta sus figuras voluptuosas en las cuales tú te complaces. Así conciliándose en tí lo que parece inconciliable, confundiendo en tí sin esfuerzo los dos términos de la antítesis, das hoy el ejemplo de una vida completa y extrapotente. Es preciso que hagas sentir esto al que te escuche, porque esto sobre todo importa que sea reconocido para tu gloria.

Y él había celebrado el connubio ideal entre aquel altivo Malatesta, caudillo de los caballeros, y la beata virgen mantuana Cecilia Gonzaga, con la misma fe con que el buen sacerdote oficia ante el altar. Y por aquella fe lo amaba Stelio, y porque en ningún otro sentía más profunda y más sincera la creencia en la realidad del mundo poético, y en fin porque en él á menudo encontraba una especie de conciencia reveladora y en su comentario á veces una iluminación imprevista de su propia obra.

—Entra la Foscarina con Donatella Arvale— anunció Francisco de Lizo, el cual estaba observando el paso de la muchedumbre que subía por la escalera de los Censores, y se apiñaba en el aula inmensa.

Y entonces Stelio Effrena se sintió otra vez asaltado por la ansiedad. Y oía el murmullo de la mul-

titud confundirse en los oídos con las pulsaciones de las arterias como en una lontananza indefinida, y volver con aquel zumbido las últimas palabras de Perdida.

El murmullo se elevó, se atenuó, cesó mientras él subía con paso firme y ligero los peldaños del estrado. Volviéndose hacia la multitud, entrevió con ojos deslumbrados al monstruo formidable de los innumerables rostros humanos, entre el oro y la púrpura obscura del aula inmensa.

Una súbita exaltación del orgullo le ayudó á reconquistar el dominio de sí mismo. Se inclinó á la Reina y á Donna Adriana Duodo, que le sonrieron con sus sonrisas gemelas como en el Canal Grande desde la góndola fugitiva. Aguzó la mirada para reconocer á la Foscarina en el brillo de las primeras filas; recorrió toda la asamblea hasta el fondo donde sólo aparecía una zona obscura sembrada de vagas manchas pálidas. Y entonces la multitud en-

mudecida y expectante se le presentó con la imagen de una desmesurada quimera con ojos, con el busto cubierto de escamas espléndidas, que se alejaba negreando bajo las enormes volutas de un cielo rico y pesado como un pensil tesoro.

Explendidísimo era aquel busto quimérico, sobre el cual brillaba seguramente alguna joya que había dado ya sus luces bajo el mismo techo, convite nocturno de una Coronación. La diadema y los collares de la Reina,—los collares múltiples de perlas en gradación formando haces de luces que hacían pensaren un milagroso y visible desgranar de la sonrisa inminente,—las obscuras esmeraldas de Adriana Duodo, arrancadas á la elsa de una cimitarra cruel, los rubíes de Giustiniana Memo unidos en forma de claveles por el inimitable trabajo de Vector Camelio, los záfiro de Lucrecia Priuli sacados de los altos zuecos con que la Serenísima Zilia había ascendido al trono el día de su triunfo, los berilos de Orsetta Contarini tan delicadamente mezclados al opaco oro por el arte de Silvestre Grifo, las turquesas de Zenobia Corner bañadas de nunca vistos palores por el misterioso mal que las había cambiado una noche en el seno de la Lusignana entre los placeres de Asolo; y más insignes alhajas que habían ilustrado las fiestas seculares de la ciudad anadiomene, todas se iluminaban con nuevos resplandores sobre aquel busto quimérico de donde llegaba á Stelio el tibio efluvio de la piel y del hálito femenino. Extrañamente maculado el resto del cuerpo deforme extendíase hacia atrás, casi como una prolongación caudal, pasando por entre

los dos gigantescos mapa mundis que evocaban en la memoria del Imaginífico las dos esferas de bronce que el monstruo vendado oprime con las garras leoninas en la alegoría del Giambellino. Y la vasta vida animal, ciega de pensamiento, ante el que en aquel momento, había de pensar, dotada de esa fascinación inerte que existe en los ídolos enigmáticos, cubierta con su propio silencio como con un escudo capaz de recoger y devolver toda vibración, esperaba el primer estremecimiento de la palabra dominadora.

Stelio Effrena midió el silencio en el cual su primera sílaba hubiese podido vibrar. Mientras la voz le ascendía á los labios conducida y afirmada por la voluntad contra la turbación instintiva, descubrió á la Foscarina de pie, erguida cerca de la fila que circundaba el globo celeste. El rostro palidísimo de la Trágica, sobre el cuello sin joyas y sobre la pureza de los hombros desnudos, elevábase en el orbe de los signos zodiacales. Fijando allí los lejanos ojos adoradores, comenzó á hablar con extrema lentitud, como si aún tuviese en los oídos el ritmo del remo.

«Pensaba yo en una tarde reciente,—volviendo de los Jardines por aquella tibia ribera de los Sclavones que al alma de los poetas vagabundos pudo parecer á veces no se que mágico puente de oro echado sobre un mar de luz y de silencio hacia un sueño de Belleza infinito,—pensaba yo, y asistía en mi pensamiento como á un íntimo espectáculo, en la nupcial alianza del Otoño y de Venecia bajo los cielos.

» Por doquiera se hallaba difundido un espíritu de vida, formado de esperanza apasionada y de contenido ardor, que me asombraba por su vehemencia, pero que sin embargo no me parecía nuevo porque yo lo había ya encontrado recogido en alguna zona de sombra, bajo la inmovilidad casi mortal del Estío, y lo había también sentido entre el extraño olor febril del agua, vibrar allí, de cuando en cuando, como un pulso misterioso. Así verdaderamente, —yo pensaba,— esta pura Ciudad de arte aspira á una suprema condición de belleza, que es para ella un anual retorno, como para la selva el dar flores. Tiende á revelarse á sí misma en una plena armonía, porque siempre lleva en sí, poderosa y consciente, aquella voluntad de perfección de la que nació y formóse en los siglos, como una criatura divina. Bajo los inmóviles fuegos de los cielos de estío, parecía sin latido ni respiración, muerta en sus verdes aguas; pero no me engañó mi sentimiento cuando la adiviné preocupada en secreto por un espíritu de vida, bastante á renovar el más alto de los antiguos prodigios.

Esto pensaba yo asistiendo al espectáculo incomparable que por gracia del amor y de la poesía podía contemplar con ojos atentísimos, mudándose esta visión en otra profunda y continua... ¿Pero con qué virtud podré comunicar al que me oye, aquella mi visión de belleza y alegría? No hay crepúsculo ni hay aurora comparables á una semejante hora de luz sobre las piedras y sobre las aguas. Ni súbito aparecer de mujer amada en foresta primaveral es tan embriagador como aquella imprevista reve-

lación diurna de la Ciudad heroica y voluptuosa que llevó y sofocó en sus brazos de mármol el sueño más rico del alma latina.»

La voz del orador, clara y penetrante y casi fría al principio, parecía haberse de súbito encendido con las chispas invisibles que debía producir en el cerebro el esfuerzo de la improvisación, regulado con agudísima vigilancia por el oído difícil. Mientras las palabras fluían sin impedimento y la línea rítmica del periodo se cerraba á semejanza de una figura diseñada de un solo rasgo por una mano libre, los oyentes sentían bajo aquella fluidez harmoniosa el exceso de la tensión que atormentaba á aquel espíritu y se hallaban dominados como por uno de aquellos fieros juegos circenses en los cuales todas las energías hercúleas de un atleta se delatan vibrando en las cuerdas de los tendones y dilatando las tramas de las arterias. Sentían cuanto había de vivo y ardoroso y de inmediato en el pensamiento así expresado, y su goce era más fuerte cuanto imprevisto, esperando como esperaban de aquel infatigable rebuscador de perfecciones la lectura estudiada de un discurso laboriosamente compuesto. Los devotos asistían con una emoción profunda á aquella prueba audaz, como si tuviesen ante ellos, al descubierto, el laboratorio misterioso de donde habían salido las formas que les habían proporcionado tantos dones de gozo. Y aquel movimiento inicial, difundido por contagio, indefinidamente multiplicado en el número y héchose unánime, se repercutió en aquel que lo había producido; pareciendo dominarlo.

Era el peligro previsto. Vaciló como bajo el choque de una onda muy vasta. Y por algunos instantes una densa obscuridad ocupó su cerebro; la luz de su pensamiento se extinguió como una antorcha al soplo de un viento irresistible; sus ojos se velaron como en el comienzo de un vértigo. Sintió cual hubiera sido la vergüenza de una derrota, si llegaba á ceder á aquel extravío. Y su voluntad, con una especie de sacudida violenta, como el acero en el silice, produjo en aquellas tinieblas la nueva chispa.

Con su mirada y con su ademán levantó el alma de la multitud hacia la obra maestra que resplandecía en el cielo del aula con una irradiación solar.

«Estoy cierto,—exclamó,—estoy cierto que en tal aspecto apareció á Pablo, mientras este buscaba dentro de sí la imagen de la Reina triunfal. ¡Ah! estoy cierto que se estremeció en las íntimas venas y dobló las rodillas, en actitud de adoración sacudido y deslumbrado por el milagro. Y cuando quiso pintarla en este firmamento para manifestar á los hombres su maravilla, él,—el pródigo artífice que parecía haber recogido en sí todas las imaginaciones de los sátrapas más desenfundados, el poeta magnífico que tuvo el alma semejante á aquel río lidio por los helenos armoniosos llamado Criosorroa, junto á cuyos lagos auríferos había surgido una dinastía de reyes cargados de una opulencia inaudita,—él, el Verones, echó en profusión el oro, las piedras, el amaranto, la púrpura, el armiño, todas las suntuosidades, pero no pudo representar el

rostro glorioso más que en un nimbo de sombra.

»¡Tan solo por esta sombra es necesario elevar al cielo al Verones!

»Todo el misterio y todo el encanto de Venecia están en esa sombra palpitante y fluida, breve y no obstante infinita, compuesta de cosas vivientes pero inconoscibles, dotada de virtudes portentosas como las de los antros fabulizados, donde las piedras tienen mirada, y donde alguno puede encontrar á un mismo tiempo, en una sensación inefablemente ambigua, la frescura y el ardor. Es preciso exaltar al Verones por esto. Representando con semblantes humanos á la Ciudad dominadora, supo expresar el espíritu esencial, que no es—un símbolo sino una llama inextinguible á través de un velo de agua.

Y yo sé de alguno, que habiendo sumergido con largueza su alma en aquella zona sublime, la sacó aumentada con una nueva potencia y después con manos más ardientes su arte y su vida.»

¿No era él, ese uno? En tal afirmación de sí pareció volver á encontrar toda su seguridad y sentirse al presente señor de su pensamiento y de su palabra, fuera del peligro, dispuesto á encerrar en los círculos de su sueño la desmesurada quimera con ojos, con el busto cubierto de escamas espléndidas, el monstruo efímero y versátil fuera de cuyo flanco surgía filialmente la musa trágica con la cabeza erguida en el orbe de las constelaciones.

Obedeciendo á su ademán, los innumerables rostros se alzaban hacia la Apoteosis, los ojos desven-

dados miraban con estupor el prodigio, como si lo viesen por primera vez, ó lo vieran bajo un aspecto no conocido antes. El hermoso desnudo de la mujer del casco de oro refulgía sobre la nube con un tan fuerte relieve de vida muscular, que tentaba como una carne palpable. Y de aquella desnudez vivaz sobre todas las cosas, vencedora del tiempo que había obscurecido debajo de ella las imágenes heroicas de los asedios y de las batallas, parecía difundirse un encanto venéreo que los soplos de la noche otoñal penetrando por los balcones abiertos hacían más dulce, agitándolo como la onda del olor recogida en torno al rosal odorífero, mientras las princesas de aquella alta corte, apoyadas en los balaustres entre las dos retorcidas columnas, inclinaban los rostros encendidos y los senos opulentos hacia sus últimas mundanales hermanas.

En el encanto, el poeta echó entonces sus periodos armonizados como estrofas líricas.

» Tal esa llama sentía yo ayer, surgir de la vehemencia extrema é infundir en la belleza de Venecia una fuerza de expresion no vista nunca antes. Toda la ciudad se encendía de deseo y palpitaba de ansia en sus mil cinturones verdes, como el amante que espera su hora de alegría. Tendía sus brazos marmóreos hacia el salvaje Otoño del cual llegábale el húmedo hálito perfumado por la muerte deliciosa de las campiñas lejanas. Espiaba los vapores ligeros que surgían del límite de la laguna muda, y parecían aproximársele con aspecto de mensajes furtivos. Escuchaba atentísima en el si-

lencio, por ella misma generado, los más tenues rumores; y el soplo del viento fugitivo en sus huertos raros tenía, para ella, una prolongación musical más allá de los claustros. Una especie de estupor se recogía en torno á los solitarios árboles que mudaban de color en esplendores de conflagración. Las hojas secas caídas sobre la piedra desgastada del embarcadero brillaban como una cosa preciosa; en lo sumo del muro ornado con los líquenes blondos, el fruto del granado hinchado de madurez se abría súbitamente como una hermosa boca que lo hiciera forzada por el ímpetu de una risa cordial; una barca pasaba, lenta y grande, colmada de racimos, como una cuba dispuesta para ser prensada, difundiendo por el agua, llena de algas muertas, la embriaguez aérea de la vendimia y la visión de las viñas solanas, frecuentadas de juventud canora. Todas las cosas tenían una elocuencia profunda, como si un signo invisible las uniese en su aspecto visible y por un divino privilegio vivieran en la superior verdad del arte.

»Seguramente pues,—pensaba yo,—seguramente existe en la Ciudad de piedra y de agua, como en el espíritu de un artífice puro, una aspiración espontánea y constante hacia ideales armonías. Una especie de inteligencia rítmica y ficticia parece elaborar cuidadosamente las representaciones como para conformarlas á una idea y á un fin meditado. Parece que ella posea manos maravillosas para disponer sus luces y sus sombras en una continua obra de belleza, y que sueñe cumpliendo su labor, y de su sueño mismo,—en que la múltiple

herencia de los siglos esplende transfigurada,—extraiga el tejido de alegorías inimitables que la recubren. Y como tan solo en el universo la poesía es verdad, aquel que sabe contemplarla, y atraerla hacia sí con la virtud del pensamiento, ese está próximo á conocer el secreto de la victoria sobre la vida.»

Había buscado los ojos de Daniele Glanco al proferir las últimas palabras, y los había visto brillar de felicidad, bajo aquella enorme frente que parecía hinchada por un mundo no alumbrado. El doctor místico estaba allí, al lado, con su batallón; con algunos de aquellos discípulos desconocidos que él había presentado al maestro ávidos y ansiosos, anhelandos romper la angustia de su servidumbre cotidiana y conocer alguna libre embriaguez de alegría y dolor. Stelio los veía allí apretados en grupo, como un núcleo de fuerzas comprimidas, arrimados á los grandes armarios rojizos donde se hallaban sepultados los innumerables volúmenes de una sabiduría olvidada é inerte. Les distinguía los rostros encendidos, las cabelleras espesas y largas, las bocas semi-abiertas por un estupor pueril, ó cerradas por una especie de violencia sensitiva, los ojos claros ú oscuros en los cuales el soplo de las palabras parecía alternar las luces y las sombras, como el cambio del aura en un macizo de bellas flores. Creía tener sus almas confundidas en una sola, entre sus manos, y poderla agitar, ó apretarla en el puño ó deshacerla, ó quemarla como á un ligero estandarte. Mientras su espíritu se extendía y recogía tan gallardamente en aquel continuo fluir, conser-

vaba no obstante una extraña lucidez de indagación exterior, como una facultad aparte de observación material, que parecía hacerse cada vez más aguda y más limpia, así como se aceleraba y se inflamaba su elocuencia. Sentía que poco á poco su esfuerzo se hacía más fácil, y que la eficacia de su voluntad era sobrepujada por una energía libre y oscura como un instinto, surgida de las profundidades de la inconsciencia, que operaba con un proceso oculto no verificable. Por analogía, recordaba los momentos extraordinarios en que —en el silencio y en el calor intelectual de su estancia remota— la mano había escrito sobre la página, un verso eterno que le parecía no nacido de su cerebro, sino dictado por un numen impetuoso al cual el órgano inconsciente había obedecido como un ciego instrumento. Una maravilla semejante á esta se producía ahora, cuando su oído era sorprendido por una cadencia imprevista de las palabras que proferían sus labios. En la comunión entre su alma y el alma de la multitud, un misterio sobrevenía, casi divino. Algo más grande y más fuerte uníase al sentimiento que de su persona tenía él ordinariamente. Y parecíale que su voz adquiriese de momento en momento una virtud más alta.

Vió en aquel instante entera y viva dentro de sí la figura ideal, y la representó á la manera de los Maestros coloristas que reinaban en el lugar: con el lujo de Paolo, y con el ardor del Tintoretto, en el lenguaje de la poesía.

«Y la hora se aproximaba: ya casi era inminente

herencia de los siglos esplende transfigurada,—extraiga el tejido de alegorías inimitables que la recubren. Y como tan solo en el universo la poesía es verdad, aquel que sabe contemplarla, y atraerla hacia sí con con la virtud del pensamiento, ese está próximo á conocer el secreto de la victoria sobre la vida.»

Había buscado los ojos de Daniele Glanco al proferir las últimas palabras, y los había visto brillar de felicidad, bajo aquella enorme frente que parecía hinchada por un mundo no alumbrado. El doctor místico estaba allí, al lado, con su batallón; con algunos de aquellos discípulos desconocidos que él había presentado al maestro ávidos y ansiosos, anhelando romper la angustia de su servidumbre cotidiana y conocer alguna libre embriaguez de alegría y dolor. Stelio los veía allí apretados en grupo, como un núcleo de fuerzas comprimidas, arrimados á los grandes armarios rojizos donde se hallaban sepultados los innumerables volúmenes de una sabiduría olvidada é inerte. Les distinguía los rostros encendidos, las cabelleras espesas y largas, las bocas semi-abiertas por un estupor pueril, ó cerradas por una especie de violencia sensitiva, los ojos claros ú oscuros en los cuales el soplo de las palabras parecía alternar las luces y las sombras, como el cambio del aura en un macizo de bellas flores. Creía tener sus almas confundidas en una sola, entre sus manos, y poderla agitar, ó apretarla en el puño ó deshacerla, ó quemarla como á un ligero estandarte. Mientras su espíritu se extendía y recogía tan gallardamente en aquel continuo fluir, conser-

vaba no obstante una extraña lucidez de indagación exterior, como una facultad aparte de observación material, que parecía hacerse cada vez más aguda y más limpia, así como se aceleraba y se inflamaba su elocuencia. Sentía que poco á poco su esfuerzo se hacía más fácil, y que la eficacia de su voluntad era sobrepujada por una energía libre y obscura como un instinto, surgida de las profundidades de la inconsciencia, que operaba con un proceso oculto no verificable. Por analogía, recordaba los momentos extraordinarios en que —en el silencio y en el calor intelectual de su estancia remota— la mano había escrito sobre la página, un verso eterno que le parecía no nacido de su cerebro, sino dictado por un numen impetuoso al cual el órgano inconsciente había obedecido como un ciego instrumento. Una maravilla semejante á esta se producía ahora, cuando su oído era sorprendido por una cadencia imprevista de las palabras que proferían sus labios. En la comunión entre su alma y el alma de la multitud, un misterio sobrevenía, casi divino. Algo más grande y más fuerte uníase al sentimiento que de su persona tenía él ordinariamente. Y parecía que su voz adquiriese de momento en momento una virtud más alta.

Vió en aquel instante entera y viva dentro de sí la figura ideal, y la representó á la manera de los Maestros coloristas que reinaban en el lugar: con el lujo de Paolo, y con el ardor del Tintoretto, en el lenguaje de la poesía.

«Y la hora se aproximaba: ya casi era inminente

la hora de la Fiesta suprema. Una insólita luz propagábase en los cielos por el extremo horizonte, como si el salvaje Esposo los recorriese en un carro de fuego, agitando su gonfalón purpúreo. Nacido de su carrera, el viento espiraba cargado de todos los olores terrestres; y al que esperaba sobre el agua, donde aquí y acullá vagas cabelleras marinas fluctuaban, llegaba la imagen de los rosales blancos y compactos que se deshacían poco á poco como montones de nieve, contra los balaustres de los jardines inclinados hacia la Brenta. La imagen entera del país lejano parecíame retratarse en el cristal del aire, como por el meteoro falaz de los desiértos; y ese aspecto de la naturaleza servía para magnificar la rareza de aquel sueño de arte, porque ningún fasto otoñal de verjeles y de bosques—en la memoria—era comparable á la divinas animaciones y transfiguraciones de la antigua piedra.

»¿Verdaderamente, no está para llegar un dios á la ciudad que se le ofrece?—me preguntaba á mí mismo, dominado por el ansia, y el deseo, y por la voluntad de gozar, que todas las cosas en torno mío expresaban como invadidas por una fiebre de pasión infinita. Y evoqué al artífice más poderoso, para que, con las formas más altivas y los colores más fúlgidos, me representase á aquel joven dios esperado.

»¡Estaba para llegar! La copa invertida del cielo derramaba sobre todas las cosas una ola de esplendor que pareció primeramente á mis ojos increíble, tanto su cualidad superaba en riqueza á las más

ricas iluminaciones interiores del pensamiento inspirado ó del sueño involuntario. Como una materia sideral, de naturaleza desconocida y mudable, en la que estuviesen figuradas por miríadas las imágenes indistintas de un fluido mundo, de las cuales un perpetuo temblor con una necesidad de destrucción y de creación, estupendamente fáciles, arrancase una armonía siempre nueva, así aparecía el agua. Entre las dos maravillas la piedra multiforme y multanime, como una selva y como un pueblo—aquel desmedido hacinamiento mudo del cual el genio del Arte extrajo los conceptos ocultos de la Naturaleza, y sobre los cuales el tiempo acumuló sus misterios y la gloria incindió sus señales, por las venas de las cuales asciende el humano espíritu hacia el Ideal, como la linfa asciende á las flores por la fibra de los árboles—la piedra multanime y multiforme adquiría de momento en momento expresiones de vida tan intensas y nuevas, que realmente parecía destruída por ella la ley, y su inercia original, irradiable como por una milagrosa sensibilidad.

»Cada instante, entonces, vibró en las cosas como un relámpago insostenible. De las cruces erguidas en lo sumo de las cúpulas llenas de plegarias, á los tenues cristales salinos pendientes bajo el arco de los puentes, todo brilló en un supremo júbilo de luz. Como el vigía grita con todas sus fuerzas, manifestando el ansia que ruge en su pecho á guisa de tempestad, así el ángel de oro desde el vértice de la máxima torre dió al fin el anuncio llamando.

Y apareció El. Apareció sobre una nube, sentado como sobre un carro de fuego, llevando detrás de sí los extremos de sus púrpuras, imperioso y dulce, y con los labios entornados llenos de murmullos y de silencios silvanos, y con los cabellos extendidos sobre el cuello elevado, como un cuello equino, y con el tórax titánico desnudo respirando en ritmo con las forestas. Incliné hacia la Ciudad bella su juvenil semblante del que emanaba un indecible encanto sobrehumano, no sé qué bestialidad delicada y cruel, contrastando las miradas profundas de conocimiento, bajo los párpados graves. Y era evidente que por todo su cuerpo la sangre latía y saltaba con violencia hasta en los pulgares de sus ágiles pies, hasta las extremas falanges de las manos fuertes; y cosas ocultas existían por todo su sér, que parecían ocultar la alegría, como los racimos en flor ocultan el vino; y todo el rojizo oro y toda la púrpura que El llevaba sobre sí, eran como las vestimentas de sus sentidos...

«¡Con qué pasión, palpitando en sus mil cinturones verdes y bajo sus inmensos collares la Ciudad bella se abandonó al dios magnífico!»

Elevada por la espiral ascendente de las palabras, el alma innumerable pareció llegar de repente al sentimiento de la Belleza, como á un ápice jamás hollado antes; y se sintió como atónita. La elocuencia del poeta era secundada por las expresiones de todas las cosas circunstantes: parecía tomar y continuar los ritmos á los cuales obedecían toda aquella fuerza y toda aquella gracia figurada; parecía reunir las concordancias indefinidas que exis-

tian entre aquellas formas creadas por el arte humano y la cualidad de la atmósfera natural donde se perpetuaban. Por eso la voz tenía un tal poder; por eso el ademán ampliaba tan fácilmente los contornos de las imágenes, por eso en cada palabra proferida, la virtud sugestiva del sonido realizaba tanto el significado de la letra. No existía tan sólo el usual efecto de una comunicación eléctrica establecida entre el orador y el auditorio, sino por el encanto que tenía el portentoso edificio desde sus fundamentos, y que tomaba un extraordinario vigor con el contacto insólito de toda aquella humanidad aglomerada y palpitante. La palpitación de la multitud y la voz del poeta parecían devolver á las paredes seculares la vida primera y renovar en el frío museo el espíritu originario: un núcleo de ideas potentes, concretadas y organizadas en las substancias más duraderas para testimoniar la nobleza de una extirpe.

El esplendor de una juventud divina descendía sobre las mujeres, como en una alcoba suntuosa, porque habían sentido en su interior la ansiedad de la espera, y la voluptuosidad del abandonarse, como la Ciudad bella. Sonreían con una vaga languidez, casi extenuadas por una sensación muy fuerte, surgiendo con sus hombros desnudos de sus corolas de genmas. Las esmeraldas de Adriana Duodo, los rubíes de Giustiniana Memo, los zafiros de Lucrecia Priuli, los beriles de Orseta Contarini, las turquesas de Zenobia Cornes, todas las joyas hereditarias en cuyos fuegos había más que el valor de la materia, como en el decorado de la gran aula había más

que el valor del arte, parecían derramar sobre los rostros blancos de las patricias el reflejo de una jovial é inverecunda vida anterior, como si despertara en ellas y del fondo la elevase, por virtud secreta, el alma de las voluptuosas que habían ofrecido á los amores una carne macerada en los baños de mirra, de almizcle, de ambar, y descubierto en público los pechos coloreados con afeites.

Veía Stelio aquel busto femenino de la desmesurada quimera con ojos, sobre el cual palpitaban suavemente las plumas de los abanicos, y sentía pasar sobre su pensamiento una embriaguez muy cálida que lo turbaba, sugiriéndole palabras de aspecto casi carnal: aquellas vivas substanciales palabras, con las que él sabía tocar á las mujeres como con dedos acariciadores é incitadores. La vasta vibración producida por él, repercutiéndose en él, mismo, lo sacudía tan profundamente que extraviaba el sentido del equilibrio habitual. Parecíale oscilar sobre la multitud como un cuerpo cóncavo y sonoro en el que las varias resonancias se generasen por una voluntad indistinta pero siempre infalible. En las pausas esperaba con ansia la manifestación imprevista de esa voluntad, mientras le duraba el eco interior como una voz extraña que hubiese proferido palabras expresando pensamientos para él novísimos. Y aquel cielo, y aquel agua, y aquella piedra, y aquel Otoño, representados así, le parecían sin ninguna relación con las propias sensaciones recientes, sino pertenecer á un mundo de sueño entrevisto por él—mientras hablaba—en un sucederse rápido de relámpagos.

Se asombraba de aquel ignoto poder que convergía en él aboliendo los confines de la persona particular y confiriendo á la voz solitaria la plenitud del coro.

Tal era, pues, la tregua misteriosa que la revelación de la Belleza podía dar á la existencia cotidiana de las multitudes afanosas; tal era la misteriosa voluntad que podía investir el poeta en el acto de responder al alma innumerable interrogante respecto al valor de la vida y codiciando á elevarse aunque sólo fuera por una vez hasta la Idea eterna.

En aquel momento él no era sino el trámite por el cual la belleza presentaba á los hombres, recogidos en un lugar consagrado por siglos de glorias humanas, el don divino del olvido. No hacía sino traducir en los ritmos de la palabra el lenguaje visible con el cual ya, en el mismo lugar, los antiguos artífices habían significado las aspiraciones de la extirpe. Y por una hora aquellos hombres debían contemplar el mundo con ojos diversos, debían sentir, pensar y soñar con otra alma.

Era el sumo beneficio de la Belleza revelada; era la victoria del Arte liberador sobre las miserias y sobre las inquietudes y sobre los tedios de los días comunes; era el feliz intervalo en el cual cesan las punzadas del dolor y de la necesidad, y parecen abrirse lentamente las cerradas manos del Destino.

Iba con el pensamiento más allá de aquellas paredes que encerraban la palpitante masa en una especie de ciclo heróico, en un recinto de rosados tri-

rremes y de torres pertrechadas y de teorías triunfales. El lugar aparecía ahora angosto para la exaltación de su nuevo sentimiento; y una vez más le atraía la multitud verdadera, la inmensa multitud unánime que él había visto fluctuar ante la dársena marmórea y elevar en la noche estrellada un clamor del cual ella misma se embriagaba, como de la sangre ó del vino.

Ni tan sólo hacia aquella multitud, sino hacia infinitas multitudes fué su pensamiento; y las evocó densas en profundos teatros, dominadas por una idea de verdad y de belleza, mudas y atentas ante el gran arco escénico abierto en una maravillosa transfiguración de la vida, ó frenéticas bajo el repentino esplendor irradiado por una palabra inmortal. Y el sueño de un arte más elevado, alzándose en él una vez más, le demostró á los hombres nuevamente dominados por una reverencia hacia los poetas, como únicos que podían interrumpir por algunos instantes la angustia humana, aplacar la sed, darles con largueza el olvido. Y le parecía muy leve la prueba que él realizaba, porque movido por el soplo de la multitud, su espíritu se estimó capaz de generar ficciones gigantescas. Y la obra que él nutría dentro de sí, aun informe, tuvo un brioso sacudimiento de vida; mientras sus ojos veían, sobre el orbe de las constelaciones, erguida, á la Trágica, á la musa de voz divulgadora, que parecía llevar para él en los pliegues de sus vestidos, recogido y mudo, el frenesí de las multitudes lejanas.

Casi extenuado por la increíble intensidad de vida vivida en la pausa, comenzó de nuevo á hablar con una entonación más baja.

«En tal figura» —empezó diciendo— «en tal figura —evidente y real para mí en aquella hora, tanto que casi me pareció tangible—¿quién me oye, no ve las analogías que la hacen significadora de cosas singulares?»

»La mutua pasión de Venecia y del Otoño, que exalta á una y á otro al mismo grado de su belleza sensible, tiene origen en una afinidad profunda; porque el alma de Venecia, el alma que formaron á la ciudad bella los antiguos artífices, es otoñal.

»Al descubrir yo la correspondencia entre el externo espectáculo y el interior, mi goce se multiplicó indeciblemente. La inmensa multitud de formas imperecederas, que puebla las iglesias y palacios, correspondía desde sus sedes á la harmonía de la luz diurna con un acuerdo tan lleno y tan potente que en breve fué dominador. Y—como la luz del cielo alterna con la sombra, pero la luz del arte dura inextinguible en el alma humana—cuando cesó en las cosas el prodigio de la hora, mi espíritu se encontró solo y estático entre las magnificencias de un Otoño ideal.

»Tal me parece realmente la creación de arte comprendida entre la juventud de Giorgione y la vejez del Tintoreto. Purpúrea, dorada, opulenta y expresiva como la pompa de la tierra bajo la última llama del sol. Si pienso en los creadores impetuosos de tan fuerte belleza, se me presenta al espíritu la imagen que surge de aquel fragmento pindárico:—Cuando los centauros conocieron la virtud del vino suave como la miel, que vence á los hombres, en seguida rechazaron la blanca leche de

sus mesas; y se apresuraron beber el vino en cuernos de plata...—Nadie en el mundo conoció y saboreó mejor que ellos el vino de la vida. Sacaron de ella, una lúcida embriaguez que multiplica su poder y comunica á su elocuencia una energía fecundadora. Y en sus obras más bellas el latido violento de sus pulsos parece persistir á través de los siglos como el ritmo mismo del arte veneciano.

> ¡Ah, en que puro y poético sueño reposa la virgen Orsola en su lecho immaculado! El más benigno de los silencios reina en la estancia solitaria, donde parece que los píos labios de la durmiente diseñen la acostumbrada plegaria. Por las puertas y por las ventanas abiertas penetra la tímida luz del alba, é ilumina la palabra escrita en el ángulo de la almohada: **INFANTIA** es la palabra sencilla, que difunde alrededor de la cabeza de la virgen una frescura semejante á aquella de la mañana: **INFANTIA**. Duerme la virgen ya prometida al príncipe pagano y al martirio. ¿No es ella acaso, casta, ingenua y ferviente, no es la imagen del Arte, tal cual la vieron los precursores con la sinceridad de sus ojos pueriles? **INFANTIA**. La palabra evoca en torno al almohada los olvidados: Lorenzo Veneziano, y Simone da Cusighe, y Catarino y Jacobello, y Maestro Paolo, y el Giambono, y el Semitecolo, y Antonio, y Andres, y Quiricio de Murano y toda la familia laboriosa, por la cual el color, que después había de ser émulo del fuego, fué preparado en la isla ardiente de los hornos. ¿Pero esos mismos no hubiesen lanzado un grito de asombro al ver la ola de sangre brotando del pecho de la virgen asaetea-

do por el hermoso arquero pagano? ¡Tan bermeja sangre en una doncella nutrida de «blanca leche!» Es casi un regocijo el estrago: los arqueros le ofrecen las armas elegidas, los vestidos más ornados, los ademanes más elegantes, como en un festín. ¿El de la cabellera de oro, que con tan fiero acto de gracia asaetea á la mártir, no parece realmente el joven Eros enmascarado y sin alas?

» Este hermoso matador de inocencias (ó acaso un hermano suyo) depuesto el arco, se abandonara mañana al encanto de la música para soñar un sueño de voluptuosidad infinita.

» Giorgione es ciertamente el que infunde en él el alma nueva, y la enciende con un deseo implacable. La música encantadora no es la melodía que hasta ayer los laúdes angélicos difundían por los arcos encorvados bajo los tronos radiantes, ó se desvanecía en el silencio de las lontananzas serenas en las visiones del tercer Bellini. Surge aún al toque de manos religiosas, del alma del clavicordio; pero el mundo que evoca está lleno de una alegría y de una tristeza, en la cual se oculta el pecado.

» Quien ha visto el *concerto* con ojos sagaces, conoce un momento extraordinario é irrevocable del alma veneciana. Por una armonía de colores—la cual potencia significativa, es sin límites como el misterio de los sonidos—el artífice nos cuenta la primera turbación de un alma ávida, á la cual la vida aparece de improviso con aspecto de un patrimonio ópimo.

» El fraile que se sienta al clavicordio y su compañero mayor, no parecen aquellos que Vettor Car-

paccio, representó huyendo delante de la fiera amansada por Jerolano, en San Jorge de los Esclavones. Su esencia es más fuerte y más noble; la atmósfera en que respiran es más alta y más rica, propicia al nacimiento de una gran alegría, ó de una gran tristeza, ó de un sueño soberbio. ¿Qué notas, las manos bellas y sensibles, arrancan á las teclas sobre que se detienen? Mágicas notas, ciertamente, si consiguen operar en el músico una transfiguración tan violenta. Se encuentra á la mitad de su existencia mortal, separado ya de su juventud, ya á punto de declinar; y hé aquí, que entonces tan sólo la vida se le revela ornada de todos los bienes como una floresta abundante en manzanas púrpuras, de las cuales sus manos, atentas en otras obras, no conocerán nunca el fresco terciopelo. Como su sensibilidad está dormida, no cae bajo el dominio de una sola imagen tentadora, si bien experimenta una confusa angustia, en la que el pesar vence al deseo; mientras, sobre la trama de las armonías que va buscando, la visión de su pasado—lo que hubiera podido ser y no ha sido,—se compone como un tejido de quimeras. Adivina la íntima tempestad el compañero que ya se halla en el umbral de la vejez, tranquila; y dulce y grave, toca el hombro del apasionado con un ademán pacificador. Pero está allí, saliendo fuera de la cálida sombra, como la expresión misma del deseo, el joven del sombrero con palma, y de la cabellera larga: la ardiente flor de adolescencia, que Giorgione parece haber creado bajo un reflejo de aquel estupendo mito helénico de donde surge la forma ideal de Hermofrodita.

Está allí él, presente, pero extraño, alejado de los otros, como aquel que no se preocupa sino de su bien. La música exalta su sueño indecible, y parece multiplicar infinitamente su potencia para gozar. El sabe que es dueño de aquella vida que huye á los otros dos, y las armonías perseguidas por el músico, no le parecen sino el preludio de su propia fiesta. Su mirada es oblicua, intensa, dirigida hacia un lado como para seducir no sé que cosa que lo seduce; su boca cerrada es como una boca que lleve la pesadumbre de un beso no dado aún; su frente es espaciosa, tanto, que no la cubriría la más grande de las coronas; pero si pienso en sus manos escondidas, las imagino en el acto de romper las hojas del laurel para perfumarse los dedos.»

Las manos del animador hicieron visible aquel acto del concupiscente, como si en verdad expresasen la esencia de la hoja aromática; y la modulación de la voz dió á la figura evocada, un relieve tan vigoroso, que cuantos jóvenes había escuchando creyeron ver exteriorizado su deseo indecible, ver delatado su íntimo sueño de placer sin tregua y sin fin. Dominados por una turbación profunda, sentían en sí un desatiento obscuro de ímpetus contenidos, y entreveían nuevas posibilidades, creían ahora tangible una presa ya inesperada y lejana. Los reconocía Stelio, aquí y acullá, en toda la largura de la sala, apoyados en los grandes armarios rojizos, donde se hallaban sepultados los innumerables volúmenes de una sabiduría olvidada é inerte. Estaban de pie, ocupando los pasillos que existían á los lados, á semejanza de una orla viva, parecían

ellos limitar la masa compacta; y como en un pendón que ondee al viento, las extremidades tienen un movimiento más gallardo, así ellos ondeaban al soplo de la poesía.

Los reconocía Stelio; y distinguía alguno, por la singularidad de la actitud, por el exceso de la emoción revelada, en el pliegue de los labios, ó en el latido de los párpados, ó en el ardor de las mejillas. En el semblante de algunos, vuelto hacia el postigo del balcón abierto, adivinaba el encanto de la noche otoñal y la delicia de la brisa que ascendía de la laguna algosa. Las miradas de otros le indicaban por un rayo de amor una mujer sentada y como abandonada sobre sí misma, casi debilitada por un goce secreto, con un indefinible aspecto de enternecimiento impuro, con un suave rostro donde la boca se abría como un panal húmedo de miel. Tenía una extraña lucidez, por la cual las cosas le aparecían con una evidencia insólita, como en una alucinación febril. Todo vivía, á los ojos suyos, de una vida hiperbólica: los retratos de los dux colgados en derredor, entre el serpentear blanco de las leyendas respiraban como los viejos calvos, allá bajo en el fondo, de los cuales descubría á intervalos el ademán igual al limpiarse las pálidas frentes sudadas. Nada le escapaba; ni el lagrimeo continuo de las antorchas péndulas en los cestillos de bronce que recogían la cera amarilla como el ámbar; ni la extremidad de una mano sin anillos que oprimía el pañolito sobre los labios dolorosos como para suavizar un ardor; ni los pliegues de una pañoleta ligera alrededor de hombros desnudos, en los cuales la

brisa nocturna, penetrando por los balcones abiertos había suscitado un temblor de frío. Y todavía, mientras notaba los mil aspectos momentáneos, conservaba en su visión la imagen total de la desmesurada quimera de ojos, con el busto cubierto de escamas espléndidas, más allá de la que surgía la musa trágica con la cabeza alzada en el orbe de las constelaciones.

Su mirada volvía de continuo á la mujer prometida, que se mostraba á él como la señal viviente de un mundo estelar. Le era grato haber escogido una tal manera para aparecerle en el acto de aquella primera comunión. No veía ya en ella á la amante de una noche, el cuerpo madurado por largos ardores, cargado de saber voluptuoso; sino que veía al instrumento admirable del arte nuevo, á la divulgadora de la grande poesía, aquella que había de encarnar en su persona mudable las futuras ficciones de belleza, aquella que debía de llevar á los pueblos, con su voz inolvidable, la palabra reveladora. No por una promesa de placer, sino por una promesa de gloria, se ligaba él ahora á ella. Y la obra que nutría dentro de sí, aun informe, tuvo una nueva sacudida.

«¿Quién me oye?» continuó «¿quién me oye no ve cierta analogía entre estos tres símbolos giorgionescos y las tres generaciones, vivientes á un tiempo, que ilumina la aurora del siglo nuevo? Venecia, la ciudad triunfante, se revela á sus ojos como un gran aparato para un convite bullicioso, donde toda la abundancia, recogida en siglos de guerra y de tráfico, está para ser consumida sin tasa. ¿Qué

fuente más rica de voluptuosidad podría abrir la vida al deseo insaciable? Es una hora de turbación y casi de vértigo, que vale por su plenitud una hora de violencia heróica. Voces y risas incitadoras parecen llegar de las colinas solanas donde reina entre delicias la hija de San Marcos, *Domina Aceli*, que descubrió en un arrayanal de Chipre, el cinto de Afrodita. Y hé aquí al adolescente de las hermosas plumas blancas adelantarse hacia el convite, como un corifeo, seguido de su legión desenfundada, y todos los violentos deseos arder allí á guisa de candeleros, cuyas llamas excita sin tregua un viento impetuoso. Así empieza aquel divino oficio de arte, al esplendor del cual, los hombres se han de volver con una agitación continua, hasta que dure en el alma humana la aspiración á transcender la angustia de la existencia común para vivir una vida más fervorosa, y para morir de más noble muerte.

Veo á Giorgione inminente sobre la llaga maravillosa, sin ver, no obstante, su persona mortal; lo busco en el misterio de la nube ignea que lo circunda. Aparece mejor como un mito que como un hombre. Ningún destino de poeta es comparable al suyo en la tierra. Todo, ó casi todo, referente á él, se ignora; y hasta alguien llega á negar su existencia. Su nombre no está escrito en obra alguna, y hasta alguien no le reconoce obra segura. Sin embargo, todo el arte veneciano parece inflamado por su revelación; el gran Veccellio parece haber recibido de él, el secreto de infundir en las venas de sus creaciones, una sangre luminosa. En verdad,

Giorgione representa en el arte la Epifanía del Fuego. Merece ser llamado «portador de fuego» al igual de Prometeo.

«Cuando pienso en la rapidez con que el don sagrado pasa de artífice en artífice, y vá de coloración en coloración enrojeciendo, me surge espontánea en el espíritu la imagen de una de aquellas fiestas de las antorchas con que los Helenos quisieron precisamente perpetuar la memoria del Titán hijo de Yapeto. El día de la fiesta una legión de jóvenes caballeros atenienses, partía á galope del Cerámico hacia Colono; y el guía agitaba una antorcha que había sido encendida en el ara de un santuario. Apagada por el ímpetu de la carrera el portador la entregaba al compañero que la encendía corriendo siempre; y éste al tercero, y el tercero al cuarto, y así siguiendo, corriendo siempre, hasta que el último la depositaba, roja aún, sobre el altar del Titán. Esta imagen, por lo que tiene de vehemente, me significa de cierto modo, la fiesta de los maestros coloristas en Venecia. Cada uno de ellos, hasta el menos glorioso, ha tenido en la mano por un instante el don sagrado. Alguno, en fin, como aquel primer Bonifacio que es necesario glorificar, parece haber cogido con manos incombustibles la flor interna del fuego.»

Cogió él con sus dedos la ideal flor en el aire, como de la sumidad invisible de la onda que el alma estuosa de la quimera enviaba hacia el poeta, por el cual, estaba al presente conquistada. Y sus ojos se dirigieron á la esfera celeste, queriendo ofrecer

mudamente aquel don ígneo á aquella que custodiaba allá bajo á las divinas bestias zodiacales. «¡Atí, Perdida!» Pero la mujer sonreía vuelta hacia una persona lejana, sonreía señalando.

Siguiendo la dirección de la sonrisa, halló á la persona desconocida, que se iluminó para él de repente en un campo de sombra.

¿No era aquella tal vez la criatura musical, el nombre de la cual había resonado contra la coraza de la nave, en el silencio y la sombra?

Casi le apareció como una imagen interna, generada de repente en aquella parte de su alma donde el fantasma de la sensación súbita que él había recibido al penetrar en la sombra producida por el costado de la nave de guerra, había permanecido como un punto aislado é indistinto.

Por un instante ella fué hermosa, como eran bellos en él los pensamientos aún no expresados.

«¡Una ciudad á la que tales creadores formaron un alma de tal pujancia—continuó él, ágil sobre la onda que subía—no está hoy, considerada por los más, sino como un gran relicario inerte, ó como un asilo de paz y de olvido!

»En verdad, yo no conozco en el mundo otro lugar,—sino es Roma,—donde un espíritu gallardo y ambicioso pueda, mejor que sobre éste agua tranquila, conseguir incitar la virtud activa de su intelecto, y todas enteras las energías de su sér hacia el grado supremo. Yo no conozco laguna capaz de producir en cuerpo humano una fiebre más violenta que la que sentimos á veces llegar hasta nosotros de improviso en la sombra de un canal taciturno. Ni el

que pasa la siesta, hundido entre las mieses maduras, bajo la canícula, siente subir á sus sienes una onda de sangre más violenta que aquella que á veces ofusca nuestros ojos cuando nos inclinamos á buscar con demasiada intensidad en el agua, si por ventura allí se descubriese, en el fondo, alguna antigua espada ó alguna antigua diadema.

>¿Y no acuden aquí, como á un reflejo benigno, las almas gráciles y aquellas que ocultan alguna llaga inconfesable, y aquellas que realizan una final renuncia, y aquellas que debilitó un enfermizo amor, y aquellas que no buscan el silencio si no para sentirse perecer? Tal vez, á sus pálidos ojos, Venecia aparece como una clemente ciudad de muerte abrazada por un estanque soporífero. En verdad, su presencia no pesa mas que las algas vagabundas que flotan junto á las escaleras de los palacios marmóreos. Las algas que aumentan ese singular olor de cosas enfermizas, ese extraño olor febril, sobre el cual es tan dulce, á veces, hacia la noche, después de un día de labor, mecer el sentimiento de la propia plenitud, que en ocasiones se asemeja á la languidez.

>Pero no siempre la ambigua accede á la ilusión de los que la imploran como pacificadora. Yo sé de alguien, que en medio de sus reposos sobresaltóse atemorizado como el que, acostado, con los dedos acariciadores de la amada sobre los párpados fatigados, oye de repente sibilar sierpes en los cabellos de ella...

>¡Ah, si yo supiese decir de qué prodigiosa vida me parece palpitante, en sus mil cinturas verdes,

y bajo sus inmensas joyas! Diariamente absorbe nuestra alma: y ora nos la devuelve intacta y fresca y toda nueva, casi diré de una novedad original, sobre la cual mañana los vestigios de las cosas tendrán una inefable limpidez; y ora nos la devuelve infinitamente sutil y voraz, como un calor que destruye cuanto toca, de tal manera, que á veces por la noche encontramos entre las cenizas y las escorias alguna extraordinaria sublimación. Nos sugiere todos los días el acto, que es la génesis misma de nuestra especie: el esfuerzo de rebasarse á sí mismo sin tregua; nos muestra la posibilidad de un dolor trasmudado en la más eficaz energía estimuladora; nos enseña que el placer es el medio mas cierto de conocimiento ofrecido por la naturaleza, y que aquel que ha sufrido mucho, sabe menos que aquel que ha gozado mas.»

Un vago murmullo de disentimiento serpenteó aquí y allá en el auditorio, al oír esta sentencia que pareció muy audaz; la Reina movió levemente la cabeza en señal de negación; algunas damas en un cambio de miradas manifestaron unas á otras un gracioso horror. Después, todo fué disperso por las aclamaciones juveniles que se elevaron con ímpetu de todas partes hacia aquel que enseñaba con tan puro ardor, el arte de ascender por la virtud de la alegría á las superiores formas de la vida.

Stelio sonreía reconociendo á los suyos que eran muchos; sonreía reconociendo la eficacia de su enseñanza, que había ya arrojado de más de un espíritu las nieblas de la tristeza inerte, y en más de uno había matado la vileza de las lágrimas vanas, y

en más de uno había infundido para siempre el desprecio de los lamentosos dolores y de las compasiones tiernas. Y se sentía alegre por haber enunciado una vez más el principio de su doctrina, que brotaba naturalmente de aquella alma de arte que él estaba glorificando. Y los que se habían retirado á un ermitorio para adorar un fantasma triste que sólo vivía en el espejo empañado de sus ojos; y aquellos que se habían erigido en reyes de un palacio sin ventanas, donde esperaban desde tiempo inmemorable una visitación; y aquellos que de debajo de una ruina habían creído desenterrar el simulacro de la Belleza, y no era sino una esfinge corroída que los ocupaba con sus enigmas sin fin; y aquellos que cada noche se asomaban al umbral para ver llegar al extranjero misterioso con la capa llena de dones, y pálidos ponían el oído junto á tierra para oír el paso, que parecía aproximarse y después desvanecerse; cuantos, en suma, una pena resignada esterilizaba, ó un orgullo desesperado devoraba, á cuantos endurecía una pertinacia inútil, ó dejaba insomnes una espera de continuo aplazada, todos ellos hubieran querido ahora llamar á reconocer sus males bajo el esplendor de aquella alma antigua, y no obstante siempre nueva.

«En verdad—dijo con entonación exultante—si todo el pueblo emigrase abandonando sus casas, atraído hoy por otras riberas, como ya su heroica juventud fué tentada por el arco del Bósforo en tiempo del dux Pedro Ziani, y ninguna plegaria resonase en el oro sonoro de los mosaicos cóncavos, y ningún remo ya perpetuase con su ritmo la medita-

ción de la piedra muda, Venecia permanecería, no obstante siendo una ciudad de vida. Las criaturas ideales que su silencio custodia, viven en todo el pasado y en todo el porvenir. Nosotros descubrimos en ellas siempre nuevas concordancias con el inminente edificio del Universo, contactos inesperados con la idea que nació ayer, claros anuncios de lo que en nosotros no es sino un presentimiento, abiertas respuestas, á lo que no nos atrevemos á preguntar. Son sencillas, pero están llenas de significaciones innumerables; son ingenuas, pero vestidas con túnicas especiosas. Si las contemplamos por un tiempo indefinido, no dejarán de arrojar en nuestro espíritu verdades desemejantes. Si las visitásemos todos los días, todos los días nos aparecerían bajo un aspecto imprevisto, como los mares, los ríos, los prados, los bosques, las rocas. A veces las cosas que ellas nos dicen no llegan á nuestra inteligencia, pero se nos revelan por una especie de confusa felicidad, en la cual nuestra substancia parece enfurecerse y dilatarse en el fondo. En algunas mañanas límpidas ellas nos indicarán el camino que conduce á la foresta remota, donde la Bella nos espera desde tiempo inmemorable, sepultada bajo su mística cabellera.

- » ¿De dónde les viene el desmedido poder?
- » De la pura inconsciencia de los artífices que las crearon.»
- » Esos hombres profundos ignoran la inmensidad de las cosas que expresan. Sumergidos en la vida con millones de raíces, no como árboles solos si no como vastísimas selvas, absorben infinitos elemen-

tos para transfundirlos y condensarlos en especies ideales, la esencia, de las cuales permanece ignota para ellos, como el sabor de la manzana á la rama que la eleva. Ellos son los misteriosos trámites con que se satisface la perpetua aspiración de la Naturaleza hacia los tipos que no consigue producir íntegros en sus creaciones. Por eso, continuando la obra de la divina Madre, su mente, se *cambia en una especie de mente divina*, como dice Leonardo. Y, como la fuerza creadora afluye á sus dedos como la linfa á las yemas de los árboles incesantemente, crearon ellos con alegría.»

Todo el deseo del artífice firme anhelando obtener aquel olímpico don, toda su ambición por aquellas colosales creaciones de la Belleza, jamás fatigadas y jamás dudosas, toda su sed de felicidad y de gloria se delataban en el acento con que profirió las últimas palabras. De nuevo el alma de la multitud se hizo señora del poeta, sin contraste, tensa y vibrante como una sola cuerda formada de mil, en la que cada resonancia tenía una prolongación incalculable. Despertábase en él el sentimiento confuso de una verdad que el alma de la muchedumbre llevaba dentro de sí obscurecida, y que el poeta le revelaba de repente en forma de mensaje inaudito. No se sentía aquel alma ya extraña en aquel lugar sagrado donde una de las más espléndidas venturas humanas había dejado tan anchas trazas de esplendor; pero sentía en su derredor y bajo de sí vivir en los fondos bajos la mole secular, como si las memorias, ya no inmóviles en las sombras del pasado, circularan á semejanza de auras libres en una

foresta ondulosa. Ahora, en la mágica tregua que le daban las virtudes de la poesía y del sueño, parecía encontrar en sí misma los signos indestructibles de las primitivas generaciones, casi una vaga efigie de la ascendencia remota, y reconocer su derecho á una antigua herencia, de la cual hubiese sido despojada: á esa herencia que el mensajero le anunciaba que se hallaba aun intacta y recuperable. Experimentaba el ansia del que está para reposar una riqueza perdida. Y en la noche reluciente por los balcones abiertos, mientras ya aparecían los rojos resplandores del incendio que estaba para iluminar el estanque abajo, diríase difundida la espectación de un retorno predestinado. En el sonoro silencio, la voz solitaria llegó al apogeo.

«¡Crear con alegría! Es el atributo de la Divinidad. No es posible imaginar en el vértice del espíritu un acto más triunfal. Las mismas palabras que lo significan, tienen la esplendidez de la aurora.

»Y estos artífices crean con un medio que es por sí mismo un misterio gozoso: con el color, que es el ornamento del mundo; con el color, que parece ser el esfuerzo de la materia, para transformarse en luz.

»Y el novísimo sentimiento musical que ellos tienen del color, hace que su creación trascienda los límites angostos de los símbolos figurados, y adquiera la alta virtud reveladora de una infinita armonía.

»Nunca como ante sus amplias telas sinfoniales aparece evidente la sentencia proferida por aquel Vinci, al cual la verdad relampagueó un día con

sus mil semblantes secretos:—*La música no ha de ser llamada de otro modo que hermana de la pintura.*—Su pintura no es tan sólo *una poesía muda*, sí también una música muda. Por eso los más sutiles rebuscadores de extraños símbolos, aquellos que más curiosos fueron en señalar en la pureza de las frentes meditabundas los indicios de un interno Universo, nos parecen casi áridos al parangón de estos grandes músicos inconscientes.

» Cuando el Bonifacio, en la Parábola del rico Epulone, entona sobre una nota de fuego la más potente armonía de colores con que se haya jamás revelado la esencia de un alma voluptuosa y soberbia, no interrogamos al señor blondo, que escucha los sonidos, sentado entre las dos cortesanas magníficas, los rostros de las cuales resplandecen como lámparas de límpido electro; sino que traspasando el símbolo material, nos abandonamos con ansia á la virtud evocadora de los profundos acordes, en los que nuestro espíritu parece hoy encontrar el sentimiento de no sé qué noche grave de bellas fatalidades, y de oro otoñal, en un puerto tranquilo como un lago de aceite odorífero, donde una galera palpitante de oriflamas entrará con un extraño silencio, como una mariposa crepuscular en el cáliz veteado de una gran flor.

» ¿No la veremos nosotros realmente, con nuestros ojos mortales, en cualquier noche de gloria, atracar al Palacio de los Dux?

» ¿No nos aparece en un horizonte profético en la Alegoría del Otoño, que el Tintoretto nos ofrece con una imagen superior creada con nuestro sueño de ayer?

» Sentada en la orilla, con aspecto de deidad, Venecia recibe el anillo del joven dios pampinífero descendido al agua, mientras la Belleza se balancea en el aire, volando, con una sarta de estrellas para coronar la alianza maravillosa.

«¡Mirad el navío lejano! ¡Parece que traiga un anuncio! ¡Mirad los costados de la mujer simbólica! ¡Son capaces de llevar el germen de un mundo!»

El vasto aplauso desbordante, fué superado por el clamor juvenil que ascendió como un torbellino hacia aquel que hacía relampaguear ante los ojos inquietos una tan grande esperanza, hacia aquel que mostraba una tan lúcida fe en el genio oculto de la extirpe, en la virtud ascendente de las idealidades transmitidas por los padres, en la soberana dignidad del espíritu, en el poder indestructible de la Belleza, en todos los altos valores por la novísima barbarie tenidos como viles. Los discípulos se prosternaban ante el maestro con efusión de reconocimiento, con impetu de amor, porque el verbo ardiente había encendido sus almas como antorchas, excitando el sentido de la vista hasta la fiebre. En cada uno de ellos revivía la creación de Giorgione, el adolescente de la hermosa pluma blanca, en el acto de adelantar hacia la inmensa presa recogida; y parecía en cada uno de ellos infinitamente multiplicada la potencia de gozar.

Su grito expresaba tan bien el interno tumulto que, el animador, se estremeció en lo íntimo, y fué atravesado por una ola repentina de tristeza al pensar en las cenizas de aquel fuego fugaz, pensando en el cruel despertar del día de ventura. ¡Contra

qué obstáculos ásperos é innobles había de estrellarse aquel terrible deseo de vivir, aquella violenta voluntad de formar por el propio destino las alas de la Victoria, y de tender todas las energías del sér hacia el grado sublime!

Pero la noche favorecía el delirio juvenil. Todos los sueños de dominación, de voluptuosidad y de gloria que Venecia había mecido y después sofocado entre sus brazos de mármol, todos resucitaban de los fundamentos del palacio, entraban por los balcones abiertos, palpitaban como un pueblo que revive, bajo las enormes volutas de aquel cielo espléndido y grave, como un pensil tesoro. La fuerza que por la amplia bóveda y en las altas paredes dilataba la musculatura de los númenes, de los reyes y de los héroes representados, la belleza que en las desnudeces de las diosas, de las reinas y de las meretrices, representadas, fluía como una música visible, la fuerza y la belleza humanas transfiguradas por siglos de arte, se harmonizaban en un simulacro único, que ellos, ébrios, creían tener delante de sus ojos, real y respirante, erigido allí por el poeta nuevo.

Exhalaban su embriaguez en el grito hacia aquel que había ofrecido á sus labios sedientos la copa de su vino. Todos veían al presente la llama inextinguible á través del velo de agua. Algunos ya se imaginaban á sí mismos en el acto de romper las hojas de laurel para perfumarse los dedos; y algunos ya habían pensado encontrar en el fondo de cualquier canal taciturno la espada antigua y la antigua diadema.

En las estancias contiguas al Museo, habíase quedado solo con las estatuas Stelio Effrena, en la imposibilidad de sufrir otro contacto, deseoso de recogerse y de calmar aquella insólita vibración por la que toda su esencia parecía difundida y como disipada á través del alma innumerable. De las recientes palabras no descubría trazas en la memoria; de las recientes imágenes no descubría señal. Tan solo le persistía en medio del espíritu aquella «flor de fuego» que él había evocado en honor del primer Bonifacio, y había cogido con sus mismos dedos incombustibles para ofrecerla á la mujer prometida. Volvía á pensar como en aquel instante del ofrecimiento espontáneo, la mujer se hubiese retraído, y en lugar de la mirada ausente, había él encontrado la sonrisa indicadora. Pareció que la nube de embriaguez, en el momento de desvanecerse, se condensase de nuevo en él, tomando la forma de la criatura musical, y que esta, teniendo la flor del fuego en una actitud dominadora, surgie-

se en la agitación, como en el estremecimiento incesante de un mar de estío. A celebrar aquella imagen, le llegaron del aula próxima las primeras notas, de la Sinfonía de Benedetto Marcello, el movimiento fugado de la cual, revelaba en seguida el caracter grande del estilo. Una idea sonora, nítida y fuerte como una persona viviente, desarrollábase según la medida de su potencia. Y él reconoció en aquella música la virtud de aquel principio mismo alrededor del cual, como alrededor de un tirzo, había enroscado las guirnaldas de su poesía.

Entonces el nombre que ya había resonado contra la coraza de la nave en el silencio y en la sombra, aquel nombre que en la inmensa onda de las campanas crepusculares habíase perdido como una hoja sibilina, fué propuesto por él á la orquesta, en sus sílabas, á guisa de un tema nuevo que recogieron los arcos. Los violines, las violas, los violoncellos, lo cantaron á porfía; los sonidos repentinos de las trompas heroicas lo exaltaron: en fin, todo el cuarteto lo lanzó con un ímpetu acorde al cielo de la alegría donde mas tarde debía brillar la corona de estrellas de oro, ofrecida á Arianna por Afrodita.

En la pausa Stelio experimentó un extravío singular, casi un estupor religioso ante aquella anunciación. Comprendió cuanto valía para él, en aquel inestimable momento lírico, el encontrarse solo entre simulacros cándidos y mudos. Un fragmento del mismo misterio que bajo el costado de la nave de guerra había desflorado como se desflora un velo fugitivo, parecía ahora ondularle ante los ojos en

aquella estancia desierta que no obstante se hallaba tan cerca de la multitud humana.—Calla así, en la ribera, junto á la ola, una concha marina.—Creía sentir una vez mas, como ya en alguna otra hora extraordinaria de su viaje, la presencia de su sino que se preparase á imprimir á su sér un nuevo impulso, y para infundirle quizás, una voluntad maravillosa. Y, pensando en la mediocridad de los mil destinos oscuros que pendían sobre las cabezas de la turba, atentas á la aparición de la vida ideal, se complació en poder adorar apartado, aquella fausta figura demoniaca que venía á visitarlo allí secretamente, para llevarle en nombre de un amante incógnita un don envuelto.

Estremecióse, al estallar las voces humanas saludando con una aclamación triunfal al dios invicto.

Viva el fuerte, viva el grande...

El aula profunda resonó como un vasto tímpano golpeado; y los ecos se dilataron por la Escalera de los Censores, por la Escalera de Oro, por los corredores, por los atrios, por los vestibulos, por las galerías, hasta los Pozos, hasta los fundamentos del palacio, como un trueno de alegría en la noche serena.

*Viva il forte, viva il grande
Vincitor dell'Indie dome!*

Realmente parecía que el Coro saludase la aparición del dios magnífico, evocado por el poeta, en la Ciudad anadiomene. Parecía que los fragmentos de sus púrpuras ardiesen en aquellas notas vocales, como llamas en cañas de cristal. La imagen viviente ondulaba suspendida sobre la turba que la nutría con su propio sueño.

Viva il forte, viva il grande...

En el impetuoso movimiento fugado, los bajos, los contraltos, los sopranos repetían la aclamación frenética al Inmortal de los mil nombres y de las mil guirnaldas «nacido sobre lechos inefables,» «semejante á un joven en la primera adolescencia.» Toda la antigua embriaguez dionisiaca parecía resurgir y difundirse en aquel coro divino. La plenitud y la frescura de la vida en la sonrisa de Lieo, de aquel que desata los afanes en el corazón del hombre, se

le aparecían con un rayo luminoso de alegría. Las antorchas inextinguibles de las Basaridas flameaban allí, y allí crepitaban. Como en el himno órfico, un reflejo de incendio iluminaba las frentes juveniles coronadas de cabelleras cerúleas. «Cuando el esplendor del fuego invadió toda la tierra, el solo encadenó los torbellinos estridentes de la llama.» Como en el himno homérico, palpitaba allí el trozo estéril del mar, resonaba el golpear acompasado de los remos numerosos que impulsaban á la nave bien construída hacia las ignotas tierras. El Florido, el Fructífero, el Remedio visible á los mortales, la Flor sagrada, el Amigo del Placer, Dionisio liberador reaparecía de improviso ante los hombres sobre las alas del canto, para ellos coronaba de felicidad aquella hora nocturna, como un cáliz colmado, y frente á ellos ponía nuevamente todos los bienes sensibles de la vida.

El canto crecía en fuerza; las voces se fundían en el ímpetu. El himno celebraba al domador de los tigres, de las panteras, de los leones y de los linces. Las Ménades parecían gritar allí, con la cabeza echada atrás, con las cabelleras sueltas, con las ropas desceñidas, golpeando los címbalos, agitando los crótalos:

—¡Evoé!

Pero he aquí de la sonoridad heroica surgir de repente un amplio ritmo pastoral, evocando al Baco Tebano, de la frente pura, ceñida con pensamientos suaves:

Quel che all'olmo la vite in stretto nodo

Pronuba accopia, e i pampini feconda... (1)

Dos únicas voces en sucesión de sextas cantaban las bodas arbóreas, el verde maridaje, los vínculos flexibles. La imagen del navío lagunar cargado de racimos como la cuba que está á punto de ser prensada, ya creada por la palabra del poeta, pasó de nuevo por los ojos de la multitud. Y pareció que el canto realizase de nuevo el prodigio del cual fué testigo el prudente piloto Medeides. «Y he aquí que un vino dulce y oloroso fluyó del negro y veloz navío... Y he aquí que hasta en lo sumo de la vela, una vid se desenvolvió; y colgaban innumerables racimos. Y una hiedra obscura se arrollaba á la antena, y estaba cubierta de flores; y hermosos frutos nacian. Y todos los escálamos de los remos, tenían guirnaldas...»

El espíritu de la fuga pasaba entonces por la orquesta, se aligeraba en hermosas volutas, mientras las voces batian sobre la trama orquestal en percusión simultánea. Y como un ágil tirso erguido sobre la legión báquica, una voz solá de nuevo, elevó la melodía nupcial en la que reía la gracia del connubio agreste:

*Viva dell' olmo
E de la vite
L'almo fecondo
Sostenitor!*

(1) Aquel que el olmo á la vid en nudo estrecho
Une y enlaza y los pámpanos fecunda...

Las voces solas daban imagen de Tiades alzadas que moviese suavemente entre los humos de la embriaguez sus tirsos ornados de corimbos y de pámpanos, vestidas de largas ropas azafranadas, encendido el rostro y palpitantes como las mujeres de Paolo, que se inclinaban en los balaustres aéreos á beber el canto. Pero la aclamación heroica resurgió con una vehemencia final. El rostro del dios conquistador relampagueó entre las antorchas agitadas frenéticamente. Las voces y la orquesta al unísono resonaron en un supremo ímpetu de júbilo, hacia la desmesurada quimera de ojos, bajo el pensil tesoro de aquel cielo, en aquel cercado de rosas triremes y de torres pertrechadas y de teorías triunfales.

Viva dell' Indie

Viva de' mari

Viva de' mostri

Il domator!

Stelio Effrena se había aproximado al umbral; por en medio de la muchedumbre que se abría, había penetrado en el aula; permanecía en pie próximo á un lado del estrado ocupado por la orquesta y los cantores. Buscaba con ojos inquietos á la Foscarina junto á la esfera celeste, pero sin encontrar-

la. La cabeza de la Musa trágica ya no surgía en el orbe de las constelaciones. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había retirado? ¿Era visto de ella, sin verla?

Una ansiedad confusa lo turbaba; y las visiones de la víspera sobre las aguas le resurgían en el espíritu turbias, acompañadas de las palabras de la última promesa. Al mirar á los balcones abiertos, pensó que tal vez ella habría salido al aire nocturno, y que reclinada quizás contra la balaustrada sentía pasar las ondas de la música sobre su nuca helada, gozando como por escalofríos comunicados por besos tenaces.

Pero la espera de la voz reveladora dominó en él toda otra preocupación, abolió toda otra ansiedad. Advirtió de improviso; que un silencio profundo se había hecho en el aula, como en el instante en que él había abierto los labios para proferir la primera sílaba. Como en aquel instante, el monstruo efímero y versátil de los mil rostros humanos parecía extenderse mudamente y hacerse vacío para recibir un alma nueva.

Oyó en torno suyo balbucear el nombre de Donatella Arvale. Volvió los ojos al estrado, más allá de los violoncellos que formaban un seto obscuro. La cantante permanecía invisible, escondida tras la selva delicada y rugidora de donde estaba á punto de salir la armonía dolorosa que había de acompañar la lamentación de Arianna.

Un prelude de violines ascendió entonces en el silencio favorable. Las violas y los violoncellos unieron á aquel llanto suplicante un suspiro más profundo. ¿No era después de la flauta frigia, y los

crótalos berecintios, después de los instrumentos orgiacos, los sones de los cuales turban la razón é incitan al delirio, no era la augusta lira dórica, grave y suave, harmónico sostén del canto? Así del Ditirambo estrepitoso el nacimiento del Drama. La gran metamorfosis del rito dionisiaco—el frenesi de la fiesta sagrada convertida en el creador entusiasmo del trágico—parecía figurada en aquella fantasía musical. El soplo igneo del dios tracio había dado vida á una forma sublime del Arte. La corona y el trípode, ofrecidos en premio á la victoria del poeta, habían substituído al cabrón lascivo y al canasto de higos áticos. Esquilo guardián de una viña, había sido visitado por el dios que le infundía su espíritu de llama. Al lado de la Acropolis, junto al santuario de Dionisio, había surgido un teatro de mármol capaz de contener al pueblo elegido.

Así, de improviso, en el interno mundo del animador se abrían las vías de los siglos prolongándose por las lontananzas de los misterios primitivos. Aquella forma del Arte, á la que ahora tendía el esfuerzo de su genio atraído por las aspiraciones obscuras de las multitudes humanas, le aparecía en la santidad de sus orígenes. El divino dolor de Arianna, ascendiendo como un grito melodioso fuera del Tiaso furibundo, hacía estremecer una vez más la obra que él nutría dentro de sí, informe, pero ya vital. Buscó de nuevo con los ojos en el orbe de las constelaciones la musa de voz divulgadora. Como no la descubrió volvió con los ojos á la selva de los instrumentos de donde salía el gemido.

Entonces de entre los arcos sutiles que brillaban

como largos plectros, subiendo y bajando sobre las cuerdas con movimiento alterno, surgió la cantante erguida como un tallo y onduló un poco como un tallo, sobre la armonía pianísima. La juventud de su cuerpo ágil y robusto parecía resplandecer á través del tejido de sus ropas, como una llama á través de la finura de un marfil pulido. Elevándose y bajando en torno á la blanca figura, los arcos parecían arrancar la nota de la música oculta que existía en ella. Cuando sus labios se curvaron Stelio conocía la pureza y la fuerza de la voz aun no modulada, como si tuviese delante de los ojos una estatua de cristal por dentro del cual viese ascender el venero de una fuente viva.

*Come mai puoi
Vedermi piangere...*

La melodía del antiguo amor y del antiguo dolor fluía de aquellos labios con una expresión tan pura y tan fuerte que súbitamente para el alma innumerable se convirtió en una misteriosa felicidad. ¿Era aquel acaso el llanto divino de la Minoide tendiendo en vano los brazos contrariados, por la ribera abandonada por Nasso, hacia el Huésped flavoc. La fábula desvaneciase, el engaño del tiempo estaba abolido. El dolor eterno y el eterno amor de los dio-

ses y de los hombres se exhalaban en la voz soberana. El pesar inútil de toda alegría perdida, el último llamamiento tras de todo bien fugitivo, la imploración suprema hacia cada vela que se desvanece en los mares, hacia cada sol que se oculta en los montes, y el deseo implacable y la promesa de la muerte pesaban en el elevado canto solitario, cambiados por la virtud del arte en esencias sublimes que el alma podía recibir sin sufrimiento. Las singulares palabras se desunían, extraviábase toda significación, cambiábanse en notas de amor y de dolor indefinidamente reveladoras. Como un círculo que esté cerrado, y que no obstante se dilate de continuo por el latido mismo de la vida universal, la melodía había circundado al alma innumerable que se dilataba con ella en una inmensa felicidad.

Por los abiertos balcones, en la calma perfecta de la noche otoñal, el manto se extendía sobre las quietas aguas, ascendía á las estrellas vigilantes, ultra las arboladuras inmóviles de los navíos, ultra las torres sagradas habitadas por los bronces ahora mudos. En los interludios, la cantante, inclinaba la cabeza juvenil, parecía quedar exánime como un simulacro, blanca en la selva de los instrumentos, entre el movimiento alterno de los largos plectros, acaso ignorante del mundo que su canto en algunos instantes había transfigurado.

Bajado al patio ocultamente para substraerse á la curiosidad importuna Stelio Effrena se había refugiado en un espacio de sombra, y desde allí espiaba la aparición, entre la muchedumbre, en lo alto de la Escalera de los Gigantes, de las dos mujeres que habían de reunirse con él en el pozo.

Sentía que su espera de momento en momento se hacía más ansiosa, mientras le llegaba el grito inmenso que se elevaba en torno á los muros exteriores del palacio, perdiéndose en el cielo iluminado por un reflejo de incendio. Una alegría casi terrible parecía propagarse en la noche sobre la ciudad anadiomene. Parecía que una respiración vehemente hubiese venido de improviso á dilatar los pechos angostos y que una superabundancia de vida sensual llenase las arterias de los hombres. El corobáquico al reanudar su canto celebrando la corona de espinas ceñida por Afrodita á la cabeza tornadiza de Arianna, aquel alto himno de gloria seguido por el supremo clamor orgiaco del Tiaso, había suscitado el grito de la multitud apiñada en el Molo,

bajo los balcones abiertos. En la elevación, unisona, sobre la palabra ¡Viva! al Coro de las Menades, de los Sátiros, y de los Egipanos había contestado el coro popular como un eco formidable en la dársena de San Marcos. Y parecía que en aquel punto el delirio dionisiaco, recordatorio de las antiguas selvas inflamadas en las noches oscuras, hubiese dado la señal del incendio en el cual debía resplandecer últimamente la belleza de Venecia.

El sueño de Paris Eglano relampagueó al deseo de Stelio:—el espectáculo de las llamas portentosas ofrecido al amor sobre el lecho amarillento. La imagen de Donatella Arvale, persistía en sus pupilas:—la viva y juvenil persona, de espaldas crecientes y poderosas, más allá de la selva sonora, entre el movimiento alterno de los plectros que parecían arrancar la nota de la música oculta que existía en ella. Y con una extraña angustia, sobre la cual pasaba como una sombra de horror, evocó la imagen de la otra:—envenenada por el arte, cargada de saber voluptuoso, con el gusto de la madurez y de la corrupción en la boca elocuente, con la aridez de la vana fiebre en las manos que habían exprimido el jugo de los frutos engañosos, con los vestigios de cien máscaras en el rostro, que había simulado el furor de las pasiones mortales. En aquella noche al fin, después del largo deseo intermedio, había de recibir el don de ese cuerpo ya no joven, ablandado por todas las caricias y que era aún desconocido para él. ¡Cómo había palpitado y estremecídose, no obstante antes, al lado de la mujer taciturna, navegando hacia la ciudad *bella*, sobre el agua que parecía para ambos correr en una clepsidra espanto-

sa! ¡Ah! ¿Por qué ahora le salía al encuentro acompañada de otra tentadora? ¿Por qué ponía al lado de su saber desesperado, el puro esplendor de aquella juventud?

Con un latido profundo descubrió en lo sumo de la escalera marmórea á la luz de las antorchas humeantes la figura de la Foscarina tan unida á la de Donatella Arvale, entre el gentío, que una se confundía con otra, en un mismo blanquear. Las siguió con la mirada bajar las gradas, en suspenso, como si á cada momento pusieran el pie al borde de un abismo. La ignota, en aquellas breves horas había ya vivido dentro de él, una vida ficticia tan intensa que viéndola aproximarse, experimentaba una turbación no desemejante á la que hubiese experimentado viendo de improviso venir á su encuentro la encarnación respirante de una de las criaturas ideales generadas por su arte.

Descendía con lentitud, entre la onda humana que su canto había elevado por algunos instantes al vértice de la felicidad. Detrás de ella, el Palacio de los Dux atravesado por amplias claridades y por estrépitos confusos daba imagen de uno de aquellos despertares fabulosos que de repente transfiguran en las forestas, los palacios inaccesibles, donde algún follaje real crecía solo en los siglos, nutrido por el silencio, como un sauce eterno sobre un río lácteo.

Los dos Gigantes guardianes teñíanse de rojo al resplandor de las antorchas; la cúspide de la Puerta Dorada brillaba de lucecillas; de la parte septentrional las cinco cúpulas de la Basílica reinaban en el cielo como vastas mitras incrustadas de crisólidos.

tos. Y el inmenso clamor subía, subía por entre la reunión de mármoles, como el mugido de la tempestad contra las murallas de Malamocco.

En tal tumulto inaudito de fiesta, en tal contraste de insólitas apariencias, Stelio Effrena veía como venían á su deseo las dos tentadoras, entrambas salidas de la muchedumbre como del abrazo de un monstruo. Extraordinarias promiscuidades le fingía el deseo, las cuales creía que podían hacerse reales con la facilidad del sueño y con la solemnidad de las ceremonias litúrgicas.

Pensó que Perdida le ponía delante aquella magnífica presa para un fin recóndito de belleza, para alguna obra vital de la cual quisiese ella misma ser la artífice con él. Pensó que Perdida le había hablado aquella noche palabras estupendas. Y volvió á pasar por su espíritu la melancolía indefinible que ya había experimentado al inclinarse sobre el brocal de bronce para mirar en aquel obscuro espejo interior el reflejo de las estrellas; y esperó un suceso el cual moviese, en la última profundidad de su sér, aquel alma secreta que á semejanza de aquel espejo de agua permanecía inmóvil, extraña é intangible.

Por la aceleración vertiginosa de sus pensamientos comprendió que se hallaba en el estado de 'gracia, en la inminencia de aquel divino delirio que tan sólo podían darle las virtudes de la laguna. Y de la sombra salió al encuentro de las dos mujeres con un presentimiento embriagador.

— ¡Oh, Effrena! — dijo la Foscarina acercándose al pozo. — Ya no esperaba encontraros aquí. ¿Hemos

tardado mucho, verdad? Pero estábamos presas entre la multitud, sin escapatoria.

Añadió, sonriendo, volviéndose á la compañera:

—Donatella, hé aquí al Maestro del Fuego.

Sin hablar, pero sonriendo, Donatella Arvale, contestó á la profunda inclinación de Stelio.

Añadió la Foscarina atrayéndola hacia sí:

—Es preciso que vayamos en busca de la góndola. Nos espera en el Puente de la Poggia. ¿Venís con nosotras Effena? Es necesario aprovechar el momento. La multitud se precipita hacia la Pizzaetta. La Reina sale por la Porta della Corta.

Un largo grito concorde saludó la aparición de la Reina, blonda y perlada, en lo sumo de la Escalera, donde en un tiempo el Dux electo recibía la enseña ducal en presencia del pueblo. Una vez más el nombre de la blanca flor estelar (1) y de la perla purísima fué repetido en los ecos del mármol. Fulgores de alegría crepitaron en el cielo: Mil palomas ardientes volaron de los pináculos de San Marcos, mensajeras del Fuego.

—¡La Epifanía del Fuego!—exclamó la Foscarina, saliendo al Molo, ante el espectáculo iluminante.

Y á su lado Donatella Arvale y Stelio Effrena se detuvieron atónitos; y se miraron con los ojos deslumbrados. Y sus rostros resplandecían encendidos por los reflejos, como si se hallasen inclinados hacia un horno ó sobre un cráter.

(1) Margarita.

Todas las apariencias innumerables del fuego volátil y versicolor se extendían por el firmamento, rastreaban sobre el agua, se enroscaban á las antenas de las naves, enguirnaldaban las cúpulas y las torres, adornaban los trabarones, envolvían las estatuas, relucían en los capiteles, enriquecían todas las líneas, transfiguraban todos los aspectos de las arquitecturas sagradas y profanas en cuyo claustro el lago profundo era como un espejo mágico quemultiplicaba las maravillas. Atónitos los ojos ya no distinguían los confines y la cualidad de los elementos, pero estaban iluminados por una visión móvil y desmesurada donde todas las formas vivían de una vida lúcida y fría, suspendidas en un éter vibrante; así que las ágiles proas curvadas sobre el agua y las miriadas de palomas de oro por el cielo parecían porfiar en ligereza en el vuelo igual, y llegar á la sumidad de los edificios inmateriales. Era realmente un templo edificado por alegres genios del Fuego, aquello que en el crepúsculo había parecido un

argentino palacio neptúnico construido á semejanza de las retorcidas formas marinas. Era, realmente, agigantada, una de aquellas moradas laberínticas inventadas sobre el hierro de los hogares, en cuyas cien puertas aparecen los presagios diferentes, y hacen gestos ambiguos á la virgen que espía; era, agigantada, uno de aquellos frágiles palacios encarnados en cuyas mil ventanas se asoman por un instante las primeras salamandras y ríen voluptuosamente al poeta que medita. Rosada como una luna en occidente, radiaba sobre la tríplice terraza contigua, la esfera de la Fortuna llevada en hombros por los Atlantes; y nacía de su reflejo un cielo de satélites. De la Riva, de San Jorge de la Judería, con una crepitación continua, haces ígneos de cohetes convergían en lo alto y allí se abrían en rosas, en lirios, en palmas, en paradisiacas flores, formando un jardín aéreo que se destruía y renovaba de continuo con floraciones siempre más ricas y más extrañas. Era como una sucesión rápida de primaveras y de otoños supremos. Una inmensa lluvia reluciente de pétalos y de hojas caía de las disoluciones celestes y envolvía todas las cosas en su remolino de oro. Descubriase lejos; hacia la laguna, por entre los espacios que se abrían en aquella espesura, avanzar una flota empavesada; una legión de galeras semejantes, tal vez, á aquellas que navegan en el sueño del lujurioso durmiente, su último sueño, en un lecho impregnado de perfumes mortales. Como aquellas, tal vez, estas llevaban cordajes formados con las cabelleras torcidas de las esclavas apresadas en los países de conquista, todavía des-

tilando aceite suave; como aquellas, tenían la estiba repleta de mirra, de espiganardo, de benjuí, de hidromiel, de cinamomo, de todos los aromáticos, y de sándalo, de cedro, de terebinto, de todas las maderas olorosas en varias capas. Los indescriptibles colores de las llamas, de que aparecían empavesados, evocaban los perfumes y las especias. Azules, verdes, blancas, azafranadas, violáceas, de mezcolanzas indistintas, las llamas parecían escapar de un incendio y colorarse con desconocidas sublimaciones. No de otro modo llamearon acaso, en los antiguos furores del saqueo, los depósitos reservados de esencias destinadas á macerar las esposas de los príncipes sirios. Así pues en el agua sembrada de materias ígneas que surgían de las carenas, la flota magnífica y perdida, avanzaba hacia el puerto lentamente, como si fueran sueños de embriaguez, sus pilotos, y las condujeran á consumirse frente al León estilita, como una gigantesca pira votiva por la cual debiese el alma de Venecia quedar perfumada y estupefacta eternamente.

—¡La Epifanía del Fuego! ¡Qué comentario tan imprevisto á vuestra poesía Effrena! La Ciudad de Vida, responde con un prodigio á vuestro acto de adoración. Arde enteramente á través de su velo de agua. ¿No estáis satisfecho? ¡Mirad! Millones de granadas de oro cuelgan por doquier.

La actriz sonreía con el rostro iluminado por la fiesta. Parecía poseída por aquella alegría singular que Stelio conocía bien, y que por una especie de estridor sordo, le daba imagen de una casa cerrada y profunda donde de improviso manos violentas

abriesen todas las puertas y todas las ventanas sobre los quicios herrumbrosos.

—Es necesario alabar á Arianna—dijo él—por haber llevado á esta harmonía la nota más alta.

No había proferido estas palabras si no para inducir á la cantante á hablar, si no por el deseo de conocer cual fuese el timbre de aquella voz descendida de la elevación del canto. Pero su alabanza se perdió en el clamor iterado de la turba que rebullía en el Molo é hizo imposible toda indecisión. En la ribera ayudó á las dos amigas á bajar á la gondola, sentándose junto á ellas en un banco. Y la larga proa dentada penetró en el encanto chispeando.

—Al rio Marin por el Canalazzo—ordenó la Foscarina al remador—¿Sabéis Efrena? Nos acompañarán á la cena alguno de vuestros mejores amigos: Francisco de Lizo, Daniele Glauro, el príncipe Hóditz, Antimo della Bella, Fabio Molza, Baltasar Stampa...

—Será pues un convite—interrumpió Stelio.

—¡No por cierto el de Canaan!

—¿Pero no estará pues Sady Myrta con sus lebríeles paolescos?

—Ciertamente, Lady Myrta no faltará. ¿La habéis visto en la Sala? Estaba en una de las primeras filas, extraviada en vos.

Como al hablar se miraban en los ojos una y otro, se sintieron invadidos por una súbita turbación. Y el recuerdo de la plenísima hora crepuscular, que ambos habían vivido, sobre la misma agua, surcada por el mismo remo, llenó sus corazones como una ola de sangre turbia; y les acometió un rápido re-

torno de aquella angustia que habían experimentado en el momento de dejar tras si el silencio del estuario ya en poder de la sombra y de la muerte. Y sus labios se negaron á las vanas palabras engañosas, y sus almas se substrajeron al esfuerzo de inclinarse por prudencia hacia aquellos ornamentos pasajeros de la vida de fiesta, en las que ahora no podían reconocer valor alguno, absortas en la consideración de las extrañas figuras que surgían de su profundidad con aspectos nunca vistos de monstruosa riqueza, á semejanza de aquellas adunaciones tesauricas que los reflejos de luz descubrían por entre el agua nocturna.

Pero, como callaron como cuando estaban acercándose al navío que arriaba la bandera, sintieron con mayor gravedad en su silencio la presencia de la criatura musical, como entonces habían sentido su nombre; y aquella gravedad á poco á poco se hizo casi intolerable. No obstante á Stelio, que estaba junto á sus rodillas le aparecía alejada como antes en la selva de los instrumentos: alejada é inconsciente como ante la felicidad del canto. ¡Aún no había hablado!

Tan solo para oirla, Stelio le preguntó casi tímido:

—¿Permaneceréis todavía algún tiempo en Venecia?

El poeta había buscado las palabras que pudieran sublevarla; y cuantas le acudieron á los labios le habían producido cierta turbación, le parecieron llenos de significados ambiguos, demasiado vivos, insidiosas, capaces de fecundaciones incalculables,

como la ignota simiente de la cual nacen las mil raíces. Y habíale parecido que ninguna de ellas pudiese ser oída por Perdida sin que el amor de ella no se entristeciera.

Tan solo después de haber proferido la pregunta sencilla y usual advirtió que hasta en esta podía ocultarse un infinito de deseo y de esperanza.

—Necesito partir mañana—contestó Donatella Arvale.—Ya no debía estar aquí.

Su voz tan límpida y fuerte en la elevación del canto era llana, sobria, como bañada por una tenue opacidad, sugiriendo la imagen del más precioso metal envuelto en el más delicado terciopelo. Su contestación breve, evocaba un lugar de suplicio donde hubiese de volver para someterse á una tortura manifiesta. Una voluntad dolorosa, como un hierro templado en las lágrimas, brilló á través del velo de su belleza juvenil.

—¡Mañana!—exclamó Stelio demostrando su sincero pensar.—¿Habéis oído señora?

—Lo sé—dijo la Foscarina, cogiendo la mano de Donatella con un movimiento cariñoso—lo sé; y es una gran tristeza para mí, verla partir. Pero no puede permanecer mucho tiempo lejos de su padre. Vos tal vez ignoráis aún...

—¿Qué?—preguntó Stelio con vivacidad.—¿Está enfermo? ¿Es pues verdad que Lorenzo Arvale está enfermo?

—No, está fatigado—contestó la Foscarina tocándose la frente con un ademán acaso involuntario en el cual vió Stelio la horrible amenaza suspendida sobre el genio de aquel artífice, que había pare-

cido fecundo é infatigable como un maestro antiguo, como un Della Robbia ó un Verrocchio.—Está fatigado nada más... fatigado nada más... Tiene necesidad de reposo y de bálsamos. Y el canto de su hija es para él un bálsamo sin igual. ¿No tenéis fe vos también Effrena en la virtud medicinal de la música?

—Ciertamente—contestó Stelio.—Arianna tiene un don divino, por lo cual trasciende su poder todos los límites.

El nombre de Arianna le acudía espontáneo á los labios para indicar á la cantante tal como él la veía; porque parecíale no poder pronunciar el nombre verdadero de la joven por el apelativo ordinario que imponen las costumbres mundanas. La veía íntegra y singular, libre de las pequeñas ligazones del hábito; viviendo de una vida propia y circunscrita, semejante á una elevada obra, sobre la cual el estilo, hubiera impreso su sello inviolable. La veía aislada, como aquellas figuras que resaltan por un contorno profundizado y limpio, extraña á la vida común, fija en un pensamiento suyo secretísimo: y experimentaba ya, ante la intensidad de aquel recogimiento, una especie de apasionada impaciencia no desemejante á la del hombre curioso ante una clausura hermética que lo tentase.

—Arianna tenía para sus penas el don del olvido—dijo ella—que á mi me falta.

Una amargura, quizás involuntaria, teñía sus palabras, en las cuales pareció á Selio descubrir el indicio de una aspiración hacia una vida menos oprimida por el dolor inútil. Adivinó en ella, con

una rápida intuición el desdén por la esclavitud, el horror por el sacrificio al cual parecía sujetarse, el deseo vehemente de elevarse hacia la alegría, y la aptitud para ser tendida como un hermoso arco por una mano fuerte que supiese armarse con ella para una alta conquista. Adivinó que no tenía ya esperanza de salvación para el padre, y que se lamentaba de no ser al presente, si no el guardián de un fuego apagado, de una ceniza sin chispas. Y la imagen del gran artífice fulminado, le apareció no cual era, porque él no había conocido nunca la larva caduca; si no como se fingían las ideas de belleza expresadas por el genio de él, en el mármol y en el bronce perdurables. Y la miró fijamente, con un angustia de terror más fría que aquella que inspiran los más atroces aspectos de la muerte. Y toda su fuerza y todo su orgullo y todos sus deseos parecieron resonar en él como un haz de armas movidas por una mano amenazadora; y no hubo fibra en él que no se estremeciera.

Entonces la Foscarina, levantó aquel trapo fúnebre que de repente había convertido la góndola en un féretro tras los esplendores de la fiesta.

—Mirad allá Effrena,—dijo señalando el balcón de Desdémona,—la bella Nineta como recibe el homenaje de la serenata, entre su mona y su perrito.

—¡Ah, la bella Nineta!—exclamó Stello apartando de sí el pensamiento triste, fijándose en el balcón alegre, enviando con una viveza jovial su saludo á la mujercita que escuchaba á los músicos, iluminada por dos candelabros de plata en cuyos cánticos estaban prendidas las guirnaldas de las últi-



mas rosas.—No la había visto aún. Es el más dulce y el más gracioso animal que conozco. ¡Qué fortuna tuvo Hoditz cuando la descubrió detrás de la cubierta de un arpícordio (1), mientras revisaba una tienda de antigüedades en San Samuel! Dos fortunas en un día: la bella Nineta y una cubierta pintada por Pordenone. Desde aquel día la armonía de su vida fué completa. ¡Cómo quisiera que vos entráseis en su nido! Tendríais un ejemplo verdaderamente admirable de lo que yo decía hoy, al crepúsculo. Hé ahí un hombre que obedeciendo á su gusto nativo de la tenuidad ha sabido componerse con un arte minucioso su fabulita, en la cual, vive feliz como su abuelo moravio en la Arcadia de Rosswald. ¡Ah, cuántas cosas exquisitas sé yo de él! Una ancha barca, adornada de linternas versicoloras, llena de músicos y de cantores se hallaba parada bajo la casa de Desdémona. La canción antigua de la juventud breve, y de la belleza pasajera subía dulcemente hacia la mujercita que escuchaba sonriendo con su sonrisa infantil entre su mona y su perrita, como en una estampa de Pedro Longhi.

De beni vu ghavé,
 Beleza e zoventú;
 Co i va no i torna piú,
 Nina mia cara... (2)

(1) Instrumento musical muy semejante al arpa.

(2) Son bienes muy efimeros,—belleza y juventud,—cuando se van no vuelven,—Nina querida...

—¿No os parece que sea esta el alma verdadera de Venecia, y que la que habéis presentado á la muchedumbre no sea sino la vuestra, Effrena?—dijo la Foscarina moviendo un poco la cabeza al ritmo de la tierna melodía que fluía por todo el Canal Grande, repetida en lontananza por las otras barcas canoras.

—No, no es esta,—contestó Stelio.—Existe dentro de nosotros, errante como una mariposa voluble, sobre la superficie de nuestra alma profunda, una animula, un exiguo espíritu jocoso, que á menudo nos seduce y nos persuade á inclinarnos hacia los placeres ligeros y mediocres, hacia los pasatiempos pueriles, hacia las músicas fáciles. Esta animula errante existe aún en las naturalezas más graves y más violentas, como aquel *clown* adicto á la persona de Otelo; y á veces engaña al juicio. Vos oís cantusear con las guitarras la animula de Venecia; pero la verdadera alma no se descubre más que en el silencio y más terriblemente,—estad segura,—en el pleno estío, de mediodía, como el gran Pan. Hace un momento, allá, en la dársena de San Marcos, creía que vos la habíais sentido por algunos momentos vibrar en el inmenso incendio. ¡Olividáis á Giorgione por la Rosalba!

En torno á la barca canora, se agrupaban los barquitos de mujeres lánguidas que se inclinaban hacia la música en actitudes de abandono, como si se hallasen á punto de desmayarse entre brazos invisibles. Y en torno á aquella voluptuosidad acumulada, las linternas reflejadas en el agua temblequeaban como una floración de luminosas ninfas multicolores.

Se lassaré passar
La bela é fresca etá
Un zorno i ve dirá
Vechia maura;
E bramaré, ma invan
Quel che ghavevi in man
Co avé lassá scampar
La congiontura. (1)

Era verdaderamente la canción de las últimas rosas que se marchitaban en los cánticos de los candelabros. Evocaba en el alma de Perdida el cortejo del Estío muerto, la envoltura opalina, en la cual, Stelio había encerrado el dulce cadáver vestido de oro. Veía su propia imagen á través del vidrio sellado por el Maestro del Fuego, en el fondo de la laguna, sobre el prado de las algas. Un frío de improviso le invadió todos los miembros; de nuevo la oprimían el horror y la repugnancia de su cuerpo ya no joven. Y recordando la promesa reciente, al pensar que el amante hubiese podido en aquella noche misma pedirle el cumplimiento, de nuevo se contrajo por el estremecimiento de un pudor doloroso, mezcla de miedo y orgullo. Sus ojos

(1) Si dejas pasar—la bella y fresca edad—un día te dirá:—ya eres vieja.—Y en vano llorarás—lo que poseías.—Has dejado escapar—el momento.

expertos y desesperados recorrieron á la persona que tenía al lado, la examinaron, la penetraron, sintieron la fuerza oculta pero cierta, la frescura intacta, la salud pura, y aquella indefinida virtud de amor que exhalan como un aroma los cuerpos vastos de las vírgenes cuando han llegado á la perfección de su florecer. Le pareció descubrir la afinidad secreta que ya existía entre aquella criatura y el animador; le pareció adivinar las palabras que él le dirigía en silencio. Una angustia atroz la mordió en medio del pecho, intolerable, tanto, que sus dedos convulsos se aferraron á la cuerda negra de la chumacera con un ademán involuntario y se oyó estridir el pequeño grifo de metal que la sujetaba.

No escapó á Stelio aquel movimiento, porque vigilaba inquieto. Comprendió aquella extrema angustia y la sufrió agudísima él mismo por algunos momentos, pero mezclada con una impaciencia casi airada, porque venía á atravesar y á interrumpir, como un grito destructor, una ficción de vida transcendente que él estaba componiendo en sí para conciliar el contraste, para conquistar aquella fuerza nueva que se le presentaba como arco que tender, y por no perder el sabor de aquella madurez que la vida había impregnado con todas sus esencias, el beneficio de aquella atención y de aquella fe apasionadas, de las que su intelecto sentía el estímulo como de una droga inciensaria y su orgullo se nutría como de una continua alabanza. «¡Ah Perdida!» pensaba él. «¿Por qué del fermento de vuestros innumerables amores humanos no ha escapado un puro espíritu de amor más que huma-

no? ¡Ah! ¿Por qué yo he querido venceros finalmente con mi deseo, aún sabiendo que es muy tarde, y por qué dejáis vos que yo lea en vuestros ojos la certidumbre del próximo don, entre una ola de dudas, que no servirán para imponer de nuevo la prohibición abolida? Aún conociendo entrambos que en esa prohibición estaba toda la nobleza de nuestra larga comunidad, no hemos sabido preservarla; y cederemos ciegamente á la última hora, impulsados por una orden de una turbulenta voz nocturna. Hasta antes, cuando vuestra cabeza se alzaba en el orbe de las constelaciones, no he visto en vos á la amante carnal, sino á la musa divulgadora de mi poesía; y toda la gratitud de mi alma ha ido hasta vos por la promesa de la gloria, no por la promesa del placer. ¿No lo habéis comprendido como siempre? ¿Con una maravillosa invención, como siempre, no habéis conducido, por el rayo de vuestra sonrisa, á mi deseo hacia una juventud esplendorosa que vos me habíais elegido y reservado? ¿Descendiendo junto á ella, por la gran escalera, y viniendo hacia mí, no teníais vos el aspecto de quien lleva un don ó un anuncio inesperado? No inesperado acaso, Perdida, no inesperado: porque de vuestra sabiduría yo me esperaba algún acto extraordinario...

—¡Qué feliz era la bella Nineta, entre su perrita y su mona!—suspiró la mujer desesperada volviendo la cabeza hacia la canción fácil y el balcón riente.

La xoventú xe un fior
Che apena nato el mor
E un zorno guanca mi
No saró quela. (1)

También Donatella Arvale volvió la cabeza y con ella Stelio Effrena. Sin sumergirse, la navecilla ligera llevaba aquel pesado destino de los tres rostros, sobre el agua y sobre la música.

¡E vegna quel che vol
Lassé que vaga! (2)

Por todo el Canal Grande, repetida en lontananza por todas las barcas, corría la melodía del placer fugitivo.

Fascinados por el ritmo hasta los servidores del remo unieron sus voces al coro alegre. Aquella alegría que parecía terrible al animador, al primer

(1) La juventud es una flor—que apenas nacida muere.—Y un día llegará—que no será aquella.

(2) Y vaya lo que quiera,—deja que venga.

grito de la muchedumbre densa en el Molo, ahora se atenuaba, se hacía lasciva, florecía en juegos y en gracias, se hacía benigna é indulgente. La ánima de Venecia repetía el ritornello de la vida olvidadiza, punteando las guitarras, y danzando entre los festones de linternas.

¡E vegna quel che vol
Lassé che vaga!

De repente, ante el palacio rojo de los Foscari, en la curva del canal, un gran bucentorio, (1) llamé como una torre que se encendía. Nuevos fulgores crepitaron en el cielo. Otras palomas ardientes volaron de la casilla, se agitaron estridentes sobre el agua, allí, se multiplicaron en chispas innumerables, y allí flotaron humeando. A lo largo de los pretils, en lo alto de los castillos, á popa, á proa, explosión simultánea, mil fuentes de fuego se abrieron, se dilataron, se mezclaron, iluminaron con un violento rojo el canal á una y otra parte hasta á San Vítal, hasta á Rialto. El bucentorio desapareció, convertido en una nube purpúrea y detonante.

—¡Por San Polo!—gritó la Foscarina al remador, inclinando la cabeza como bajo una tempestad, de-

(1) Especie de nave majestuosa de remos que estaba destinada en la república de Venecia, á los esponsales del mar Adriático en el día de la Ascensión. (N. del T.)

fendiendo con las manos á sus orejas del trueno.

Y Donatella Arvale y Stelio Effrena, se miraron de nuevo con los ojos deslumbrados. Y sus ojos resplandecían encendidos por los reflejos como si estuvieran inclinados hacia un horno ó hacia un cráter.

La góndola entró en el río de San Polo, se insinuó en la sombra. Un súbito velo de hielo cayó sobre los tres taciturnos. Bajo los arcos del puente, las almas tornaron á oír la cadencia del remo; y el estrépito de la fiesta pareció infinitamente remoto. Todas las cosas aparecían oscuras; el campanario se hallaba mudo y solo entre las estrellas; el campo del Remer, el campo del Pastor estaban desiertos, y la hierba respiraba en ellos en paz; los árboles rebosando las paredes de los huertecitos, sentían morir las hojas en las ramas elevadas hacia el cielo sereno.

—Al menos por algunas horas, pues, en Venecia, el ritmo del arte y la pulsación de la vida, han vuelto á tener un mismo latido,—dijo Daniel Glauro alzando de sobre la mesa su cáliz, al cual, faltaba la patena sacra. Séame concedido expresar, también su nombre de un gran número de ausentes, el reconocimiento y el fervor que confunden en una sola imagen de belleza á las tres personas, á las cuales, debemos el milagro: la señora del convite, la hija de Lorenzo Arvale y el poeta de Persefone.

—¿Por qué también la señora del convite Glauro? —preguntó sonriendo la Foscarina con una gracia atónita.—Yo, como vos, no he dado sino que he recibido goce. Es necesario coronar á Donatella y al donador. La gloria es para ellos.

—Pero vuestra presencia silenciosa en la Sala del Mayor Consejo, hace poco, junto á la esfera celeste,—contestó el doctor místico,—no era menos elocuente que la palabra de Stelio, ni menos musical que el canto de Arianna. Una vez más habéis esculpido vos divinamente en el silencio vuestra propia estatua, que vive en nuestro recuerdo con la palabra y con el canto.

Stelio Effrena, con un escalofrío oculto y profundísimo volvió ver al monstruo efímero y versátil, más allá del cual, surgía la musa trágica con la cabeza alzada en el orbe de las constelaciones.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—exclamó Francisco de Lizo.—También yo pienso lo mismo. El que os miraba, os reconocía como el centro viviente de aquel mundo ideal que cada uno de nosotros,—de nosotros fieles, de nosotros próximos,—sentía formarse por sus mismas aspiraciones escuchando la palabra, el canto y la sinfonía.

—Cada uno de nosotros,—dijo Fabio Molza,—sentía que vuestra figura dominando sobre la multitud, frente al poeta, existía un significado insólito y grandísimo.

—Parecía que vos, estuviéseteis allí para asistir al nacimiento misterioso de una idea nueva,—dijo Animo della Bella. Todo á vuestro alrededor parecía animarse para generar esa idea, que pronto nos será revelada, si vale el haberla esperado con tanta fe.

El animador, con otro escalofrío, sintió estremecer dentro de sí á la obra que él nutría, aun informe, pero ya vital; y toda su alma se inclinó con un

movimiento impetuoso, como impulsado por un soplo lírico, hacia la potencia de fecundación y de revelación que emanaba la mujer dionisiaca, á la cual ascendían las alabanzas de aquellos espíritus fervorosos.

De momento pareció bellísima, criatura nocturna forjada de pasiones y de sueños sobre un yunque de oro simulacro espirante de los hados inmortales y de los enigmas eternos. Aunque estuviese inmóvil, aunque callase sus acentos famosos, sus gestos memorables parecían vivir alrededor de ella, y vibrar indefinidamente como las melodías alrededor de las cuerdas que suelen repetirlas, como las rimas alrededor del libro cerrado donde el amor y el dolor suelen buscarlas para embriagarse y para consolarse. La fidelidad heroica de Antígona, el furor fatídico de Casandra, la devoradora fiebre de Fedra, la ferocidad de Medea, el sacrificio de Ifigenia, Mirra ante el padre, Polixena y Alceste ante la muerte, Cleopatra voluble como el viento y la llama en el mundo. Lady Macbeth vidente verdugo de pequeñas manos, y las largas pestañas perlas de rocío y de lágrimas, Imágenes, Julieta, Miranda y Rosalinda, y Jessica y Perdida, las almas más dulces y las más terribles y las más magníficas estaban en ella, habitaban en su cuerpo, relampagueaban sobre sus pupilas, respiraban por su boca que sabía la miel y el veneno, la copa diamantina, y la taza de corteza. Así en un campo vasto, sin límites, y en un tiempo sin fin parecía ampliarse y perpetuarse el contorno de la substancia y de la edad humana; sin otra cosa que por el movi-

miento de un músculo, por una seña, por una línea, por una agitación de los párpados, por un tenue cambio de color, por una leve inclinación de la frente, por un fugitivo fuego de luces y de sombras, por una fulmínea virtud expresiva irradiada en la carne mísera y débil, se generaban de continuo aquellos mundos infinitos de imperecedera belleza. Los genios mismos de los lugares consagrados por la poesía alentaban sobre ella, la ceñían de visiones alternas. La llanura polvorosa de Tebas, la Argolida sedienta, los mirtos quemados de Trezenes, los santos olivos de Colono, el triunfal Cidno, y la pálida Campiña de Dunsinana, y la caverna de Próspero, y la selva de las Ardennas, y los países regados con sangre, amargados con el dolor, transfigurados por un sueño ó esclarecidos por una sonrisa inextinguible aparecían, se alejaban, se desvanecían detrás de su cabeza. Y otros países remotos, las regiones de las brumas, los páramos septentrionales, los continentes inmensos del otro lado de los océanos por donde ella había pasado como una fuerza inaudita entre las multitudes atónitas llevando la palabra y la llama, se desvanecían detrás de su cabeza; y las multitudes con los montes, con los ríos, con los golfos, con las ciudades impuras, las estirpes entorpecidas y antiquísimas, los pueblos fuertes anhelantes del dominio de la tierra, las gentes nuevas que arrancan á la naturaleza las energías más secretas, para emplearlas en el trabajo omnipotente, en los edificios de hierro y de cristal, las colonias de rosas bastardeadas que fermentan y se corrompen sobre un suelo virgen, to-

das las muchedumbres bárbaras á quienes ella había aparecido como una revelación soberana del genio latino, todas las legiones ignotas á quienes ella había hablado la lengua sublime del Dante, toda la innumerable grey humana de la cual había subido hasta ella en una ola de ansias y de esperanzas confusas la aspiración hacia la Belleza.

Allí estaba, criatura de carne caduca, sujeta á las tristes leyes del tiempo; y una desmesurada masa de vida real é ideal gravitaba sobre ella, ensanchaba en su derredor, latía con el ritmo de aquella misma respiración.

No tan solo en la ficción había lanzado ella sus gritos y sofocado sus sollozos, sino también en la vida común. Había amado violentamente, luchado, sufrido, por su alma, por su sangre. ¿Qué amores? ¿qué contrastes? ¿qué espasmos? ¿De qué abismos de melancolía había extraído las sublimaciones de su virtud trágica? ¿En qué fuentes amargas había bebido su libre genio?

Seguramente había sido testigo de las más atroces miserias, de las más sombrías ruinas, había conocido los esfuerzos heróicos, la piedad, el horror, lo que la muerte limita. Toda su sed revivía en los ardores de Fedra, y en la sumisión de Imógenes se estremecían todas las ternuras. Así la Vida y el Arte, lo pasado irrevocable y lo eternamente presente, la hacían profunda, múltanime y misteriosa; magnificábase más allá de los límites humanos sus suertes ambiguas, la hacían igual á los templos y á las forestas.

Y allí estaba, respirando bajo los ojos de los poetas que la veían una y diversa.

«¡Ah, yo te poseeré como en una vasta orgía; te sandiré como un hoz de tirsos; haré vibrar en tu carne experta todas las cosas divinas y monstruosas que pesan sobre tí, y las realizadas y las en formación que crecen dentro de tí como una estación sagrada», hablaba el demonio lírico del animador, reconociendo en el misterio de la mujer presente la potencia superviviente del mito primitivo, la iniciación renovada del numen que había fundido en un sólo fermento todas las energías de la naturaleza, y con la variación de ritmos había elevado los sentidos y los espíritus humanos al sumo de la alegría y del dolor en su culto entusiástico. «Me será útil, me será útil, el haber esperado. El mudar de los años, el tumulto de los sueños, las palpitaciones de la lucha, la rapidez de los triunfos, la impureza de los amores, los encantos de los poetas, las aclamaciones de los pueblos, las maravillas de la tierra, la paciencia y la furia, los pasos en el fango, los vuelos ciegos, todo el mal, todo el bien, lo que sé y lo que ignoro, lo que sabes y lo que ignoras, todo ha sido para la plenitud de mi noche.»

Se sentía sofocar y palidecer. El deseo le agarrotaba la garganta con un ímpetu salvaje, para no dejarlo ya. Y el corazón se le dilataba por aquella misma ansiedad que habían experimentado entrambos por la tarde navegando sobre aquel agua que parecía correr para ellos en una clepsidra espantosa.

Así para él, uniéndose en un delirio de repente, la visión desmesurada de los lugares y de los museos, la criatura nocturna reaparecía aun más profunda-

mente mezclada con la ciudad de los mil cinturones verdes y de los inmensos collares. En la ciudad y en la mujer veía ahora una fuerza de expresión no vista antes nunca. La una y la otra ardían en la noche de Otoño, corriendo por las venas y por los canales una misma fiebre.

Brillaban los astros, ondulaban los árboles detrás de la cabeza de Perdida, se destacaba un jardín. Por los balcones abiertos entraban en el cenáculo los soplos del cielo, agitaban las llamas de los candelabros y los cálices de la flores, pasaban por las puertas, hacían palpar las cortinas, animaban toda la antigua casa de los Capello donde la última gran hija de San Marcos, que los pueblos habían cubierto de gloria y de oro, reunía las reliquias de la magnificencia republicana. Los faroles de los galeones, las adargas á la turca, los cárcaj de cuero, los cascos de bronce, las gualdrapas de terciopelo, adornaban la estancia de la extrema descendiente de aquel maravilloso César Darbes que había tenido en vida la Comedia del arte contra la reforma goldoniana y transformado en una convulsión de risa la agonía de la Serenísima.

—Yo no pido otra cosa que servir á esa idea humildemente,—dijo la Foscarina á Antimo de la Bella, con un ligero temblor en la voz porque había encontrado la mirada de Stelio.

—Vos tan sólo podréis hacerla triunfar—dijo Francisco de Lizo.—El alma de la muchedumbre la tenéis sometida para siempre.

—El drama no puede ser más que un rito y un

mensaje—sentenció entonces Daniel Glauro.—Es necesario que la representación vuelva á ser solemne como una ceremonia, comprendiendo los elementos constituyentes de todo culto: la persona viviente en quien se encarna en la escena como ante un altar el verbo de un Revelador; la presencia de la multitud muda como en los templos....

—¡Bayreuth!—interrumpió el príncipe Hoditz.

—No; el Janículo—exclamó Stelio Eífrena saliendo de improviso de su silencio vertiginoso—una colina romana. No la madera y el ladrillo de la Alta Franconia; nosotros tendremos sobre la colina romana un teatro de mármol.

La oposición súbita de sus palabras parecía casi movida por un desprecio alegre.

—¿No admiráis la obra de Ricardo Wagner?—le preguntó Donatella Arvale, con un ligero fruncir de cejas, que por un momento hizo casi duro su semblante cerrado.

El la miró en las pupilas, sintiendo lo que había de obscuramente hostil en la actitud de la virgen y experimentando contra ella, esa misma indistinta enemistad. También entonces la vió aislada, viviendo una vida propia y circunscripta, fija en un pensamiento secretísimo, extraña é inviolable.

—La obra de Ricardo Wagner—contestó—está fundada sobre el espíritu germánico y es de esencia puramente septentrional. Su reforma tiene alguna analogía con la intentada por Lutero. Su drama no es más que la flor suprema del genio de una estirpe, no es más que el compendio extraordinariamente eficaz de las aspiraciones que fatigaron las

almas de los sinfonistas y de los poetas nacionales, de Bach á Beethoven, de Wieland á Goethe.

Si imaginarais su obra en las riberas de Mediterráneo, entre nuestros claros olivos, entre nuestros laureles esbeltos, bajo la gloria del cielo latino, la veríais palidecer y disolverse. Porque al artista—según sus mismas palabras—al artista le es dado ver resplandecer con la perfección futura un mundo aún informe, y gozar proféticamente en el deseo y en la esperanza, yo anuncio el advenimiento de un arte nuevo ó renovado que por la sencillez fuerte y sincera de sus líneas, por su gracia vigorosa, por el ardor de su espíritu; por la pura potencia de sus armonías, continúe y corone el inmenso edificio ideal de nuestra selecta estirpe. Yo me glorio por ser latino, y—perdonadme ¡oh soñadora Lady Myrta! ¡oh delicado Hoditz!—reconozco un bárbaro en todo hombre de sangre diversa.

—¡Hasta él, Ricardo Wagner, desenvolviendo el hilo de sus teorías parte de los griegos,—dijo Baltasar Stampa que, acabado de llegar de Bayreuth, estaba aún lleno de éxtasis.

—Hilo desigual y confuso - contestó el maestro. —Nada está tan lejos de la Orestíada como la tetralogía del Anillo. Penetraron bastante más profundamente la esencia de la tragedia griega los Florentinos de Casa Bardí. ¡Llor á la Camarilla del Conde de Vernio!

—Yo siempre he creído que la Camarilla fuese una reunión ociosa de eruditos y de retóricos—dijo Baltasar Stampa.

—¿Has oído, Daniel?—exclamó Stelio volvién-

dose hacia el doctor místico.—¿Cuándo ha existido en el mundo otro foco de inteligencia más férvido? Buscaron en la antigüedad griega el espíritu de vida: intentaban desenvolver armoniosamente todas las energías humanas, manifestar por todos los medios del arte, al hombre íntegro. Julio Caccini enseñaba que á la excelencia del músico no sirven tan sólo las cosas particulares, sino todas las cosas reunidas. La cabellera roja de Jacobo Peri, del Zazzerino, llameaba en el canto como aquella de Apolo. En el discurso antepuesto á la *Representación de Alma y del cuerpo*, Emilio del Cavaliere expone con respeto á la formación del teatro nuevo las mismas ideas que fueron aceptadas en Bayreuth, comprendidos los preceptos del perfecto silencio, de la orquesta invisible, y de la sombra favorable. Marcos de Gagliano, al celebrar el espectáculo de fiesta, hace el elogio de todas las artes que concurren «de manera que con el intelecto viene lisonjeado á un mismo tiempo todo sentimiento más noble de las más deleitosas artes que haya podido encontrar el ingenio humano». ¿No basta?

—Bernino—dijo Francisco Lizo—hizo representar en Roma una ópera para la cual él mismo construyó el teatro, pintó las decoraciones, esculpió las estatuas ornamentales, inventó las máquinas, escribió la letra; compuso la música, arregló el baile, ensayó á los actores, danzó, cantó, recitó.

—¡Basta, basta!—exclamó el príncipe Hoditz riendo.—El bárbaro está vencido.

—No basta todavía—dijo Antimo della Bella.—Es necesario glorificar al más grande de los innova-

dores, que la pasión y la muerte consagraron veneciano, aquel que tiene el sepulcro en la iglesia de los Frari, y es digno de una peregrinación: el divino Claudio Monteverde.

—Hé ahí un alma heróica, de pura esencia italiana—asintió Daniel Glauro con reverencia.

—Realizó su obra en la tempestad, amando, sufriendo, combatiendo, solo con su fe, con su pasión, con su genio,—dijo la Foscarina lentamente, como absorta en la visión de aquella vida dolorosa y valerosa que había nutrido con su más ardiente sangre á las creaciones de su arte.—Habladnos de él, Effrena.

Stelio vibró como si ella le hubiese tocado de improviso. Una vez más la virtud expresiva de aquella boca divulgadora, evocó de una indefinida profundidad una figura ideal que resurgió como de un sepulcro á los ojos de los poetas, reuniendo el color y el aliento de la existencia. El antiguo tocador de viola, viudo ardiente y triste como el Orfeo de su fábula, apareció en el cenáculo.

Fué una aparición de fuego mucho más impetuosa y deslumbradora que la que había incendiado la dársena de San Marcos: una inflamada fuerza de vida, nacida del profundo corazón de la naturaleza, hacia el ansia de las multitudes, una vehemente zona de luz, que brota de un cielo interior para iluminar los fondos más secretos de la voluntad y del deseo humano; un verbo inaudito, que surge del silencio originario para expresar lo que existe de eterno y de eternamente indecible en el corazón del mundo.

—¿Quién podría hablar de él, si él mismo quisiese hablarnos?—dijo el animador, turbado, sin conseguir contener la creciente plenitud que interiormente le fluctuaba, como un mar de angustia.

Y miró á la cantante, y la vió como le había aparecido entre la selva de los instrumentos, en las pausas, blanca y exánime como un simulacro.

Pero el espíritu de belleza evocado debía manifestarse en ella.

—¡Arianna!—añadió Stelio en voz baja, como para despertarla.

Ella se levantó sin hablar, dirigióse hacia una puerta, entró en la estancia contigua. Se oyó el rumor de su vestido, el sonido leve de su paso; y después el ruido del piano al abrirse. Todos se hallaban mudos y atentos. Un silencio musical ocupaba el lugar que había quedado vacío en el cenáculo. Una sola vez el soplo del viento inclinó la llama de las luces, movió las flores. Todo después pareció inmóvil y ansioso en la espectación.

¡Lasciatemi morire!

De repente las almas fueron arrebatadas por un poder que pareció el águila fulmínea por la cual Dante, en el sueño, fué conducido hasta el fuego. Ardían juntas en la sempiterna verdad, oían la melodía del mundo pasar á través de su éxtasis luminoso:

¡Lasciatemi morire!

¿Arianna, Arianna aún lloraba con un nuevo dolor? ¿Subía, subía aún hacia el martirio?

*E che volete
Che mi conforte
In cosi dura sorte,
In cosi gran martire?
Lasciatemi morire!*

Calló la voz; la cantante no reapareció. El aria de Claudio Monteverde se grabó en el recuerdo como una línea inmutable.

—¿Existe acaso, un mármol griego que llegue á una perfección de estilo más ingenua y más segura?—dijo Daniel Glauro en voz baja, como si temiese turbar el silencio musical.

—¿Pero qué dolor, ha gemido así, nunca, sobre la tierra?—balbuceó lady Myrta con los ojos llenos de lágrimas, que le corrían por las arrugas del pobre rostro exangüe, mientras sus manos deformadas por la quiragra temblaban al secarlas.

El austero intelecto de la asceta y aquella dulce alma sensitiva, encerrada en la vieja carne enferma, testimoniaban igual potencia. Lo mismo, casi

tres siglos antes, en Mantua, en el famoso teatro, seis mil espectadores no habían podido contener los sollozos; y los poetas habían creído en la presencia viviente de Apolo sobre la nueva escena.

—Hé ahí, á Baltasar, que es un artífice de nuestra estirpe,—dijo Stelio Effrena;—con los medios más sencillos consigue llegar al sumo grado de esa belleza, á la que se aproximó pocas veces el Germano, en su confusa aspiración hacia la patria de Sofocles.

—¿Conoces tú el lamento del rey enfermo?—le preguntó el joven de la larga cabellera febea que llevaba como un retazo de la Safo veneciana, del «*alta Gasparra*» de la desventurada amiga del Colaltino.

—Toda la angustia de Amfortas, está en un motete que yo conozco, «*Peccantem me quotidie*;» ¡pero con qué ímpetu lírico, con qué poderosa sencillez! Todas las fuerzas de la tragedia, están allí casi diré sublimadas, como los instintos de una multitud en un corazón heróico. La palabra de Palestrina, bastante más antigua, me parece también más pura y más viril.

—Pero el contraste de Kundry y Parsifal, en el segundo acto, el motivo de Herzeleide, la figura impetuosa, la figura del dolor arrancado del movimiento de la agape sagrada, el motivo de la aspiración de Kundry, el tema profético de la promesa, el beso en la boca del adolescente loco, todo aquel desgarrador y embriagador contraste de deseo y de horror... «¡La llaga, la llaga! ¡Lo que me abrasa, lo que sangra en mí!... Y ante el frenesí desesperado

de la tentadora, la melodía de la sumisión...» «¡Déjame llorar sobre tu pecho! ¡Que por una hora me confunda contigo, y aunque Dios me rechace, estaré por tí redimida y salvada!» Y la respuesta de Parsifal, en la cual toma, con una solemnidad tan grandiosa el motivo del Loco, al presente transfigurado en el Héroe prometido... El infierno para nosotros eternamente, si dejo que por una hora me estreches en tus brazos.» Y el éxtasis salvaje de Kundry.... «Pues que mi beso te ha hecho vidente, el abrazo entero de mi amor, te hará divino. ¡Una hora, una hora tan solo contigo, y me habré salvado!» Y los últimos esfuerzos de su voluntad demoníaca, el supremo ademán de atracción; la imploración y la oferta furibunda... «Solo tu amor me salva. ¡Deja que yo te ame! ¡Mío, una sola hora! ¡Tuya, una sola hora!»

Perdida y Stelio se miraron en los ojos, extraviadamente; en un instante, se mezclaron, se confundieron, gozaron, quedaron pasmados, como sobre un lecho de voluptuosidad y de muerte.

La Marangona, la campana mayor de San Marcos, sonaba la media noche. Y, como ya en las horas de la tarde, creyeron ambos sentir el zumbido del bronce en la raíz de los cabellos, como un escalofrío de su carne. Creyeron sentir pasar nuevamente sobre sus cabezas aquel inmenso torbellino de sonido, en el cual habían visto elevarse de repente las apariciones de la Belleza consoladora invocadas por la Plegaria unánime. Todos los fantasmas de las aguas, las infinitas ondulaciones del deseo disimulado, la ansiedad, la promesa, el adiós,

la fiesta, y el monstruo formidable de los inmensos rostros humanos, y la gran esfera estelar, y las aclamaciones, y la sinfonía, y el canto, y los prodigios del fuego, el paso por el canal sonoro, la canción de la juventud breve, la lucha y la angustia muda en el navío, la sombra imprevista sobre los tres destinos, el convite iluminado por la bella idea, los anuncios, las esperanzas, los orgullos, todos los latidos de la vida fuerte, se renovaban en ellos concordemente, se aceleraron, fueron mil y fueron uno. Y creyeron ambos haber vivido más allá de todo límite humano, y que existía ante ellos en aquel instante una inmensidad ignota, que pudieran atraer como en un sorbo un océano; porque habiendo vivido tanto, parecían vacuos; porque habiendo bebido tanto, estaban sedientos. Una ilusión violenta se había apoderado de sus almas ricas. La una creyó crecer desmesuradamente en la riqueza de la otra.

La virgen había desaparecido.

Los ojos de la mujer desesperada y nómada repetían:

«El abrazo entero de mi amor te hará divino. ¡Una hora, una hora sola contigo, y me habré salvado! ¡Mío, una sola hora! ¡Tuya, una hora sola!»

Y la tragedia sagrada continuaba realizándose en la elocuencia del entusiasta.

Kundry, la tentadora furiosa, la esclava del deseo, la Rosa del Infierno, la original Perdición, la maldecida, reaparecía en el alba primaveral; reaparecía humilde y pálida bajo la túnica de la mensajera, inclinada la cabeza, apagado el mirar, y en la

voz rauca y sorda una sola palabra: «¡Servir, servir!»

La melodía de la soledad, la melodía de la sumisión, la melodía de la purificación preparaban entorno á su humildad el hechizo del Viernes Santo. Y hé ahí á Parsifal con la negra armadura, con el morrión cerrado, con la lanza baja, absorto en un sueño infinito. «Yo vengo por senderos peligrosos, pero tal vez este día me salva porque oigo el murmurio de la divina floresta...»

La esperanza, la aflicción, el remordimiento, el recuerdo, la promesa, la fe anhelante hacia la salud, misteriosas melodías sagradas parecían tejer el manto ideal con que debía cubrirse el Sencillo, el Puro, el prometido Héroe enviado á curar la llaga inmedicable. «¿Me conducirás, tú, hoy, donde se halla Amfortas?» Languidecía, desvaneciase, entre los brazos del viejo. «¡Servir, servir!»

La melodía de la sumisión se extendía por la orquesta, una vez más, fugando la primera figura impetuosa. «¡Servir!»

La mujer fiel llevaba el agua, se arrodillaba humilde y ardiente, lavaba los pies amados. «¡Servir!»

La mujer fiel sacaba de su seno un pomo de bálsamo, unguía los pies amados; después los enjugaba con su cabellera suelta. «¡Servir!»

Sobre la pecadora se inclinaba el Puro, sobre la salvaje cabeza vertía el puro elemento: «Así cumplo mi primer oficio. ¡Recibe el bautismo y cree en el Redentor!»

Con la frente, Kundry, tocaba la tierra, prorum

piendo en llanto, libre del deseo, libre de la maldición. Y hé aquí, de las profundas armonías finales, del llamamiento al Redentor, desenvolverse, ascender, extenderse, con una sobrehumana suavidad la melodía del prado florido. «¡Qué bello es hoy el prado! Maravillosas flores un día me enlazaron, pero jamás las plantas y las corolas tuvieron este perfume...»

Estático Parsifal, contemplaba el prado y la selva, rientes por el rocío, en la luz matutinal.

—¡Ah! ¿Quién olvidará nunca el momento sublime?—exclamó él fascinado, en cuyo rostro enflaquecido, pareció relampaguear aquel fulgor de alegría.—Todos, en las tinieblas del teatro, estábamos fijos en una perfecta inmovilidad, como una sola masa compacta. Parecía que la sangre se hubiese detenido en todas las venas para escuchar. Del Golfo Místico, la música subía en ilusiones de luz; las notas se convertían en rayos de sol primaveral, se generaban con el júbilo del tallo de hierba que hiende la tierra, de la corola que se abre, de la rama que hace brotar el tronco, del insecto en que nacen alas. Y toda la inocencia de las cosas que nacen, penetraba en nosotros; y el alma revivía no sé qué sueño de la infancia lejana... INFANTIA, la palabra de Vettor Carpaccio. ¡Ah, cómo has sabido repetirla tú, Stelio, antes, á nuestra vejez! ¡Y cómo has sabido darnos el sentimiento de lo que hemos perdido, y la esperanza de recuperarlo por medio del arte, unido indisolublemente á la vida!

Stelio Effrena callaba, sintiéndose como oprimi-

do por el peso de la obra gigantesca formada por aquel creador barbárico que el entusiasmo de Baltasar Stampa había evocado frente á la figura ardiente del trágico de Arianna y de Orfeo. Una especie de rencor instintivo, una oscura hostilidad que no era de intelecto, le soliviantaba contra aquel germano pertinaz que había conseguido inflamar en sí aquel mundo.

Para obtener la victoria sobre los hombres y sobre las cosas, también aquél, no había hecho más que exaltar su imagen y magnificar su propio sueño de belleza dominadora. También aquél, se había dirigido á la multitud, como la presa preferible. También aquél había impuesto á su disciplina el esfuerzo de excederse á sí mismo, sin tregua. Y ahora tenía el templo de su culto, sobre la colina bávara.

—Tan solo el arte puede conducir á los hombres á la unidad,—dijo Daniel Glauro.—¡Honremos al alto maestro que ha testimoniado esta fe para siempre! Su Teatro de Fiesta, aunque de madera y ladrillo, imperfecto y angosto, tiene un sublime significado. Allí, la obra de arte no aparece sino como la religión hecha sensible bajo una forma viviente. El drama es un rito.

—Honremos á Ricardo Wagner,—dijo Antimo de la Bella.—Pero, si esta hora ha de ser memorable por un anuncio y por una promesa que esperamos de aquel que antes mostraba á la muchedumbre el navío misterioso, invoquemos nuevamente como auspicio el alma heroica que nos ha hablado en la voz de Donatella Arvale. Al poner la primera pie-

dra de su Teatro de Fiesta, el poeta de Sigfrido la consagró á las esperanzas y á las victorias germánicas. El Teatro de Apolo, que se alza rápidamente sobre el Janículo donde en un tiempo descendían las águilas á llevar los presagios, no sea sino la revelación monumental de la idea hacia la cual nuestra estirpe es conducida por su genio. Reafirmemos el privilegio donde la naturaleza hizo insigne nuestra sangre.

Stelio Effrena callaba, convulso por fuerzas vertiginosas que lo atormentaban con una especie de furor ciego, semejantes á las energías subterráneas que soliviantan, rajan, transfiguran los países volcánicos creando en ellos los nuevos montes y los nuevos abismos.

Todos los elementos de su vida interior, dominados por aquel impetu, parecían á un tiempo mismo disolverse y multiplicarse. Imágenes grandiosas y terribles pasaban en aquel tumulto acompañadas de nimbos de música. Concentraciones y dispersiones rapidísimas de pensamientos se sucedían como las descargas eléctricas en el huracán. A veces, era como si oyese clamores y cantos por una puerta que se abriera y se cerrara de continuo; era como si las ráfagas le trajesen los gritos de una matanza y de una apoteosis lejana, alternativamente.

Vió de improviso, con la intensidad de las visiones febriles, la tierra árida y fatal donde quería hacer vivir las almas de su tragedia; y sintió toda la sed en sí.

Vió la fuente mítica, que interrumpía solamente

la aridez, y bajo las ondas del chorro el candor de la virgen que allí había de morir.

Vió la máscara de la heroína sobre el rostro de Perdida, compuesta en la belleza de un dolor extraordinariamente tranquilo. Después la antigua aridez del llano de argos, se convirtió en una llama; la fuente Persea, fluyó como un río voluble.

El fuego y el agua, los dos elementos primordiales, pasaron sobre todas las cosas; borrarón todas las señales, se difundieron, erraron, lucharon, triunfaron, hablaron, tuvieron un verbo, tuvieron un lenguaje para révelar su íntima esencia, para relatar los mitos innumerables que habían nacido de su eternidad.

La sinfonía expresa el drama de las dos Almas elementarias sobre la escena del Universo, la lucha patética de los dos grandes Séres vivientes y móviles; de las Voluntades cósmicas, como se las fingía el pastor Arya, sobre las mesetas contemplando los espectáculos con ojos puros. Y hé aquí, que del centro mismo del misterio musical, de la profunda sima del océano sinfónico, surge la Oda,—traída por la voz humana,—y llega á la máxima altura.

El milagro beethoveniano se renovaba. La Oda alada, el Himno, brotaba de la profundidad de la orquesta para decir, de un modo imperioso y absoluto, la alegría y el dolor del Hombre. No el Coro, como en la Nona, sino la Voz solitaria y dominante: la intérprete, la mensajera de la multitud. «¡Su voz, su voz!» Había desaparecido. Su canto parecía tocar el corazón del mundo; y estaba á la otra parte del velo, decía el animador, teniendo ante sus

ojos la estatua de cristal por dentro de la que había visto ascender el venero de la melodía. «Te buscaré, te encontraré, me ensoñaré de tu secreto.» «Tú cantarás mis himnos, elevada sobre la sumidad de mis músicas.»

Libre de todo deseo impuro, consideraba la vestidura corporal de la virgen como el receptáculo, como la custodia de un don divino. Oía la voz incorpórea surgir de la profundidad de la orquesta para revelar la parte de verdad sempiterna que existía en el hecho efímero; en el acontecimiento pasajero.

La oda coronaba de luz el episodio.

Entonces como conduciendo hacia el juego de las apariencias el espíritu arrebatado «al otro lado del velo» una figura de danza se dibujó en el ritmo de la Oda muriente.

Dentro de un paralelogramo inscrito en el arco escénico, como dentro de los límites de una estrofa, la bailarina silenciosa, con las líneas de su cuerpo redimido por algunos momentos de las tristes leyes del peso, imitó el fuego, el agua, el torbellino, las evoluciones de las estrellas. «La Tanagra, flor de Siracusa, hecha toda de alas, como una flor de pétalos!»

Así evocaba él, la imagen de la Siciliana, ya célebre, que había encontrado el antiguo arte orquístico, como era en tiempos en que Frinico pudo vanagloriarse de tener en sí tantas figuras de danza, como ondas levanta una noche procelosa de invierno en el mar.

La actriz, la cantante, la bailarina, las tres mu-

jeros dionisiacas, le aparecían como los instrumentos perfectos y casi divinos de sus ficciones.

Con una increíble celeridad, en la palabra, en el canto, en el ademán, en la sinfonía, su obra se integraba y vivía de una vida todopoderosa ante la multitud subyugada.

Callaba, extraviado en aquel mundo ideal, atento á medir el esfuerzo necesario para manifestarlo. Las voces de los inmediatos le llegaban como de lejos.

—Ricardo Wagner afirma que el solo creador de la obra de arte es el pueblo,—decía Baltasar Stampa,—y que el artista puede tan solo coger, y expresar la creación, del pueblo inconsciente...

El sentimiento extraordinario, que cuando desde el trono de los Dux hablaba á la muchedumbre, le había producido vértigos, tornó á dominarle. En la comunión entre su alma y el alma de la muchedumbre se había operado un misterio casi divino; algo de más grande y de más fuerte habíase unido al sentimiento que de su persona tenía ordinariamente; un ignoto poder parecía haber convergido en él, aboliendo los límites de la persona particular y confiriendo á la voz solitaria la concordia de un coro.

Existía pues en la multitud una belleza reposada, de la que el poeta y el héroe podían tan solo arrancar relámpagos.

Cuando esa belleza se revelaba de improviso por el clamor elevado en el teatro ó en la plaza públi-

ca ó en la trinchera, entonces un torrente de alegría ensanchaba el corazón de aquel que había sabido reucitarla con el verso, con la arenga, con el blandir de la espada.

La palabra del poeta, comunicada á la muchedumbre, era pues un acto, como el ademán del héroe.

Era un acto que creaba en la obscuridad del alma innumerable una instantánea belleza, como un estatuario portentoso podría de una mole de arcilla sacar con un solo toque, de su pulgar plástico, una estatua divina.

Cesaba entonces el silencio extendido, como una cortina sagrada, sobre el poema terminado.

La materia de la vida ya no era evocada por los símbolos inmateriales; pero la vida manifestábase para el poeta íntegra, el verbo se hacía carne, el ritmo se aceleraba en una forma respirante y palpitante, la idea se enunciaba en la plenitud de la fuerza y de la libertad.

—¡Pero Ricardo Wagner,—decía Fabio Molsa,—piensa que el pueblo consiste en todos aquellos que sienten una obscura necesidad, una miseria común! ¿Entendéis! Una miseria común...

«Hacia la Alegría, hacia la eterna Alegría», pensaba Stelio Effrena. «El pueblo lo componen todos aquellos que sienten una obscura necesidad de elevarse por medio de la Ficción, de la cárcel cotidiana en que sirven y sufren.»

Desaparecían los angostos teatros urbanos donde en el color sofocante é impregnado de todas las impurezas, ante un grupo de crapulosos y de me-

retrices, los actores hacen oficio de spintrios (1). Veía sobre las gradas del nuevo teatro á la multitud verdadera, á la inmensa multitud unánime de la cual había sentido el olor y oído el clamor antes, en la cuenca marmórea, bajo las estrellas.

En las almas rudas é ignaras su arte, aunque no comprendido, por el poder misterioso del ritmo producía una turbación profunda, semejante al del prisionero que esté á punto de verse libre de las duras cadenas.

La felicidad de la liberación se extendía poco á poco en los más abyectos; las frentes surcadas se iluminaban, las bocas, acostumbradas á las vociferaciones violentas, se entreabrían ante la maravilla. Y las manos por último,—las ásperas manos al servicio de los instrumentos de labor,—se tendían en un movimiento concorde hacia la heroína que dirigía á las estrellas su dolor inmortal.

—En la existencia de un pueblo como el nuestro —decía Daniel Glauro,—una gran manifestación de arte cuenta bastante más de un tratado de alianza ó de una ley tributaria. Lo que no muere vale más que lo que es caduco. La astucia y la audacia de un Malatesta, están encerradas en una medalla del Pisanello, por la eternidad. De la política de Machiavelo no sobrevive más que el verbo de su prosa...

«Es verdad, es verdad» pensaba Stelio Effrena. «La fortuna de Italia es inseparable de la suerte de la Belleza de que es madre.»

(1) Tiberio daba este nombre á ciertos maestros en actos deshonestos.

Así le parecía ahora la verdad soberana como el sol inminente de aquella divina y remota patria ideal donde peregrinó Dante. «¡Italia, Italia!»

Como un grito de reposición le resonaba en el alma aquel nombre que embriaga la tierra.

¿De los escombros inundados de tanta sangre heroica no había de alzarse con raíces y ramas robustas el arte nuevo? ¿No debía éste resumir en sí todas las fuerzas latentes en la substancia hereditaria de la nación, convertirse en una potencia determinante y constructura en la tercera Roma, indicar á los hombres partícipes del Gobierno las verdades originarias, que les dieran la norma de los estatutos nuevos?

Fiel á los más antiguos instintos de su raza, Riccardo Wagner había presentido y secundado con su esfuerzo la aspiración de los Estados Germánicos, la grandeza heroica del Imperio. Había evocado la figura magnífica de Enrique el Cazador, en el acto de levantarse bajo la encina secular.—¡Que de toda la tierra alemana salgan los combatientes!—En Sadowa, en Sedán los combatientes habían vencido.

Con el mismo ímpetu, con la misma pertinacia el pueblo y el artífice habían llegado á la meta gloriosa.

La misma victoria había coronado la obra del hierro y la obra del ritmo. Como el héroe, el poeta había realizado un acto liberador.

Como la voluntad del Canciller, como la sangre de los soldados, sus figuras musicales habían contribuido á exaltar y perpetuar el alma de la raza.

—Está aquí, desde hace algunos días, en el palacio Vendramin-Calergi,—decía el príncipe Hóditz.

Y súbitamente, el alma del creador barbárico se aproximó, las líneas de su semblante se hicieron visibles, los ojos cerúleos brillaron bajo la vasta frente, los labios se apretaron sobre el robusto mentón llenos de sensualidad, de soberbia y de desprecio. Su pequeño cuerpo encorvado por la vejez y por la gloria se irguió, se agigantó á semejanza de su obra, tomando el aspecto de un dios. La sangre corría como torrentes en un monte, la respiración alentó como el viento en una foresta.

De repente la juventud de Sigfrido lo invadió, esparciéndose refulgente como en una nube la aurora.

«¡Seguir el impulso de mi corazón, obedecer á mi instinto, escuchar la voz de la naturaleza en mí: esa es mi suprema y única ley!»

La palabra heroica resonó, brotando de lo profundo, expresando la voluntad joven y sana que triunfaba de todos los obstáculos y de todos los maleficios siempre de acuerdo con la ley del Universo.

Y las llamas entonces, aquellas llamas generadas en la roca al choque del asta de Wotan, ascendieron en círculo. «En el mar flameante el camino se ha abierto. Sumergirme en el fuego, ¡oh gran alegría! Encontrar en la llama la esposa.» Todos los fantasmas del mito relampaguearon, se obscurecieron. El casco alado de Brunilda relució al sol. «¡Gloria al sol! ¡Gloria á la luz! ¡Gloria al día radiante!

¡Largo ha sido mi sueño! ¿Quién me ha despertado? Todos los fantasmas aparecieron en tumulto, se dispersaron. Resurgió de repente en un campo de sombra la virgen del canto, Donatella Arvale, tal como había aparecido allá abajo en la púrpura y en el oro del aula inmensa, teniendo la flor del fuego en una actitud dominadora. «¿No me ves, pues? ¿Mi mirada que te consume, y mi sangre que hierve, no te causan miedo? ¿Experimentas tú este ardor salvaje?»

Ausente ella volvía á tomar su poder de sueño. Músicas infinitas se generaban en el silencio que ocupaba el lugar que permanecía vacío en el cenáculo. Su rostro hermético encerraba un secreto inviolable. «¡No me toques, no me conturbes, y yo reflejaré siempre tu imagen luminosa. Ama á tí mismo y renuncia á mí.»

Una vez más, como sobre el agua febril una apasionada impaciencia impulsaba al animador, y volvía á encontrar en la ausente la actitud para ser tendida como un arco por una mano fuerte que supiese armarse para una elevada conquista. «Despiértate, despiértate, virgen! ¡Vive y ríe! ¡Sé mía!

Su espíritu era transportado violentamente á la órbita del mundo creado por el dios germano; las visiones y las armonías lo dominaban, las figuras del mito septentrional se sobreponían á las de su pasión y de su arte, obscureciéndolas. Su deseo y su esperanza hablaban el lenguaje del bárbaro. «Es necesario que yo te ame riendo, que riendo me ciegue; es preciso que riendo nos perdamos unidos. ¡Amor radiante, muerte riente!

El júbilo de la virgen guerrera sobre la roca cercada de llamas llegaba á la más ardua altura; el grito de voluptuosidad y de libertad subía hasta el corazón del sol. ¡Ah! ¿Qué no había expresado, qué ápice y qué abismo no había tocado, aquel formidable agitador del alma humana? ¿Qué esfuerzo hubiera podido igualar al suyo? ¿Qué águila hubiera podido esperar llegar más alto? La obra gigantesca está allí realizada, en medio de los hombres. Resonaba en la tierra el último coro del Graal, el cántico de gracias. ¡Gloria al milagro! ¡Redención al Redentor!

—Está fatigado—decía el príncipe Hoditz,—muy fatigado y quebrantado. Por eso no lo hemos visto en el Palacio Ducal. Su corazón está enfermo...

El gigante volvía á ser hombre, pequeño cuerpo encorvado por la vejez y por la gloria, consumido por la pasión, moribundo. Y Stelio Effrena volvió á oír las palabras de Perdida, que habían transformado la góndola en un féretro: las palabras que evocaban á otro grande artífice abrumado, al padre de Donatella Arvale. «El arco tiene por nombre Bios y por obra la muerte. El joven tenía ante sí el camino, el camino señalado por la victoria, el arte largo, la vida breve. «¡Adelante! ¡Adelante! ¡A lo alto, siempre á lo más alto!»

A toda hora, en todo momento necesitaba experimentar, luchar, afirmarse contra la destrucción, la disminución, la violación, el contagio. A toda hora, en todo momento necesitaba tener la mirada fija en la mira, converjer todas las energías en aquella, sin tregua, sin faltar. Sentía que la victoria le era

necesaria, como la respiración. Una furente voluntad de lucha se despertaba en aquella ágil sangre latina, al contacto del bárbaro. «Ahora en vosotros está el querer» había dicho aquél en el día augural desde la escena del nuevo teatro. «En la obra de arte futura, la fuente de la invención no se secará jamás.» El arte es infinito como la belleza del mundo. No tiene límites la fuerza y la audacia. Buscar, encontrar, más allá, siempre más allá! ¡Adelante! ¡Adelante!

Una sola onda enorme é informe resumió entonces todas las aspiraciones y todas las angustias de aquel delirio, transformándose en un vortice, elevándose como torbellino, pareció condensarse, tomar la cualidad de la materia plástica, obedecer á la misma energía inexhausta que forja los seres y las cosas bajo el sol. Una forma extraordinariamente bella y pura surge de ese trabajo, vive y refulge con una felicidad insostenible. El poeta la vió, la recibió en sus ojos puros, la sintió arraigada en el centro de su espíritu. ¡Ah! ¡Expresarla, manifestarla á los hombres, afirmarla en la perfección por la eternidad! Momento sublime y sin retorno. Todo desapareció. Corría girando la vida común, sonaban girando las palabras fugitivas; palpitaba la esperanza; se consumaba el deseo.

Y él miró á la mujer. Brillaban los astros, ondulaban los árboles detrás de la cabeza de Perdida, se ahondaba un jardín. Decían los ojos de la mujer: «¡Servir, servir!»

Descendidos al jardín, los huéspedes se habían esparcido por los caminos y bajo los emparrados.

El aura de la noche era húmeda y tibia, tanto que los párpados delicados la sentían sobre las pestañas, así como una boca voluble que se acerca para lamer. Las flores ocultas de los jazmines daban su olor agudo en las sombras, y los frutos daban también el suyo como en los huertos de las islas, más grave. Una vívida fuerza de fertilidad emanaba de aquel breve espacio de tierra vegetal que parecía un destierro obligado por su cintura de agua. Así el alma desterrada se hace más intensa.

—¿Queréis que yo permanezca? ¿Queréis que vuelva cuando hayan partido los otros? ¡Decid! Es tarde.

—No, no, Stelio. ¡Os lo ruego! Es tarde, es demasiado tarde. Vos lo decís.

Un terror mortal existía en la voz de la mujer.

Temblaba en la sombra con los hombros desnudos, con los brazos desnudos; y quería aun negarse, y quería ser poseída; y quería morir y quería ser conmovida por aquellas manos masculinas. Temblaba, le temblaban los dientes en la boca. Un río salido de una nevera la sumergía, le pasaba por encima, la atería desde las raíces de los cabellos hasta la extremidad de los dedos. Todas las coyunturas de los miembros le dolían, y parecía que fuesen á desunirse, y las mandíbulas rígidas le transformaban la voz en el terror. Y quería morir, y ser tomada y derribada de improviso por aquella violencia masculina. Y sobre su temor y sobre su hielo y sobre su carne ya no joven, pendía aquella palabra atroz que el mismo amado había proferido y que ella misma había repetido: «¡Es tarde, es demasiado tardé!»

¡La promesa, la promesa! No quiero esperar más, no puedo, Perdida.

El estanque voluptuoso como un seno que se ofrece, el estuario perdido en la sombra y en la muerte, la Ciudad encendida por las fiebres crepusculares, el agua corriente en la clepsidra invisible, el bronce vibrando en el cielo, el sofocante ardor, los labios apretados, los párpados bajos, las manos secas, todo el ímpetu retornó con el recuerdo de la promesa muda. Y deseó con un ardor salvaje aquella carne profunda.

—No quiero esperar más.

De lejos, de lejos le venía aquel turbulento ardor, de los orígenes más remotos, de la primitiva bestialidad, de las mezcolanzas instantáneas, del antiguo misterio de las libidines sacras.

Como la legión invasora del dios descendía por la montaña arrancando de raíz los árboles, y avanzaba como una furia cada vez más ciega, y se engrosaba con nuevos dementes, propagando la insania por todas partes á su paso, hasta que formaba una inmensa multitud ferina y humana animada por una voluntad monstruosa, así en él, aquel instinto crudo precipitó, turbando y trasladando todas las figuras de su espíritu en el ímpetu con una agitación innumerable. Y deseo en la mujer sabia y desesperada á aquella que estaba oprimida por la eterna servidumbre de su naturaleza, á aquella que estaba destinada á yacer en las imprevistas convulsiones de su sexo, aquella que aplacaba la lúcida fiebre de la escena en la voluptuosidad obscura y soñolienta, la actriz ardiente que pasaba del frenesí de la muchedumbre á la fuerza del macho, la criatura dionisiaca que con el acto de vida coronaba el rito misterioso como en la Orgía.

Su deseo fué insano y desmesurado, contuvo el estremecimiento de las multitudes reunidas y la embriaguez de los amantes ignotos y la visión de las promiscuidades orgiásticas: fué hecho de crueldad, de rencor, de celos, de poesía y de orgullo. Le punzó el pensar de no haber poseído nunca á la actriz después de un triunfo escénico, aun tibia del hálito popular, cubierta de sudor, ansiosa y débil, con los vestigios del alma trágica que había llorado y gritado en ella, con las lágrimas de aquella alma intrusa aun húmedas sobre el rostro convulso. La vió en un relámpago echada, llena de la potencia que había arrancado el aullido al mons-

truo, palpitante como la Menade después de la danza, sedienta y fatigada, pero necesitada de ser poseída, de ser sacudida, de contraerse en un último espasmo, de recibir el semen violento, para aplacarse al fin en un sopor sin sueños.

¿Cuántos hombres habían salido de la muchedumbre para abrazarla después de haberla anhelado, perdidos entre la masa humana?

Su deseo estaba formado con el deseo de mil, su vigor era múltiple. Algo del pueblo ébrio, del monstruo fascinado, penetraba en lo profundo de la actriz con la voluptuosidad de aquellas noches.

—¡No seáis cruel, no seáis cruel!—suplicó la mujer, que sentía en la voz de él, que leía en sus ojos, la turbulencia.—¡Oh, no me hagáis daño!

Bajo la mirada voraz del joven, toda su carne se contraía una vez más por la repulsión de un pudor doloroso. El deseo de él, le llegaba como una herida lacerante. Ella sabía cuanto de acre y de impuro existía en aquella concitación súbita y cuán envenenada y corrompida, repleta de amores, experta de todo el placer, tentadora errante é implacable, él la consideraba. Ella adivinaba el rencor, los celos, la malvada fiebre que habíase encendido en un instante en el dulce amigo, á quien por tanto tiempo había ofrecido lo que poseía en sí de más precioso y de más sincero, preservando la bondad de esas ofertas con una prohibición. Todo se hallaba perdido al presente. Todo se hallaba devastado de repente, como un gran dominio en poder de esclavos rebeldes y vengativos.

Y como si se encontrase en la extrema agonía,

en el momento de la muerte, la trágica, volvió á ver toda su vida, áspera y turbulenta, su vida de lucha y de dolor, de extravíos y de esfuerzos, de pasión y de triunfo. Sintió la pesadumbre, la obstrucción. Recordó el sentimiento inefable de alegría, de espanto y de liberación que había experimentado al abandonarse la primera vez al hombre que la había ilusionado, en la lejana adolescencia. Y le atravesó el alma con una herida atroz la imagen de la virgen, que se perdía, que desaparecía, que acaso soñaba en la estancia solitaria; allá bajo, ó lloraba, ó se prometía ya y supina gozaba ya por haberse prometido. «Es tarde, es demasiado tarde.» La palabra irrevocable parecía posarse sobre la frente, como el zumbido del bronce. Y el deseo de él le llegaba como una herida lacerante.

—¡Oh, no me hagáis daño!

Suplicaba, blanca y tenue como la pluma de cisne que corría en torno á sus hombros desnudos y á su pecho palpitante. Parecía desprenderse de su potencia, transformarse en leve y débil, vestirse con una secreta alma tierna, facilísima de ser muerta, de ser destruída, inmolada sin sangre.

—¡No, Perdida, ningún daño!—balbuceó él, conmovido súbitamente por aquella voz y por aquel aspecto, dominado en las visceras por una piedad humana que surgía de la misma profundidad de donde le había nacido aquel instinto salvaje.—¡Perdonadme, perdonadme!

Y hubiese querido tomarla entre sus brazos, mecerla, consolarla, sentirla llorar, beber las lágrimas. Parecía no reconocerla ya, tener ante sí una cria-

tura ignota, infinitamente humilde y dolorosa, privada de toda fuerza. Y su piedad y su remordimiento se parecían un poco al sentimiento que se experimenta después de haber ofendido y lastimado, sin querer, á un enfermo, á un niño, á un pequeño ser inofensivo y solo.

—¡Perdonadme!

Hubiese querido arrodillarse, besarle los pies en el suelo, decirle alguna palabra pueril.

Se inclinó, le tocó una mano. Ella se estremeció de la cabeza á los pies, abrió desmesuradamente los ojos mirándole; después volvió á bajar los párpados; permaneció inmóvil.

La sombra se amontonó bajo el arco de las cejas; señaló la ondulación de las mejillas. De nuevo el río helado la sumergía.

Se oyeron las voces de los huéspedes diseminados por el jardín; después quedó todo en silencio.

Se oyó estridir la arena bajo las pisadas. Después volvió todo á quedar en el silencio. Llegó un clamor indistinto de los canales lejanos. Pareció de repente que los jazmines diesen un olor más fuerte, como un corazón acelera sus latidos. La noche pareció preñada de prodigios. Las fuerzas eternas operaban armoniosamente entre la tierra y las estrellas.

—¡Perdonadme! Si mi deseo os hace sufrir yo sabré sofocarlo, seré aún capaz de renunciar, de obedeceros. Perdida, Perdida, olvidaré todo lo que me decían vuestros ojos, allá bajo, entre palabras inútiles... ¿Qué abrazo, que caricia podría mezclarnos más profundamente? Toda la pasión de la noche

nos dominaba y nos impulsaba á uno hacia otro. Yo os he recibido toda en mí, como una onda... Y ahora me parece que no puedo ya separaros de mi sangre, y que vos tampoco podáis ya alejaros de mí, y que ambos debamos ir al encuentro de no sé qué alba...

Hablaba en voz baja, vertiendo su alma en sus palabras, transformado en una substancia vibrante, en la que todas las mutaciones de la criatura nocturna parecían imprimirse de momento en momento. Ya no veía ante sí una forma corpórea, una carne opaca é impenetrable, la pesada cárcel humana, sino á un alma revelada en una sucesión de apariencias expresivas como las melodías, una sensibilidad más allá de todo límite, delicada y poderosa, que creaba en aquella envoltura de un modo cambiante, la fragilidad de las flores, el vigor del mármol, el ímpetu de la llama, todas las sombras y todas las luces.

—¡Stelio!

Profirió la Foscarina aquel nombre casi imperceptiblemente; y no obstante en aquel soplo muriente entre los labios amortiguados, existía una inmensidad de exaltación y de maravilla, como en el grito más agudo. Había sentido el amor en el acento viril: ¡el amor, el amor! Ella, que había oído tantas veces las palabras bellas y perfectas, fluyendo en la voz límpida, sufriendo extrañamente como si fuese un suplicio y un juego, ahora veía, por el nuevo acento, transfigurarse de repente su vida y la vida universal. Su alma pareció invertirse; cayó lo que la obstruía al fondo, desapareció en

una obscuridad sin fin; y subió á lo alto algo ligero y luciente, alguna cosa libre é inmaculada que se dilató, que se curvó como un cielo matutino. Y, del mismo modo que la onda de la luz sube del horizonte á lo sumo con una armonía muda, la ilusión de la felicidad subió á su boca. Una sonrisa infinita se difundió, infinita, tanto que las líneas de los labios le retemblaban como las hojas en el aura, los dientes le relucían como los jazmines en la claridad estelar: sutilísimas formas en el vasto elemento.

«Todo ha sido abolido, todo ha desaparecido. No he vivido, no he amado, no he gozado, no he sufrido. Soy nueva. No conozco más que este amor. Soy pura. Quiero morir en la voluptuosidad que me revelarás. Los años y los acontecimientos han pasado sobre mí sin tocar aquella parte de mi alma que yo te reservaba, aquel cielo secreto que ahora de repente se ha abierto y ha vencido todas las sombras, y ha quedado solo para contener la fuerza y la dulzura de tu nombre. Tu amor me salva; el abrazo entero de mi amor te hará divino...» Palabras de embriaguez le brotaban del corazón liberado, pero sus labios no osaban repetir las. Y sonreía, sonreía silenciosa, con su sonrisa infinita.

—¿No es verdad? ¡Decid! ¡Contestad, Perdida! ¿No sentís también vos esa necesidad que es más fuerte que todas nuestras renunciaciones, que toda nuestra constancia en esperar la hora plena? ¡Ah! Me parece que mis esperanzas y mis presentimientos no serían nada, Perdida, si esta hora no existiese. ¡Decid que no podréis llegar al alba sin mí, como yo no podría llegar sin vos! ¡Contestad!

—Sí, sí...

Extraviada se dió en aquella sílaba débil. La sonrisa se apagó; la boca se hizo grave, se mostró en el palor con un relieve casi duro, como si la sed la llenase, idónea para atraer, para tomar, para retener, no saciada. Y todo el cuerpo que había parecido atenuarse en el dolor y en el terror, se irguió como si de repente le creciese una nueva hosamenta, readquirió su potencia carnal, fué atravesado por una onda impetuosa; volvió á ser deseable é impuro.

—Sin más duda. ¡Es tarde!

El se estremecía de impaciencia. La furia volvía á dominarle; el deseo le agarrotaba la garganta con garras felinas.

—Sí,—repitió la mujer, pero con otro acento, con los ojos en los ojos de él, ávida é imperiosa, como si entonces estuviese cierta de poseer el filtro con que había de ligarlo á sí últimamente.

El sintió que entraban en su corazón las voluptuosidades que habitaban aquellas carnes profundas. La miró palideciendo como si su sangre se esparciese por la tierra para regar las raíces de los frutos, en sueño, fuera del tiempo, sólo con ella sola.

Ella estaba bajo el arbusto ornado de joyas y cargado de frutos, visiblemente enarcados como sus labios, exhalando por todos sus miembros, la fiebre, como los labios exhalan la respiración. La belleza repentina que la había iluminado en el cenáculo, compuesta de mil fuerzas ideales, se renovaba pero

aún más intensa, compuesta de la llama que no se apaga, del fervor que no languidece. Los frutos magníficos colgaban sobre su cabeza, llevando en lo sumo la corona de un rey donador. El mito de la granada revivía en la noche como al paso de la barca colmada, sobre el agua vespertina.

¿Quién era ella? ¿Persefone, señora de las Sombras? ¿Había vivido allá donde todas las agitaciones humanas parecen un juego de vientos en el polvo de un camino sin fin? ¿Había mirado el mundo de los manantiales, enumerado en la tierra subterránea las raíces de las flores inmóviles, como las venas en un cuerpo petrificado? ¿Estaba fatigada ó ébria por las lágrimas y por las risas y por las lujurias humanas, y por haber tocado una á una todas las cosas mortales, para hacerlas florecer, para hacerlas perecer? ¿Quién era, pues? ¿Había azotado las ciudades como un látigo, cerrado para siempre con su beso los labios que encantaban, detenido los latidos de un alma tiránica, atosigado á los jovencitos con su sudor salado como la espuma del mar? ¿Quién era? ¿Qué pasado la hacía tan débil y tan ardiente y tan peligrosa? ¿Había ya dicho todos sus secretos y dado todos sus dones? ¿O podía aún maravillarse con nuevas obras á su nuevo amante, para el cual la vida, el deseo y la victoria eran una sola cosa?

Tanto, y aún más, daban al sueño las sutiles venas de sus sienes, la ondulación de sus mejillas, el continente de sus costados, la sombra glauca y casi marina, que era el elemento en que vivía aquel rostro, como los ojos en su propia humedad.

«Todo el mal, todo el bien, lo que yo sé y lo que yo ignoro, lo que tú sabes y lo que tú ignoras, todo fué para la plenitud de nuestra noche.» La vida y el sueño eran una sola cosa. Los sentimientos y los pensamientos eran como vinos mezclados en una misma taza. Los vestidos, el semblante desnudo, las esperanzas, la mirada eran semejantes á las plantas de aquel jardín, al aire, á las estrellas, al silencio. Se hacía aparente aquella armonía escondida, en la que la naturaleza ha mezclado y ocultado las diferencias y las diversidades.

Instante sublime y sin retorno. Antes que el alma fuese sabedora, las manos hicieron el ademán del deseo, tocaron la carne, la atrajeron, la gozaron fría y dulce.

Al sentir las manos varoniles sobre sus brazos desnudos, la mujer inclinó la cabeza, como para abatirse. Tras los párpados que morían, tras los labios que morían, el blanco de los ojos, el blanco de los dientes brillaron como las cosas que brillan por última vez. Después, rápidamente, la cabeza se irguió, resucitó; la boca buscó la boca que la buscaba. La una se imprimió en la otra. Jamás sello fué tan fuerte. Como el arbusto, el amor cubrió á ambos ilusos.

Se separaron; se miraron sin verse. No veían ya nada. Estaban ciegos. Oían un zumbido terrible, como si el bramido del bronce, se hubiese fijado dentro de sus frentes mismas. Todavía pudieron oír el ruido sordo de un fruto que cayó sobre la hierba de la rama que ellos habían sacudido al estrecharse violentamente. Se levantaron como para des-

prenderse de una envoltura que les pesase. Se vieron de nuevo; volvieron á ser lúcidos. Oyeron las voces amigas diseminadas en el jardín, el indistinto clamor que se alejaba por los canales, por donde acaso volvían á pasar los antiguos cortejos.

—¿Y bien?—preguntó el joven ávidamente, abrasado hasta el alma por aquel beso de carne y de alma.

La mujer se inclinó á recoger de sobre la hierba la granada. Estaba madura, se había abierto al caer, vertía el jugo, sanguíneo, que mojó la mano seca, manchó el vestido claro. Con la visión de la barca repleta y de la isla pálida y del prado de asfodelo, volvieron al espíritu de la amante las palabras del animador:

«¡Este es mi cuerpo... Tomad y comed!»

—¿Y bien?

—Sí.

Apretó ella el fruto en el puño, con un movimiento instintivo, como si quisiese esprimirlo. El humor destiló, regándole la muñeca. Todo su cuerpo entonces se contrajo y vibró en torno á un núcleo de fuego, pidiendo someterse. De nuevo el río helado la sumergía, le pasaba por encima, la entorpecía de las raíces de los cabellos á la extremidad de los dedos, pero sin apagar aquel núcleo ardiente.

—¿Cómo? ¡Decid!—interrogó el joven casi crudamente, porque sentía resurgir la insania y retornar de lejos el olor de la Orgía.

—Partid con los otros y después volved... Os esperaré en la cancela del Jardín Gradenigo.

Temblaba del triste temblor carnal, presa de la

fuerza invisible. Stelio la volvió á ver por un segundo echada, cubierta de sudor, palpitante como la Ménade después de la danza. Se miraron aún; pero no pudieron resistir la mirada impregnada con su avidez. Sufrieron. Se alejaron.

Ella se dirigió hacia las voces de los poetas que habían exaltado su potencia ideal.

Perdida, perdida, estaba al presente perdida. Vivía aún, derrotada, humillada y herida, como si hubiese sido golpeada sin piedad; vivía aún, y el alba se elevaba, y recomenzaban los días, y la fresca marea reflúa en la ciudad bella, y Donatella estaba pura sobre su almohada. En una infinita lejanía desvanecía el momento, todavía tan próximo, en que había esperado al amante en la cancela, había oído los pasos en el silencio casi fúnebre en el pavimento desierto, había sentido doblarse sus rodillas como bajo una sacudida, y su cabeza llenarse del zumbido terrible. Lejanísima era aquella hora; y todavía en su carne, bajo el estremecimiento que dejaran los espasmos, persistían con una extraña intensidad las sensaciones de la espera; el frío del hierro en que había apoyado la frente, el olor sofocante que subía de las hierbas como de un maceratorio, la lengua tibia de los lebreles de Myrta, que habían llegado sin estrépito á lamerle las manos.

—¡Adios, adios!

Estaba perdida. El se había marchado de aquel

lecho como del lecho de una cortesana, transformado casi en un extraño, casi impaciente; atraído por la frescura del alba, por la libertad de la mañana.

—¡Adios!

Por la ventana lo distinguió sobre la ribera, respirando largamente el aire vívido; después oyó en la gran calma su voz límpida y segura, al llamar al gondolero:

—Zorzi.

El hombre dormía en el fondo de la góndola, y su sueño humano era semejante al sueño de aquel madero curvado que le obedecía. Al tocarle Stelio con el pie, despertó sobresaltado, saltó á popa, empuñó el remo. El hombre y el madero á un tiempo habían despertado, acordes, como un solo cuerpo, prontos á correr por el agua.

—¡Criado suyo, patrón!—dijo Zorzi con una sonrisa bonachona, mirando el cielo que se aclaraba.

—Síntese el señor, que ahora me toca bogar á mi.

Frente al palacio la puerta de un taller se abrió. Era un taller de canteros donde se hacían los pedaños en la piedra de Val de Sole.

«¡Para subir!»—pensó Stelio; y su corazón supersticioso se alegró del buen presagio. El nombre de la cantera le pareció radiante sobre la muestra. La imagen de una escalera le representó su propia ascensión. Ya la había visto, en el jardín abandonado, en las armas de los Gradenigo. «¡En lo alto, siempre en lo más alto.» La alegría brotaba de lo profundo. La mañana excitaba las obras humanas.

«¿Y Perdida? ¿Y Arianna?» Volvió á verlas en lo

sumo de la escalera marmórea, á la luz de las antorchas humeantes tan unidas, entre el gentío, que la una se confundía con la otra, las dos tentadoras, en un mismo blanquear, salidas ambas de la multitud como del abrazo de un monstruo. «¿Y la Tanagra?» La siracusana de los ojos largos cabríos, le apareció en reposo unida á la madre tierra, como la figura de un bajo relieve, prendida á la superficie donde está esculpida. «¡La Trinidad dionisiaca!» Se las figuraba libres de todas pasión, inunes á todos los males, como las creaciones del arte. La superficie de su alma se cubría de imágenes espléndidas y rápidas, como un mar sembrado de velas hinchadas. Su corazón ya no sufría. Un áspero sentimiento de novedad se dilataba por toda su substancia, con la difusión de la luz. El calor de la fiebre nocturna se desvanecía enteramente en la embriaguez, los vapores se disipaban. Le ocurría á él, lo que ocurría en torno. Renacía con la mañana.

—Ahora no es necesario ya que alumbres,—murmuró maliciosamente el remador, apagando el farol de la góndola.

—¡Por San Juan Degollado al Canal Grande!—le ordenó Stelio sentándose.

Y mientras la proa alentada se dirigía hacia el río de San Giacomo dall' Orio, él se volvió á mirar el palacio que aparecía plomizo en la sombra. Una ventana iluminada se obscureció como un ojo que se cierra. «¡Adiós, adiós!» Su corazón se agitó con violencia; la voluptuosidad volvió á ondear en sus venas; las imágenes del dolor y de la muerte pasaron sobre todas las otras. La mujer ya no joven ha-

bía quedado sola, allá bajo con el aspecto de la agonizante; la virgen cerrada se disponía á volver hacia el lugar de su suplicio. El no supo condolerse, sino tan sólo prometer. De la abundancia de su fuerza arrancó la ilusión de poder mudar aquellas dos suertes para su gloria. Su corazón no sufría. Toda ansiedad cedió al placer sencillo que daban á sus ojos los espectáculos matutinos. Las frondas que sobrepasaban los muros de los huertos, donde ya despertaban los gorjeos de los pájaros, le ocultaron el palor de Perdida. En las ondulaciones del agua se perdieron los labios sinuosos de la cantante. Ocurría en él, lo que ocurría en torno. El arco y el eco de los puentes, las algas que nadaban, el gemido de las palomas eran como su respiración, su confianza, su hambre.

—Párate delante del Palacio Vendramin-Calergi,
—ordenó al remador.

Al pasar á lo largo de la pared de un huerto, arrancó algunas delicadas plantas que habían florecido en los intersticios del ladrillo, que tenía el color obscuro y rico de la sangre coagulada. Las flores eran violetas, de una extrema delicadeza, casi impalpables. Pensó en los mirtos que crecen en los alrededores del golfo de Egina, duros y fuertes como los matorrales de bronce; pensó en los cipreses oscuros que coronan las cimas rocosas de las colinas toscanas, en los altos laureles que protegen las estatuas en las villas de Roma. Con el pensamiento supuso la oferta de aquellas flores otoñales demasiado exigua para Aquel que había sabido dar á su vida la gran victoria que le había prometido.

—Atraca á la ribera.

El canal estaba desierto, antiguo río de silencio y de poesía. El cielo verde se reflejaba en él con sus últimas estrellas moribundas. El palacio, al primer golpe de vista tenía una apariencia aérea, como de una nube que lo representase á flor de agua. La sombra, que aún le bañaba, tenía la cualidad del terciopelo, la belleza de una cosa magnífica y flexible. Y del mismo modo que en un terciopelo profundo se descubren á la mirada las tramas, lentamente las líneas de la arquitectura se revelaron en los tres corintios que subían con un ritmo de gracia y de fuerza al fastigio donde las águilas, los corceles, las ánforas, emblemas de la vida noble, se entretegían con las rosas de los Loredan. NON NOBIS, DOMINE, NON NOBIS.

El gran corazón enfermo palpitaba allí.

La imagen del creador barbárico reapareció: los ojos cerúleos brillaron bajo la frente vasta, los labios se apretaron, sobre el robusto mentón, llenos de sensualidad, de soberbia y de desprecio.—¿Dormía? ¿Podía dormir? ¿O estaba isomme, con su gloria?—El joven pensó en las cosas extrañas que había oído contar de él.—¿Era verdad que no pudiese dormir sino sobre el corazón de su mujer, estrechamente abrazado á su mujer, y que hasta en la vejez le persistiese esa necesidad del contacto de amor?—Volvió á pensar en el relato de Lady Myrta, que había visitado en Palermo la Villa de Angri, donde los armarios de la estancia habitada por el viejo, habían permanecido impregnados de una esencia de rosas tan violenta, que aún producía vértigos. Vió

el pequeño cuerpo fatigado envuelto en telas suntuosas, ornado de piedras preciosas, perfumado como un cadáver compuesto para la pira.—¿Tal vez Venecia no le había dado á él como ya antes á Alberto Durero, el gusto de la voluptuosidad y de lo fastuoso? En el silencio de los canales, ciertamente, había oído pasar el más ardiente soplo de sus músicas: la pasión mortal de Tristán é Isseo.

Ahora el gran corazón enfermo palpitaba allí; el formidable ímpetu se aplacaba allí. El palacio patricio con las águilas, con los corceles, con las ánforas, con las rosas, estaba cerrado y mudo como un alto sepulcro.

Sobre aquel mármol el cielo se inflamaba al hálito del aurora.

«¡Salud al Victorioso!» Y Stelio Effrena echó las flores delante de la puerta.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Incitado por aquella impaciencia súbita, el remador se curvó sobre el remo. El madero sutil se deslizó en el agua. Todo el canal estaba claro por una parte. Una vela roja pasaba sin rumor. El mar, las olas alegres, la risa de las gaviotas, el viento de la anchura, se representaron al deseo.

—¡Boga Zorzi! A la Veneta Marina por el río del Olio—gritó el joven.

El canal le parecía demasiado angosto para la respiración de su alma. Como la respiración, la victoria le era al presente necesaria. Quería reconocer á la luz de la mañana, y en la aspereza del mar la bondad de su temple, al salir del delirio nocturno. No tenía sueño. Sentía en torno á sus ojos un

círculo de frescura como si se los hubiese lavado con el rocío. No experimentaba ninguna necesidad de reposo; y el lecho del hotel le producía horror como un camastrón vilísimo. «El puente de una barca, el olor del alquitrán y de la sal, el golpear de una vela rosa...»

—¡Boga, Zorzi!

El vigor del gondolero se duplicó. El tolete cru-
gía de vez en cuando, bajo el esfuerzo. Se desvaneció el Almacén de Turcos, marfil maravillosamente transcolorido y consumido, semejante al pórtico conservado de una mezquita en ruínas; pasaron el palacio de los Cornaro, y el palacio de los Pesaro, los dos colosos opacos ennegrecidos por el tiempo, como por el humo de un incendio; pasó la Ca d'oro, juego divino de piedra y aire; y después, el puente de Rialto, mostró su ancho torso, ya todo estrepitoso de vida popular, cargado de sus tiendas repletas, oloroso de hortalizas y pescados, semejante á una desmesurada cornucopia, que vertiese á su alrededor por las riberas, la abundancia de los frutos terrestres y marinos, para nutrir á la Ciudad Dominante.

—Tengo hambre, Zorzi, tengo mucha hambre,—dijo Stelio riendo.

—Buena señal cuando la noche hace hambre; á los viejos tan solo les produce sueño—dijo Zorzi.

—¡Atraca!

Compró uvas de Vignole é higos de Malamocco, depositados en un plato de pámpanos.

—¡Boga!

La góndola viró bajo el almacén de los Alema-

nes, y se deslizó por los canales angostos y oscuros hacia el río de Palacio. Las campanas de San Juan Crisóstomo, de San Juan Limosnero, de San Casiano, de Santa María de los Milagros, de Santa María Formosa, de San Lio, tocaban al aurora alegremente. El estrépito del mercado se perdía en la salutación del bronce, con los olores de la pesca, de la verdura, del vino.

Tras las paredes de mármol y ladrillo aun durmientes, bajo la franja del cielo, la franja del agua iba resplandeciendo cada vez mas, delante del hierro de la proa como si la encendiese la carrera; y aquel crecer del fulgor daba á Stelio la ilusión de una rapidez llameante. Pensó en las botaduras de las naves que al descender al mar producen llamas por el frote; la onda humea en torno, el pueblo aclama y aplaude...

—¡Al Puente de la Paglia!

Un pensamiento espontáneo como un instinto lo llevaba hacia el lugar glorioso donde le parecía que debían aun quedar los trozos de sus animaciones líricas y los ecos del gran coro báquico. «¡Viva el fuerte!...» La góndola tocó el lado potente del Palacio ducal, compacto como una gran masa única laborada por cinceles hábiles en hallar melodías como los plectros de los músicos. Abrazó la mole con toda su alma renacida; volvió á oír el sonido de su propia voz y el estruendo de los aplausos; volvió á ver la desmesurada quimera de ojos, con el busto cubierto de escamas espléndidas, larga negreando bajo las enormes volutas de oro; y se presentó á sí mismo oscilando sobre la multitud,

como un cuerpo cóncavo y sonoro, habitado por una voluntad misteriosa. Decía él: «¡Crear con alegría! Es el atributo de la divinidad. No es posible imaginar en el vértice del espíritu un acto más triunfal. Las palabras mismas que lo significan tienen la esplendidez de la aurora...»

Se repetía á sí, al aire, al agua, á la piedra, á la antigua Ciudad, á la nueva aurora: «¡Crear con alegría! ¡Crear con alegría!»

Cuando la proa pasó por bajo el puente y entró en el espejo de luz, poseyó con la mayor amplitud de la respiración, con su esperanza y con su valor toda la belleza y toda la fuerza de la vida anterior.

—¡Búscame una barca, Zorzi, una barca que vaya á alta mar!

Le era necesaria una respiración todavía mas amplia, el viento, lo salobre, la espuma, la vela hinchada, el bauprés apuntado hacia el horizonte inmenso.

—¡En la Veneta Marina, búscame una barca de pescadores, un barcazo de Chioggia!

Descubrió una gran vela roja y negra, acabada entonces de izar, que palpiaba al tomar viento, como un viejo estandarte republicano con el León y el Libro.

—¡Mírala! ¡Mírala! ¡Alcánzala, Zorzi!

Impaciente agitó la mano haciendo señal de que aguardasen.

—¡Grita á la barca que espere!

El hombre del remo, inflamado y ansioso lanzó un grito llamando á los hombres de la vela. La góndola volaba como un caranuzal en una regata. Se oía el anhelo del pecho robusto.

—¡Bravo, Zorzi!

Pero también él anhelaba, como si estuviese á punto de conseguir, su fortuna, una meta feliz, la certidumbre de un reino.

—Parece que vayamos á la guerra,—dijo el remador golpeándose las manos ardientes, con una risa franca que pareció refrescarlo por completo.—
—¡Cuidado que estravagancia!

El gesto, el tono, la argucia popular, los semblantes atónitos de los pescadores que se asomaban á la banda, los reflejos de la vela que ensangretaban el agua, el olor del pan que salía de un horno, el olor de la pez que comenzaba á hervir en un fogón vecino, el vocerío de los obreros del arsenal que iban al trabajo guerrero, toda la emanación fuerte de aquella ribera donde aun se sentían las antiguas galeras podridas de la Serenísima; y el retronar bajo el martillo de las corazas de las naves de Italia, todas aquellas cosas rudas y sanas suscitaron en el corazón del joven un ímpetu de alegría que estalló en una risa de su boca. El y el remador, ambos reían, concordés, junto al costado calafateado y alquitranado de la barca de pesca que tenía el aspecto vivo de una buena bestia de trabajo, con la piel áspera de arrugas, de excrecencias, y de cicatrices.

—¿Qué queréis?—preguntó el más anciano de los marineros inclinando hacia las risas sonoras su faz barbuda y quemada, en la que no existía de claro mas que algún pelo canoso y los ojos grises entre los párpados ribeteados por los vientos salobres.—
¿Qué desea el patrón?

La vela maestra se agitaba y silbaba como un estandarte.

—El patrón quisiera subir á bordo,—contestó Zorzi.

El árbol crujía y se tambaleaba de la base al pico.

—Que suba pues. ¡No quiere otra cosa el patrón! —dijo el anciano con sencillez, y se volvió para echar la escala de mano.

La ató á media popa. Estaba formada con algunos barrotes consumidos y con una sola cuerda ya muy gastada. Pero también esta, como todas las particularidades del basto madero, pareció á Stelio una cosa extraordinariamente viva. Al poner el pie se sintió avergonzado por su zapato lustroso y fino. La mano grande y dura del marinero, señalada con emblemas azules, lo ayudó, lo subió á bordo de un tirón.

—¡La uva y los higos, Zorzi!

Desde la góndola el remador le dió el plato de pámpanos.

—Que se transforme en buena sangre.

—¿Y el pan?

—Tenemos pan caliente,—dijo un marinero levantando un hermoso pan redondo y dorado,—acaba de salir del horno.

El hambre debía darle un sabor delicioso, reunir en el todo la bondad del trigo.

—¡Criado suyo, patrón! ¡Y viento en popa!—gritó el remador saludando.

—¡Orza!

La vela latina se hinchó, purpúrea, con el Leon y el Libro. La barca tomó la bordada de un largo, volviendo la proa hacia San Servolo. La ribera pa-

recía enarcarse para impulsarla. En la estela se mezclaron los filones, uno glauco, otro rojo, produciendo un vértice opalino; después cambiaron, alternaron todos los colores, como si la onda impulsora fuese un iris fluido.

—¡Estribor!

El navío viró con gran fuerza. Un milagro lo inundó. Los rayos primeros del sol traspasaron la vela palpitante, fulguraron los ángeles sobre los campanarios de San Marco y de San Jorge Mayor, incendiaron la estera de la Fortuna, coronaron de relámpagos las cinco mitras de la Basílica. La Ciudad anadiomene fué reina sobre las aguas, con todos sus velos desgarrados.

«¡Gloria al Milagro!» Un sentimiento sobrehumano de potencia y de libertad dilató el corazón del joven, como el viento, hinchó la vela por el transfigurado.

En el esplendor purpúreo de la vela, se encontraba como en el esplendor de su propia sangre. Le pareció que todo el misterio de aquella belleza le pidiese el acto triunfal. Se sintió capaz de realizarlo. «¡Crear con alegría!»

Y el mundo era suyo.

«CON EL TIEMPO». En una sala de la Academia, la Foscarina se había detenido delante de la Vieja de Francisco Tórbido, de aquella mujer arrugada, desdentada, floja y amarillenta que ya no puede sonreír ni llorar, de aquella especie de ruina humana que es peor que la podredumbre, de aquella es-

pecie de Parca terrestre que en vez de la rueca ó del hilo ó de las tijeras, tiene entre los dedos el cartel en que está escrito el aviso.

—«¡Con el tiempo!»—repitió la Foscarina en el aire libre, interrumpiendo el silencio pensativo, en el que había sentido apesantarse su corazón poco á poco, y descender al fondo como una piedra en un agua profunda.—¿Conocéis, Stelio, la casa cerrada de la calle Gámbara?

—No. ¿Cuál?

—La casa de la condesa Glanegg.

—No la conozco.

—¿No sabéis la historia de la bellísima austriaca?

—No, Fosca. Contádmela.

—¿Queréis que vayamos hasta la calle Gámbara? Muy cerca. Vamos.

Fueron una al lado del otro, hacia la casa cerrada. Stelio se quedó un poco atrás para mirar á la actriz, para verla avanzar en el aire muerto. Con su mirada ardiente abrazó toda la persona: la línea de los hombros declinantes con una gracia tan noble, la cintura flexible y libre sobre las caderas fuertes, las rodillas que se movían ligeramente entre los pliegues de la falda, y aquel pálido rostro apasionado, aquella boca de sed y de elocuencia, aquella frente hermosa como una hermosa frente viril, aquellos ojos que se alargaban en las cejas como vaporados por una lágrima que de continuo brotase y se disolviese sin caer, todo aquel apasionado rostro de luz y de sombra, de amor y de dolor, aquella fuerza febril, aquella vida que se estremecía.

—Te amo, te amo; tú sola me gustas; todo me gusta en tí—le dijo él de repente, despacio, junto á la mejilla, casi estrechándose con ella al paso, poniendo su brazo bajo el brazo de ella, sin poder tolerar que volviese á dominarla la pena, que sufríese por el atroz aviso.

Estremeciase ella, se detuvo, bajó los párpados, blanca.

—¡Dulce amigo!—dijo con una voz tan leve que las dos palabras parecieron moduladas no por sus labios sino por la sonrisa de su alma.

Toda su pena se había hecho fluida, transformada en una sola onda de ternura que se vertía sobre el amigo abandonadamente. Una infinita gratitud le dió la necesidad de hallar un gran dón para él.

—¿Qué puedo hacer, qué puedo hacer por tí? ¡Dímelo!

Imaginó una prueba maravillosa, un testimonio de amor inaudito y fulminoso. «¡Servir, servir!» Deseó el mundo para ofrecérselo.

—¿Qué quieres? ¡Dímelo! ¿Qué puedo hacer por tí.

—Amarme, amarme.

—¡Mi amor es triste, pobre amigo mío!

—Es perfecto, colma mi vida.

—Tú eres joven...

—Te amo.

—Tú debes poseer las fuerzas que se te parecen...

—Tú exaltas mi fuerza y mi esperanza, cada día. Mi sangre aumenta, cuando me hallo á tu lado y tú callas! Entonces nacen en mí las cosas que te maravillaran. Me eres necesaria.

—¿No lo digas?

—Todos los días me aseguras tú; que todas las promesas me serán cumplidas.

—Sí, tú tendrás tu hermosa muerte. No temo por tí. Tú estás seguro. Ningún peligro puede atemorizarte; ningún obstáculo puede interrumpir tu camino... ¡Oh, poder amar sin temor! Quién ama teme. Yo no temo por tí. Me pareces invencible. ¡Gracias también por esto!

Manifestaba su fe profunda como su pasión ilimitada y lúcida. Por mucho tiempo, aun en el ardor de la lucha, y en las vicisitudes de su peregrinación, habíase fijado atentamente en aquella juvenil existencia victoriosa, como en una forma ideal nacida de la purificación de su propio deseo. Más de una vez, en la tristeza de los amores triviales y en la nobleza de la prohibición impuesta, había pensado: «¡Ah! ¡Si al fin de todo mi valor que se ha endurecido bajo las tempestades, si al fin de todas las cosas fuertes y límpidas que el dolor y la rebelión han descubierto en mi alma, si de lo mejor de mí, yo pudiese un día formarte las alas para el altísimo vuelo!» Más de una vez su melancolía se había embriagado en un presentimiento casi heróico.

Había entonces sugetado á su alma en la obligación y el esfuerzo, la había soliviado entonces á la más ardua belleza moral, la había conducido hacia los actos dolorosos y puros, tan sólo por merecer lo que esperaba y temía á un tiempo, tan sólo por sentirse digna de ofrecer su servidumbre al que estaba impaciente por vencer. Y ahora por un choque violento y repentino del hado había sido echada

contra él como una mujer deseosa, con toda su carne estremecida. Se había mezclado á él con toda su sangre más acre. Lo había visto dormir sobre la misma almohada el sueño fatigoso del cansancio de amor; había conocido á su lado los despertares repentinos, agitados por el temor cruel, y la imposibilidad de cerrar de nuevo los párpados cansados, en la duda de que él la mirase dormida, que le buscara en la cara la señal de los años, sintiese disgusto, anhelase una fresca juventud inconsciente.

—Nada es comparable á lo que tú me das—dijo Stelio apretándola el brazo, buscándole con los dedos la muñeca desnuda bajo el guante, por una necesidad casi impulsiva de sentir el latido de aquella vida devota, la pulsación de aquel corazón fiel en los desolados lugares por donde caminaban, bajo el tenue humo que los envolvía ensordeciendo el rumor de sus pasos.—Nada es comparable á esta certidumbre de no estar ya solo hasta la muerte.

—¡Ah, lo sabes tú, lo sientes, que esto es para siempre!—exclamó ella con un ímpetu de alegría, viendo triunfar á su amor.—Para siempre, suceda lo que quiera, condúzcate donde te conduzca tu suerte, allí donde quieras que yo te sirva, Stelio, de lejos, de cerca...

Se difundía por el aire humeante una confusa monotonía que ella reconoció. Era el coro de los gorriones, en el jardín de la condesa de Glanegg, reunidos en las copas de los árboles moribundos. La palabra se le extinguió en los labios. Hizo el movimiento instintivo de volverse, de llevarse consigo al amante hacia otra parte.

—¿Donde vamos?—preguntó él sacudido por el brusco movimiento de su compañera, y por aquella interrupción inesperada que era como el fin de un encanto ó de una música.

Se detuvo ella. Sonrió con aquella tenue sonrisa ocultadora. «CON EL TIEMPO.»

—Quería huir—dijo—pero no se puede.

Estaba allí como una pálida llama.

—Había olvidado que os conducía hacia la casa cerrada, Stelio.

Está allí, en el día ceniciento, privada de toda fuerza, extraviada como en un desierto.

—Me parecía que tuviésemos otra meta. Pero hemos llegado. ¡Con el tiempo!

Se le aparecía ahora como en aquella noche inolvidable cuando había suplicado: «¡No me hagáis daño!» Estaba allí revestida con aquella su secreta alma tierna, tan fácil de ser muerta, de ser destruída, inmolada sin sangre.

—Vamos, vamos,—dijo él procurando moverla, —vamos á otra parte.

—No se puede.

—Vamos á tu casa, vamos á tu casa: encendamos el fuego, el primer fuego de Octubre. ¡Deja que yo pase la noche contigo, Foscarina! Dentro de poco lloverá. Será tan dulce permanecer en tu habitación, hablando, callando, con las manos entre las manos... Ven. Vamos.

Hubiera querido cogerla entre sus brazos, mecerla, consolarla, oirla llorar, beber las lágrimas. El mismo sonido de sus palabras acariciadoras le aumentaban su ternura. De toda la persona aman-

te, el amó entonces furiosamente las señales delicadas que partían del ángulo de los ojos hacia las sienes, y las pequeñas venas oscuras que hacían los párpados semejantes á las violetas, y las ondulaciones de las mejillas, y el menton extenuado, y todo aquello que parecía tocado del mal de otono, todo lo que era sombra sobre el apasionado rostro.

—¡Foscarina! ¡Foscarina!

Cuando él la llamaba por su verdadero nombre el corazón le palpitaba más fuerte, como si algo de más profundamente humano entrase en su amor, como si de repente todo el pasado se reuniese á la figura que él aislaba en el sueño, é innumerables hilos le enlazaran todas las fibras á la vida implacable.

—Ven. ¡Vamos!

Ella sonreía penosamente.

—¿Pero por qué si la casa está ahí? Pasemos por la calle Gámbara. ¿No queréis saber la historia de la condesa de Glanegg? Mirad. Parece un monasterio.

La calle estaba desierta como el sendero de un retiro, grisácea, húmeda, esparcida de flores mustias. El Este-nord-este creaba en el aire una humareda tarda y suave que ensordecía los rumores. La monotonía confusa semejaba ora sí ora no, á un sonido de madera y hierro que chocasen.

—Detrás de esas paredes un alma desolada sobrevive á la belleza de un cuerpo—dijo la Foscarina despacio.—¡Mirad. Las ventanas están cerradas, las persianas fijas, las puertas selladas. Una

sola ha quedado abierta, la de los criados, por donde entra el alimento de la muerta, como en las tumbas egipcias. Los criados nutren un cuerpo muerto.

Los árboles sobresaliendo por los muros claustrales parecían husmear por las cimas casi peladas; y los gorriones, más numerosos que las hojas enfermas, sobre las ramas, gorjeaban, gorjeaban sin tregua.

—Adivinad el nombre. Es bello y raro como si vos lo hubieseis buscado.

—No sé.

—¡Radiana! Se llama Radiana la prisionera.

—¿Pero de quién es prisionera?

—Del Tiempo, Stelio. El Tiempo vela en las puertas con su hoz y su reloj de arena, como en las estampas antiguas...

—¿Una alegoría?

Pasó un muchacho silbando. Al ver que miraban hacia las ventanas cerradas se detuvo á mirar también con sus ojazos curiosos y atónitos. Los amantes callaron. El gorjeo asiduo de los pájaros no dominaba el silencio de las paredes, de los troncos, del cielo; porque la monotonía estaba en sus oídos, como el zumbido en las conchas marinas, y á través de aquella sentían la taciturnidad de las cosas á su alrededor, y alguna voz remota. El estridor rauco de una sirena se prolongó en la lontananza velada haciéndose poco á poco suave como una nota de flauta. Se apagó. El muchacho se cansó de mirar: no sucedía nada visible; las ventanas no se abrían; todo permanecía inmóvil. Marchóse co-

rriendo. Se oyó la fuga de sus piececitos descalzos sobre las piedras húmedas y sobre las hojas mustias.

—¿Conque?—preguntó Stelio.—¿Qué hace Radiana? No me habéis dicho aún quién es, ni por qué esté encerrada. Contádmelo. He pensado en Soranza Soranzo.

—La condesa de Flanegg es una de las más elevadas damas de la nobleza de Viena, y acaso la criatura más hermosa que jamás haya yo encontrado en la tierra. Franz Lenbach la ha retratado con la armadura de las Valquirias, con el casco de las cuatro alas. ¿No conocéis á Franz Lenbach? ¿No habéis entrado nunca en su estudio rosa del Palacio Borghese?

—No, nunca.

—Id un día. Y decidle que os enseñe ese retrato. No olvidaréis ya la cara de Radiana jamás. La veréis como ahora la veo yo á través de las paredes, inmutable. Ha querido permanecer así en la memoria de los que la han visto resplandecer. Cuando una mañana muy clara descubrió que había venido el momento para ella de deshojarse, resolvió despedirse del mundo para que los hombres no asistieran á la desaparición y descomposición de su belleza ilustre. Tal vez la simpatía de las cosas que se disgregan y caen en ruinas la retuvo en Venecia. Dió una magnífica fiesta de despedida, en la que aún apareció soberanamente bella. Después se retiró para siempre en esta casa que véis, dentro de este muro amurallado, con sus criados, esperando el fin. Se ha convertido en una figura de leyenda.

Se dice que en la casa no existe un espejo y que ella ha olvidado su rostro. Hasta á sus amigos más devotos y á sus parientes más próximos les está prohibido visitarla. ¿Cómo vive? ¿En compañía de qué pensamientos? ¿Con qué arte engaña el tedio de la espera? ¿Su alma se halla en un estado de gracia?

Cada pausa de su voz velada, que interrogaba el misterio, se llenaba de una melancolía tan densa, que parecía casi material, casi mesurada con aquel ritmo de hipo que produce el agua al entrar en un recipiente.

—¿Reza? ¿Contempla? ¿Llora? O acaso se ha hecho inerte; no sufre, como no sufre una manzana que se consume en el fondo de un armario.

Calló la mujer. Sus labios se plegaron, como si aquellas palabras los hubieran secado.

—¿Si ahora de improviso se asomase á aquella ventana?—dijo Stelio, que sintió en los oídos, como una sensación real, el estridor de los goznes.

Entrambos espionaron los intersticios de las celosías elevadas.

—Podría estar allí mirándonos,—añadió él en voz baja.

Se comunicaron uno al otro el escalofrío.

Se hallaban apoyados en la pared de en frente y no tenían voluntad para mover un pie. La inercia de las cosas los invadía, el húmedo humo ceniciento los envolvía haciéndose más denso; la confusa monotonía los aturdiría como esas medicinas que aturden á los febricitantes. Las sirenas resonaban en las lejanías. Los sonidos roncós, disminuyendo

poco á poco, se hacían dulces como notas de flauta en el aire suave, parecían detenerse como aquellas hojas descoloridas que abandonaban las ramas, una á una sin gemir. ¡Qué largo era el tiempo que transcurría entre el arrancarse la hoja y su llegada á tierra! Todo era lentitud, vapor, abandono, consunción, cenizas.

—¡Es preciso que yo muera, dulce amigo mío, es preciso que yo muera!—dijo la mujer después de un largo silencio, con una voz desgarradora, solivianando la cabeza de la almohada donde la había prensado para dominar las convulsiones de voluptuosidad y de dolor que le habían producido las caricias imprevistas y furentes.

Vió á su amigo en el otro diván, separado, allí, junto al balcón, en la actitud de quien está para amodorrarse, con los ojos entornados, con la cabeza abandonada, coloreada de oro por la luz de la noche. Vió bajo su labio una señal roja, como una herida, sobre su frente los cabellos embrollados. Sintió que de aquellas cosas se nutría su deseo y se encendía turbulentamente. Sintió que sus párpados hacían daño á sus pupilas, cuanto más miraba, y que su mirada le quemaba los ojos, y que por las

pupilas entraba en ella y se le derramaba por todo el cuerpo desflorado, aquel mal incurable. ¡Perdida, perdida, lo estaba ya para siempre sin remedio!

—¡Morir!—dijo su amigo, sin abrir los ojos, sin moverse, como desde el fondo de su melancolía y de su sopor.

Fijóse ella en que la pequeña herida sanguinosa se movía debajo del labio, al hablar.

—Antes que tú me odies...

El abrió los ojos, se solivió, tendió hacia ella la mano como para impedirle proseguir.

—¿Por qué te atormentas?

La vió casi lívida, cubiertas las mejillas con los cabellos casi deshechos, consumida como si un veneno la corroyese, plegada como si su alma se hubiese roto á través de su carne, tremenda y miserable.

—¿Qué haces tú de mí? ¿Qué hacemos de nosotros?—dijo la mujer angustiadamente.

Habían ambos combatido con la respiración en la respiración, con el corazón en el corazón; se habían unido como en una mezcla; habían sentido en la saliva el sabor de la sangre. De improviso habían cedido á un impetu de deseo, como á una ciega voluntad de destruirse. Uno y otro se habían sacudido la vida recíprocamente como para despertarla de las ínfimas raíces. En el espasmo habían sentido la agudeza de los dientes en sus besos crueles.

—Te amo.

—No así, no así quisiera...

—Tú me turbas. De repente la furia me domina...

—Es como un odio...

—¡No, no, no lo digas!

—Me agitas, y me sacudes como si quisieras acabarme...

—Me ciegas. Ya no sé nada.

—¿Qué te turba? ¿Qué ves en mí?

—No sé, no sé lo que es.

—Yo lo sé.

—¡No te atormentes! Te amo. Es el amor ..

—Que me condena. Es preciso que yo muera.

¡Dame aún el nombre que antes me dabas!

—Eres mía; te poseo; no te perderé.

—Me perderás.

—¿Pero por qué? No comprendo. ¿Qué locura es la tuya? ¿Mi deseo te ofende? ¿Pero tú, acaso no me deseas? ¿No te sientes dominada por la misma furia de poseerme y de ser poseída? Tus dientes batían antes de que yo te tocase...

Impaciente, la quemaba más adentro, le exasperaba la llaga. Ella se cubrió el rostro con las manos. El corazón le golpeaba el pecho rígido entonces, á guisa de yunque, del cual, sentía repercutir en lo sumo del cráneo los golpes duros.

—¡Mira!

Stelio se tocó el labio donde le dolía, esprimiendo la pequeña herida; tendió hacia la mujer los dedos teñidos de la gota de sangre que había brotado.

—Me has dejado la señal. Mordías como una fiera...

La Foscarina se levantó súbitamente, como si la hubiese empujado con un hierro candente. Abrió

desmesuradamente los ojos mirándole, como para devorarlo con ellos. Sus narices titilaban. Una fuerza espantosa se agitó en su cintura. Todo su cuerpo vibrando se sintió desnudo bajo la túnica como si los pliegues ya no se le adhiriesen. Su rostro, salido de la cavidad de las manos como de una máscara ciega, volvió á arder obscuro, como un fuego sin rayos. Estaba bellísima, terrible y miserable.

—¡Ah, Perdida, Perdida!

Jamás, jamás, jamás, aquel hombre olvidará el pie que la Lujuria movió hacia él, el modo que tuvo de apresarle, la rápida onda muda que se le enroscó en el pecho, que lo envolvió, que lo aspiró, que le causó miedo por algunos instantes y le produjo la alegría de padecer una violencia divina, de disolverse en una especie de ardiente humedad letal, como si todo el cuerpo de la mujer hubiese adquirido en un momento la cualidad de una boca aspirante, y en ella, se hallase preso él por completo.

Cerró los ojos; olvidó el mundo, la gloria. Una profundidad tenebrosa y sagrada se hizo en él, como en un templo. Su espíritu estaba opaco é inmóvil; pero todos sus sentidos aspiraban á transcender el límite humano, á gozar más allá del impedimento, hechos sublimes, aptos para penetrar los misterios más remotos, para descubrir los secretos más recónditos, para extraer una voluptuosidad de una voluptuosidad, como una armonía de una armonía, maravillosos instrumentos, infinitas virtudes, realidades ciertas, como la muerte. Todo se desva-

necia como vapores; en la sola mezcla de los sexos convergían las energías y las aspiraciones del Universo; los cielos la consagraban; la sombra y las colgaduras de la cama la hacían religiosa; la acompañaba él zumbido de la muerte.

Abrió los ojos. Vió la habitación obscurecida; por el balcón abierto, el cielo lejanísimo, los árboles, las cúpulas, las torres, la laguna extrema, sobre la cual, se inclinaba la faz del crepúsculo, las colinas Euganeas, cerúleas y quietas como las alas replegadas de la tierra en el reposo de la noche. Vió las formas del silencio, y la silenciosa forma que se adhería á él como la corteza al tronco.

La mujer le pesaba encima con todo su peso, lo tenía enlazado y cubierto, oprimía la frente contra el hombro suyo, oculto el rostro, sofocadamente, en una estrechez que no menguaba nunca, indisoluble como la del cadáver cuando sus brazos quedan rígidos alrededor del viviente. Parecía que no quisiese ya abandonar su presa, que no pudiese ya separarse, sino con la recisión de los cúbitos. El sentía en el círculo la solidez y la tenacidad de los huesos, mientras sentía sobre su pecho y á lo largo de sus piernas la blandura de aquellas carnes que le temblaban encima de cuando en cuando, como tiembla sobre la arena el agua corriente. Cosas indefinidas pasaban, pasaban en aquel temblequeteo de aguas, innumerables, continuas, surgiendo del fondo, descendiendo de lejos; pasaban, pasaban siempre más espesas, más obscuras, más impuras, río de turbulenta vida. Una vez más conoció él que de aquella impureza se nutría su acre deseo, de aquel

ignoto amontonamiento, de aquellas trazas de amores, de amores perdidos, de aquella corporal tristeza, de aquella indecible desesperación. Una vez más supo que los fantasmas de otros gestos incitaban la violencia de su gesto deseoso, hacia la mujer no amada. Ahora sufría él de ella, de sí; y la sentía sufrir, y la sentía suya como la leña es de la llama que la consume; y volvía á oír las palabras inesperadas después del furor: «¡Es preciso que yo muera!»

Volvió otra vez los ojos hacia el exterior; vió negrear los huertos, las casas iluminarse, una estrella brotar de la aflicción del cielo, en el fondo de la laguna relucir una larga espada pálida, las colinas confundirse con los velos de la noche, las lejanías extenderse hacia comarcas ricas en bienes ignotos. Existían acciones que realizar por el mundo, conquistas que proseguir, sueños que exaltar, destinos que esforzar, enigmas que resolver, lauros que coger. Existían caminos allá bajo, misteriosos, de imprevistos encuentros. Alguna felicidad velada pasaba por allí, sin que hubiese quien la encontrase ó reconociese. ¿Acaso no vivía en aquel momento por el mundo un igual, un hermano, ó un enemigo lejano, sobre la frente del cual descendía, después de un día de laboriosa espera, la inspiración fulmínea de la que nace la obra eterna? Alguien en aquel momento había acabado una alta labor, ó había encontrado al fin una razón heroica de vivir. Pero él estaba allí, en la cárcel de su cuerpo, yacente bajo el peso de la mujer desesperada. Aquella suerte magnífica de dolor y de potencia, seme-

jante á un navío cargado de hierro y de oro, venía á estrellarse contra él, como un escollo. ¿Qué hacía, qué pensaba durante la noche Donatella Arvale, sobre su colina toscana, en su casa solitaria, cerca del padre demente? ¿Templaba su voluntad para una lucha meditada? ¿Profundizaba su secreto? ¿Era pura?

Quedó inerte bajo el abrazo; sintió sus brazos impedidos por el círculo rígido. Muda é inmóvil la repulsión ocupó todo su sér. Una melancolía fuerte como una angustia se condensó alrededor de su corazón. Le pareció que el silencio esperase un grito. En sus miembros entorpecidos bajo el peso, las venas latían adoloridas. El abrazo poco á poco se atenúa, como si la vida se desvaneciese. Las palabras desgarradoras le volvieron á resonar en el alma. Un terror súbito le asaltó, á la aparición de una imagen fúnebre. Y todavía no se movió, no habló, no probó disipar aquella nube de angustia que se acumulaba sobre entrambos. Permaneció inerte. Extravió el conocimiento de los lugares, la medida del tiempo. Se vió á sí y á la mujer en medio de una llanura infinita, esparcida de hierbas chamuscadas, bajo un cielo blanco. Esperaban, esperaban que una voz les llamase, que una voz les soliviasse... Un sueño confuso salía de su entorpecimiento, ondulaba, se cambiaba, se entristecía bajo el incubo. Ahora creía él subir por una escarpadura con su compañera afanosamente, y el afán de ella demasiado sobrehumano, recrudecía el suyo...

Pero estremeci6se, abri6 otra vez los p6rpados, oyendo una campana. Era la de San Sime6n Profeta, tan pr6xima que parecia sonar dentro de la estancia. El sonido met6lico atravesaba los 6idos como un estoque.

—¿Te habías adormecido tambi6n t6?—pregunt6 6 la mujer, sinti6ndola abandonada, cual si estuviese ya muerta.

Y levant6 una mano, le roz6 los cabellos, las mejillas, el ment6n.

Como si aquella mano le arrancara el coraz6n, la Foscarina rompi6 en sollozos. Solloz6, solloz6, all6, sobre el pecho de 6l, sin morir.

—Tengo un corazón, Stelio,—dijo la mujer mirándolo en las pupilas con un esfuerzo penoso, que le hizo temblar el labio, como si hubiese tenido que vencer una timidez salvaje para proferir aquellas palabras.—Sufro por un corazón que está vivo aquí, Stelio, vivo y ávido y angustiado, como jamás lo sabréis...

Y sonrió con su tenue sonrisa ocultadora, dudó, tendió la mano hacia un ramo de violetas, lo tomó, se lo aproximó á las narices. Sus párpados se bajaron, su frente quedó descubierta en los cabellos y las flores maravillosamente bella y triste.

—Vos lo herís alguna vez—dijo despacio, con el aliento en las violetas;—alguna vez sois con él cruel...

Parecía que aquella cosa humilde y olorosa la ayudase á confesar su pena, á velar también más el reproche tímido para su amigo: calló ella; él in-

clinó la cabeza. Se oían crepitar los tizones en el hogar; se oía la lluvia igual caer sobre el jardín en luto.

—Una gran sed de bondad ¡ah, vos no sabréis jamás que sed!... La bondad, dulce amigo mío, aquella verdadera, aquella profunda, que no sabe hablar, pero que comprende, que lo sabe dar todo en una sola mirada, en un pequeño gesto, y es fuerte y es segura, siempre directa contra la vida que mancha y que seduce,.. ¿La conocéis?

Su voz era de vez en cuando firme y vacilante, tan cálida de luz interior, tan llena de alma revelada, que el joven la sentía pasar á través de toda su sangre, no como un sonido, sino como una esencia espiritual.

—¡En vos, en vos la conozco!

Stelio le cogió las manos que tenían sobre la rodilla las violetas; las besó con sumisión, curvándose. Permaneció á los pies de ella, con la actitud sometida. El delicado perfume hacía más amable su ternura. En la pausa el fuego y el agua hablaron. La mujer preguntó limpidamente.

—¿Creéis que yo soy segura para vos?

—¿No me has visto dormir sobre tu corazón?— contestó él con la voz alterada, dominado de repente por una conmoción nueva, porque vió en la pregunta el alma desnuda y elevada presentarse á él, sintió descubierta su secreta necesidad de creer y de confiar.

—Sí, ¿pero qué significa? La juventud tiene el sueño tranquilo sobre cualquiera almohada. Tú eres joven...

—Te amo y creo en tí; me abandono entero. Tú eres mi compañera. Tu mano es sólida.

—¡Bondad!—dijo la mujer acariciándole los cabellos sobre las sienes con un ademán suave.—Tu sabes ser bueno, tú tienes la necesidad de consolar, dulce amigo mío! Pero una falta ha sido cometida y conviene expiarla. Antes me parecía que hubiese podido hacer por tí las cosas más humildes y más elevadas, y ahora me parece que no he de poder sino una sola cosa: irme, desaparecer, dejarte libre con tu suerte...

El la interrumpió soliviándose, tomando el rostro querido entre sus manos.

—¡Yo puedo eso que el amor no puede!—dijo ella despacio, palideciendo, mirándolo como no lo había mirado nunca.

El sintió un alma en la cavidad de sus manos, una imagen de fuente viva, infinitamente bella y preciosa.

—Foscarina, Foscarina, alma, vida, sí, sí, más que el amor; yo sé que tu puedes darme más que el amor; y nada vale tanto para mí como lo que tú puedes darme; y ningún otro ofrecimiento podría consolarme de no tenerte á mi lado en mi camino. ¡Créelo, créelo! ¡Te lo he repetido tantas veces acuérdate! hasta cuando no eras enteramente mía, cuando nos separaba aún la prohibición.

Teniéndola cogida en aquel momento; inclinóse, y la besó en los labios apasionadamente.

Un escalofrío la recorrió todos los huesos: el río helado pasaba sobre ella, la entorpecía.

—¡No, no más!—suplicó, blanca.

Apartó de sí al amigo. No supo contener el anhelo de su pecho. Se inclinó como en sueños, á recoger las violetas que habían caído.

—¡La prohibición!—dijo después de un intervalo de silencio.

Un sordo rugido salía de un tizón que se resistía al mordisco de la llama; la lluvia caía torrencial sobre las ramas. De vez en vez el rumor imitaba la agitación del mar, evocaba las soledades hostiles, las lejanías inhospitalarias, los seres errantes bajo el rigor de los cielos.

—¿Por qué la hemos violado?

Stelio tenía los ojos fijos en el esplendor movable del hogar; pero en sus manos abiertas y supinas persistía la sensación portentosa, el vestigio del milagro, las trazas de aquel semblante humano, á través de cuyo palor miserable había pasado la onda de sublime belleza.

—¿Por qué?—repitió la mujer dolorosamente.— ¡Ah, confesad, confesad, que vos también, antes que la furia ciega os dominase y os arrebatase, también vos sentisteis que todo iba á ser aniquilado y perdido, también vos sentisteis que era preciso no ceder, si queríamos salvar el bien que había nacido de nosotros, aquella cosa fuerte y embriagadora que me parecía el único mérito de mi vida! ¡Confesadlo, Stelio, decid la verdad! Podría casi recordaros el momento en que la buena voz os habló. ¿No fué en la góndola, viniendo hacia casa, cuando estaba allí con nosotros Donatelle?

Pareció indecisa por un segundo antes de pronunciar aquel nombre, y había experimentado des-

pués una amargura casi física que de los labios le descendió hacia dentro, como si aquellas sílabas se hubiesen convertido en venenosas para ella. Sufriendo esperó que su amigo le contestase.

—No sé volverme hacia atrás, Fosca,—contestó él,—ni quiero. No he perdido mi bien. Me gusta que tu alma tenga una boca grave, y que tu sangre huya de tu rostro cuando te toco, y sientes que te deseo.

—¡Calla, calla—imploró las Foscarina—no me turbes siempre! ¡Deja que pueda hablarte de mi pena! ¿Por qué no me ayudas?

Se agazapó un poco entre los almohadones en que estaba sentada, se contrajo como bajo una violencia brutal, mirando fijamente la llama para no mirar al amado.

—Más de una vez he visto no sé qué en tus ojos que me ha dado horror—pudo decir al fin con un esfuerzo que hizo roncadas las palabras.

El se estremeció pero no osó contradecirla.

—¡Horror!—repitió ella, más claramente, implacable contra sí misma, habiendo vencido al presente su miedo y apoderándose de su valor.

Se hallaban ambos delante de la verdad con los corazones palpitantes y desnudos.

La mujer habló sin debilidad.

—La primera vez, fué allá bajo, en el jardín, aquella noche... Yo sé lo que veías en mí: todo el fango sobre el cual he caminado, toda la infamia que he pisoteado, toda la impureza que me ha hecho estremecer... ¡Ah, tú no hubieseis podido confesar las visiones que encendían tu fiebre! Tenías

los ojos crueles y la boca convulsa. Cuando sentiste que me herías tuviste piedad... Pero después, pero después...

El rostro cubriósele de rubor, y la voz se le hizo impetuosa, y sus pupilas brillaban.

—Haber alimentado durante años, de lo mejor de mí un sentimiento de devoción, de admiración sin límites, de cerca, de lejos, en la alegría, en la tristeza; haber recibido con la más pura actitud de reconocimiento todas las consolaciones ofrecidas á los hombres con vuestra poesía, y haber esperado ansiosamente otros dones, y siempre más elevados, y siempre más consoladores; haber creído en la gran fuerza de vuestro genio desde la aurora, y no haber apartado nunca los ojos de vuestra subida y haberla acompañado con un voto que ha sido como mi plegaria de la mañana y de la noche, durante años; silenciosamente, fervientemente, haber proseguido el esfuerzo continuo de dar alguna belleza, alguna armonía á mi espíritu para hacerlo menos indigno de aproximarse al vuestro: cuantas veces en escena, ante una platea ardiente, haber pronunciado con un escalofrío alguna palabra inmortal pensando en aquella que un día acaso vos habríais querido dar á la muchedumbre por medio de mi boca; haber laborado sin tregua, haber intentando siempre llegar á un arte más sencillo, más intenso, haber aspirado de continuo á la perfección, ante el temor de no gustaros, de aparecer demasiado desigual á vuestro sueño; haber amado mi gloria fugaz tan sólo para que un día pudiese servir á la vuestra; haber apresurado con el

fervor de la fe más cierta, vuestras nuevas relaciones para poderme ofrecer á vos como un instrumento de vuestra victoria, antes de mi decadencia; y haber defendido contra todo y contra todos esta idealidad oculta de mi alma, contra todos y hasta contra mí misma valerosamente; haber hecho de vos mi melancolía, mi esperanza tenaz, mi prueba heróica, la señal de todas las cosas buenas, fuertes y libres, ¡ah Stelio, Stelio!...

Se detuvo un instante, sofocada por la ola de pesar, ofendida por el recuerdo como por una nueva vergüenza.

—...¡Y llegar á aquella alba y veros partir de aquel modo de mi casa, en aquella alba horrenda! Palideció, perdió toda la sangre de su rostro.

—¿Te acuerdas?

—¡Feliz, feliz, era feliz!—exclamó él, con la voz desgarrada, convulso en lo profundo.

—¡No, no!... ¿Te acuerdas? Te levantaste de mi cama como del lecho de una cortesana, saciado, después de algunas horas de placer violento.

—¡Te engañas, te engañas!

—¡Confiesa, dí la verdad! Tan sólo con la verdad podremos salvarnos aún.

—Era feliz, tenía todo el corazón abierto, soñaba y esperaba, creía renacer...

—Sí, sí, feliz de respirar, de volverte á encontrar libre, de sentirte joven en el viento y en el día. ¡Ah! Habías mezclado muchas cosas acres á las caricias, demasiado veneno en el placer. ¿Qué viste en aquella que tantas veces había agonizado en la renuncia—y tú lo sabes—agonizado mejor

que romper la prohibición necesaria para hacer vivir el sueño que ella lleva consigo en su continuo errar por el mundo? Dí: ¿qué viste tú sino la criatura corrompida, la carne de voluptuosidad, el resto de los amores aventureros, la actriz vagabunda, que es en su lecho como en la escena, de todos y de nadie?...

—¡Foscarina! ¡Foscarina!—exclamó Stelio y se echó sobre ella, le cerró los labios con la mano temblorosa, convulso, perturbado.

—¡No, no, no lo digas! ¡Calla! Estás loca, estás loca...

—¡Horror!—murmuró ella cayendo sobre los almohadones, como si perdiese el conocimiento, anquilada por el ímpetu, extenuada bajo aquel flujo de amargura que le había desbordado del fondo del corazón.

Pero sus ojos permanecían abiertos y dilatados, inmóviles como dos cristales, endurecidos como si no tuviesen cejas, mirándole fijos. Le impedían hablar, negar ó atenuar la verdad, que ellos habían descubierto. Pasados algunos momentos se le hicieron intolerables. Los cerró con sus dedos, como se cierran los de los difuntos. Ella advirtió el ademán que era de una infinita melancolía, sintió sobre los párpados los dedos que le tocaban como únicamente el amor y la piedad saben tocar. La amargura se desvaneció, el nudo áspero se deshizo, los ojos se humedecieron. Tendió los brazos, se los ciñó al cuello y se incorporó un poco sosteniéndose. Pareció restringirse toda en sí, volverse una vez más, débil y leve, llena de una silenciosa imploración.

—¡Es preciso, pues, que yo me vaya!—suspiró, con la voz húmeda por el llanto interior.—¿No hay reparación? ¿No hay perdón?

—Te amo—dijo el amado.

Ella libertó uno de sus brazos y extendió la mano abierta hacia el hogar, como para un conjuro. Después volvió á abrazar al joven estrechamente.

—¡Sí, aun un poco, aun un poco! ¡Déjame permanecer aun contigo! Después me iré, me iré á morir lejos, allá, bajo un árbol, sobre una piedra. ¡Déjame permanecer aun un poco!

—Te amo,—dijo el amado.

Parecía que las fuerzas ciegas é indómitas se arremolinasen sobre sus cabezas, sobre su abrazo. Como las sentían y se atemorizaban, se estrechaban mas fuerte; y de la estrecha unión de los dos cuerpos nacían para sus almas un bien y un mal desgarradores, que estaban mezclados y confundidos, y ya no podían separarse.

La voz de los elementos hablaba en el silencio un lenguaje obscuro que era como una incomprendida respuesta á la muda interrogación de los amantes. El fuego y el agua de cerca y de lejos brillaban, respondían, cantaban. Poco á poco atrajeron el espíritu del animador, lo sedujeron, se apoderaron de él, lo arrastraron hacia el mundo de los mitos innumerables que habían nacido de su eternidad. Oyó él en sus oídos, en sensación real y profunda, resonar las dos melodías que expresaban la íntima esencia de las dos Voluntades elementales, las dos melodías maravillosas que ya él había encontrado para entretejerlas en la trama sinfónica

de la nueva tragedia. Las intermitencias del dolor, el temblor de las inquietudes cesaron de repente, como por una tregua feliz, por un intervalo de encantos en la miseria. Hasta los brazos de la mujer se desanudaron como si obedeciesen á una imperiosa orden de liberación.

—No hay reparación,—dijo ella á sí misma, como repitiendo las palabras de una condena que hubiese oído del mismo que el otro oyera las grandes melodías.

Se curvó, apoyó el mentón en la palma de la mano y el codo sobre la rodilla; permaneció en aquella actitud mirando fijamente el hogar, con la frente arrugada.

El la miró, volvió á su pena. La tregua había transcurrido con brevedad; pero su espíritu pudo orientarse hacia su obra, y le restaba una concitación que semejaba á la impaciencia. Ahora aquella pena le parecía inútil; la angustia de la mujer le parecía casi importuna, porque él la amaba, porque él la deseaba y sus caricias eran ardientes y entrambos eran libres, y el lugar donde vivían era favorable á sus sueños y á sus placeres. Hubiese querido encontrar un modo improvisado de romper aquel círculo de hierro, de disipar aquel triste vapor, de conducir á su amiga á la alegría.

Pidió á su gracia alguna invención delicada para conseguir que la afligida sonriera, para endulzarla. Pero le faltaba entonces aquella abandonada melancolía y aquella piedad temblorosa que habían dado á sus dedos un tacto tan suave al cerrar los desesperados ojos. El instinto no le sugería si no el

ademán sensual, la caricia que aturde el alma, el beso que confunde los pensamientos.

Titubeó; la miró. Permanecía en la misma actitud, curvada, apoyado el mentón en la palma de la mano, arrugada la frente. La llama le iluminaba el rostro, los cabellos, con sus reflejos alegres. La frente era hermosa, como una hermosa frente viril; pero había un algo de salvaje en el pliegue natural y en el reflejo rojo de los mechones espesos al separarse de las sienes, un algo de fiereza y rudo que recordaba el ala de las aves de rapiña.

—¿Qué miras?—dijo ella notando aquella atención.—¿Me descubres un pelo blanco.

El se inclinó, se puso de rodillas delante de ella, dócil, acariciador.

—Te veo bella; descubro siempre en ti, algo que me gusta, Foscarina. Miraba el pliegue de tus cabellos aquí, extraño, que no está hecho con el peine, si no con la tempestad.

Insinuó sus manos sensuales en los mechones espesos. Ella cerró los ojos, dominada por el hielo, por el terrible poder; fué de él como una cosa que se tiene en la mano, como un anillo en un dedo, como un guante, como un vestido, como un traje, como una palabra que puede ser dicha ó callada, un vino que puede ser bebido ó echado al suelo.

—Te veo bella. Cuando cierras los ojos así, te siento mía hasta la última, última profundidad, mía, en mí, como el alma está confundida con el cuerpo; una sola vida, la mía y la tuya... no se como decirte... Todo tu rostro palidece dentro de mí... Siento el amor en todas tus venas, y subir, subir por tus

cabellos... lo veo brotar debajo de tus párpados... Cuando tus párpados se agitan, creo que se agitan como mi sangre late, y que la sombra de tus cejas llegue á lo íntimo de mi corazón...

Ella escuchaba, en la obscuridad donde le llegaba á través del tejido viviente la vibración roja de la llama; y de momento en momento le parecía que aquella voz fuese lejana, y que no hablase á ella si no á otra, y que oyese un coloquio de amor ocultamente, y estuviese atacada por los celos, y la cegasen relámpagos de una voluntad homicida, fuese invadida por un espíritu de venganza sangrienta, y que por lo tanto su cuerpo permaneciese inmóvil, sus manos colgasen dominadas por una torpeza pesadísima, inermes, impotentes.

—Tú eres mi voluptuosidad y mi despertar. Existe en tí una potencia despertadora, que tú misma no te conoces. El mas sencillo de tus actos basta para revelarme una verdad que ignoraba. Y el amor es como la inteligencia: resplandece á medida de las verdades que descubre. ¿Por qué, por qué te apesadumbras? Nada hay destruído, nada hay perdido. Debíamos unirnos, tal como nos hemos unido, para ascender juntos hacia la gloria. Era necesario que yo fuese libre y feliz en la verdad de tu amor entero para crear la obra bella que de tanto tiempo espero. Necesito tu fe, necesito gozar y crear... Tú sola presencia basta para dar á mi espíritu una fecundidad incalculable. Antes, mientras me tenías abrazado, he sentido de improviso pasar en el silencio un torrente de música, un río de melodía...

¿A quién hablaba? ¿A quién pedía la alegría? ¿Su necesidad no se dirigía hacia aquella que cantaba y transfiguraba con su canto el Universo? ¡A quién, si no á la fresca juventud, á la virginidad intacta, podía pedirle alegría y fuerzas creadoras! ¡Mientras ella lo tenía entre sus brazos, la otra cantaba en él!

¿Y ahora, ahora, á quién hablaba si no á la otra?

Tan solo la otra podía darle lo que á él le era necesario, para su arte y para su vida. La virgen era una fuerza nueva, una belleza cerrada, un arma aun no empuñada, magnífica y aguda para la embriaguez de la guerra. ¡Maldición! ¡Maldición!

Un dolor mezclado de cólera se apoderó de la mujer en aquella obscuridad vibrante y consternada de la que no se atrevía á salir. Sufría como si estuviese echada bajo un incubo. Le parecía precipitarse en el fondo con su obstrucción indestructible, con su vida vivida, con sus años de miseria y de triunfo, con su rostro ajado y con sus mil máscaras, con su alma desesperada y con las mil almas que habían habitado su cuerpo mortal. Aquella pasión que debía salvarla, ahora la impulsaba irremediablemente hacia la ruina y la muerte. Para llegar á ella, para gozar de ella, el deseo del amado debía atravesar el obstáculo confuso que ella suponía formado por innumerables amores ignotos, y debía contaminarse, corromperse, hacerse acerbo, hacerse cruel, y de la acritud pasar al fin al disgusto, tal vez al odio, al desprecio. Había de ver, acaso siempre, la sombra de otros hombres en su

caricia, y aquella sombra excitarle el instinto de ferocidad bestial que se ocultaba en el fondo de su bestialidad presente. ¡Ah, qué es lo que había hecho! Había armado un devastador furibundo y lo había puesto allí, entre ella y su amigo. No había escapatoria para ella. Ella misma le había colocado delante, la noche del incendio, la bella y fresca presa sobre la cual él había posado una de esas miradas que son una elección y una promesa. ¿A quién hablaba él ahora, si no á ella? ¿A quién pedía la alegría?

—No estés triste, no estés triste.

Ahora oía ella las palabras confusamente, de momento en momento mas débiles, como si su alma se sumergiera en las profundidades y aquella voz continuase en lo alto; pero sentía las manos impacientes que la acariciaban, que la palpaban. Y en la obscuridad roja, que parecía aquella donde nacen los delirios y las locuras, de la médula, de las venas, de toda su carne turbada surgió de improviso una rebelión salvaje.

—¿Quieres que te lleve á ella? ¿Quieres que te la llame?—gritó fuera de sí, abriendo los ojos frente á él atónito, cogiéndolo por las muñecas y sacudiéndolo con una fuerza convulsiva increíble.

—¡Ve, ve! Te espera. ¿Por qué estás aquí? ¡Ve, corre! Te espera.

Se levantó, lo solivió, trató de empujarle hacia la puerta. Estaba irreconoscible, transformada por la violencia, en una criatura amenazadora y peligrosa.

Increible era la fuerza de sus manos, la energía

nociva que se desarrollaba en todos sus miembros.

—¿Quién, quién me espera? ¿Qué dices? ¿Qué tienes? ¡Vuelve en tí! ¡Foscarina!

Balbuzeaba Stelio, la llamaba, temblando de pavor porque creía ver la figura de la locura diseñarse en aquel rostro descompuesto.

Insensata, ella no le oía.

—¡Foscarina!

La llamó con toda su alma, blanco de terror como si quisiera detener con su grito la razón que parecía extraviarse.

Sobresaltóse ella, abrió las manos; dirigió en torno una mirada extraviada, como si despertase sin acordarse, ansiosa.

—Ven, siéntate.

La condujo hacia los almohadones, acomodándola despacio. Ella se dejó acariciar, medicar con aquella ternura desolada. Parecía que se hubiese despertado después de haber perdido el conocimiento y no se acordara ya de nada.

Se lamentó.

—¿Quién me ha pegado?

Se tocó los brazos adoloridos, se tocó las mejillas junto á la articulación de los maxilares, que le dolían. Comenzó á temblar de frío.

—Tiéndete, pon la cabeza aquí...

La hizo tender, la hizo descansar la cabeza, la cubrió los pies con una almohada, muy despacio, suavemente, inclinado sobre ella como sobre una

enferma querida, abandonándole todo su corazón que palpitaba aun asustado.

—Sí, sí,—repetía ella, con un soplo leve, á cada acto de él, como para prolongar la dulzura de aquellos cuidados.

—¿Tienes frío?

—Sí.

—¿Quieres que te tape?

—Sí.

Buscó una cubierta, encontró sobre una mesa un terciopelo viejo. La cubrió con él. Ella le sonrió levemente.

—¿Estás bien así?

Le hizo señal de que sí, levemente, con los párpados que se le cerraban.

Recogió él entonces las violetas, que habianse mustiado y estaban tibias. Depositó el manojo sobre la almohada en que descansaba ella la cabeza.

—¿Así?

Movió ella, los ojos con un signo aun mas leve. El la besó en la frente con dulzura; después se volvió para atizar el fuego, añadió mucha leña, que ardió con gran llama.

—¿Te vuelve el calor? ¿Te calientas?—preguntó en voz baja.

Se aproximó, se inclinó sobre la pobre alma. Contuvo el aliento. Ella se había adormilado. Las contracciones de su rostro se desvanecían, las líneas de la boca se iban recomponiendo en el ritmo igual del sueño, una calma igual á la de la muerte se difundía sobre la palidez. «¡Duerme! ¡Duerme!» Se

sentía tan lleno de piedad y de amor, que hubiese querido transfundir en aquel sueño, una infinita virtud de consolación y de olvido. «¡Duerme! ¡Duerme!»

Quedóse allí, sobre la alfombra velándola. Por algunos momentos, estuvo atento á su respiración. Aquellos labios habían dicho: «¡Yo puedo una cosa que el amor no puede!» Aquellos labios habían gritado «¿Quieres que te lleve á ella? ¿Quieres que la llame?» El no juzgaba, no resolvía, dejaba que se perdiesen sus pensamientos.

Una vez mas sintió las fuerzas ciegas é indómitas de la vida turbillonear sobre su cabeza, sobre aquel sueño, y su terrible voluntad de vivir. «El arco tiene por nombre BIOS y por obra la muerte.»

En el silencio el fuego y el agua hablaron. La voz de los elementos, la mujer dormida en el dolor, la inminencia del sino, la inmensidad de lo futuro, el recuerdo y el presentimiento, todos aquellos signos crearon en su espíritu un estado de misterio musical de donde la obra aun no expresada resurgió y se iluminó. Oyó sus melodías desenvolverse indefinidamente. Oyó á un personaje de la fábula decir: «tan solo ella extingue nuestra sed; y toda la sed que hay en nosotros tiende avidamente hacia su frescura. Si ella no existiese, nadie podría vivir aquí, todos moriríamos abrasados...» Vió un campo surcado, por el cauce árido y blanco de un antiguo rio, y multitud de piras encendidas en la noche extraordinariamente tranquila y pura. Vió un fúnebre fulgor de oro, una tumba llena de cadáveres todos cubiertos de oro, el cadáver de Cassandra corona-

do entre los vasos sepulcrales. Una voz decía: «¡Qué suaves son sus cenizas! Corren por entre los dedos como la arena del mar...» Una voz decía: «Habla de una sombra que pasa sobre todas las cosas, y de una esponja húmeda que borra todas las huellas...» Comenzaba la noche: brillaban las estrellas, daban su olor los mirtos, una virgen abría un libro, leía una lamentación. Y una voz decía: «¡Ah, la estatua de Niobe! Antes de morir Antígono, vió una estatua de piedra, de la cual brota una fuente de lágrimas, eterna...» El error del tiempo había desaparecido; las lejanías de los siglos estaban abolidas. La antigua alma trágica, estaba presente en el alma nueva. Con la palabra y con la música el poeta recomponía la unidad de la vida ideal.

Una tarde de Noviembre volvía Stelio Effrena del Lido, acompañado de Daniel Glauro, en un barquito. Habían dejado detrás de ellos al Adriático en tempestad, el fragor de las ondas verdes y espumas sobre las arenas desiertas, los árboles de San Nicolás despojados por un viento de rapiña, los torbellinos de las hojas secas, los fantasmas heroicos de las partidas y de las llegadas, el recuerdo de los ballesteros en competencia por el pendón, y de los viajes de lord Byron devorado por el ansia de superar su destino.

—También yo hoy hubiera dado un reino por un caballo—dijo Stelio despreciándose á sí mismo, irritado por la mediocridad de la vida.—¡Ni una ballesta ni un caballo en San Nicolás, ni tampoco el valor de un remador! *Perge andacter!*... Hémos aquí en esta innoble caja gris que humea y late como una péndola. ¡Mira á Venecia como baila allá abajo!

El lamento del mar se propagaba por la laguna. Las aguas se agitaban con un temblor gallardo; y

parecía que la agitación se comunicase á los fundamentos de la ciudad, y que los palacios, las cúpulas y los campanarios ondularan flotando á guisa de navíos. Las algas arrancadas del fondo sobrenadaban con todas sus raíces blanquecinas. Bandadas de gaviotas revoloteaban en el aire, y se oía á veces su extraña risa, pendientes sobre las innumerables crestas de la borrasca.

—¡Ricardo Wagner!—dijo en voz baja Daniel Glauro con una emoción súbita, señalando á un viejo apoyado en la barandilla de proa.—Está con Frantz Liszt y con Doña Cósima. ¿Lo ves?

También el corazón de Stelio Effrena palpité con más fuerza; también para él desaparecieron de repente todas las figuras que le rodeaban, se interrumpió el tedio amargo, cesó la opresión de la inercia; y quedó tan sólo el sentimiento de sobrehumana potencia sugerido por aquel nombre, única realidad sobre todas aquellas larvas indistintas fué el mundo ideal evocado por aquel nombre alrededor del viejo inclinado hacia el tumulto de las aguas.

El genio victorioso, la fidelidad de amor, la amistad inmutable, supremas apariciones de la naturaleza heroica, estaban allí reunidas, una vez más bajo la tempestad, silenciosamente. Un mismo candor deslumbrante coronaba á las tres personas; sus cabellos eran extraordinariamente blancos, sobre sus tristes pensamientos. Una tristeza inquieta se revelaba en sus rostros, en sus actitudes, como si un mismo presentimiento obscuro gritase sobre sus corazones comunicándolos. La mujer tenía en un rostro de nieve una bella boca vigorosa, formada

de líneas fuertes y limpias, reveladora de un alma capitosa; y sus ojos de acero claro, estaban de continuo fijos en aquel que la había elegido para compañera en la gran batalla, de continuo adoradores y vigilantes sobre el que, habiendo vencido todo lo que le fué contrario, no podría vencer la muerte de que se hallaba amenazado. Aquella mirada femenina de temor y de tutela, se oponía así á la mirada invisible de la otra mujer, y creaba al protegido una vaga sombra fúnebre.

—Parece que sufra—dijo Daniel Glauro.—¿No ves? Parece que vaya á abandonarse. ¿Quieres que nos acerquemos?

Stelio Effrena miraba con una emoción inexpressable los cabellos que el viento recio agitaba en nuca senil, bajo las anchas alas del fieltro, y las orejas casi lívidas, con el glóbulo hinchado. Aquel cuerpo que sostuvo en la lucha un tan fiero instinto de predominio, tenía ahora la apariencia de un despojo que la ráfaga hubiera de llevarse y extraviar.

—¡Ah Daniel! ¿Qué podremos hacer por él?—dijo el amigo asaltado por una necesidad religiosa de manifestar con alguna señal su reverencia y su piedad hacia aquel gran corazón oprimido.

—¿Qué podremos hacer?—repitió el amigo, al cual se comunicó súbitamente aquella ferviente voluntad de ofrecer algo de sí al héroe que sufría el síno humano.

Ambos fueron una sola alma en aquel acto de gratitud y de fervor, en aquella imprevista elevación de su nobleza profunda.

Pero nada, sino lo que daban, podían dar. Nada podía interrumpir la obra oculta del mal. Y en-

trambos se affligian mirando aquellos cabellos blancos, aquella débil cosa semiviva agitarse sobre la nuca del viejo al soplo vehemente que llegaba de la anchura llevando á la laguna estremecida los truenos y las espumas del mar.

«¡Ab, mar soberbio, aun habrás de llevarme! La salvación que busco en la tierra no la encontraré jamás. A vosotras permaneceré fiel, ¡oh olas del mar inmenso!...»

Las armonías impetuosas del *Barco-Fantasma*, resurgían en la memoria de Stelio Effrena con la desesperada pesadumbre que de cuando en cuando las atraviesa; y le parecía oír de nuevo en el viento la canción salvaje de los galeotes sobre la nave de las velas sangrientas: «¡Iohohé! ¡iohohé! Baja á tierra, ¡oh negro capitán! siete años han transcurrido...» Y recomponía el poeta en su imaginación la figura de Ricardo Wagner joven, se representaba al solitario extraviado, en el vivo horror de París, miserable é indómito, devorado por una fiebre maravillosa, fijo en su estrella y resuelto á obligar al mundo á reconocerla. En el mito del pálido navegante, el desterrado había encontrado una imagen de su carrera anhelante, de su lucha furiosa, de su esperanza suprema.

«¡Pero un día el hombre pálido podrá ser liberado, encontrará en la tierra una mujer que le sea fiel hasta la muerte!»

Aquella mujer estaba allí, al lado del héroe, como una custodia siempre vigilante. Ella como Senta conocía la ley soberana de la fidelidad y la muerte que estaba para disolver el voto sagrado.

—¿Crees tú que sumergido en la poesía de los

mitos él haya soñado un modo extraordinario de desaparecer y que ruegue diariamente á la Naturaleza para que haga su fin conforme á su sueño?—preguntó Daniel Glauro, pensando en la voluntad misteriosa que hizo al águila cambiar por una roca la frente de Esquilo y condujo al Petrarca á espirar solitariamente sobre las páginas de un libro.—¿Cuál podría ser para él un digno fin?

—Una melodía nueva, de una potencia inaudita, que le apareció indistinta en su primera juventud y que entonces no pudo dominar, de improviso le atravesará el corazón como una espada terrible.

—Es verdad—dijo Daniel Glauro.

Incitadas por el recio viento las falanges de nubes combatían en los espacios pasando unas sobre otras; las cúpulas, las torres ondulando en el fondo parecían, también ellas, deformarse; y las sombras de la ciudad y las sombras del cielo igualmente vastas y movibles sobre las aguas encrespadas se confundían y se mudaban como si fuesen producidas por cosas igualmente próximas á disolverse.

—Mira el Magiario, (1) Daniel. Es ciertamente un generoso espíritu; ha servido al héroe con una devoción y una fe sin límites. Y esa servidumbre lo consagra á la gloria más que su arte. ¡Pero mira como de su sentimiento sincero y fuerte saca una representación casi histriónica, por la necesidad continua de imponer á los espectadores una imagen magnífica de sí, que los sugestione!

El fraile erguía su busto delgado y huesudo que parecía metido en una cota de malla; y en esa ac-

(1) Frans Liszt.

titud erguida se descubría la cabeza para rogar, para dirigir su plegaria muda al Dios de las Tempestades. El viento removía su canosa cabellera espesa y larga, la gran melena leonina de donde habían partido tantos estremecimientos y relámpagos que turbaron á la muchedumbre y á las mujeres. Sus ojos magnéticos estaban levantados hacia las nubes, mientras las palabras no proferidas se diseñaban sobre sus largos labios sutiles difundiendo un aura mística en aquel rostro áspero de arrugas y de lunares enormes.

—¿Qué importa?—dijo Daniel Glauro.—Posee la divina facultad del fervor y tiene el gusto de la fuerza ultra potente y de las pasiones dominadoras. ¿Su arte no ha aspirado hacia Prometeo, Orfeo, Dante, el Tasso? Fué atraído por Ricardo Wagner como por las grandes energías naturales; oyó tal vez en éste, lo que él trató de espresar en un poema sinfónico: «lo que se oye en la montaña».

—Es verdad—dijo Stelio Effrena.

Pero entrambos sintieron un escalofrío al ver al viejo reclinado volverse de repente con el gesto del que se ahoga en la obscuridad y agarrarse convulsivamente á su compañera que lanzó un grito. Acudieron. Cuantos se hallaban en el barquito, emocionados por el grito de angustia acudieron, se precipitaron en torno. Una mirada de la mujer bastó para que nadie se aproximase al cuerpo que parecía exánime. Su amor y su dolor señalaban alrededor del hombre inerte un círculo inviolable. Todos retrocedieron, quedaron en silencio, ansiosos, esplando en aquel rostro lívido los signos del retorno al conocimiento.

El rostro estaba inmóvil, abandonado sobre las rodillas de la mujer. Dos profundos cercos bajaban por las mejillas, hacia la boca semi abierta, ahondándose junto á las fosetas de la curva nariz imperiosa. Las ráfagas movían los cabellos escasos y sutilísimos que caían sobre la frente convexa, la blanca sotabarba, bajo el menton cuadrado donde la robustez del hueso maxilar, aparecía á través de las arrugas blandas. De las sienas brotaba un sudor vizcoso, y un débil temblor agitaba uno de los pies pendientes. Hasta el menor detalle de aquella figura pálida quedó impreso en el espíritu de los jóvenes para siempre.

¿Cuánto duró el sufrimiento? El cambio de las sombras continuaba sobre las obscuras aguas, interrumpido de vez en cuando por grandes haces de rayos que parecían atravesar el aire, y sumergirse con velocidad de saetas. Se oía el rumor cadencioso de la máquina, á veces la risa estridente de las gaviotas, y la barahunda sorda que venía del canal grande, el vasto gemido de la ciudad sacudida.

—Nosotros lo llevaremos—dijo Stelio Effrena al oído del amigo, sugestionado por la tristeza de las cosas y por la solemnidad de sus visiones.

El rostro inmóvil daba apenas algunas señales del retorno á la vida.

—Sí, ofrezcámonos,—dijo Daniel Glauro palideciendo.

Miraron ambos, á la mujer de la cara de nieve; avanzaron, pálidos; ofrecieron sus brazos.

¿Cuánto duró aquel transporte horrible? Breve era el trecho del barco á la ribera; pero aquellos pocos pasos valieron por un larguísimo camino. El

agua chocaba con estrépito contra los escalones del desembarcadero, el rumor salía del canal como de los laberintos de las cavernas, las campanas de San Marcos tocaban á vísperas; pero el rumor confuso perdía toda realidad inmediata y parecía infinitamente profundo y remoto como una lamentación del Océano.

Sobre sus brazos llevaban los amigos el peso del Héroe, llevaban el cuerpo desmayado de Aquel que había difundido la potencia de su alma oceánica por el mundo, la carne percedera del Revelador que había transformado en infinito canto para la religión de los hombres las esencias del Universo.

Con un escalofrío inefable de espanto y de alegría, como el hombre que ve precipitarse á un río de una roca, un volcán abrirse, un incendio devorar un bosque, un meteoro deslumbrador ocultar el cielo estrellado, como el hombre frente á una fuerza natural que se manifiesta imprevista é irresistible, Stelio Effrena sintió bajo su mano que sostenía el busto pasado por el sobaco,—se detuvo un instante para readquirir el vigor que se le escapaba, y miró aquella cabeza blanca enteramente, junto á su pecho,—sintió bajo su mano palpitar el corazón sagrado.

—Eres fuerte, Daniel, tú que no puedes romper un bastón. Pesaba aquel cuerpo del viejo bárbaro, parecía dotado de una osamenta de bronce: bien construido, recio, apto para quedar de pie tras gigantesco trabajo: estructura de hombre destinado á la alta mar. ¿Pero de dónde te venía aquella fuerza, Daniel? Temía por tí. ¡No vacilabas! Hemos llevado un héroe en nuestros brazos. Es preciso señalar esta jornada y celebrarla. Sus ojos se han abierto delante de mí; su corazón ha palpitado bajo mi mano. Eramos dignos de llevarlo, Daniel, por nuestro fervor.

—Tú no tan sólo digno de llevarlo, sino de recoger, para mantenerlo, alguna de las más bellas promesas ofrecidas por su arte á los hombres que lo esperan aún.

—¡Ah, si no estuviera colmado por mi propia abundancia, y si consiguiese domar esta ansiedad que me sofoca, Daniel!...

Caminaban, caminaban los dos amigos, uno al lado del otro, como si su amistad se hubiese hecho más elevada, como si se hubiese aumentado con algún ideal tesoro; caminaban, caminaban con el viento, con el zumbido, con la noche conmovida, perseguidos por el furor del mar.

—Parece que el Adriático haya derribado á los Murazzi esta noche, y quiera reirse de la prohibición del Senado,—dijo Daniel Glauro deteniéndose ante la onda que reflúa en la Plaza, y amenazaba las Procuracias.—Es preciso retroceder.

—No. Hagámonos trasladar de uno á otro lado. ¡Mira á San Marcos sobre el agua!

El remador los conducía á la Torre del Reloj.

La Plaza estaba inundada, semejante á un lago en un claustro de pórticos, reflejando el cielo, que se descubría detrás la fuga de las nubes coloreadas por el crepúsculo verdeamarillo. Más viva, la Basílica de oro, como si se reavivase al contacto del agua como un boque árido, resplandecía con alas y aureolas en la luz extrema; y las cruces de sus cúpulas se descubrían en el fondo del espejo oscuro, como la sumidad de otra basílica sumergida.

EN VERVS FORTIS QVI FREGIT VINCVLA MORTIS,—leyó Stelio Effrena sobre la cuerda de un arco bajo el mosaico de Resurrección.—¿Tú sabes que en Venecia tuvo Ricardo Wagner sus primeros coloquios con la muerte, ya hace más de veinte años, cuando hacía el *Tristán*? Consumido por una pasión desen-

frenada, vino á Venecia para morir en silencio; y aquí compuso aquel delirante segundo acto que es un himno á la noche eterna. Ahora su sino, lo vuelve á traer á estas lagunas. Parece escrito que haya de tener aquí su fin, como Claudio Monteverde. ¿No es este un deseo musical inmenso é indefinible del que Venecia está llena? Todos los rumores se transforman aquí en voces expresivas. ¡Escucha!

Al soplo impetuoso la ciudad de piedra y de agua se había hecho sonora como un desmesurado órgano. El silbido y el zumbido se transformaban en una especie de imploración coral que aumentaba y decrecía de un modo rítmico.

—¿No percibe tu oído la línea de una melodía en este coro de gemidos? ¡Escucha!

Habían bajado del barquito y avanzaban por las calles, atravesaban los pequeños puentes, se alejaban, se internaban á la ventura; pero hasta en su ansiedad por correr, Stelio se orientaba casi por instinto hacia una casa lejana que, de momento en momento, le aparecía como en la chispa de un relámpago animada por una espera profunda.

—¡Escucha! Yo distingo un tema melódico que se pierde y resurge sin tener fuerza para desarrollarse...

Se detuvo Stelio, atento, con una tan aguda intensidad de atención, que el enemigo quedó maravillado, como si lo viese transfundirse en el fenómeno natural que escrutaba, poco á poco anularse en una voluntad más vasta y más potente que lo absorbía y lo hacía semejante á sí mismo.

—¿Has oído?

—A mí no me es dado oír lo que tú oyes,—contestó el asceta estéril al espíritu genial.—Esperaré que tú puedas repetirme la palabra que la Naturaleza te ha dicho.

Los dos temblaban en lo íntimo de su corazón: uno lucidísimo; el otro inconsciente.

—No sé,—dijo éste,—no sé ya... Me parecía...

Ahora escapaba á su conocimiento el mensaje que había recibido en un estado fugaz de inconsciencia. La labor de su espíritu recomenzaba; resurgía su voluntad agitándose en ansiosas aspiraciones.

FIN DEL TOMO PRIMERO

EL FUEGO

OBRAS DE GABRIEL D' ANNUNZIO
que se hallan de venta en esta Casa Editorial

Las novelas de la Rosa

<i>El Placer</i>	2 tomos
<i>El Triunfo de la Muerte</i>	2 >
<i>El Inocente</i>	1 >

Las novelas del Lirio

<i>Las Virgenes de las Rocas</i>	1 >
--	-----

Las novelas de la Granada

<i>El Fuego</i>	2 >
---------------------------	-----

LAS NOVELAS DE LA GRANADA

El Fuego

POR

GABRIEL D' ANNUNZIO

TRADUCCION

de

TOMÁS ORTS-RAMOS

TOMO SEGUNDO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle del Consejo de Ciento, 296

BUENOS AYRES

MÉXICO

Maucci Hermanos, Cuyo, 1070 || Maucci Herms., 1.^a del Relox, 1

1900

*Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.*

Barcelona.—Imprenta de la Casa Editorial Maucci

—¡Ah, poder dar á la melodía, su sencillez natural, su perfección ingenua, su divina inocencia: extraerla viva enteramente de la fuente eterna, del misterio mismo de la Naturaleza, del alma misma de las cosas universas! ¿Has meditado tú nunca sobre aquel mito que se refiere á la infancia de Cassandra? Fué abandonada una noche en el templo de Apolo; y por la mañana la encontraron extendida sobre el mármol, estrechada por los anillos de una serpiente, que le lamía las orejas. Desde entonces comprendió todas las voces esparcidas en el aire; conoció todas las melodías del mundo. La potencia de la Adivinadora, no era sino una potencia musical. Una parte de aquella virtud apoloniana fué poseída por los poetas que cooperaron á la creación del coro trágico. Uno de aquellos poetas se envanecía de conocer las voces de todos los pájaros; y otro de hablar con el viento; y otro de entender por completo el lenguaje del mar. Más de una vez he soñado yo, que yacía sobre el mármol estre-

chado por los anillos de aquella serpiente... Necesitaríase, Daniel, que el mito se renovase para que nos fuese dado crear el arte nuevo.

De momento en momento crecía su fervor en el discurso, abandonándose al flujo de sus pensamientos, pero sintiendo no obstante una parte oscura de sí, en comunión con el aire sonoro.

—¿Has pensado nunca cuál podría ser la música de aquella especie de oda pastoral que el coro canta en el *Edipo*, cuando Giocosta huye horrorizada, y el hijo de Laio continúa aún ilusionado con su última esperanza? ¿Te acuerdas? «¡Oh, Citerone, sea testigo el Olimpo, antes que otro plenilunio se cumpla!...» La imagen de las montañas interrumpe por algunos instantes el horror del drama; la serenidad agreste da una tregua al espanto humano. ¿Te acuerdas? Trata de representarte la estrofa por una cornisa, entre las líneas de la cual se desenvuelven una serie de movimientos corpóreos, una expresiva figura de baile, que la melodía anime con su vida perfecta. Hé aquí evocado, delante de tí, el espíritu de la Tierra, en el diseño esencial de las cosas; ahí tienes la aparición consoladora de la gran Madre común, sobre la desventura de sus hijos sacudidos y temblorosos; ahí tienes, en fin, una celebración de lo que es divino y eterno, en los hombres arrastrados á la demencia y á la muerte por el Hado cruel. Trata ahora de llegar por intuición hasta que modo ese canto me haya ayudado á encontrar, para mi tragedia, los medios de la más elevada y más sencilla expresión...

—¿Tú piensas restablecer el coro?

—¡Oh, no! No quiero resucitar una forma antigua; quiero inventar una forma nueva, obedeciendo tan sólo á mi instinto y al genio de mi estirpe, tal como hicieron los griegos cuando crearon el maravilloso edificio de belleza inimitable, que constituye su drama. Puesto que, desde hace tiempo, las tres artes prácticas, música, poesía y baile, se han desunido, y las dos primeras han proseguido su desarrollo hacia una superior potencia de expresión, y la tercera ha decaído, creo que ya no es posible fundirlas en una sola estructura rítmica, sin quitar á alguna el carácter propio y dominador, al presente conquistado. Concurriendo á un efecto común y total, renuncian á su efecto particular y supremo: aparecen, en suma, disminuídas. Entre las materias aptas para el ritmo, la Palabra es el fundamento de toda obra de arte que tienda á la perfección. ¿Opinas tú que en el drama wagneriano se haya reconocido á la Palabra todo su valor? ¿Y no te parece que el concepto musical pierda su pureza primitiva, dependiendo á menudo de representaciones extrañas al genio de la Música? Ricardo Wagner, ciertamente, tiene el sentimiento de esta debilidad, y lo confiesa cuando en Bayreuth, se acerca á alguno de sus amigos y le cubre los ojos con la mano, para que se abandone enteramente á la virtud de la sinfonía pura, y sea así arrebatado en una más profunda visión de un placer más elevado.

—Casi todo eso que me dices, me resulta nuevo, —dijo Daniel Glauro,—y hasta me produce una embriaguez semejante á la que se experimenta cuando se aprenden las cosas previstas ó presentidas.

Tú, pues, no adunarás las tres artes rítmicas, pero las presentarás con manifestaciones singulares, unidas entre sí por una idea soberana, y elevadas al supremo grado de su energía significativa.

—¡Ah, Daniel! ¿Cómo darte una imagen de la obra que vive en mí?—exclamó Stelio Effrena.—Mecánicas y duras son las palabras con que tú tratas de formular mi pensamiento... ¡No, no... ¿Cómo te comunicaré la vida y el misterio infinitamente fluido que tengo dentro de mí?

Se hallaban al pie de las gradas de Rialto.

Stelio subió los peldaños rápidamente y se detuvo contra los balaustres en el vértice del arco, esperando al amigo. El viento le pasaba por encima como un ejército de estandartes, de los cuales los extremos le azotaban el rostro; el canal se perdía debajo, en la sombra de los palacios, torciéndose como una corriente hacia cataratas rumorosas, á lo lejos; un espacio de cielo estaba libre, en lo sumo, entre la aglomeración de nubes, cristalino y vívido como esa serenidad que se difunde sobre las cimas de las nieves.

—Es imposible permanecer aquí,—dijo Daniel Glauro, resguardándose bajo la puerta de una tienda.—El viento nos arrastra.

—Baja. En seguida voy. ¡Un momento!—le gritó el maestro, inclinado en los balaustres, tapándose los ojos con las palmas de las manos, concentrando toda el alma en lo que oía.

Formidable era la voz del torbellino, en aquella inmovilidad de siglos petrificados; sola, dominadora en la soledad, como cuando los mármoles dor-

mían en el corazón de las montañas, y en las islas fangosas de la laguna crecían las hierbas silvestres en torno á los nidos de los pájaros, bastante antes que en Rialto habitase el dux, bastante antes que los patriarcas guiasen á los fugitivos hacia el gran destino. La vida humana había desaparecido; no existía allí, bajo el cielo, más que un inmenso sepulcro, en cuyas oquedades retumbaba aquella voz, sólo aquella voz. Las multitudes en cenizas, los fastos dispersos, las grandezas caídas, los innumerables días de nacimiento y de muerte, las cosas del tiempo sin forma y sin nombre, las conmemoraba ella con su canto sin lira, con su lamentación sin esperanza. Toda la melancolía del mundo pasaba con el viento sobre el alma prosternada.

—¡Ah, te tengo!—gritó la alegría del artífice triunfante.

La línea entera de la melodía se le había revelado, era al presente suya, inmortal en su espíritu y en el mundo. De todas las cosas vivientes ninguna le pareció más viviente que aquella. Su misma vida cedía á la energía ilimitada de aquella idea sonora, á la fuerza generadora de aquel germen capaz de indefinidos desenvolvimientos. La imaginó sumergida en el mar sinfónico, desarrollarse con mil aspectos hasta su perfección.

—¡Daniel, Daniel, la he encontrado!

Levantó los ojos, vió en el cielo diamantino las primeras estrellas, y por intuición percibió el silencio en que ellas palpitaban. Imágenes de cielos curvados sobre países lejanos, atravesaron su espíritu; eran agitaciones de arenas, de árboles, de aguas,

de polvo, en días de viento: el Desierto líbico, los olivares en la bahía de Sálona, el Nilo junto á Menfis, la Argolida sitibunda. Otras imágenes se unieron. Temió perder lo que había encontrado. Con un esfuerzo cerró su memoria, como se cierra el puño que sujeta algo. Descubrió junto á un pilar la sombra de un hombre, un brillo en la cima de un asta larga, oyó el débil estallido de la llama al encenderse un farol. Con una rapidez ansiosa, á la claridad de aquella luz, trasladó las notas del tema, á una página de su cartera; fijó en cinco líneas la palabra del elemento.

—¡Día de maravillas!—dijo Daniel Glauro mirándole bajar ágil y ligero como si hubiese arrebatado al aire la cualidad elástica.—¡Qué sigas siendo para la Naturaleza su predilecto, hermano!

—¡Vamos, vamos!—dijo Stelio cogiéndole el brazo y arrastrándolo con una alegría infantil.—Necesito correr.

Y lo conducía por las calles hacia San Juan Elemosinario. Repetíase á sí mismo el nombre de las tres iglesias que había de encontrar en el camino, para llegar á aquella casa lejana que, de momento en momento, le aparecía como en el resplandor de un relámpago, animada por espera profunda.

—Es verdad, Daniel, lo que tú me digiste un día: la voz de las cosas es esencialmente diversa de su sonido—dijo deteniéndose al principio de la Ruga Vecchia, cerca del campanario, porque advirtió que su amigo se había fatigado con el apresuramiento.—El sonido del viento simula ora los gemidos de una multitud aterrada, ora los mugidos

de las bestias, ora el ronquido de las cataratas, ora el estrépito de los estandartes desplegados, ora la burla, ora la amenaza, ora la desesperación. La voz del viento es la síntesis de todos estos rumores, es la voz que canta y que cuenta el trabajo terrible del tiempo, la crueldad del hado humano, la guerra eternamente combatida por un engaño, que eternamente se renueva.

—¿Y has pensado tú alguna vez que la esencia de la música no está en los sonidos?—preguntó el doctor místico.—Está en el silencio que los precede y en el silencio que los sigue. El ritmo aparece y vive en estos intervalos de silencio. Cada sonido y cada acorde, despiertan en el silencio que los precede y que les sigue, una voz que no puede ser oída sino por nuestro espíritu. El ritmo es el corazón de la música, pero sus latidos no son oídos sino durante la pausa de los sonidos.

Esa ley de naturaleza metafísica, enunciada por el contemplador, confirmó á Stelio lo justo de su propia intuición.

—Con efecto—dijo—imagina el intervalo entre dos sinfonías escénicas, en las cuales todos los motivos concurren á expresar la esencia interior de los caracteres que luchan en el drama, á revelar el fondo íntimo de la acción, como por ejemplo en el gran preludio beethoveniano de la *Leonora* ó en el de *Coriolano*. Aquel silencio musical en el que palpita el ritmo, es como la atmósfera viviente y misteriosa donde tan solo puede aparecer la palabra de la poesía pura. Las personas parecen brotar allí del mar sinfónico, como de la verdad misma del

oculto sér, que opera en ellas. Y su lenguaje hablado tendrá en aquel silencio rítmico una, resonancia extraordinaria, tocará el límite extremo de la potencia verbal, porque estará animado por una continua aspiración al canto, que no se podrá amen- guar más que en la melodía, resurgente de la or- questa, al final del episodio trágico. ¿Has compren- dido?

—Tú pones, pues, el episodio entre dos sinfonías que lo separan y lo complementan, puesto que la música es el principio y el fin del verbo humano.

—Aproximo de ese modo los personajes del dra- ma al espectador. ¿Te acuerdas de aquella figura que Federico Schiller, en la oda compuesta por él para celebrar la traducción Goethiana del *Maho- met*, adopta para significar que en escena no puede existir más vida que la de un mundo ideal? El Ca- rro de Tespi, como la Barca del Aqueronte, es tan leve que no puede soportar otro peso que el de las sombras y el de las imágenes humanas. En el esce- nario común esas imágenes están tan distantes que cualquier contacto con ellas parecé imposible, co- mo el contacto con los fantasmas mentales. Están distantes y son extrañas. Pero haciéndolas apare- cer en el silencio rítmico, haciéndolas acompañar por la música hasta el umbral del mundo visible, las aproximo maravillosamente, porque ilumino los fondos más secretos de la voluntad que los produ- ce. ¿Entiendes? Su íntima esencia está allí, descu- bierta y puesta en comunión inmediata con el al- ma de la multitud, que siente bajo las Ideas signifi- cadas por las voces y por los gestos, la profundidad

de los Motivos musicales, que á aquellos corresponden en las sinfonías. Enseño, en suma, las imágenes pintadas en el velo, y lo que ocurre tras el velo. ¿Entiendes? Y por medio de la música, del baile y del canto lírico, creo alrededor de mis héroes una atmósfera ideal, en la que vibra toda la vida de la Naturaleza, de tal modo que en cada uno de sus actos, parecen convergir no tan solo las potencias de sus destinos prefijados, sino también las más obscuras voluntades de las cosas circunstantes, de las almas elementarias que viven en el gran círculo trágico; porque quisiera que así como las creaciones de Esquilo, llevan en sí algo de los mitos naturales de donde surgieron, mis creaciones se sintieran palpitar en el torrente de las fuerzas salvajes, adolorarse al contacto con la tierra, confundirse con el aire, con el agua, con el fuego, con las nubes, en la lucha patética con el Hado que debe ser vencido; y que la Naturaleza estuviese alrededor de ellos, como fué vista por los antiguos padres: la actriz apasionada de un eterno drama.

Entraban en el Campo de San Casiano, desierto, con su río lívido; y la voz y los pasos resonaron como en un circo de rocas, distintamente sobre el rumor que venía del Canal Grande, como de un río. Una sombra violada parecía subir del agua febrifuga, y extenderse por el aire como una exhalación letifera. La muerte parecía ocupar el lugar desde hacía tiempo. En una alta ventana un postigo batía al viento contra la pared, chirriando sobre sus goznes: señal de abandono y de ruina. Pero todas aquellas apariencias operaban en el espíritu del anima-

dor extraordinarias transfiguraciones. Veía de nuevo un lugar solitario y agreste, cerca de los sepulcros de Micenas, en una especie de valle, entre los menores picos de la montaña Eubea, y el flanco inaccesible de la ciudadela. Los mirtos sobresalían por en medio de los ásperos cantiles y peñascos ciclópeos. El agua de la fuente Persea, brotando de entre las rocas, se recogía en una cavidad semejante á una concha, de donde después corría á perderse en el terreno pedregoso.

Junto á la margen, sobre el césped, se hallaba extendido el cadáver de la Víctima, en posición supina, rígido, cándido. En el silencio mortal se oía el estrépito del agua y el sople intermedio del viento, sobre los mirtos que se inclinaban...

—Es un lugar augusto,—dijo Stelio;—tuve aquí la primera visión de mi nueva obra: en Micenas, bajo la puerta de los leones, relejendo la Orestíada... Tierra de fuego, país de sed y de delirio, patria de Clitemnestra y de la Idra, suelo esterilizado para siempre por el horror del más trágico destino que jamás haya podido devorar á una estirpe humana... ¿No has pensado tú nunca en aquel explorador barbárico que, habiendo dejado transcurrir gran parte de su existencia entre las drogas y detrás de un mostrador de comercio, se dió á buscar los sepulcros de los Atridas, en las ruinas de Micenas y tuvo un día (há poco se ha cumplido el sexto aniversario) tuvo la más grande y más extraña visión que á ojos humanos le haya sido ofrecida? ¿Has pensado alguna vez en aquel grueso Schliemann, en el acto de descubrir el más refulgente te-

soro que la Muerte haya reunido en la obscuridad de la tierra por siglos, por milenarios? ¿Has pensado que aquel espectáculo sobrehumano y terrible hubiese podido aparecer á otro: á un espíritu juvenil y fervoroso, á un poeta, á un animador, á tí, á mí acaso? Entonces la fiebre, el frenesí, la demencia... ¡Imagina!

Se encendía y vibraba, sintiéndose arrebatarse de repente por su ficción, como por un torbellino; en sus ojos de vidente resplandecían los fúnebres tesoros. La fuerza creadora aflucía á su espíritu como la sangre al corazón. Era él mismo, el autor de su drama: su acento y su gesto significaban una belleza y una pasión transcendente, rebasando el poder de la palabra hablada, el límite de la letra. Su hermano se hallaba pendiente de sus labios, temblando ante aquel esplendor improvisado que confirmaba sus adivinaciones.

—¡Imagina! ¡Imagina! La tierra que pisas es maligna: parece que deban salir aun las exhalaciones de las culpas monstruosas. La maldición que pesó sobre aquellos Atridas era tan atroz, que verdaderamente parece que deba haber quedado algún vestigio aún temible, en el polvo que fué pisado por ellos. Eres alcanzado por el maleficio. Los muertos que buscas y que no consigues descubrir, se reaniman dentro de tí violentamente y respiran dentro de tí con tremendo aliento, infundido á ellos por Esquilo, enormes y sanguinarios como te han aparecido en la Orestíada, sacudidos sin tregua por el hierro y por la antorcha del Destino. ¡Por eso toda



la vida ideal de que te has nutrido, adquiere en tí las formas y los relieves de la realidad! Y te obstinas en el país de la sed, al pie de la montaña desnuda, encerrado en el encanto de la ciudad muerta, á escavar la tierra, con esos espantosos fantasmas siempre erguidos ante los ojos, entre el polvo ardiente. A cada golpe de pico, tiemblan hasta tus huesos, ansioso de ver aparecer realmente el rostro de un Atrida, aún intacto, con las señales aun visibles de la violencia sufrida, del estrago cruel... ¡Y así lo ves aparecer! El oro, el oro, los cadáveres, una inmensidad de oro, los cadáveres completamente cubiertos de oro...

Se hallaban allí, en la obscuridad de la calle, tendidos sobre la piedra, prodigio evocado, los príncipes Atridas. Ambos, el evocador y el oyente, habían sentido el mismo estremecimiento, en el mismo instante.

—Una sucesión de sepulcros, y en ellos cadáveres intactos, unos al lado de otros, sobre un lecho de oro, con los rostros cubiertos con máscaras de oro; y por todas partes, sobre sus cuerpos, á sus lados, á sus pies, por todas partes una profusión de cosas de oro, innumerables como las hojas caídas en un bosque fabuloso... ¿Lo ves? ¿Lo ves?

Le sofocaba el ansia por hacer palpable todo aquel oro, por cambiar en realidad sensible su visión alucinante.

—¡Lo veo, lo veo!

—Por un momento el alma ha cruzado los siglos y los milenarios, ha respirado en la leyenda espantosa, ha palpitado en el horror de los antiguos es-

tragos; por un momento el alma ha vivido una vida antiquísima y violenta. Están allí los muertos: Agamenon, Eurimedon, Casandra y la escolta real; allí, bajo tus miradas, por un momento, inmóviles. Y ahora —¿ves?— como un vapor que exhala, como una espuma que se deshace, como un polvo que se pierde, como un no sé qué indeciblemente frágil y fugaz, todos se desvanecen en su silencio, están abrumados por el mismo silencio fatal que existe en torno á su inmovilidad radiante. Allí, un puñado de polvo, y un montón de oro...

¡Allí sobre las piedras de la calle desierta, como sobre las piedras de los sepulcros, el prodigio de vida y de muerte!

Agitado por una emoción inenarrable, Daniel Glauro, cogió las manos de su amigo, temblando; y el animador vió en los ojos fieles, la muda llama del entusiasmo consagrada á la obra maestra.

Permanecieron contra una pared oscura, junto á una puerta. Existía en ambos un sentimiento arcano de lontananza, como si sus espíritus se hubiesen perdido en la profundidad de los tiempos, y detrás de aquella puerta viviera una antigua gente sujeta al implacable Destino. Se oía en la casa mecer una cuna, al ritmo de una cantinela débil: una madre conciliaba el sueño de su hijo con la melodía heredada de los abuelos; cubría con su voz tutelar el zumbido amenazador de los elementos. Arriba, en aquella angosta zona de cielo, brillaban las estrellas; abajo, abajo, contra las dunas, contra las murallas, mugía el mar; en otro lado, el corazón de

un héroe sufría esperando la muerte; y la cuna me-
cía aún, al lado, y la voz maternal rogaba por la
felicidad, sobre el llanto infantil.

—¡La vida!—dijo Stelio Effrena, reanudando el
camino y llevando consigo al amigo.—En un solo
momento, todo lo que tiembla, llora, espera, anhe-
la, delira en la inmensidad de la vida, se aduna en
tu espíritu y se condensa con una sublimación tan
rápida, que tú crees poderla manifestar en una sola
palabra. ¿Cuál? ¿Cuál? ¿La sabes? ¿Quién la dirá
nunca?

Volvía otra vez á sufrir de ansiedad y descon-
tento, queriéndolo abrazar todo, y todo expresarlo.

—¿Has visto alguna vez, en algún instante al
Universo entero delante de tí, como una sola cabe-
za humana? Yo sí, mil veces. ¡Ah, cortarla, como
el que corta de un tajo la cabeza de la Medusa, y
suspenderla ante la multitud, desde un cadalso pa-
ra que no la olvide nunca! ¿No has pensado nunca
que una gran tragedia podría semejar al acto de
Perseo? Te digo que quisiera quitar de la logia de
la Orcagna y transportar al atrio del nuevo teatro
el bronce de Benvenuto, para aviso. ¿Pero quién
dará á un poeta el hierro de Hermes y el espejo de
Atena?

Daniel Glauro callaba, adivinando el tormento
del espíritu fraternal, él, que había salido de la na-
turaleza con el don de gozar de la belleza pero no
de crearla. Mudo caminaba al lado de su hermano,
inclinada la enorme frente meditativa, que parecía
hinchada por un mundo no alumbrado.

—¡Perseo!—añadió el animador después de una

pausa llena de los relámpagos de la invención.— Bajo la ciudadela de Micenas, en el valle, existe una fuente llamada Persea, la única cosa viva en aquel lugar, donde todo está muerto y abrasado. Los hombres son atraídos por ella como por un manantial de vida, en aquella tierra, donde hasta en el tardo crepúsculo, se ven blanquear dolorosamente los lechos de los ríos desecados. Toda la sed humana tiende ávidamente hacia su frescura. Se oirá á través de toda mi obra el murmurio de aquella vena: el agua, la melodía del agua... ¡La he encontrado! En ella, en el puro elemento se realizará el acto puro que es el fin de la tragedia nueva. Sobre sus aguas frías y claras se dormirá la virgen destinada á morir «privada de bodas» como Antígona. ¿Comprendes? El Acto puro, señala la derrota del antiguo destino. El alma nueva rompe de súbito el círculo de hierro que la estrecha, con una determinación generada por la locura, por un lúcido delirio que es semejante al éxtasis, que es como una más profunda visión de la Naturaleza. La última oda en la orquesta, canta la salvación y la libertad del hombre, obtenidas por medio del dolor y del sacrificio. El Hado monstruoso está vencido, allí, junto á los sepulcros donde ha bajado la estirpe de Atreo, frente á los cadáveres tendidos de las víctimas. ¿Comprendes? ¡Aquel que se libera con el Acto puro, el hermano que mata á la hermana para salvar su alma del horror que iba á dominarla, ha visto realmente la cara de Agamenon.

El encanto del oro funeral tornaba á apoderarse de él; la evidencia de su visión interior, le daba el aspecto de un alucinado.

—Uno de los cadáveres, allí, aventaja en estatura y majestad á todos los otros, ceñida una ámplia corona de oro, con la coraza, con el tahalí, con las esquinelas de oro, rodeado de espadas, de lanzas, de puñales, de copas, sembrado de innumerables discos de oro, echados á manos llenas sobre su cuerpo, como corolas, más venerable que un semidios. Inclínase sobre él, que está para desvanecerse en la luz, y levanta la máscara pesada..... ¡Ah, no vé pues la cara de Agamenon! ¿No es aquel, acaso, el Rey de los Reyes? Su boca está abierta, sus párpados lo están... ¿Te acuerdas, te acuerdas de Homero? «Como yo yaciera moribundo, levanté las manos hacia la espada; pero la mujer de ojos de perro se alejó, y no quiso cerrarme los párpados y la boca, cuando yo descendía á la morada de Ades.» ¿Te acuerdas? Ahora la boca del cadáver está abierta, y los párpados lo están... Tiene una frente grande adornada con una hoja redonda de oro; la nariz larga y derecha; el mentón oval...

El evocador se detuvo un instante, con los ojos dilatados y fijos. Veía, era el vidente. Todo desaparecía en torno, y su ficción quedaba como la sola realidad. Daniel Glauro estremeciósese, por que también vió por aquellos ojos.

—¡Ah, hasta la mancha blanca sobre el hombro! Ha levantado la coraza... La mancha, la mancha, la señal hereditaria de la estirpe de Pélope «del hombro de marfil». ¿No es el Rey de los Reyes?

Las palabras del vidente interrumpidas y rápidas parecían un sucederse de relámpagos, que á él

mismo deslumbraban. Asombrábase él mismo de aquella aparición súbita, de aquel imprevisto descubrimiento, que iluminándose en la obscuridad de su espíritu, se exteriorizaba y casi se hacía tangible. ¿Cómo había podido descubrir la mancha en el hombro del Pelópida? ¿De qué abismo de su memoria había surgido de repente aquella particularidad tan extraña, y sin embargo, tan precisa y decisiva, como la filiación para el reconocimiento de un cuerpo recién muerto?

—¡Tú estabas allí!—dijo Daniel Glauro en la embriaguez.—Tú mismo has levantado la máscara y la coraza... Si has visto verdaderamente lo que dices, ya no eres un hombre...

—¡Lo he visto, lo he visto!

Una vez más se transformaba en actor de su drama, y con violenta palpitación oía de boca de una persona viva, las palabras del interlocutor, aquellas mismas que debían ser proferidas en el episodio. «Si has visto verdaderamente lo que dices, ya no eres un hombre.» Desde aquel instante el explorador de sepulcros tomó el aspecto de un alto Héroe, combatiendo contra el antiguo Hado resurgido de las cenizas mismas de los Atridas, para contaminarle y vencerle.

—No impunemente,—dijo,—un hombre descubre los sepulcros y mira el rostro de los muertos: ¡y de qué muertos! Aquel vive solo con su hermana, con la más dulce criatura que haya jamás respirado el aire terrestre, solo con ella, en la casa llena de luz y de silencio, como en una plegaria, como en un voto... Ahora imagina á uno, que ignorante, beba un

tósigo, un filtro, algo impuro que le envenene la sangre, que le contamine el pensamiento: así, de improviso, mientras su alma está en paz... ¡Imagina este terrible maleficio, esta venganza de los muertos! Se siente invadido de repente por la pasión incestuosa, se convierte en la presa miserable y temblorosa de un monstruo, combate en lucha desesperada y oculta, sin tregua, sin escape, de día y de noche, en todas las horas y en todos los momentos, más atroz, cuando más se inclina hacia su mal la piedad ignorante de la pobre criatura... ¿De qué modo podrá liberarse? Desde el momento en que la tragedia comienza, desde el momento en que la compañera inocente empieza á hablar, aparece destinada á morir. Y todo lo que se dice y hace en los episodios, y todo lo que la música expresa, el canto lírico, y el baile sugieren, todo coopera para conducirla lenta é inexóramente hacia la muerte. Es la igual de Antigone.

En la breve hora trágica pasa acompañada de la luz de la esperanza y de la sombra del presentimiento, pasa acompañada de cantos y de lágrimas, del elevado amor que ofrece la alegría, del amor furente que genera el duelo, y no se detiene si no para dormirse sobre el agua fría y clara de la fuente, que sin interrupciones la llama con su gemido en la soledad. Apenas la ha matado, el hermano recibe de ella, á través de la muerte, el don de su redención. «¡Toda mancha ha desaparecido de mi alma!» grita él. «Ahora soy puro, puro por completo. Toda la santidad de mi amor primero, ha vuelto á mi alma como un torrente de luz... Si ahora ella se

levantase podría caminar sobre mi alma, como sobre la nieve inmaculada... Si reviviese, todos mis pensamientos para ella serían como los lirios, como los lirios... Ahora es ella perfecta; puede ser adorada como una criatura divina... En el más profundo de mis sepulcros la colocaré, y pondré á su alrededor todos mis tesoros...» Así, el acto de muerte á que le arrastrara su delirio lúcido, es un acto de purificación y de liberación, y señala la derrota del antiguo destino. Surgiendo del mar sinfónico, la oda canta la victoria del hombre, ilumina con insólita luz las tinieblas de la catástrofe, eleva sobre la unidad de la música, la primera palabra del drama renovado.

—¡El ademán de Perseo!—exclamó Daniel Glauco embriagado.—Al final de la tragedia, cortas la cabeza de la Eloisa y la enseñas al pueblo, siempre joven y siempre nuevo, que cierra el espectáculo con elevadas exclamaciones.

Entrambos vieron en sueño el teatro de mármol sobre el Janículo, la multitud dominada por aquella idea de verdad y de belleza, la gran noche estrellada sobre Roma; vieron la turba frenética descender hacia bajo por la colina, llevando en los rudos corazones, confusa, la revelación de la poesía; oyeron el clamor prolongarse en la sombra de la ciudad inmortal.

—Ahora adios Daniel,—dijo el maestro, dominado por la prisa, como si alguien le esperase ó le llamase.

Los ojos de la musa trágica estaban inmóviles en el fondo de su sueño, sin mirada, petrificados, con la ceguera divina de las estatuas.

—¿Dónde vas?

—Al palacio Capello.

—¿La Foscarina conoce ya la trama de tu obra?

—Vagamente.

—¿Y cuál será su figura?

—Representará una ciega, traspasada á otro mundo, semiviva al otro lado de la vida. Verá lo que los otros no verán. Tendrá los pies en la sombra, la frente en la eterna verdad. Los contrastes de la hora trágica se repercutirán en sus tinieblas interiores, multiplicándose como los truenos en los claustros profundos de las rocas solitarias. Al igual de Tiresia, comprenderá todas las cosas, permitidas y vedadas, celestes y terrestres, y sabrá «que duro es el saber, cuando el saber es inútil.» ¡Ah, quiero poner en sus labios maravillosas palabras, y silencios, de los cuales nacerán infinitas bellezas...!

—Su poder en escena, cuando habla y cuando calla, es más que humano. Despierta en nuestro corazón el mal más oculto y la esperanza más secreta; y por su encanto nuestro pasado se hace presente, y por la virtud de sus aspectos, nos reconocemos en los dolores sufridos por las otras criaturas en todos los tiempos, como si el alma por ella revelada fuese nuestra misma alma.

Se detuvieron sobre el Puente Salvio. Stelio callaba bajo una ola de amor y melancolía que lo inundó de repente. Volvía á oír la voz triste: «Haber amado mi gloria fugaz tan solo para que pudiese un día servir á la vuestra.» Volvía á oír su propia voz: «Te amo y creo en tí; me abandono por

completo. Tu eres mi compañera. Tu mano es sólida.» La fuerza y la seguridad de aquella alianza soliviaban su orgullo; pero todavía se agitaban en lo más hondo de su corazón, una aspiración y un presentimiento indefinidos, que á veces condensándose, se hacían graves como una angustia.

—Me duele dejarte esta noche, Stelio,—confesó el buen hermano, dominado á su vez por un velo de melancolía.—Cuando estoy á tu lado, mi respiración se ensancha y me siento vivir de una vida más rápida.

Stelio callaba. El viento parecía menguar. Los soplos á intervalos arrebatában las hojas á las acacias, en el campo de San Giacomo, y las hacían girar. La iglesia obscura y el campanario cuadrado, de ladrillo descubierto, oraban en silencio hacia las estrellas.

—¿Conoces la columna verde que hay en San Giacomo del Orio?—añadió Daniel con ánimo de retener al amigo, aun algunos instantes, porque temía la separación.—¿Qué materia tan sublime! Parece la condensación fósil de un inmenso bosque verdeante. Siguiendo sus innumerables vetas, el ojo viaja en sueño por el misterio silvano. Mirándola he visto la Sila, la Ercinia.

Stelio la conocía. Un día, Perdida había permanecido largo rato apoyada contra el gran tallo precioso, para contemplar el mágico friso de oro que se curva sobre la tela de Basano, obscureciéndola.

—¿Soñar, soñar siempre!—exclamó el poeta, por un retorno de aquella amarga impaciencia, que le había sujerido palabras de mofa en el barquito que

partía del Lido.—¡Vivir de reliquias! Pero piensa en aquel Dandolo que alzó á un mismo tiempo aquella columna y un imperio, y quiso permanecer dux pudiendo ser emperador. El vivió más que tú, tal vez, que vas errante por las forestas, si consultas su mármol apresado. Adios Daniel.

—No rebajes tu suerte.

—Quisiera realzarla.

—El pensamiento es tu arma.

—A menudo mi ambición abrasa mi pensamiento.

—Tú puedes crear. ¿Qué más buscas?

—En otro tiempo hubiese sabido también conquistar un Archipiélago.

—¿Qué te importa? Una melodía vale una provincia. ¿Por una imagen nueva no cederías un principado?

—Vivir toda la vida es mi deseo, y no ser tan solo un cerebro.

—Un cerebro contiene el mundo.

—¡Ah, tú no puedes comprender! Tú eres el asceta; tú has domado el deseo.

—Y tú lo domarás.

—No sé si querré.

—Estoy cierto.

—Adios Daniel. Eres mi testimonio. Me eres querido como ningún otro.

Se estrecharon fuertemente las manos.

—Pasaré por el Palacio Vendramin para tener noticias,—dijo el buen hermano.

Las palabras volvieron á evocar al gran corazón enfermo, el peso del héroe sobre sus brazos, el transporte terrible.

—El ha vencido, puede morir,—dijo Stelio Effrena.

Entró en la casa de la Foscarina como un espíritu. Su excitación espiritual cambiaba los aspectos de las cosas. El átrio iluminado por un farol de galera le pareció inmenso.

—¡Ah Stelio! —exclamó la actriz levantándose de un salto y dirigiéndose hacia él, cuando lo vió aparecer, con todo el ímpetu de su deseo contenido en la espera.—¡Por fin!

Se detuvo de repente ante él, sin tocarlo. La rapidez refrenada vibró en su cuerpo de los talones á la nuca, de un modo visible; pareció que le repercutiese en la garganta con un breve anhelo. Semejaba al viento cuando cae.

«¿Quién te me ha tomado?» pensó, oprimido el corazón por la duda; porque de improviso había sentido en el amado algo que lo hacía para ella intangible, había descubierto en sus ojos algo extraño y lejano.

Pero él la había visto surgir bellísima de la som-

bra, animada por una violencia no desemejante á la del torbellino que agitaba la laguna. La exclamación, el gesto, el salto, el súbito detenerse, la vibración de los músculos bajo el vestido, el apagarse del rostro como una llama que se resuelva en cenizas, la intensidad de la mirada semejante al resplandor de un combate, la respiración que le abría los labios, como el calor abre los labios de la tierra, todos los aspectos de la verdadera persona, manifestaban una potencia de vida patética no comparable si no al fermento de las energías naturales, á la acción de las fuerzas cósmicas. El artífice reconocía en ella á la criatura dionisiaca, la materia viviente apta para recibir los ritmos del arte, para ser formada según las figuras de la poesía. Y porque la veía innumerable como las ondas del mar, le pareció inerte la máscara ciega que él quería ponerle sobre el rostro, estrecha la fábula trágica por donde ella había de pasar llena de dolor, demasiado limitado el orden de los sentimientos de donde había de sacar sus expresiones, casi subterránea el alma que había de revelar. «¡Ah, todo lo que tiembla, llora, espera, anhela, en la inmensidad de la vida!» Sus fantasmas mentales fueron presa de una especie de pánico, de un repentino terror disolvente. ¿Qué podía ser aquella sola obra ante la inmensidad de la vida? Esquilo había compuesto más de cien tragedias, Sofocles aun más. Los dos habían formado un mundo con fragmentos colosales, levantados con sus brazos titánicos. Su obra era vasta como una cosmogonía.

Las figuras esquileas parecían aun calientes del

fuego etéreo, lúcidas de la luz sideral, húmedas de la nube fecundante. La figura de Edipo parecía esculpida en la misma roca del mito solar; la de Prometeo parecía hecha con el instrumento primitivo con que el pastor Arya producía el fuego en la meseta asiática. El espíritu de la Tierra colaboraba con los creadores.

—¡Escóndeme, escóndeme; y no me preguntes nada, y déjame callar!—replicó el amante, sin saber disimular su turbación, sin conseguir dominar el tumulto de sus pensamientos desordenados.

El corazón ignaro de la mujer palpité de miedo.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Padezco.

—¿De qué?

—De ansiedad, de ansiedad; de ese mal que tú me conoces.

Lo tomó en sus brazos; y él conoció que ella había temblado de duda.

—¿Mío? ¿aún mío?—preguntó la Foscarina, con la boca sobre el hombro de él, sofocadamente.

—Sí, tuyo siempre.

Horrible temblor era el que agitaba á la mujer, cada vez que lo veía partir, cada vez que lo veía aparecer. Al irse, ¿se dirigía acaso hacia la esposa ignota? Al volver, ¿venía á dar la extrema despedida?

Estrechóle entre sus brazos con el amor de la amante, de la hermana, de la madre, con todo el amor humano.

—¿Qué puedo hacer, qué puedo hacer por tí? ¡Dimelo!

De continuo le atormentaba la necesidad de ofrecer, de servir, de obedecer á una orden que la impulsase hacia el peligro y la lucha, para traerle un bien al volver á él.

—¿Qué puedo darte?

El sonreía apenas, reponiéndose de la fatiga.

—¿Qué quieres? ¡Ah, yo lo sé!

El sonreía; se dejaba animar por aquella voz, por aquellas manos adoradoras.

—Todo, ¿es verdad? Tú lo quieres todo.

El sonreía melancólicamente, como un niño enfermo, al que un compañero hable de hermosos juegos.

—¡Ah, si yo pudiese! Pero nadie podrá nunca darte nada que sirva, sobre la tierra, amigo dulce. Me acuerdo de aquella oda tuya que empieza: «Yo fui Pan.»

El inclinó sobre el corazón la frente, llena de bellezas que se aclaraban.

—«Yo fui Pan.»

Volvió á atravesarle el espíritu el esplendor de aquel momento lírico, el delirio de la oda.

—¿Has visto tu mar hoy? ¿Has visto la tempestad?

El movió la cabeza sin contestar.

—¿Era grande la tempestad? Tú me digiste un día que tenías muchos marinos entre tus ascendientes. ¿Has pensado en tu casa que está sobre la ribera? ¿Sientes la nostalgia de las arenas? ¿Quieres volver allá.bajo? Allá bajo has trabajado mucho, y muy rudamente. Aquella casa está bendita. Tu madre estaba contigo cuando trabajabas. Tu oías sus

pasos ligeros en las habitaciones próximas. ¿Escuchaba algunas veces?

El la estrechó en silencio. La voz le penetraba en lo profundo, y parecía casi humedecerle el alma cerrada.

—¿También tu hermana estaba contigo? Me digiste un día su nombre. No lo he olvidado. Se llama Sofía. Sé que se te parece. Quisiera oirla hablar una vez, ó verla pasar por un sendero... Me elogiaste un día sus manos. Bonitas, ¿verdad? Me digiste un día que cuando está afligida, le duelen «como si fuesen las raíces de su alma.» Así me digiste, ¡las raíces de su alma!

El la escuchaba en éxtasis. ¿De qué modo había descubierto ella, el secreto de aquel bálsamo? ¿De qué manantial oculto sacaba la fluidez melodiosa de aquellos recuerdos?

—¡Sofía no sabrá nunca el bien que ha hecho á la pobre peregrina! Yo sé poco de ella, pero sé que se te parece en el rostro; y he podido figurármela (ahora hasta la veo). En los países lejanos, allá, entre la gente extraña y dura, cuando me sentía perdida, más de una vez seme ha aparecido; ha venido á acompañarme. Aparecía de impromiso, sin que yo la llamase ó esperase... Una vez en Mürren, donde llegué después de un largo y fatigoso viaje, para volver á ver á una pobre amiga que estaba espirante... Fué hacia al alba; las montañas tenían aquel delicado y frío color de beril que solo se ve en la nieve, color de cosas que han de permanecer siempre lejanas é intactas, ¡de envidiadas, envidiadas cosas! ¿Por qué se me apareció? Esperamos juntas. El sol

tocó la extremidad de las cimas. Entonces un iridis deslumbrador corrió por los bordes, duró pocos momentos, desapareció. Y ella también fuese con el arco-iris, con el milagro...

El la escuchaba casi en éxtasis. ¿Toda la belleza y toda la vida que quería expresar no estaban contenidas en una roca ó en una flor de aquellas montañas? La más trágica lucha de pasiones humanas, no era comparable á la aparición de aquel iridis sobre las nieves eternas.

—¿Y otra vez?—preguntó muy despacio, porque la pausa se prolongaba y temía que su amante no continuase.

—Otra vez en Alejandría de Egipto, en un día confuso de horror, como después de un naufragio... La ciudad tenía el aspecto de la podredumbre; parecía una ciudad marchita... Lo recuerdo: una calle llena de agua cenagosa, un caballo esqueletico y blancuzco se bañaba allí, con la crin y la cola teñida de ocre; las tumbas de un cementerio árabe; el resplandor lejano de un pantano Mareotido... ¡Repugnancia, perdición!

«¡Oh, alma querida, ya no, ya no volverás más á estar desesperada y sola!»—dijo él, en su corazón hinchado de bondad fraternal, á la mujer nómada que reevocaba las tristezas de su continuo emigrar. Ahora su espíritu, que tan violentamente se había tendido hacia el porvenir, parecía retraerse con un ligero escalofrío hacia lo pasado, que el poder de aquella voz convertía en presente. Se sentía en un estado de recogimiento dulce é imaginativo, como el que producen los cuentos de invierno sobre el

hogar: Como ya, ante la clausura de Radiana se sentía dominado por el encanto del Tiempo.

—¿Y otra vez?

Ella sonrió, entristeciendo luego.

—Otra vez en Viena, en un museo... Una gran sala desierta, el crepitar de la lluvia contra los cristales, señales de muerte por doquier, cosas en olvido, álas que no suplicaban, no adoraban ya... Juntas inclinamos la frente contra un cristal que encerraba una colección de brazos santos, con sus manos de metal, forjadas en una actitud inmóvil... Manos de mártires, constelados de ágatas, de amatistas, de topacios, de turquesas enfermizas... Por algunas aberturas se descubrían en el interior los fragmentos de los huesos. Había una que tenía un lirio de oro; otra, una pequeña ciudad; otra una columna. Una era más sutil, con un anillo en cada dedo, y un vaso de bálsamo: el relicario de María Magdalena... Cosas en el olvido, convertidas en profanas, no rogadas, no adoradas... ¿Es devota Sofía? ¿Tiene la costumbre de rezar?

El no contestaba. Parecíale que no debía hablar, que no debía dar ninguna señal sensible de su propia existencia, en aquel encantamiento de la vida lejana.

—¿Entraba alguna vez en tu habitación cuando trabajabas, y ponía una brizna de hierba en la página empezada?

La encantadora sintió un estremecimiento interior, porque una imagen que estaba envuelta entre velos se mostró de improviso, y le sugirió otras pa-

labras, que no fueron proferidas. «¿Sabes tú que empecé á amar á aquella criatura que canta, á aquella que tú no puedes haber olvidado; sabes que empecé á amarla pensando en tu hermana? ¡Para verter en una alma purísima la ternura que el corazón quería dar á tu hermana, de la cual me separaban tantas cosas crueles! ¿Lo sabes tú?» Vivas estaban esas palabras, mas no fueron proferidas. Pero la voz tembló ante su presencia muda.

—Tú entonces te dabas algunos instantes de reposo. Ibas á la ventana y permanecías asomado con ella, mirando al mar. Un boyero conducía á dos bueyes jóvenes uncidos al arado, y araba la arena para enseñar á los animales á hacer el surco derecho. Los veías con ella, todos los días, á la misma hora. Cuando estaban enseñados, ya no araban la arena, iban á la colina... ¿Quién me ha dicho esas cosas?

El mismo se las había dicho un día, casi con las mismas palabras, pero ahora aquellos recuerdos le volvían como inesperadas visiones.

—Después pasaban los rebaños, á lo largo de la ribera del mar: venían de la montaña, iban hacia la llanura de la Puglia, entre uno y otro pasto. Las ovejas lanosas caminando, imitaban el movimiento de las olas; pero el mar apenas si se movía alguna vez, cuando pasaban los rebaños con sus pastores. Todo estaba tranquilo, sobre la playa se extendía un silencio de oro. Los perros corrían por los lados del rebaño; los pastores se apoyaban en sus cayados: débiles resultaban las esquilas en aquella in-

mensidad. Tú seguías con los ojos el viaje hasta el promontorio. Después, más tardè, ibas con tu hermana á mirar las huellas en la arena húmeda, que aquí y allá estaba agujerada y dorada como las pañales... ¿Quién me ha dicho esas cosas?

El la escuchaba casi estático. Su fiebre había desaparecido. Una tranquilidad lenta le invadía como un sopor.

—Después venían las borrascas; el mar rebasaba la duna, invadía la playa, dejaba su baba en las retamas y en los tamarindos, en los mirtos y en los romeros. Una gran cantidad de algas y de despojos era lanzada contra la ribera. Alguna barca había naufragado, allá bajo. El mar llevaba la leña á los pobrecitos, ¡y el duelo quién sabe á dónde! La arena se poblaba de mujeres, de viejos, de niños que trataban de recoger el haz mayor. Entonces tu hermana distribuía otros socorros: el pan, el vino, las legumbres, ropa blanca. Las bendiciones dominaban el fragor de la marea. Tú mirabas desde la ventana, y te parecía que ninguna de tus bellas imágenes, valiese lo que el olor del pan nuevo. Dejabas la página mediada y bajabas para ayudar á Sofia. Hablabas con las mujeres, con los viejos, con los niños... ¿Quién me ha dicho estas cosas?

En las primeras horas de la noche Stelio prefería ir á casa de su amiga, entrando por la cancela del jardín Gradenigo, y pasando por entre los árboles y los arbustos vueltos al estado silvestre.

La Foscarina había conseguido unir su jardín con el del palacio abandonado, por medio de una brecha abierta en el muro divisorio. Pero desde algún tiempo hacía, Lady Myrta ocupaba las inmensas estancias silenciosas que habían acogido como último huésped al hijo de Josefina emperatriz, vice rey de Italia.

Las habitaciones habían sido adornadas con antiguos instrumentos sin cuerdas, y el jardín fué poblado de hermosos lebreles sin presas.

Nada le parecía á Stelio tan dulce y tan triste, como aquel camino que lo conducía hacia la mujer que le esperaba contando las horas, tan lentas y sin embargo tan fugaces.

Por la tarde las construcciones de Simeón Piccolo se doraban como una ribera de fino alabastro. Los reflejos del sol jugaban con los hierros de las proas alineadas junto al embarcadero, tremolaban

sobre los peldaños de la iglesia por entre las columnas del períptero, animando las piedras desunidas y consumidas. Algunas camaretas de góndolas maltrechas estaban tiradas á la sombra, en el suelo, con la sarga estropeada y marchita por la lluvia, semejantes á ataúdes gástadas por el uso fúnebre, y envejecidas en el camino del cementerio. El olor sofocante del cáñamo salía de un palacio en decadencia, convertido en fábrica de cuerdas, por los enrejados cubiertos de una pelambre cenicienta, como telas de araña confusas. Y allí en el fondo del Campillo de la Comare, lleno de hierba como el sagrado de una parroquia campestre, se abría la cancela del jardín, entre dos columnas coronadas de estatuas mutiladas, sobre cuyos miembros, las ramas secas de la hiedra, daban imagen de venas en relieve. Nada parecía tan triste y tan dulce. Ocupaba la bruma tranquila los caminos de las casas humildes alrededor del Campillo, hacia la cúpula verde. De vez en cuando una bandada de palomas atravesaba el canal, partiendo de las esculturas de los Scalzi; se oía el silbido de un tren que pasaba por el puente de la laguna, la cantinela de un cordelero, el zumbido del órgano, la salmodia de los sacerdotes. El estío de los muertos influía en la melancolía del amor.

—¡Helion, Sirio, Altair, Donovan, Ali-Nour, Nerissa, Piuchebella!

Sentada en el banco de la pared, rodeado de rosales, Lady Myrta llamaba á sus perros. La Foscarina estaba junto á ella, de pie, con un vestido rojo que parecía hecho con aquella hermosa tela llama-

da roana, usada en la antigua Venecia. El sol envolvía á las dos mujeres y á las rosas con un mismo rayo blondo.

—Vais hoy vestida como Donovan—dijo Lady Myrta á la actriz, sonriendo.—¿Sabéis que Stelio prefiere á Donovan sobre todos los otros?

La Foscarina se sonrojó, y buscó con los ojos al lebrelo rojo.

—El más bonito y el más fuerte—dijo.

—Me parece que Stelio lo desea—añadió la anciana señora con una dulzura indulgente.

—¿Qué no desea él?

La anciana sintió la melancolía que velaba la voz de la mujer amante. Permaneció algunos minutos en silencio.

Los perros estaban cerca, graves y tristes, llenos de somnolencia y de sueños lejanos de las llanuras, de las estepas y de los desiertos, acurrucados en el prado de tréboles, por donde serpenteaban los calabazales con sus vanos frutos verdosos. Los árboles estaban inmóviles, como si estuvieran fundidos en el bronce mismo que recubría las tres cúpulas en gradación de San Simeón. Un mismo aspecto silvestre tenían el jardín y la gran morada de piedra obscurecida por el humo tenaz del Tiempo, enmohecida por la herrumbre que chorreaba de los hierros durante las lluvias de infinitos otoños. Y en el follaje de un alto pino, resonaba el canto de mil pájaros, que ciertamente en aquel momento llegaba á los oídos de Radiana en el huerto cerrado.

«¿Os hace sufrir?» hubiese querido preguntar la anciana á la mujer amante, porque aquel silencio

le pesaba y se sentía abrasar por el ardor de aquella alma dolorosa, lo mismo que por aquel estío intempestivo. Pero no se atrevió. Lanzó un suspiro. Su corazón siempre joven, palpitaba ante el espectáculo de la pasión desesperada y de la belleza amenazada. «¡Oh! Aun sois bella y vuestra boca atrae aún los besos, y el hombre que os ama puede embriagarse con vuestro palor y vuestros ojos!» pensaba mirando á la actriz absorta, hacia la cual se tendían las rosas de Noviembre. «Pero yo soy una sombra».

Bajó la mirada, vió sobre sus rodillas sus propias manos deformes, y se admiró de que fuesen suyas, tan retorcidas y muertas le parecieron, miserables monstruos que no podían tocar sin producir escalofríos, que ya no podían acariciar sino á los perros soñolientos. Sintió las arrugas en su rostro, los dientes postizos contra sus encías, los cabellos ajenos en su cabeza, toda la ruína de su pobre cuerpo que en un tiempo había obedecido á las gracias de su espíritu delicado: y se acordó de su propia persistencia en luchar contra los deterioros de la edad, en engañarse á sí misma, en recomponer todas las mañanas sus risibles ilusiones con las aguas, con los aceites, con los cosméticos, con las tinturas. Pero en la continua primavera de su sueño, ¿su juventud no estaba presente todavía? ¿No había acariciado ayer, ayer aún, un rostro amable con los dedos perfectos, cazado á la zorra y al ciervo en las elevadas cúspides, bailado con su prometido en un parque al son de un aire de John Dowland?

«En la casa de la condesa de Glanegg no hay

espejos, pero abundan en la de Lady Myrta», pensaba la Foscarina. «Aquella ha escondido á los otros y á sí, su decadencia; ésta se ha visto envejecer cada mañana, ha contado una á una sus arrugas, ha recogido con su peine los cabellos caídos, ha sentido vacilar sus dientes en sus encías blandas, y ha querido reparar con artificios, el daño irreparable. ¡Pobre alma tierna que quisiera vivir encantando y sonriendo aún! Es preciso desaparecer, morir; hundirse en la tierra...» Descubrió el ramito de violetas prendido con un alfiler al vestido de Lady Myrta. En cada estación una flor natural, era prendida allí, en un pliegue apenas visible, como la señal de la cotidiana ilusión primaveral, del siempre nuevo hechizo que se hacía á sí misma con el recuerdo, con la música, con la poesía, con todas las artes del sueño, contra la vejez, contra la enfermedad, contra la soledad. «Es necesario vivir una hora suprema de llama y desaparecer para siempre bajo tierra, antes que todo encanto se desvanezca, antes que toda gracia muera.»

Sintió la belleza de sus propios ojos, la voracidad de sus labios, la fuerza ruda de sus cabellos replegados por la tempestad, toda la potencia de los ritmos y de los ímpetus que dormían en sus músculos y en sus huesos. Volvió á oír las palabras con que su amigo la había loado; lo volvió á ver en la furia del deseo, en la dulzura de la languidez, en el olvido más profundo. «Aun por poco tiempo, aun por algún tiempo le pareceré bella, le abrasaré la sangre. ¡Aun por algún tiempo!» Con los pies en la hierba, con la frente al sol, con el olor de las rosas

que se marchitaban, con aquel vestido rojo que la asemejaba al magnífico animal de presa y de carrera, ardía de pasión en la espera, con un súbito impetu de vida, como si refluyese en el presente aquel futuro á que renunciaba, por el propósito de morir. «¡Ven! ¡Ven!» Llamó entre sí al amado, casi ébria, segura de que él se hallaba á punto de llegar, porque lo presentía, y jamás le había engañado su presentimiento. «¡Aun por algún tiempo!» Cada minuto pasado, parecióle una inicua expoliación. Inmóvil, deseó y sufrió vertiginosamente. Con sus latidos palpitó todo el jardín silvestre, penetrado de su calor hasta las raíces. Creyó perder el conocimiento, caer.

—¡Ah! ahí está Stelio!—exclamó Lady Myrta, viendo aparecer al joven entre los laureles.

La amante se volvió, rápida, coloreándose de rubor. Los lebreles se levantaron, irguiendo las orejas. El encuentro de las dos miradas tuvo la vibración del fulgor. Una vez más, como siempre, ante la presencia de la maravillosa criatura, el amado experimentaba la sensación divina de ser envuelto súbitamente por un éter inflamado, por un aura vibrante que parecía aislarlo de la atmósfera común y casi arrebatarlo.

Cierto día, había unido aquel prodigio de amor á una imagen física, recordando que en una tarde lejana de su infancia, atravesando un terreno solitario, se había sentido de improviso envolver por fuegos fatuos, y había lanzado un grito.

—Erais esperado por todo lo que vive en esta clausura—le dijo Lady Myrta con una sonrisa que

disimulaba la turbación de que era presa el pobre corazón juvenil, prisionero en aquel viejo cuerpo enfermizo, ante el espectáculo del amor y del deseo.—Habéis obedecido á una evocación al venir.

—Es verdad—dijo el joven, sujetando ya por el collar á Donovan, que se le había acercado recordando las caricias.—En efecto, vengo de un lugar remoto. ¿De dónde? Adivinad.

—¡De un paisaje de Giorgione!

—No; del claustro de Santa Apolonia. ¿Conocéis el claustro de Santa Apolonia?

—¿Es vuestra invención de hoy?

—¿Invención? Es un claustro de piedra, verdadero, con sus columnitas y con su pozo.

—Puede ser. Pero todos los lugares que vos miráis, se transforman en invenciones vuestras, Stelio.

—¡Ah, Lady Myrta, quisiera daros esa joya; quisiera transportároslo al jardín! Imagináos un pequeño claustro secreto, abierto en un orden de columnas sutiles y emparejadas como las monjas cuando pasean en ayunas al sol, delicadísimas, no blancas, ni grises, ni negras, pero del más misterioso color que jamás haya dado á la piedra ese gran maestro colorista que se llama el Tiempo; y en medio, un pozo; y en el brocal, labrada por la cuerda, una acequia sin fondo. Las monjas han desaparecido, pero creo que las sombras de las Danaides, frecuentan el lugar...

Se interrumpió de improviso, viéndose circundado por los lebreles, y comenzó á imitar las voces guturales que lanza el conductor de la muta, á sus

perros. Los animales manifestaron su inquietud: sus ojos melancólicos se reavivaron. Dos, que estaban apartados, se precipitaron con grandes saltos, pasando por encima de los arbustos, y se detuvieron delante de él, secos y lucientes, como envoltorios de nervios recubiertos de seda.

—¡Ali-Nour! ¡Crissa! ¡Nerissa! ¡Clarissa! ¡Altair! ¡Helion! ¡Hardicanute! ¡Veronessa! ¡Hierro!

Los conocía á todos por su nombre, y los perros al oírse llamar parecían reconocerle como amo.

Estaba allí el lebel de Escocia, nacido en las altas montañas, con el pelo rudo y espeso, más duro y más denso en la cara y en el hocico, gris como el hierro nuevo; estaba el lebel de Irlanda destructor de lobos, rojizo, robusto, en el que el ojo obscuro al revolverse mostraba el blanco; estaba el de Tartaria, manchado de amarillo y negro, oriundo de las inmensas estepas asiáticas, donde de noche guardaba la tienda contra las hienas y los leopardos; estaba el de Persia, blondo y pequeño, con las orejas cubiertas de largos pelos cerdosos, de cola débil y débiles asimismo los costados y las patas, más apreciado, por los antílopes que había matado; estaba el galgo español, emigrado con los moros, aquel magnífico que el enano pomposo sostiene atado en el cuadro de Diego Velázquez, adiestrado para alcanzar y matar en las desnudas llanuras de la Mancha, ó en los matorrales de Murcia y Alicante cuajados de malezas; estaba el árabe, el ilustre apresador del Desierto, oscuros la lengua y el paladar, con todos los tendones visibles, con toda la osamenta revelada á través de la piel fina, noble

ánimo, hecho de orgullo, de valor y de elegancia, acostumbrado á vivir en hermosas alfombras y á beber la leche en un vaso precioso. Y reunidos como una muta, se enfurecían alrededor de aquel que sabía despertar en su sangre entorpecida los instintos primitivos de la persecución y de la muerte.

—¿Quién de vosotros es el mejor amigo de Gog? —preguntóles mirando á unos después de otros, los bellos ojos inquietos que se fijaban en él.—¿Tú, Hierro? ¿Tú, Altair?

Su acento singular excitaba á las bestias sensibles que lo escuchaban con un rumor levísimo é interrumpido. Cada uno de sus movimientos suscitaba una onda lúcida en el pelaje diverso, y las largas colas, curvadas en la extremidad á guisa de gancho, batían ligeramente los muslos musculosos y los jarretes bajos.

—Pues bien, os diré lo que he callado hasta hoy: Gog ¿entendéis? aquel que derribaba á las liebres de un solo bocado, Gog, se ha estropeado.

—¡Oh! ¿De veras?—exclamó Lady Myrta apesadumbrada.—¿Cómo ha sido, Stelio? ¿Y Magog?

—Magog está sano y salvo.

Era la pareja de lebreles que Lady Myrta había regalado á su joven amigo, y que él había llevado consigo á su casa del mar.

—¿Pero cómo sucedió?

—¡Pobre Gog! Había matado ya treinta y siete liebres. Poseía todas las cualidades de la gran raza; la celeridad, la resistencia, una prontitud inaudita en las vueltas, y el deseo constante de matar á la presa, y la manera clásica de cogerla por detrás,

yéndole encima en línea recta y formando un ángulo con ella, casi siempre al mismo tiempo. ¿Habéis visto alguna vez una carrera de lebreles, Foscarina?

Estaba ésta tan atenta, que el sonido inesperado de su nombre, la hizo estremecer.

—Nunca.

Se hallaba pendiente de los labios del poeta, fascinada por su instintiva expresión cruel al significar la obra de sangre.

—¿Nunca? ¡No conocéis, pues, uno de los más raros espectáculos del atrevimiento, de la vehemencia, y de la gracia en el mundo. ¡Mirad!

Atrajo hacia sí á Donovan, se inclinó hacia tierra, y comenzó á palparlo con las manos expertas.

—No existe una máquina más precisa y más poderosa para su destino, en la naturaleza. El hocico es agudo, y largo para que las mandíbulas, puedan agarrar á la presa al primer golpe. El cráneo es ancho entre las dos orejas para contener el mayor valor y la mayor pericia. La cara es seca y musculosa, los labios cortos, de tal modo, que apenas cubren los dientes...

Con segura facilidad, abrió la boca del perro, que no probó de resistir. Apareció la dentadura deslumbradora, el paladar cruzado por anchas líneas negras, la lengua sutil y rosada.

—¡Mirad qué dientes! ¡Mirad qué largos son los caninos, y curvados por la punta para sujetar mejor la presa! Ninguna otra especie de perros tiene la boca construída para morder de un modo tan perfecto.

Sus manos se detenían en el exámen; y parecía que su admiración por aquel ejemplar soberbio no tuviese límites. Había puesto una rodilla en el trébol, recibiendo en el rostro el hálito del animal que se dejaba palpar con una insólita mansedumbre como si comprendiese el elogio del buen conocedor, y lo gozase.

—Las orejas son pequeñas y colocadas en lo más alto, derechas en la excitación, caen y se adhieren al cráneo en el reposo. No impiden que el collar pueda ser quitado y puesto sin abrirlo: así.

Quitó y puso el collar, que cercaba justamente el cuello.

—Cuello de cisne, largo y flexible que le permite coger la caza en la máxima velocidad sin perder el equilibrio. ¡Ah! He visto á Gog una vez detener en el aire á una liebre que había saltado á través de un foso... Pero observad ahora las partes más importantes: la anchura y la profundidad del pecho para el grande aliento, la oblicuidad de las espaldas, proporcionada, á la largura de las piernas, la formidable masa muscular en los muslos, los jarretes cortos, la espina dorsal enclavada entre dos haces de músculos sólidos... ¡Mirad! Las vértebras de Helion, son visibles en relieve: éstas están ocultas en un surco. Los pies se parecen á los de los gatos, con las uñas apretadas, pero no mucho, elásticas, seguras. ¡Y qué elegancia en las costillas dispuestas en forma de una bella carena, y con esa línea entrante hacia el vientre enteramente escondido! Todo se dirige á un sólo objeto. La cola, fuerte en la raíz y fina en la extremidad,—¡mirad!—casi como

la de un topo, sirve de timón al animal, y le es necesaria para revolver cuando la liebre hace un ángulo. Veamos Donovan, si también en esto eres perfecto.

Cogióle la punta de la cola, la pasó por debajo del muslo, la tiró hacia el hueso del anca, llegando á tocar con ella precisamente, el punto saliente.

—¡Perfecto! Ví un día á un árabe de la tribu de Arbáa, tomar estas medidas en su perro. Ali-Nour, ¿temblabas cuando descubrias el rastro de las gacelas? Pensad Foscarina: los galgos árabes tiemblan al descubrir la presa, tiemblan como una caña, y vuelven hacia sus dueños los ojos suplicantes y dulces para que los desaten. ¡No sé por qué me place y me conmueve tanto esto! Es terrible en ellos el deseo de matar, todo su cuerpo está pronto á tenderse como un arco; ¡y tiemblan! No de miedo, no de incertidumbre; tiemblan de deseo. ¡Ah, Foscarina! Si vos viérais á un galgo en aquel momento, seguramente le robariais su manera de temblar y sabriais hacerla humana con vuestro arte trágico, y produciriais en los hombres un nuevo escalofrío... ¡Sus, Ali-Nour torrente de rapidez en el desierto! ¿Te acuerdas? Ahora tiembles pero es de frío...

Alegre y voluble dejó á Donovan y tomó entre sus manos la cabeza serpentina del matador de gacelas, lo miró al fondo de las pupilas donde fluctuaba la nostalgia de los países tórridos y silenciosos, de las tiendas desplegadas después de los viajes, ilusionado por los meteoros, por los fuegos encendidos para la comida de la noche, bajo las amplias estrellas que parecen vivir en la palpitación del viento, en la cima de las palmeras.

—¡Ojos de sueño y de melancolía, de valor y de fidelidad! ¿Habéis pensado alguna vez, Lady Myrta, que el lebrél de bellos ojos es precisamente el mortal enemigo de los animales de ojos bellos como la gacela y la liebre?

La amante había penetrado en aquel corporal encanto de amor, por el cual, parece que los confines de la persona se extiendan y se fundan en el aire, hasta el punto que toda palabra y todo acto del amado, suscitan un temblor más dulce que cualquier caricia. El joven tenía cogida entre sus manos la cabeza de Ali-Nour, pero la amante sentía el contacto de aquellas manos sobre sus sienes. El joven indagaba las pupilas de Ali-Nour, pero ella sentía la mirada en el fondo de su propia alma. Y le pareció que la alabanza de los ojos, se dirigiera á sus propios ojos.

Estaba allí, de pie, sobre la hierba, como aquellos altivos animales que él amaba, vestida como aquel que él prefería entre sus compañeros, como ellos llena del confuso recuerdo de un lejano origen, y un tanto estupefacta por el ardor de los rayos que reflejaba el muro cubierto de rosales, estupefacta y ferviente como en una ligera fiebre. Lo oía hablar de las cosas vivas, de los miembros aptos para la carrera y para la presa, del vigor, de la destreza, de la potencia natural, de la virtud de la sangre; y lo veía junto á la tierra, entre el olor de la hierba, en el calor del sol, flexible y fuerte palpar la piel y los huesos, gozar al contacto de aquellos cuerpos generosos, casi partícipe de aquella bestialidad delicada y cruel que más de una vez

habíase complacido, él mismo, en representar en las invenciones de su arte. Y ella misma, con los pies en la tierra cálida, bajo los soplos del cielo, semejante en el color del vestido al apresador rojo, sentía surgir de las raíces de su substancia un extraño sentimiento de bestialidad primitiva, casi la ilusión de una lenta metamorfosis, en la cual, perdiese una parte de su conciencia humana y se convirtiese en una hija de la naturaleza, una fuerza ingenua y breve, una vida salvaje.

¿No llegaba él de este modo, en ella, al más obscuro misterio del sér? ¿No le hacía sentir así la profundidad animal de que habían brotado aquellas revelaciones de su genio trágico, inesperadas, que habían sacudido y embriagado á las multitudes, como los espectáculos del cielo y del mar, como las auroras, como las tempestades? ¿Cuándo le había hablado del galgo temblando, no había adivinado de qué analogías naturales extraía ella las potencias de expresión, que admiraban á los poetas y á los pueblos? Por haber encontrado el sentido dionisiaco de la naturaleza, natural, el antiguo fervor de las energías instintivas y creadoras, el entusiasmo del dios multiforme nacido del fermento de todos los jugos, aparecía en el teatro tan nueva y tan grande. Había sentido en sí, á veces, casi la inminencia de aquel prodigio que hacía dilatar, con una leche divina el seno de las ménades, al aproximarse á las pequeñas panteras, ávidas de alimento.

Estaba allí, de pie, sobre la hierba, ágil y roja, como el perro predilecto, llena del confuso recuer-

do de un lejano origen, viviente y deseosa de vivir desmedidamente, en la breve hora que le estaba concedida. Se habían desvanecido los vapores suaves de las lágrimas, habían caído las aspiraciones afanosas hacia la bondad y hacia la renunciación, y todas las melancolías cenicientas del jardín abandonado. La presencia del animador ensanchaba el espacio, alteraba el tiempo, aceleraba el latido de la sangre, multiplicaba la facultad de gozar, creaba una vez más, el fantasma de una magnífica fiesta. Una vez más, era tal como él quería forjarla, olvidada de las miserias y los temores, curada de todo mal triste, criatura de carne vibrante en la luz, en el calor, en el perfume, en los juegos de las apariencias, pronta á atravesar con él, las evocadas llanuras, y las dunas, y los desiertos en la furia de las persecuciones, á embriagarse en aquella embriaguez, á alegrarse con el espectáculo del valor, de la astucia, de las presas sangrientas. De instante en instante, hablando, moviéndose, la formaba él á su semejanza.

—¡Ah! Cada vez que veía á la liebre romperse entre los dientes del perro, un relámpago de pesar pasaba en mi alegría, por aquellos grandes ojos que se apagaban! Más grandes que los tuyos Donovan, y lucientes como los estanques en las noches de estío, con sus selvas de juncos que os los baña, y con todo el cielo que se os refleja en ellos, y en ellos se transmuta. ¿Habéis visto nunca una liebre, por la mañana, salir de los surcos recientes del arado, correr por un momento sobre la plata de la escarcha, después detenerse en el silencio, sentarse sobre las

patas traseras, enderezar las orejas, mirar el horizonte? Parece que su mirada pacifique el Universo. ¡La liebre inmóvil que contempla los campos humeantes, en una tregua de su perpetuo desaliento! No se podría imaginar un más seguro indicio de perfecta paz en torno. En aquel instante, es un animal sagrado al que es preciso adorar...

Lady Myrta, rompió á reír, con su risa juvenil que descubrió su dentadura, y movió las arrugas de tortuga bajo su barbilla.

—¡Dulcísimo Stelio!—exclamó riendo.—Primero adorar, y después, despedazar ¿es ese vuestro rito?

La Foscarina la miró con asombro, porque la había olvidado; y allí sentada en aquel banco de piedra amarillenta por los líquenes, con aquellas manos retorcidas, con aquel relucir de oro y marfil entre los labios sutiles, con aquellos ojitos glaucos, bajo los párpados fofos, con aquella voz ronca y aquella risa clara, le dió imagen de una de esas viejas hadas palmípedas, que van por la foresta seguidas por un sapo obediente. En el olvido en que se había extraviado, las extrañas palabras no la penetraron; pero no obstante, le sonaron ásperas como un estridor.

—No es culpa mía,—repuso Stelio,—si los lebres han sido hechos para matar las liebres y no para dormir en un jardín cerrado, sobre el agua de un canal muerto.

De nuevo imitó las voces guturales que lanza el encargado de la muta, á los perros de caza.

—¡Crissa! ¡Nerissa! ¡Altair! ¡Sirius! ¡Piuchebella! ¡Helión!

Los perros excitados se agitaban: sus ojos se iluminaron; los músculos secos, vibraron bajo el pelo rojo, negro, blanco, plumizo, manchado, mixto; los largos muslos se curvaron sobre los jarretes, como arcos prontos á soltarse para atravesar en el espacio la osamenta más dura y más sutil, con un haz de flechas.

—¡Allí, allí, Donovan! ¡Allí!

Señalaba con el dedo una forma entre gris y rojiza al ras de la hierba, en el fondo del jardín, que tenía la apariencia de una liebre con las orejas replegadas, sentada sobre sus tarsos. La voz imperiosa engañaba á los perros titubeantes. Y era hermoso ver al sol aquellos cuerpos descarnados y poderosos en el vivo seto relucir, ondular al estímulo de la voz humana, como los empavesados y más ligeros navíos al soplo del aura.

—¡Allí, Donovan!

Y el hermoso perro rojo lo miró en las pupilas, dió un salto formidable, se lanzó hacia la presa ilusoria, con toda la vehemencia de su instinto despertado. En un momento la alcanzó: detúvose, desilusionado; quedóse así, agazapado sobre las patas anteriores, extendido el cuello; después saltó de nuevo, se mezcló á los juegos de la tráhilla que lo había seguido en gran desorden, riñendo con Altair; continuó, erguido, el hocico agudo, ladrando; una bandada de pájaros elevóse de la copa del pino, con un alegre vuelo en el azul.

—¡Una calabaza! ¡Una calabaza!—gritaba el engañador entre carcajadas.—¡No es un conejo! ¡Pobre Donovan! Una dentellada á una cucurbita. ¡Ah,

pobre Donovan, qué humillación! Cuidad, Lady Myrta, que no se ahogue en el canal, de vergüenza...

Dominada por el contagio de la hilaridad, la Foscarina reía con él. Su vestido roano, y la piel de los perros brillaban al sol oblícuo, en el verde de los tréboles. La blancura de los dientes, y la risa argentina le llenaban la boca de juventud nueva. El tedio del jardín secular parecía desgarrarse como las telas de araña, cuando una mano violenta abre una ventana cerrada de tiempo.

—¿Queréis á Donovan?—dijo Lady Myrta, con una maliciosa gracia de su alma, que se perdió entre sus arrugas como un riachuelo entre barrancos.

—Yo sé, yo sé vuestro arte...

Stelio cesó de reir y se sonrojó como un chiquillo.

Una onda de ternura dilató el pecho de la Foscarina, ante aquel rubor pueril. Toda entera centelleó de amor. Y un deseo loco de coger al amado entre sus brazos, la hizo estremecer las muñecas, los labios.

—¿Lo queréis?—preguntó de nuevo Lady Myrta, feliz de poder dar, y agradecida á aquel qué sabía recibir el dón con un placer tan fresco y tan vivaz.

—¡Donován es vuestro!

Antes de dar gracias, buscó al lebrél con los ojos, casi ansioso. Lo volvió á ver esplendente, fuerte, bellissimo, con la marca de la estirpe en todos sus miembros, como si el Pisanello lo hubiese dibujado para el reverso de una medalla.

—¿Pero y Gog? ¿Qué ha sido de Gog? No habéis dicho una palabra,—dijo la donadora.—¡Ah, con que facilidad se olvida á los inválidos!

Stelio miraba á la Foscarina, que se había vuelto para dirigirse hacia el grupo de los perros, caminando sobre la hierba con una esbelta ondulación á imagen de aquel paso de los antiguos venecianos, llamado precisamente «de lebrel». El vestido roano, dorado por el sol declinante, parecía arder sobre su figura flexible. Y era manifiesto que se dirigía así hacia los animales de su color, á los cuales por un profundo instinto mimético, la actriz se asemejaba extrañamente, hasta el punto de transfigurarse.

—Fué después de una carrera,—contó Stelio.—Tenía la costumbre de lanzar casi todos los días una liebre, por sobre las dunas, á lo largo de la ribera del mar. Los labradores me las traían á menudo vivas, de aquellas de mi tierra, morenas, robustas, prontas á la defensa, astutísimas, capaces de arañar y de morder. ¡Ah, Lady Myrta, no hay terreno de carrera más hermoso que mi playa libre! Vos conocéis las inmensas mesetas del Lancashire, el suelo enjuto del Forkshire, las duras llanuras de Altcar, los aguazales de la baja Escocia, las arenas de la Inglaterra meridional, pero un galope sobre mis dunas, más blondas y más luminosas que las nubes de otoño, más allá de los matorrales de retama y de tamarindos, más allá de las breves fuentes límpidas de los riachuelos, más allá de los pequeños estanques salados, á lo largo del mar, más verde que un prado, en vista de las montañas de nieve y azul, obscurecían vuestros más gratos recuerdos, Lady Myrta.

—¡Italia, Italia!—suspiró la vieja hada benigna.
—¡Flor del mundo!

—En aquella playa lanzaba la liebre. Había adiestrado á un hombre para liberar del collar á los perros en el momento oportuno; y yo seguía la carrera á caballo... Seguramente, Magog es un excelente corredor; pero jamás había visto un matorador más ardiente y más rápido que Gog...

—¡De las perreras de Newmarket!—dijo la donadora con orgullo.

—Un día volvía hacia casa por la ribera del mar. La carrera había sido breve: Gog había alcanzado la liebre á las dos ó tres millas. Volvía á galope corto, por el mismo lado del agua tranquila. Gog galopaba con Cambises á la par, lanzándose de vez en cuando sobre la caza que colgaba del arzón. De repente, como en la orilla había un esqueleto de animal, el caballo se me echó á la derecha, y en la huida pisó con la herradura al perro, que se puso á aullar, levantando la pata izquierda de delante, rota por el tobillo. Refrené y detuve al animal atemorizado, y retrocedí. Pero al ver de nuevo Cambises al esqueleto, volvió en redondo y me cogió la mano. Fué entonces una furiosa fuga por la playa. Con una emoción que no sé expresar oí, pasados algunos instantes, á la cola del caballo, la respiración fatigada de Gog. Me seguía, ¿comprendéis? Con la pata quebrada, impulsado por la generosidad de su sangre, olvidó el dolor y me había alcanzado, me seguía, me pasaba delante. Mis ojos, encontraron sus bellos ojos dulces; y mientras me esforzaba en dominar al caballo enloquecido, el corazón se me oprimía cada vez que la pobre pata herida tocaba la arena. La adoré, la adoré... ¿Me creéis vos capaz de llorar?

—Sí,—repuso Lady Myrta,—hasta de llorar.

—Pues bien, cuando Sofia, mi hermana, se puso á lavar la herida con aquellas sus lindas manos, sobre las cuales goteaban las lágrimas, creo que también yo...

La Foscarina estaba allí con Donovan, al cual sujetaba por el collar, pálida, casi desvanecida, como si ya comenzase á penetrarla el hielo vespertino. La sombra de la cúpula bronceada se prolongaba por la hierba, sobre los laureles, sobre los ojaranzos. Una humedad de violeta, confundida con la cual nadaban los últimos átomos del oro solar, se difundía entre los tallos y entre las ramas que tremolaban á merced de los interrumpidos soplos de la brisa. Y los oídos volvían á oír ahora el canto de los pájaros, que llenaban la copa del pino, en la que se veían las piñas vacías.

«Aquí nos tenéis, os pertenecemos» parecía decir la mujer junto al lebel, que se le apretaba contra las rodillas, dominado por los primeros estremecimientos. «Os pertenecemos para siempre. Estamos aquí para servir.»

—Nada en el mundo me turba y me enciende tanto como esas aspiraciones repentinas de la virtud de la sangre,—continuaba diciendo el joven, soliviándose al recuerdo de aquella hora de emoción.

Se oyó el silbido prolongado de un tren que pasaba por el puente de la laguna. Un soplo deshojó completamente una rosa grande blanca, de la cual sólo vino á quedar una bola sobre un palito. Los perros se reunieron, se agruparon, se estrecharon uno contra otro, frioleros; sus huesos descarnados

se estremecían bajo la piel sutil, y en sus cabezas prolongadas y planas, como las de los reptiles, relucían los ojos melancólicos.

—¿No os he contado nunca, Stelio, la manera como murió una mujer de la mejor sangre de Francia, precisamente en una gran batida á la cual yo asistía?—le preguntó Lady Myrta, en la que, la imagen trágica y piadosa, había sido evocada por la expresión que había descubierto en el rostro pálido de la Foscarina.

—No, nunca. ¿Quién era?

—Juana de Elbeuf. Por imprudencia ó inexperiencia suya y del caballero que llevaba al lado, fué herida, jamás se supo por quien, juntamente con la liebre, que pasaba por entre las patas de su caballo. Se la vió caer á tierra. Nos aproximamos todos corriendo; y la encontramos sobre la hierba apoyada, en medio de la sangre, junto á la liebre, que se debatía en violentas contorsiones. En el silencio y en el espanto, cuando todos nos hallábamos allí como petrificados, cuando nadie aún osaba hablar ni moverse, la pobre criatura, levantó penosamente la mano, indicó al animal herido que sufría, y dijo (nunca olvidaré su acento): «*Tuez-le, tuez-le, mes amis... Ça fait si mal!*» y murió en seguida.

Desgarradora dulzura de aquel Noviembre, sonriente como un enfermo que se cree ya en la convalecencia, y experimenta en sí un insólito bien y no sabe que se halla próximo á su agonía.

—¿Pero qué tenéis hoy Fosca? ¿Qué os sucede? ¿Por qué estáis conmigo tan reservada? ¡Decid! ¡Habladme!

Stelio, al entrar por casualidad en San Marcos, la había visto reclinada en la puerta de la Capilla del baptisterio. Estaba allí sola, inmóvil, con la cara devorada por la fiebre y por la sombra, con los ojos llenos de espanto, fijos en las figuras terribles de los mosaicos, que llameaban en un fuego amarillo. Detrás de la puerta ensayaba un coro: el canto se interrumpía, después continuaba, con la misma cadencia.

—¡Os lo ruego, os lo ruego, dejadme sola! ¡Os lo suplico! ¡Tengo necesidad de estar sola! ¡Os lo suplico!

El sonido de sus palabras revelaba la sequedad

de su boca convulsa. Hizo un movimiento para volverse, como para huir, pero él la detuvo.

—¡Pero hablad! Decidme al menos una palabra para que yo comprenda...

Otra vez hizo la Foscarina un movimiento para substraerse, y expresó en él una tortura indecible. Pareció una criatura lacerada por un suplicio, atormentada por un verdugo. Pareció más miserable que un cuerpo ligado á la rueda, ó atenzado por el hierro candente.

—¡Os lo suplico! Si os causo pena, tan sólo una cosa podéis hacer por mí: dejarme ir...

Hablaba en voz baja; y que no gritase, que de su garganta no saliesen los aullidos y los anhelos, parecía cosa sobrehumana, tan manifiesto era el pasmo de toda su alma sacudida.

—Pero una palabra, al menos una, para que yo comprenda.

Una llama de furor subió á aquel rostro contraído.

—No. Quiero que se me deje sola...

La voz fué dura como la mirada. Volvióse; dió los primeros pasos como el que se siente asaltado por el vértigo, y se apresuró hacia un sostén.

—¡Foscarina!—exclamó Stelio.

Pero no se atrevió á retenerla. Vió á la mujer desesperada caminar en la zona de sol, que invadió á la Basílica con el desbordamiento de un torrente, por la puerta, abierta por una mano ignota. La profunda caverna de oro, con sus apóstoles, con sus mártires, con sus animales sagrados, brilló por entero, detrás de ella, como si allí se precipitasen las

mil antorchas del día. El canto cesó, prosiguió luego:

«Me ahogo en la tristeza... El ímpetu de rebelarme contra mi suerte, de irme á la ventura, de buscar... ¿Quién salvará mi esperanza? ¿De quién me vendrá la luz?... ¡Cantar, cantar! Pero quisiera cantar al fin un canto de vida... ¿Sabréis decirme donde está en estos días el Maestro del Fuego?»

Llevaba impresas en los ojos, impresas en el alma las palabras contenidas en la carta de Donatella Arvale, con todas las particularidades de su escritura, con toda la diversidad de los signos, vivos como la mano que los había escrito, palpitantes como aquel pulso impaciente. Las veía grabadas en las piedras, delineadas en las nubes, reflejadas en el agua, indelebles é inevitables como las sentencias del Destino.

«¿Dónde iré? ¿Dónde iré?» A través de su agitación y de su desesperación le llegaba la dulzura de las cosas, la tibieza de los mármoles dorados, el olor del aire tranquilo, la languidez de los ocios humanos. Fijóse en una mujer del pueblo, envuelta en un manto obscuro, sentada en los peldaños de la Basílica, ni vieja ni joven, que disfrutaba el sol y comía un gran pedazo de pan arrancando los bocados con los dientes, masticando después con lentitud, entornando los ojos al saborear, aquel bien, mientras sus cejas blondas relucían en lo sumo de las mejillas.

«¡Ah, si pudiese cambiarme en tí, tomar tu suerte, contentarme con el sol y con el pan, no sufrir más!»

El reposo de aquella pobrecita le pareció una felicidad infinita.

Volvióse sobresaltada, temiendo, esperando, que el amado la siguiese. No lo descubrió. Hubiese huído al verlo; pero el corazón se le oprimió, como si él la hubiese enviado á la muerte, sin llamarla. «Todo está cumplido». Perdía la noción de toda medida y de toda certidumbre. Los pensamientos pasaban por ella fraccionados y arrastrados por la angustia confusamente, como las plantas y las piedras en la avalancha de una riada. En cada aspecto de las cosas, sus ojos extraviados veían una confirmación de su condena ó una amenaza obscura de nuevos males, ó una figuración de su estado, ó una significación de ocultas verdades que estuviesen para influir cruelmente en su existencia.

En el ángulo de San Marcos, junto á la puerta de la Corte, sintió vivir, como si fuesen de obscura sangre, aquellos cuatro reyes de pórfito que se abrazan para un pacto con un sólo brazo, mientras oprimen con el puño recio la elsa que termina en un pico de gavián. Las innumerables venas de los mármoles diversos de que está incrustado el lado del templo, aquellas indistintas tramas de varios colores, aquellos laberintos y aquellos meandros mezclados, parecieron casi hacerle visible su misma diversidad interna, la confusión misma de sus pensamientos.

Sentía las cosas, á veces, á veces, extrañas, remotas, inexistentes, y familiares, próximas, partícipes de su vida íntima. A veces, á veces, creía encontrarse en lugares desconocidos, y en medio de formas que le perteneciesen, como si las hubiese formado con su propia substancia.

Al igual del agonizante, en ciertos momentos se sentía iluminada por imágenes de su más lejana infancia, por recuerdos de lejanísimos sucesos, por la aparición rápida y limpia de un rostro, de una actitud, de una habitación, de una comarca. Y sobre todos aquellos fantasmas, desde un campo de sombra, los ojos maternos la miraban, clementes y firmes, no mayores que los ojos humanos cuando viven en la tierra, pero no obstante infinitos como un horizonte hacia el cual fuese llamada. «¿Voy hacia tí? ¿Me llamas, realmente, por última vez?»

Estaba bajo la puerta de la Carta, había atravesado el corredor. La embriaguez del dolor la conducía al punto donde, en una noche de gloria, se habían encontrado los tres destinos. Buscó el pozo de la cita. En torno á aquel brocal de bronce, toda la vida de aquellos breves instantes resucitó con la evidencia y con el relieve de la realidad. Allí había dicho ella sonriendo y volviéndose hacia la compañera: «¡Donatella, aquí tienes al Maestro del Fuego!» El grito inmenso de la multitud había sofocado sus goces, y el cielo, sobre sus cabezas, se había encendido con mil palomas ardiendo.

Se acercó al pozo. Observándolo, todas las particularidades se le grababan en el espíritu y tomaban una fuerza extraña de vida fatal: el surco de las cuerdas en el metal, el cardenillo que caía sobre la base de la piedra, los pechos de las cariátides gastados por las rodillas de las mujeres, que en algún tiempo los oprimieron en el esfuerzo de sacar el agua, y aquel profundo espejo interior que el choque de los cubos no turbaba ya, aquel redu

cido círculo subterráneo que reflejaba el cielo divino. Se inclinó al borde, vió su cara, su espanto y su perdición, vió á la Medusa inmóvil que llevaba en el centro de su alma. Inconsciente, repetía el acto de aquel á quien amaba. Y vió también el rostro de aquel, y el rostro de Donatella como los había visto por un instante resplandecer en aquella noche, uno al lado del otro, encendidos por los fulgores celestes, como si estuviesen inclinados hacia un horno ó hacia un cráter. «¡Amáos, amáos! Yo me iré, desapareceré. ¡Adiós!» Apretó los párpados al pensar en la muerte; en las tinieblas reaparecieron las pupilas elocuentes y firmes, infinitas como un horizonte de paz. «Tú estás en paz y me esperas, tú que viviste y moriste de pasión.» Se solivió. Un extraordinario silencio ocupaba el patio desierto. Las riquezas de las altas paredes esculpidas reposaban mitad en la sombra, mitad en la luz: las cinco mitras de la Basílica, superaban el claustro, ligeras como las nubes níveas que hacían aparecer más azul el cielo, como hacen más verde á la hoja, las flores del jazmín. De nuevo á través de su tormento, sintió llegar á sí, la dulzura de las cosas. «La vida podría ser aún dulce.»

Salió hacia el Molo, tomó una góndola y se hizo llevar á la Giudecca. La dársena, la Salud, la Ribera de los Esclavones, toda la piedra y toda el agua eran un milagro de oro y de ópalo. Miró ansiosamente á ver si aparecía por la Piazzetta una figura. Le relampagueó en la memoria la imagen del difunto Estío vestido de oro y encerrado en la urna de cristal opalino. Se imaginó á sí misma sumergi-

da en la laguna, depositada sobre un lecho de algas. Pero el recuerdo de la promesa hecha sobre aquel agua, y sostenida en el delirio profundo, le atravesó el corazón como un cuchillo, la impulsó de nuevo á las horribles convulsiones. «¿Jamás, pues? ¿Jamás?» Todos sus sentidos se acordaron de todas las caricias. La boca, las manos, la fuerza, el ardor del joven pasaron por su sangre, como si se hubiesen disuelto en ella. El tósigo la abrasó en lo interior, hasta las más ínfimas fibras. Había encontrado con él, en el último límite de la voluptuosidad, un pasmo, que no era precisamente la muerte, y no obstante era el más allá de la vida. «¿Nunca más ya? ¿Nunca más?»

Llegaba al río de la Cruz. El verdor sobresalía por una muralla rosa. La góndola se detuvo ante una puerta cerrada. Desembarcó la Foscarina, buscó una llavecita, abrió, entró en el huerto.

Era su refugio, el lugar secreto de su soledad, conservado por la fidelidad de sus melancolías, como por guardianes taciturnos.

Le salieron todas al encuentro, las viejas y las nuevas; la cercaron, la acompañaron.

Con sus largos emparrados, con sus cipreses, con sus árboles frutales, con sus setos de espliego, con sus acebuches, con sus claveles, con sus rosales púrpura y amarillo, maravillosamente dulce y calmado en los colores de su disolución, el huerto parecía perdido en la extrema laguna, en una isla olvidada por los hombres, en Mazzorbo, en Torcello, en San Francisco del Desierto. El sol lo abrasaba y lo penetraba por todas partes, así que las sombras

por su tenuidad no aparecían. Era tanta la quietud del aire que los pámpanos secos no caían de los sarmientos. No caía ninguna hoja, aunque todas morían.

«¿Ninguna ya?» Caminó bajo los emparrados, fué hacia el agua, se detuvo en una altura herbosa, sentóse en una piedra, se oprimió las sienes entre las manos, hizo un esfuerzo para recogerse, para reconquistar el dominio de sí, para reflexionar, para deliberar. «Está aún aquí, está cerca, puedo volverlo á ver. Tal vez lo encontraré dentro de poco en el umbral de mi casa. Me tomará en sus brazos, me besará los ojos y los labios, me repetirá que me ama, que todo en mí le gusta. No sabe, no comprende. No ha sucedido nada irreparable. ¿Cuál es, pues, el hecho, que me convulsiona y me destroza? He recibido una carta de una criatura que está lejos, prisionera en una villa solitaria, al lado de su padre demente, y que se lamenta de su situación y aspira á mudarla. Este es el hecho. No hay otro. La carta héla aquí.» La buscó, la abrió para volverla á leer. Los dedos le temblaban; y creía sentir el olor de Donatella, como si la tuviese al lado, en aquella misma piedra.

«¿Es bella? ¿Verdaderamente? ¿Cómo es?» Al principio las líneas de la imagen se confundían. Trataba de cogerlas y se desvanecían. Una particularidad, antes que otra alguna, se destacó, se hizo precisa y evidente: la mano grande y pesada. «¿Las vió él aquella noche? Es muy sensible á la belleza de las manos. Las mira siempre, cuando encuentra

á una mujer. ¿No adora las manos de Sofía? Se dejó dominar por aquella reflexión pueril, y se detuvo en ella por algunos momentos; después sonrió amargamente. Y de repente la imagen se integró, vivió, refulgió de potencia y juventud, la sofocó, la deslumbró. «Es bella. Y es bella como él la quiere.»

Permaneció fija en el esplendor tácito de las aguas, con la carta sobre las rodillas, enclavada por la verdad inflexible. Y sobre aquel desaliento inerte, relampagueaban pensamientos involuntarios de destrucción: el rostro de Donatella se abrasaba en un incendio, el cuerpo quedaba deformado por una caída, la voz se le alteraba por una enfermedad. Se horrorizó de sí misma, y después tuvo piedad de sí y de la otra. «¿No tiene derecho á vivir? ¡Que viva, que ame, que tenga su alegría!» Imaginó para ella una ventura magnífica, un amor feliz, un esposo adorable, la prosperidad, el lujo, el placer. «¿No existe acaso en la tierra más que un hombre á quien ella puede amar? ¿No podría encontrar mañana á aquel que le tomase el corazón? ¿No podría de improviso su suerte volverse hacia otra parte, arrastrarla muy lejos, conducirla hacia un ignoto camino, separarla para siempre de nosotros? ¿Es acaso preciso que sea amada por el hombre que yo amo? Podrían no encontrarse más...» Así trataba de escapar á su mismo presentimiento. Pero un espíritu avieso le decía: «Se han encontrado una vez, se buscarán, se encontrarán aún. No es ella el alma obscura que se pierde en la multitud, ó por un sendero apartado. Tiene en sí un don que resplandece como un astro y que la hará reconocer

siempre de lejos: su canto. El portento de su voz será su señal. Seguramente hará valer en el mundo esa su cualidad; pasará también ella, entre los hombres, dejando tras de sí un surco de admiración. Así como tiene la belleza, tendrá la gloria: dos faros, los cuales le señalarán su presencia. Se han encontrado una vez, se encontrarán otra.»

La dolorosa se sometió, como bajo un yugo. A sus pies los brotes de hierba recibían los rayos y parecían retenerlos, respirando en una luz verde que coloreaban con su transparencia quieta. Sintió que le subían las lágrimas á sus ojos. Por entre aquel velo, miró á la laguna que retembló, por aquel temblor. Una claridad de perlas hacía extáticas á las aguas. Las islas de la Locura, San Clemente y San Servilio, estaban envueltas en un vapor palidísimo; y lanzaban de cuando en cuando, en la lejanía, gritos débiles como de náufragos perdidos en la bonanza, al cual contestaba ora el rugido de una sirena, ora la risa de las gaviotas dispersas. El silencio se hacía terrible, luego se dulcificaba.

Volvió á encontrar su bondad profunda. Encontró de nuevo su afecto por la bella criatura, por la cual, un día, había imaginado la necesidad de amar á Sofía, la buena hermana. Volvió á pensar en las horas pasadas en la quinta solitaria, en la colina de Settignano, donde Lorenzo Arvale creaba sus estatuas en la plenitud de la fuerza y del fervor, ignorante del fulgor que estaba para alcanzarlo. Revivió aquel tiempo, volvió á ver aquellos lugares:—se hallaba en frente del famoso artista que la retrataba en la greda, y Donatella cantaba algu-

na canción antigua, y el espíritu del canto animaba al modelo y á la efigie, y sus pensamientos y la voz pura y el misterio del arte, componían casi una apariencia de vida divina, en aquel gran estudio abierto por todos lados á la luz, descubriéndose en el valle primaveral, Florencia y su río.

¿Por qué cosa, aparte el reflejo de Sofia, había sido atraída hacia aquella niña, que no había conocido las caricias de la madre que desapareció del mundo, al darla á luz? La volvía á ver grave y reposada al lado del padre, consoladora del elevado trabajo, guardián de la sagrada llama, y también de una propia voluntad secreta, que debía conservarse lúcida y cortante, como una espada en la vaina.

«Está segura de sí, es dueña de su fuerza. Cuando se verá libre, se revelará dominadora. Está hecha para subyugar á los hombres, para excitar su curiosidad y sus sueños. Su instinto la conduce ya, atrevido y prudente, como la experiencia...» Y pensó en su actitud con el joven en aquella noche, la taciturnidad casi desdeñosa, las palabras breves y secas, y el modo de levantarse de la mesa, de salir del cenáculo, de desaparecer para siempre, dejando su imagen encerrada en el círculo de una melodía inolvidable. «¡Ah, conoce el arte de turbar el alma del que sueña. Seguramente él no puede haberla olvidado. Seguramente, él espera el momento en que le será dado el ir en su barca, y está impaciente, como aquella que me pregunta donde se encuentra él.»

Tomó la carta y la recorrió con la vista; pero su

memoria se adelantaba á sus ojos. La pregunta enigmática estaba en el extremo de la página, como una postdata, casi disimulada. Al ver de nuevo la escritura, experimentó el mismo dolor agudo que la vez primera; y de nuevo todo se agitó en su corazón, como si el peligro fuese inminente. «¿Qué hará ella? ¿Cuál es su pensamiento? ¿Esperaba acaso que él la buscase sin dilación, y decepcionada, quiere tentarlo ahora? ¿Qué hará?» Se torturaba ante aquella incertidumbre, como ante una puerta cerrada, al otro lado de la cual se hallase la luz de la vida, para recuperarla. «¿Le contestaré? ¿Y si le contestase de modo que reconociese la verdad? ¿Mi amor podría ser una prohibición para el suyo?» Su alma se sublevó con un sentimiento de repugnancia, de pudor y de orgullo. «Nunca, nunca sabrá por mí, mi dolor, nunca, aunque me interrogue.» Y sintió todo el horror de la rivalidad manifiesta entre la amante ya no joven, y la niña que es fuerte por su juventud intacta. Sintió la humillación y la crueldad de la lucha desigual. «¿Pero si no fuese esa—le decía un espíritu avieso—no sería otra? ¿Crees poder reservar para tu triste pasión á un hombre de tal naturaleza? De un modo tan solo podías amarle y ofrecerle tu amor fiel hasta la muerte: no violando la prohibición que violaste.»

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—murmuró como si contestase á una voz precisa, á una clara sentencia proferida en el silencio por el Destino invisible.

«De un sólo modo podrá él aceptar y reconocer tu amor: dejándolo libre, renunciando tú á la pose-

sión, dándolo todo siempre, sin pedir nada nunca: siendo heroica. ¿Entiendes?»

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—repitió la Foscarina alzando la frente, porque toda su belleza moral relampagueaba sobre su alma.

Peró el tósigo la mordió. Una vez más, todos sus sentidos se acordaron de todas las caricias. La boca, las manos, la fuerza, el ardor del joven, pasaron por su sangre como si se hubiesen diluido en ella. Y permaneció allí, inmóvil en su mal, muda en su fiebre, consumiéndose en su carne y en su alma, como aquellos pámpanos rojos, y manchados, que parecían arder por los bordes, como los papeles echados al fuego.

Entonces un canto lejano osciló por el aire sin mutación, tembló en el inmenso estupor: un canto de voces femeninas que parecía salir de pechos destrozados, de gargantas abiertas como frágiles cañas, semejantes á aquellos sonidos que se despiertan en las antiguas espinetas de cuerdas gastadas, si una mano toca los trastos maltrechos, débil y estridente, con un ritmo vulgar y alegre, que era triste como las cosas más tristes de la vida, en aquella inmovilidad y en aquella luz.

—¿Quién canta?

Con una emoción obscura, se levantó, se acercó á aquel lado, y escuchó:

—Son las locas de San Clemente.

De aquella isla de la Locura, de aquel hospicio desolado y claro, de ventanas enrejadas, de la tremenda cárcel llegaba el coro alegre y lúgubre, retemblaba, se detenía en la inmensidad estática, se

hacia casi infantil, se atenuaba, parecía á punto de cesar; después resurgía, se reforzaba, estridía, se hacia casi lacerante; después se interrumpía como si todas las cuerdas vocales se rompiesen á la vez, se elevaba como un grito desgarrador, como un llamamiento de náufragos perdidos que vean pasar por el horizonte una nave, como un clamor de moribundos, se extinguía, acababa, no resurgía ya.

¡Desgarradora dulzura de aquel Noviembre, sonriente como un enfermo que tiene una tregua en su padecer y sabe que es la última, y saborea la vida, que con una nueva gracia le descubre sus más delicados sabores, en el momento de abandonarla, y su sueño diurno semeja al de un niño que se duerma lleno de ligera leche, sobre las rodillas de la muerte!

—Mirad allá bajo los collados Euganeos, Foscarina. Si el viento se levanta, irán vagando por el aire como velos, nos pasarán por encima de la cabeza. Jamás los he visto tan transparentes.... Un día quisiera ir con vos á Arquía. Las quintas son allí rosadas, como las conchas que se encuentran por tierra á millares. Cuando lleguemos las primeras gotas de una lluvia imprevista, arrancaran algunos pétalos á las flores de los albérchigos. Nos detendremos bajo un arco de Palladio para no mojarnos. Después buscaremos la fuente del Petrarca, sin pre-

guntar á nadie el camino. Llevaremos con nosotros las Rimas, la edición del Missirini, aquel librito que tenéis á la cabecera, y que ya no se puede cerrar porque está lleno de hierbas, como un herbario de niña... ¿Queréis que vayamos un día de primavera á Arquía?

La Foscarina no contestaba pero le miraba los labios que decían aquellas cosas amables; y sin esperanza, se complacía en el sonido y el movimiento, y no en otra cosa, fugazmente. En aquellas imágenes de primavera y en una sestilla del Petrarca, existía para ella el mismo encanto lejano. Pero en una podía poner una señal para encontrarla, mientras las otras desaparecían con el instante. «No beberé en esa fuente», quería contestar; pero calló para dejarse acariciar sin sobresaltos. «¡Oh, sí, engáñame, ilusíoname; haz tu juego, haz de mí lo que quieras.»

—Hé aquí San Jorge en Alga. Dentro de poco estamos en Fusina.

Pasó la islita amurallada, con su madonna de mármol, que se refleja perpetuamente en el agua como una ninfa.

—¿Por qué sois tan dulce, amiga? Jamás os he sentido así. No se toca el fondo en vos, hoy. No sé deciros que sentimiento de infinita melodía encuentro hoy en vuestra presencia. Estáis aquí, á mi lado, cojo vuestra mano; y no obstante estáis difundida en el horizonte, sois el horizonte con las aguas, con las islas, con los collados que quisiera subir. Cuando hablaba antes, me parecía que cada sílaba crease en vos esos círculos que se dilatan en lo in-

finito, como los de en torno a la hoja, que ha caído de aquel árbol todo oro... ¿Es verdad? ¡Decid que es verdad! O miradme.

Se sentía circundado por el amor de la mujer, como por el aire ó por la luz; respiraba en aquel alma como en un elemento, y recibía una plenitud inefable de vida, como si de ella y de la profundidad del día, naciese un mismo río de cosas misteriosas y se le vertiesen en el corazón rebosante. El deseo de devolver la felicidad que le era dada, lo elevaba á un grado de reconocimiento casi religioso y le sugería palabras de gratitud y de loa, que hubiese proferido de estar inclinado ante ella en la sombra. Pero el esplendor del cielo y de las aguas se había hecho tan grande en torno, que calló lo mismo que ella callaba. Y fué para entrambos un minuto admirable de comunión en la luz, fué un viaje breve, y sin embargo inmenso, en el cual cruzaron las vertiginosas distancias que tenían dentro de sí.

El barquito llegó á la ribera de Fusina. Recobrados, se miraron con los ojos deslumbrados, y experimentaron una especie de extravío que se asemejaba á la desilusión, cuando llegaron á tierra, cuando vieron aquella ribera escuálida, donde crecían esmirriadas hierbas. Y el dar los primeros pasos fué para los dos fatigoso, porque sintieron el peso de su carne que había parecido aligerarse en el fluido trayecto.

«¿Me ama pues?» En el corazón de la mujer se reavivaba la pena con la esperanza. No dudaba de que la embriaguez del amado fuese sincera, de que sus palabras respondieran á un interno fervor.

Sabía de que modo se abandonaba él, á todas las ondas de su sensibilidad, y que era incapaz de simular y de mentir. Lo había oído proferir mas de una vez verdades crueles, con aquella misma gracia flexible y felina, que tienen en el mentir ciertos hombres dedicados á la seducción. Conocía bien aquella mirada límpida y derecha que se transformaba á veces en glacial ó cortante, pero nunca oblicua. Pero conocía también la maravillosa rapidez y diversidad del sentir y del pensar, que hacían incoercible á aquel espíritu. Existía en él, siempre, algo ondulante, voluble, y poderoso, que le sugería la imagen dúplice y diversa de la llama y del agua. ¡Y quería detenerlo, poseerlo! Existía en él, constantemente, un ardor de vivir desmesurado, como si cada instante le pareciese el supremo, y se hallase para apartarse de la alegría y de las dulzuras de la existencia, como de las caricias y de las lágrimas de una despedida de amor. ¡Y ella quería atraer con un solo alimento aquella avidéz insaciable!

¿Qué era ella para él, si no un aspecto de aquella «Vida de los mil y mil rostros» hacia la cual el deseo, según una imagen de su poesía, agitaba de continuo «todos sus tizos»? Ella era para él un motivo de visión y de invención, como las colinas, como los bosques, como las lluvias.

Bebía él, de ella, el misterio y la belleza, como de todas las formas del Universo. Y ya se le había separado, en busca de otra cosa nueva: sus ojos ingenuos y movibles buscaban en torno el milagro, para maravillarse y para adorar.

Lo miró, sin que él volviese hacia ella el rostro, atento, observando la campiña húmeda y vaporosa que el coche recorría con lentitud. Estaba allí, privada de toda fuerza, incapaz de vivir en sí ó por sí, de respirar con su propio aliento, de seguir un pensamiento que fuese extraño á su amor, dudosa, por fin, en gozar las cosas naturales que no le fuesen indicadas por él, necesitada de aguardar que él le comunicase sus afectos y sus sueños, para inclinar hacia aquellas campañas el corazón que le dolía.

Su vida parecía disolverse y condensarse á intervalos. Un instante de intensidad había pasado y esperaba el otro; y entre uno y otro, no tenía si no el sentimiento del tiempo que huye, de la lámpara que se consume, del cuerpo que se marchita, de las infinitas cosas que se corrompen y perecen.

—¡Amiga mía, amiga mía!—dijo Stelio de improviso volviéndose y cogiéndole una mano, con una emoción que le había ascendido poco á poco hasta la garganta y lo sofocaba—¿para qué hemos venido á estos lugares? Parecían tan dulces, y están llenos de desolación.

La miraba con aquella mirada que de vez en cuando le aparecía en los ojos de súbito como un llanto, con aquella mirada que alcanzaba al secreto mismo de la conciencia ajena y descendía á la ínfima obscuridad de la inconsciencia, profunda como la de un viejo, profunda como la de un niño. Y ella se estremecía, como si su alma fuese una lágrima de aquellos ojos.

—¿Sufres?—le preguntó con una piedad angustio-

sa que hizo palidecer á la mujer.—¿Sientes esa desolación?

Miró la Foscarina á su alrededor con el ansia de quien es perseguido, y creyó ver surgir de los campos mil fantasmas funestos.

—¡Aquellas estatuas!—dijo Stelio con un acento que las transformó á los ojos de ella en testimonios de la propia ruina.

Y la campiña se extendía ante ellos silenciosa, como si los habitantes la hubiesen abandonado desde siglos y durmiesen todos acurrucados en las fosas de ayer.

—¿Quieres que retrocedamos? El barquito está aun allí.

Parecía que ella no oyese.

—¡Contesta, Foscarina!

—Vamos, vamos—contestó.—A donde quiera que se vaya, la suerte no cambia.

Su cuerpo correspondía al movimiento de las ruedas, al lento rodar; y temía interrumpirlo, se violentaba por el mas leve esfuerzo, por la menor fatiga, vencido por una inercia grave. Su rostro era como esas delicadas capas de cenizas que se forman alrededor de los carbones encendidos y ocultan la consunción.

—Cara, cara alma—le dijo el amado inclinándose hacia ella y rozándole las mejillas pálidas con sus labios—estréchate conmigo, abandónate, segura. Yo no te faltaré, y tú no me faltarás. Encontraremos, encontraremos la verdad secreta, sobre la cual nuestro amor podrá reposar para siempre, inmutable. No te cierres á mí, no sufras sola, no me

ocultes tu tormento! Háblame, cuando el corazón se te llene de pena. Déjame esperar que yo podré consolarte. Nada quede callado entre nosotros, y nada quede oculto. Me atrevo á recordarte lo que tú misma has propuesto. Háblame y te contestaré sin mentir nunca. Déjame que te ayude, ya que de tí me viene tanto bien. Dime que no temes sufrir... Creo á tu alma capaz de soportar todo el dolor del mundo. Haz que no pierda la fe en esa tu fuerza de pasión, por la cual me has parecido divina mas de una vez. Dime que no temes sufrir... No sé; tal vez me equivoco... Pero he sentido una sombra, como una voluntad desesperada de alejarte, de substraerte, de encontrar un término... ¿Por qué? ¿Por qué?... Y antes, mientras miraba esta terrible desolación que nos sonríe, un gran espanto me ha oprimido el corazón de improviso, porque he pensado que hasta tu amor podría cambiar como todo, pasar, disolverse. «Me perderás». ¡Ah! ¡Esta palabra es tuya Foscarina, y salida de tus labios!

Ella no contestaba. Y por primera vez desde que lo amaba, las palabras de él le parecieron vanas, inútiles sonidos que sacudían el aire y no tenían ningún poder. Por primera vez, él mismo, le pareció una débil y ansiosa criatura encorvada bajo el peso de las leyes infrangibles. Tuvo piedad de él, como de sí.

Tambièn él le proponía el pacto de ser heroica, el pacto del dolor y de la violencia. Mientras trataba de consolarla y de aliviarla, le predecía fuertes pruebas, la preparaba para el suplicio. ¿Pero de que servía el valor? ¿de qué servía el esfuerzo? ¿qué significaban las miseras agitaciones humanas?

¿Y por qué pensaban en el porvenir, en el mañana incierto? El pasado reinaba solo alrededor, y nada eran ellos, y todo era nada. «Somos moribundos; tú y yo somos dos moribundos.»

—¡Calla!—dijo con un débil suspiro, como si fuese por un sepulcro; y le apareció á flor de labios una sonrisa tenuísima, igual á aquella que se hallaba difundida por la campiña, y persistió, permaneció inmóvil, como en los labios de un retrato.

Las ruedas corrían, corrían por la blanca carretera, á lo largo de los diques de la Brenta. El río magnífico y glorioso en los sonetos de los abates galantes, cuando por su corriente descendían los pontones llenos de músicas y de placeres, tenía ahora el aspecto humilde de un canal, donde se bañaban los ánades verdeazules en tropel. Por la llanura baja y regadía, los campos humeaban, las plantas se despojaban, el follaje se podría entre la humedad de la tierra. El lento vapor de oro fluctuaba en una inmensa descomposición vegetal que parecía influir hasta en las piedras, las paredes, las casas, y deshacerlas como á las frondas. De la Foscara á la Barbariga, las quintas patricias—donde la vida de las venas pálidas, envenenada delicadamente por los afeites y los perfumes, se había extinguido en lánguidos juegos sobre un lunar, al lado de un perrito y detrás de un *bombé*—se disgregaban en el abandono y en el silencio. Algunas tenían el aspecto de las ruínas humanas, con sus aperturas vacuas que se parecían á las órbitas ciegas, á las bocas sin dientes. Otras, á primera vista parecían á punto de reducirse en fragmentos y á polvo, como

las cabelleras de las difuntas cuando se destapan las tumbas, como los vestidos viejos roídos por la polilla cuando se abren los armarios, cerrados por largo tiempo. Las paredes del cerco se habían derrocado, rotos los pilares, retorcido las cancelas, invadidos por las ortigas, los jardines.

Pero aquí y allá, de cerca y de lejos, por todas partes, en los frutales, en los vidueños, en medio de los pastos, sobre los montones de estiércol y de orujo, bajo los pajares, al umbral de los tugurios, por todas partes en la campiña ribereña, se alzaban estatuas supervivientes. Eran innumerables, formaban un pueblo disperso, blancas aun, ó grises, ó amarillas de líquenes, ó verdosas de musgos, ó manchadas, y en todas las actitudes, y con todos los gestos, Dioses, Héroes, Ninfas, Estaciones, Horas, con arcos, con saetas, con guirnaldas, con cornucopias, con antorchas, con todos los emblemas del poder, de la riqueza, de la voluptuosidad, destruidas de las fuentes, de las grutas, de los laberintos, de los emparrados, de los pórticos, amigas del boj, y del mirto siempre verdes, protectoras de los amores fugitivos, testigos de los juramentos eternos, figuras de un sueño mucho mas antiguo que las manos que las habían formado, y que los ojos que las habían mirado en los jardines destruidos. Y en el dulce sol de aquel tardío verano de los muertos, sus sombras, que se prolongaban á poco á poco por la campiña, eran como las sombras del Pasado irrevocable, de lo que no ama, que no ríe, que no llora ya, que no revivirá más, que no volverá nunca. Y la palabra muda en sus labios de

piedra era la misma que decía la inmóvil sonrisa en los de la mujer consumida:

—NADA.

Pero ellos conocieron aquel día otras sombras, otros temores.

El sentimiento trágico de la vida dominaba al presente á entrambos; y en vano intentaban vencer aquella corporal tristeza, en la cual los espíritus se hacían de momento en momento más lúcidos y más inquietos. Tenían las manos cogidas como si caminasen en la obscuridad y por lugares peligrosos. Hablaban muy poco, pero de vez en cuando se miraban en las pupilas, y una mirada vertía en la otra una onda confusa qué no era sino el horror y el amor desbordantes. Pero sus corazones no se aliviaban.

—¡Seguimos adelante!

—Sí, vamos.

Se tenían por la mano estrechamente, como si se dirigiesen á una extraña experiencia, resueltos á probar hasta qué profundidad pudiesen llegar las fuerzas de sus melancolías mezcladas. En el Dolo las ruedas hicieron crujir las hojas de los castaños que recubrían el camino, y los grandes árboles

transcoloridos llamearon sobre sus cabezas, como cortinajes de púrpura que se incendiasen. Más lejos, la Villa Barbariga apareció sóla y desolada en medio de su jardín desnudo, rojiza, con las huellas de la antigua pintura entre las grietas de la fachada, como los restos de los polvos entre las arrugas de una vieja galante. Y las lejanías de la campiña, á cada mirada se atenuaban y se azulaban más, como las cosas que se sumergen.

—Ahí está Strá.

Bajaron delante de la villa de los Pissani; entraron; acompañados por el guardián visitaron los departamentos desiertos. Oyeron el sonido de sus pasos sobre el mármol que los reflejaba; el eco en las bóvedas historiadas, el gemido de las puertas que se abrían y cerraban, la voz tediosa que despertaba los recuerdos. Las estancias eran vastas, tapizadas de telas desvanecidas, adornadas al estilo del Imperio, con los emblemas napoleónicos. En una, las paredes estaban cubiertas con los retratos de los Pissani, procuradores de San Márkos; en otra, con los medallones marmóreos de todos los Dux; en otra, por una serie de flores pintadas á la acuarela y colocadas en delicadas cornisas, pálidas como aquellas flores secas que se ponen en los cristales, en recuerdo de un amor, ó de una muerte. En otra, la Foscarina al entrar dijo:

—¡Con el tiempo! También aquí.

Sobre una mesa había una reducción en mármol de la figura de Francisco Tórbido, que hacía más horrible el relieve, el sutil estudio del estatuario al querer distinguir una á una con el escalpelo, las

arrugas, las cuerdas, los hoyos. Y en el umbral de la habitación aparecieron los fantasmas de las mujeres coronadas que habían ocultado su desventura y su aniquilamiento en aquella morada amplia, como un palacio real y como un monasterio.

—María Luísa de Parma, en 1817,—proseguía la voz cansada.

Y Stelio:

—¡Ah, la reina de España, la mujer de Carlos IV, la amante de Manuel Godoy! Esta, entre todas me atrae. Pasó por aquí en el tiempo del destierro. ¿Sabéis si permaneció aquí con el rey y con el favorito?

El guardián sabía únicamente aquel nombre y aquella fecha.

—¿Por qué os atrae?—preguntó la Foscarina.—No sé nada de ella.

—Su fin, los últimos años de su vida, después de tanta pasión y tantas luchas, son de una poesía insólita.

Y le representó aquella figura violenta y tenaz, el rey débil y crédulo, el bellissimo aventurero que había gozado el lecho de la reina y había sido arrastrado por la turba furibunda, las agitaciones de aquellas tres vidas, ligadas por la suerte y arrojadas por la voluntad de Napoleón como pajas en un torbellino: el tumulto de Aranjuez, la abdicación, el destierro.

—Aquel Godoy, el Príncipe de la Paz, como le nombró el rey, siguió á los soberanos fielmente en el destierro: fué fiel á su amante real, y ella á él. Y vivieron siempre juntos, bajo el mismo techo, y

Carlos jamás sospechó de la virtud de María Luísa, y cubrió con su benignidad igual á los dos amantes. Imagináos su paso por este lugar, imagináos un semejante amor, salvándose de tan terrible huracán. Todo había sido destrozado, derribado, reducido á polvo bajo la fuerza del destructor. ¡Pero el paso de Bonaparte, no pudo sofocar bajo las ruínas aquel encanecido amor! Tanto me conmueve la fidelidad de los dos violentos, como la credulidad del rey bondadoso. ¡Pensad! Primero murió la reina, después el rey; y el favorito, que era más joven que ellos, vivió todavía algunos años errante...

—¡Esta es la habitación del Emperador!—dijo el guardián solemnemente, abriendo una puerta.

La gran sombra parecía omnipresente en la villa del dux Alvise. Las águilas imperiales, el signo de su poder, dominaban en lo alto sobre todas aquellas pálidas reliquias. Pero en la estancia amarilla, la gran sombra, ocupó el vasto lecho, se acostó bajo el dosel, entre las cuatro columnas rematadas por las llamas de oro. La cifra formidable dentro de la corona de laurel, resplandecía sobre la cabecera. Y aquella especie de tálamo fúnebre se prolongaba en el espejo empañado, entre dos Victorias, que sostenían los candelabros.

—¿En esta cama ha dormido el Emperador?—preguntó el joven al guardián que le enseñaba, en la pared, la figura del condottiero con un manto de armiño, laureado, y con cetro, ridículamente como en la consagración bendecida por Pío VIII.—¿Es cierto?

Le sorprendía no haber experimentado aquella

turbación, que dan á los corazones ambiciosos, los vestigios del héroe, la enérgica palpitación que él conocía tan bien. Tal vez le embotaban el espíritu el olor húmedo del lugar cerrado, de las viejas telas y de los colchones, la gravedad del silencio, en el que el gran nombre no daba ninguna resonancia, mientras el estridir de una carcoma persistía tan distinto, que parecía tenerle dentro del oído.

Levantó un extremo de la colcha amarilla y lo dejó caer rápidamente, como si la almohada, de bajo, estuviera llena de gusanos.

—¡Vámonos, salgamos!—suplicó la Foscarina, que había estado mirando por los cristales de la ventana, el parque, donde el sol oblicuo alternaba sus franjas rojas con las zonas glaucas de la sombra.— No se respira aquí.

Con efecto, faltaba el aire como en una cripta.

—Ahora se pasa á la habitación de Maximiliano de Austria,—continuó la voz tediosa;—el cual había puesto su cama en el gabinete de Amalia Beauharnais.

Atravesaron la estancia entre reflejos rojos. El sol daba en un canapé carmesí, producía el iris en un esbelto lampadorio con gotas de cristal, pendiente de la bóveda, encendía las aristas rosas perpendiculares en la pared.

Stelio se detuvo en el umbral, volvióse atrás, evocó en aquella sangre resplandeciente, la figura pensativa del joven archiduque, de los ojos cerúleos, la hermosa flor de Asburgo, caída en tierra bárbara una mañana de estío.

—¡Vamos!—suplicó de nuevo la Foscarina, que lo vió detenerse.

Huía ella á través de la sala inmensa historiada por el Tiepolo, mientras detrás el bronce corintio de la cancela al cerrarse, producía un sonido claro, como un tañido que se propagaba por la concavidad, en prolongadas vibraciones. Huía atemorizada, como si todo estuviese á punto de derribarse sobre ella, y la luz fuese á faltar, y temiese encontrarse sólo en las tinieblas, con aquellos fantasmas de desventura y de muerte.

Caminando en el aire movido por aquella fuga, entre aquellas paredes cuajadas de reliquias y de sombras, detrás de la actriz famosa que en todas las escenas del mundo había simulado el furor de las pasiones mortales, los esfuerzos desesperados de la voluntad y del deseo, el contraste violento de los destinos soberbios, Stelio Effrena, perdía el calor de sus venas, como si caminase por un viento frío, sentía su corazón helarse, su valor debilitarse, su razón de vivir perder toda fuerza, sus lazos con los seres y con las cosas aflojarse, vacilar y desvanecerse las ilusiones magníficas, que había dado á su alma para incitarla á sobrepujarse á sí mismo y á su destino.

—¿Estamos vivos aún?—dijo cuando se hallaron al aire libre, en el parque, lejos del olor tétrico.

Y cogió la mano de la mujer, la sacudió un poco, la miró al fondo de los ojos, probó de sonreír; después la condujo hacia el sol, hacia la hierba del prado.

—¡Qué tibia! ¿Sientes? ¡Qué buena es la hierba!

Cerró los ojos para recibir los rayos sobre los párpados, dominado de súbito por la voluptuosidad de vivir.

Imitóle ella, seducida por el placer de su amigo, y por entre las pestañas le miraba la boca fresca y sensual.

Permanecieron así algunos instantes, bajo la caricia del sol, con los pies en la hierba, con las manos en las manos, sintiendo el silencio palpar en sus venas, como los arroyuelos que se hacen más rápidos, cuando el hielo se derrite en la primavera.

Volvió á pensar ella en los Collados Euganeos, las quintas rosadas como las conchas fósiles, las primeras gotas de la lluvia sobre las flores nuevas, la fuente del Petrarca, todas las cosas renovables.

—¡La vida podría aún ser dulce!—suspiró con una voz, que fué el milagro de la esperanza á punto de renacer.

El corazón del amado fué como una fruta que de improviso, un rayo milagroso madura y funde. La bondad y la delicia se le esparcieron en el alma y en la carne. Una vez más gozó del instante, como el que está á punto de partir.

El amor fué exaltado sobre el destino.

—¿Me amas? ¡Dí!

La mujer no contestó; pero abrió desmesuradamente los ojos, y recogió en el círculo de su iris la inmensidad del Universo. Jamás el amor sin límites fué representado con un signo más poderoso por una criatura terrestre.

—¡Dulce, dulce, la vida contigo, para tí, ayer como mañana!

Parecía ébrio de ella, del sol, de la hierba, del cielo divino, como de cosas nunca vistas, jamás poseídas.

El prisionero que sale al alba de la cárcel sofocante, el convaleciente que mira el mar después de haber mirado la muerte, no están tan ébrios, como él lo estaba.

—¿Quieres que partamos? ¿Quieres que dejemos detrás de nosotros la melancolía? ¿Quieres que vayamos á los países que no tienen otoño?

«¡Está en mí el otoño, y á cualquier parte lo llevaré conmigo!» pensó la actriz; pero sonreía con su tenue sonrisa ocultadora. «¡Yo, yo partiré, desapareceré, me iré á morir muy lejos, amor, amor mío!»

No había conseguido vencer la tristeza, ni renovar la esperanza en aquel reposo; pero su pena se había suavizado, había perdido toda acritud, todo rencor.

—¿Quieres que partamos?

«Partir, partir siempre, ir vagando por el mundo, ir muy lejos!» pensaba la mujer nómada. «Nunca reposo, nunca descanso. El ansia de la carrera no está aplacada; y he aquí que ya espira la tregua. Tu quisieras consolarme amigo dulce; y para consolarme me propones ir lejos, una vez más, cuando ayer he vuelto á mi casa!»

De súbito sus ojos se llenaron de agua destilante.

—¡Déjame en mi casa todavía un poco! Y permanece tu si puedes. Después serás libre, serás fe-

liz... ¡Tienes tanto tiempo delante de tí! Eres joven. Poseerás lo que te es debido. Quien te espera, no te pierde.

Los ojos estaban empañados por dos cristales de lágrimas que brillaban al sol, en aquel rostro febril.

—¡Ah, siempre la misma sombra!—exclamó Stelio condoliéndose, con una impaciencia que no consiguió dominar.—¿Pero qué piensas? ¿Qué temes? ¿Por qué no me hablas de lo que te causa pena? Hablemos. ¿Quién me espera?

Tembló espantada al oír aquella interrogación que le pareció imprevista y nueva, aunque fuera una repetición de sus últimas palabras.

Tembló al hallarse tan próxima al peligro, como si caminando sobre aquella hierba, se le abriese un precipicio bajo los pies.

—¿Quién me espera?

Y en un momento, allí, en aquel lugar extraño, en aquel hermoso prado, al fin del día, después de tantas apariciones de espectros sangrientos y exangües, surgía una forma viva de voluntad y de deseo, que la llenaba de terror violento. Y he aquí que de repente sobre todas aquellas figuras del pasado, se alzaba una figura de porvenir; y la apariencia de la vida se transmutaba nuevamente, y el bien de aquel reposo breve, estaba ya perdido, y aquella bondadosa hierba bajo el pie, no servía ya.

—Sí, hablaremos, si queréis.... Pero no ahora...

La garganta apretada dejaba apenas pasar la voz; tenía el rostro un poco levantado para que las pestañas pudiesen refrenar el llanto.

—¡No estés triste! ¡No estés triste!—suplicó el joven, con el alma suspendida en aquellos ojos, como aquellas lágrimas que no caían.— Tú tienes mi corazón en tu mano. Yo no te faltaré. ¡No te atormentes! Soy tuyo.

También para él Donatella estaba allí, alta, con las caderas poderosas, con el cuerpo ágil y robusto de una Victoria sin alas, completamente armada de su virginidad, atrayente y hostil, pronta á combatir y á entregarse. Pero su alma se hallaba suspendida en los ojos de la otra, como aquellas lágrimas que velaban las pupilas, donde él había visto la inmensidad del amor.

—¡Foscarina!

Al fin las gotas cálidas se vertieron; pero no las dejó correr por las mejillas. Con uno de aquellos ademanes que brotaban de su dolor, con la gracia imprevista de un ala que se libere, las detuvo, se mojó los dedos, esparció la humedad por las sienes, sin secarla. Y mientras dejaba así, sobre sí misma su llanto, quiso sonreír.

—Perdonadme Stelio, si soy tan débil.

Extraviadamente entonces amó él, los signos delicados que partían del ángulo de los ojos hacia aquellas sienes humedecidas, y las pequeñas venas oscuras que hacían los párpados semejantes á las violetas, y la ondulación de las mejillas, y el mentón atenuado, y todo aquello que parecía tocado del mal de otoño, toda la sombra en el apasionado rostro.

—¡Ah caros dedos, bellos como los dedos de Sofía! ¡Deja que te los bese así, bañados aun!

La arrastraba con su caricia por el prado, por una zona de oro verde. Ligero, teniendo su brazo bajo el de ella, le besaba una á una las falanges, más finas que las tuberosas aun no abiertas. Estremeciase ella; y el sentía los estremecimientos á cada contacto de sus labios.

—Saben á sal.

—No, Stelio. Puede ver alguien.

—No hay nadie.

—Allá, en los invernaderos.

—No se oye ni una voz. Escucha.

—Estraño silencio. ¡El éxtasis!

—Se oye caer una hoja.

—¿Y aquel guardia?

—Habrá ido á acompañar á otro visitante.

—¿Quién viene aquí?

—Sé que el otro día vino Ricardo Wagner, con Daniela von Bülovv.

—Ah, la sobrina de la condesa d'Agoult, de Daniel Stern.

—¿Con quién habló, de aquellos fantasmas, el gran corazón enfermo?

—¡Quien sabe!

—Tan solo, acaso, consigo mismo.

—Quizás.

—Mira los cristales del invernadero como brillan. Parecen irisados. La lluvia, el sol, y el tiempo, los han pintado así. ¿No parece que se refleje un crepúsculo lejano? ¿Te has detenido alguna vez en la Fundamenta Pesaro, á mirar la hermosa pentáfora de los Evangelistas? Si levantas los ojos, se

ven las vidrieras del palacio pintadas por la intemperie, admirablemente.

—Tú sabes todos los secretos de Venecia.

—No todos aun.

—¡Qué calor hace aquí! Mira que grandes son aquellos cedros. Hay un nido de golondrinas, allí, junto á la traba.

—Han partido tarde las golondrinas este año.

—¿Me llevarás de veras esta primavera á los Collados Euganeos?

—Sí, Fosca, quisiera.

—¡Qué lejos está la primavera!

—La vida puede aun ser dulce.

—Se sueña.

—Orfeo, con su lira, vestido de líquenes.

—¡Ah, que camino de sueños! Nadie pasa ya. Hierba, hierba... No hay una huella.

—Deucalion con las piedras, Ganimedes con el águila, Diana con el ciervo, toda la mitología.

—¡Cuántas estatuas! Pero estas siquiera no están abandonadas. Los viejos hojaranzos las cubren aun.

—Por aquí paseaba María Luisa de Parma, entre el rey y el favorito. Se detenía de vez en cuando para oír el rumor de las tijeras que cortaban los hojaranzos en forma de arcos. Dejaba caer el pañuelo perfumado de jazmin y don Manuel Godoy lo recogía con un movimiento aun esbelto, disimulando el dolor que le producía en la cadera el inclinarse: recuerdo del dolor padecido por los caminos de Aranjuez en dominio de la canalla. Como el sol era tibio, y excelente el tabaco en la caja de esmalte, el rey sin corona decía sonriendo:

«Seguramente nuestro querido Bonaparte, no está tan bien en Santa Elena.» Pero el demonio del poder y de la pasión se despertaba en el corazón de la reina... ¡Mira las rosas encarnadas!

—Arden. Parece que tengan en la corola un carbón encendido. Arden verdaderamente.

—El sol se cubre de púrpura. Esta es la hora de las velas de Chioggia en la laguna.

—Cójeme una rosa.

—Tómala.

—¡Se deshoja!

—Aquí tienes otra.

—¡Se deshoja!

—Están todas á punto de morir. Mira, esta quizás no.

—¡No la cojas!

—Mira. Se hacen cada vez más rojas. El terciopelo de Bonifacio..... ¿Te acuerdas? La misma fuerza.

—«La flor interna del fuego».

—¡Qué memoria!

—¿Oyes? Cierran las puertas del invernadero.

—Es la hora de disponerse á salir.

—El aire ya empieza á refrescar.

—¿Tienes frío?

—No, aun no.

—¿Has dejado la manteleta en el carruaje?

—Sí.

—Esperaremos en el Dolo el paso del tren. Volveremos á Venecia en el ferrocarril.

—Sí.

—Tenemos aun tiempo.

—¡Qué es eso! Mira.

—No sé...

—¡Qué olor tan amargo! Un bosquecillo de bojés y de hojaranzos...

Una cancela de hierro herrumbroso lo cerraba, entre dos pilares que sostenían dos Amores, cabalgando en delfines de piedra. No se descubría al otro lado de la cancela más que el principio de un trámite y una especie de selva intrincada y dura, una apariencia misteriosa y espesa. En el centro del laberinto se alzaba una torre, y en lo alto de la torre, la estatua de un guerrero parecía que estuviese allí como un centinela.

—¿Has entrado alguna vez, en un laberinto?— preguntó Stelio á su amiga.

—Nunca,—contestó ella.

Se detuvieron á mirar aquel juego falaz combinado por un jardinero ingenioso, para el placer de las damas y de los galanteadores, en el tiempo de los tacones y de los guardainfantes. Pero el abandono y los años lo habían selvaticado y entristecido; le habían quitado todo aspecto de lindeza y de simetría; lo habían cambiado en una cerrada mancha entre obscura y amarillenta, llena de obstáculos inestricables, donde los rayos oblicuos del ocaso se coloreaban de tal modo, que los céspedes aquí y allá parecían hogueras que ardiesen sin humo.

—Está abierto,—dijo Stelio al notar que la puerta cedía al apoyarse.—¡Ves!

Empujó el hierro ruinoso que estridió sobre los goznes mal ajustados; después dió un paso pasando el umbral.

—¿Qué haces?—díjole su compañera, con un temor instintivo, alargando la mano para detenerlo.

—¿No quieres que entremos?

La actriz estaba perpleja. Pero el laberinto la atraía con su misterio, iluminado por aquella llama profunda.

—¿Y si nos perdemos?

—Mira, es pequeño. Encontraremos con facilidad la salida.

—Y si no la encontramos.

Rióse Stelio de aquel miedo pueril.

—Permaneceremos girando eternamente.

—No hay nadie por aquí. No, no, vámonos.

Trató de disuadirlo; pero él se defendió, retrocedió hasta el sendero, y desapareció súbitamente riendo.

—¡Stelio! ¡Stelio!

No lo veía ya, pero oía la risa sonar en las revueltas silvestres.

—¡Retrocede! ¡Vuelve!

—Ven tú á buscarme.

—¡Stelio, vuelve atrás! Te perderás.

—Encontraré á Arianna.

Sintió la Foscarina que su corazón le dió un salto en el pecho al oír aquel nombre, que después se le oprimía, sufriendo un pasmo confuso. ¿No había llamado de ese mismo modo á Donatella, la primera noche? ¿No la había llamado Arianna, sobre el agua, sentado junto á las rodillas de ella? Se acordaba hasta de las mismas palabras: «Arianna tiene un don divino, por el cual su poder pasa todo lími-

te...» Se acordaba del acento, de la actitud, de la mirada de él.

Una angustia tumultuosa la agitó, la ofuscó la razón, la impidió reflexionar la espontaneidad de la casualidad, de reconocer la inconsciencia de su amigo. El terror que se escondía en el fondo de su amor desesperado, surgió, se enseñoreó de ella, la cegó míseramente. El pequeño hecho trivial revisitó un aspecto de crueldad y de burla. Oía aún resonar aquella risa entre las revueltas silvestres.

—¡Stelio!

Gritó como si lo viese enlazado por la otra, arrancado para siempre de sus brazos, en una alucinación frenética.

—¡Stelio!

—¡Búscame!—le contestó él riendo y oculto.

Lanzóse ella en el laberinto para encontrarle; fué derecha hacia la voz y la risa; arrastrada por el ímpetu. Pero el sendero se torció; una pared de boj presentósele delante, deteniéndola, impenetrable. Siguió la tortuosidad engañosa, y una revuelta sucedía á la otra, y todas eran iguales, y el círculo parecía no tener fin.

—¡Búscame!—repitió la voz de lejos, á través de los setos vivos.

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Me ves?

Buscó las rendijas para dirigir la mirada. No descubría más que la trama espesa de las ramas, y el rojo de la tarde que las iluminaba á todas por una parte, mientras que la sombra por la otra las oscurecía. Los bojes y los ojaranzos estaban mezclados, las hojas siempre verdes se confundían con las

moribundas, las más oscuras con las más pálidas, en un contraste de vigor y de languidez, en una ambigüedad que aumentaba el extravío de la mujer ansiosa.

—Me pierdo. ¡Salme al encuentro!

De nuevo la risa juvenil resonó en la espesura.

—¡Arianna, Arianna, el hilo!

Ahora la voz venía de la parte opuesta, la hería por las espaldas como un estoque.

—¡Arianna!

Volvióse, corrió, giró, probó de penetrar la pared, ensanchó el follaje, rompió una rama. No veía nada más que el laberinto múltiple é igual. Oyó por último un paso tan cerca, que creyó que lo tenía detrás, y se estremeció. Pero se engañaba. Exploró una vez más la ramosa cárcel arborea que la aprisionaba, escuchó, esperó; oyó su propio aliento y el latido del pulso. El silencio se había hecho mayor. Miró al cielo que se cerraba inmenso y puro sobre las dos paredes ramosas entre las que se hallaba encarcelada. Parecía que no existiese en el mundo más que aquella inmensidad y aquella angustia. Y no conseguía separar con su pensamiento, la realidad del lugar de la imagen de su suplicio interior, el aspecto natural de las cosas, de aquella especie de viviente alegoría, creada por su propia angustia.

—¿Stelio, dónde estás?

No obtuvo contestación. Escuchó. Esperó en vano.

Los momentos parecían horas.

—¿Dónde estás? Tengo miedo.

No obtuvo contestación. ¿Pero donde había ido él? ¿Acaso había encontrado la salida? ¿La había dejado allí sola? ¿Quería continuar aquel juego cruel?

Un deseo furioso de chillar, de sollozar, de echarse al suelo, de hacerse daño, de morir, asaltó á la insensata. De nuevo elevó los ojos hacia el cielo silencioso. Las sumidades de los grandes setos se coloreaban, como los sarmientos cuando no dan ya llama y están para convertirse en cenizas.

—Te veo, —dijo de improviso la voz riente, muy próxima.

—¿Dónde estás?

Continuó riendo el joven, entre las hojas, sin aparecer, como un fauno espiando. El juego lo excitaba: todos sus miembros se enardecían desenvolviéndose en el ejercicio de la destreza; y el misterio frondoso, el contacto del suelo, el olor del otoño, la singularidad de la aventura imprevista, el terror de la mujer, la misma presencia de las deidades de piedra, mecían su placer corpóreo en una ilusión de antigua poesía.

—¿Dónde estás? ¡No juegues más! ¡No rías así! ¡Basta!

A gatas se había insinuado en el césped, con la cabeza descubierta. Sentía bajo las rodillas las hojas marchitas, el musgo suave. Y como respiraba en las ramas y palpitaba en ellas, y tenía todos los sentidos empleados en aquel placer, la comunión de su vida con la vida arbórea se hizo más estrecha, y el encanto de su imaginación renovó en

aquella conjunción de vidas dobles, la industria del primer constructor alado, el mito del monstruo nacido de Parsifae y del Toro, la fábula ática de Teseo en Creta. Todo aquel nudo se hizo real para él. Bajo la tarde purpúrea de otoño se transfiguraba, según los instintos de su sangre y los recuerdos de su inteligencia, en una de aquellas formas inciertas entre bestiales y divinas, en uno de aquellos genios agrestes, la garganta de los cuales estaba hinchada por las mismas glándulas que penden del cuello de las cabras.

Una salacidad alegre le sugería actos y gestos extraños, sorpresas, insidias; le representaba el goce de una persecución, de un derribamiento, de una conmoción rápida sobre el musgo ó contra el boj silvestre. Deseó entonces una criatura que le apareciese, un pecho fresco al cual pudiese comunicar su risa, dos piernas veloces, dos brazos prontos á la lucha, una presa que gimiese, una virginidad que forzar, una violencia que realizar. Donatella, de las caderas potentes, le reapareció.

—¡Basta! No puedo más, Stelio.... Me dejo caer por tierra.

La Foscarina echó un grito al sentir que una mano que pasaba al través del seto le tiraba de la punta del vestido. Se inclinó, entrevió en la sombra entre las ramas la cara del fauno riente. Aquella risa le relampagueó en el alma sin moverla, sin romper la pena horrible que la agobiaba. Sufrió con mayor agudeza ante el contraste entre aquella alegría y su tristeza, entre aquel placer siempre renovado y su perpetua inquietud, entre aquel olvido

ligero y la pesadumbre de su preocupación. Con más lucidez conoció su error y la crueldad de la vida que ponía allí, en el lugar donde ella padecía, la figura de la otra. Al inclinarse, como descubriera la cara juvenil, descubrió con más facilidad también la de la cantatriz que se inclinaba con ella imitando su actitud, como la sombra repite un movimiento en las paredes iluminadas. Todo se confundió en su espíritu, y su pensamiento no logró poner un intervalo entre la realidad y aquella imagen.

La otra se sobreponía á ella, la oprimía, la suplantaba.

—¡Déjame! ¡Déjame! No soy la que buscas...

La voz estaba tan cambiada que Stelio interrumpió su risa, su juego; retiró el brazo; se puso en pie.

Ella no le vió. La muralla ramosa se hallaba entre los dos, impenetrable.

—¡Llévame fuera! No me puedo tener, no tengo fuerzas... Sufro.

El joven no encontraba palabras para calmarla, para confortarla. La simultaneidad de su reciente deseo y de aquella súbita adivinación, le había llegado muy dentro.

—Espera, espera un poco. Trataré de encontrar la salida. Llamaré á alguien...

—¿Te vas?

—No tengas miedo, no tengas miedo. No hay ningún peligro.

Y mientras hablaba de este modo para tranquilizarla sentía la trivialidad de lo que decía, el re-

cuerdo entre aquella aventura risible y la emoción obscura que surgía de otra causa bien distinta. Y ahora también sentía él, en sí mismo, la extraña ambigüedad en virtud de la cual el insignificante acontecimiento aparecía con dos aspectos confusos, persistiendo bajo la solicitud su deseo de reír, tanto que aquel sufrimiento le era nuevo, como ciertos afanes que nacen de la extravagancia de los sueños.

—¡No te vayas!—suplicaba ella dominada por su alucinación.—Tal vez á la revuelta nos encontraremos. Probemos. Tómame la mano.

Por una rendija él le cogió la mano y se estremeció al tocarla, tan fría estaba.

—¡Foscarina! ¿Qué tienes? ¿Te sientes mal de veras? Espera. Trataré de romper el seto.

Forzó la espesura, rompió algunas ramas, pero la pared resistía, fortísima. Se hirió inútilmente.

—No es posible.

—Gritó, llama á alguien.

Grito Stelio en el silencio. Lo sumidades de los altos setos, se habían apagado, pero en el cielo superior se extendía un rojo semejante á una reverberación de bosques incendiados en el horizonte. Una bandada de ánades silvestres pasaba ordenada en triángulo, negra, tendidas las negras colas.

—¡Déjame ir! Encontraré la torre fácilmente. Desde la torre llamaré. Se oirán los gritos.

—No, no.

Le oyó alejarse, siguió el rumor de los pasos, volvió á dominarla la angustia, se encontró sola y perdida. Escuchó. Miró al cielo; vió la bandada trian-

gular desaparecer en la lejanía. Perdió la noción del tiempo. Los instantes le parecieron horas.

—¡Stelio! ¡Stelio!

No era ya capaz de otros esfuerzos para dominar el desorden de sus nervios exasperados. Sentía venir el acceso extremo de la manía, como se siente el torbellino que se aproxima.

—¡Stelio!

Oía este la voz de angustia y se afanaba en la busca, por las calles retorcidas, que ora le aproximaban, ora le separaban de la torre. La risa se le había helado en el corazón. Toda el alma se le estremecía en lo más profundo de las raíces, cuando le llegaba al oído su nombre proferido en la invisible agonía. Y la disminución gradual de la luz le daba imagen de sangre que corre, de vida que se acaba.

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!

Por uno de los caminos desembocó finalmente en el espacio donde se alzaba la torre. Subió velozmente la escalera de caracol; sintió el vértigo, cuando estuvo en lo alto, cerró los ojos agarrándose á los balaustres, los volvió á abrir: vió en el horizonte una larga zona de fuego, el disco de la luna sin rayos, la llanura semejante á una laguna cenicienta, el laberinto debajo de sí, negruzco por los bojés, y manchado por los hojaranzos, angosto con sus interminables revueltas, con el aspecto de un edificio desmantelado é invadido de malezas, semejante á una ruína y á un zarzal, silvestre y lúgubre.

—¡Párate! ¡Párate! No corras así. Alguien ha oído.

Viene un hombre. Lo veo que viene. ¡Espera! ¡Párate!

Miraba como la Foscarina giraba corriendo como una loca por los senderos sin salida y engañosos, como una criatura condenada á un suplicio vano, á un afán inútil pero sempiterno, hermana de las mártires míticas.

—¡Párate!

Parecía que no le oyese, ó que no pudiese detener su agitación fatal; y que él no pudiese socorrerla, pero tuviera por fuerza que ser testigo de aquel castigo terrible.

—¡Aquí está!

Uno de los guardias había oído las voces, y se acercaba; atravesaba el umbral. Stelio lo encontró al pie de la torre. Juntos se encaminaron en busca de la extraviada. El hombre conocía el secreto del laberinto. Stelio le impidió que hablase ó refunfuñase, ganándole con su generosidad.

«¿Ha perdido el conocimiento? ¿Ha caído?» La sombra y el silencio le parecían siniestros, lo atemorizaban. Al llamarla, la Foscarina no contestó, ni se oían sus pasos. El lugar estaba obscuro y frío por la humedad que descendía del cielo violáceo. «¿La encontraré desvanecida por el suelo?»

Estremecióse de improviso el amante al ver aparecer en una revuelta la figura misteriosa, la cara pálida que atraía toda la luz del crepúsculo, resplandeciendo como una perla, los ojos dilatados y fijos, los labios apretados y rígidos.

Volvieron hacia el Dolo, tomaron el mismo camino á lo largo de la Brenta.

La Foscarina no habló, no abrió la boca, no contestó, como si no pudiese aflojar los dientes, extendida en el fondo del carruaje, cubierta con el abrigo hasta el menton, sacudida de momento en momento por escalofríos violentos como sobresaltos, bañada por una lividez semejante á la de la fiebre palúdica. Su amigo le cogía los dedos y los tenía entre los suyos para calentárselos; pero inútilmente: estaban inertes, parecían exánimes. Y las estatuas, pasaban, pasaban.

El río fluía obscuro entre sus diques, bajo el cielo de violeta y de plata, donde subía el plenilunio. Una barca negra ascendía la corriente arrastrada por dos caballos grises que caminaban por la hierba de la ribera con pasos sordos, guiados por un hombre que caminaba silbando tranquilamente; y un hornillo humeaba sobre cubierta como la chimenea del fogón sobre el techo de un tugurio, y amarilleaba un farol en la bodega, y se extendía por el aire el olor de la comida de la noche. Y aquí y allá por el campo regadío, las estatuas pasaban, pasaban.

Y como un páramo estigio, como una visión del Hades: un país de sombras, de vapores y de aguas. Todas las cosas se evaporaban y desvanecían como espíritus. La luna encantaba y atraía la llanura, como encanta y atrae el mar: bebía en el horizonte la gran humedad terrestre, con una garganta insaciable y silenciosa. Por todas partes brillaban pozos solitarios; se veían pequeños canales relucir en una lejanía indefinida, entr ehileras des auces inclinados.

La tierra parecía perder de momento en momento su solidez y liquidarse; el cielo podía mirar su melancolía reflejada por innumerables espejos quietos. Y aquí y allá, por la descolorida ribera, como los Manes de una gente desaparecida, las estatuas pasaban, pasaban.

—¿Pensáis á menudo en Donatella Arvale, Stelio?—preguntó de improviso la Foscarina, después de un largo intervalo, en el cual habían tan solo oído ambos la cadencia de sus pasos por los edificios de las cristalerías, iluminadas por el fulgor innumerable de las frágiles labores que llenaban los escaparates de las tiendas contiguas.

La voz fué realmente como un cristal que se raja. Stelio se detuvo en la actitud de quien se encuentra ante una dificultad imprevista. Su espíritu se hallaba esparcido por aquella roja y verde isla de Murano, enteramente florida de aquellas flores cual gemas, en la pobreza desconsolada donde también ella perdía la memoria del tiempo alegre en que la cantaron los poetas «lugar de ninfas y de semidioses». Pensaba en los huertos ilustres donde Andrea Navagero, el Bembo, el Aretino, Aldo, y el

docto coro competían en elegancia, en diálogos platónicos *lauri sub umbra*; pensaba en los monasterios lascivos como gineceos, habitados por monjas vestidas de camelote blanco y encajes, con la frente enguirnaldada de ricillos y con los pechos descubiertos á semejanza de las honestas meretrices, entregadas á los secretos amores, muy buscadas de los patricios licenciosos, llevando nombres dulces como Ancilla Soranzo, Cipriana Morosini, Zanetta Balbi, Beatriz Falier, Eugenia Muschiera, pías maestras de lascivias. Les acompañaba el sueño ondulante, un aire que él había oído, en el museo, gemir lentamente, á gotas sonoras por un pequeño aparato, que la vuelta de una llave hacía mover disimuladamente bajo un jardín de cristal, donde amantes adornados con margaritas, bailaban alrededor de una fuentequilla de calcedonia. Era una melodía indistinta, un olvidado aire de danza, al cual faltaban algunas notas, enmudecidas por los desperfectos y por el polvo, pero no obstante tan expresiva que no podía apartarla de su oído. Y todo alrededor tenía para él ahora la fragilidad y la melancolía remota de aquellas figuritas que danzaban al sonido más lento de una gotera. El alma tenue de Murano había hablado en aquel antiguo pasatiempo.

Ante la pregunta súbita, el aire cesó, las imaginaciones se dispersaron, desvaneciése el hechizo de la lejana vida. El espíritu errante se retrajo y se contrajo con pesar. Sintió Stelio á su lado palpitar un corazón vivo, que inevitablemente había de herir. Miró á su amiga.

Caminaba ésta á lo largo del canal, entre la ver-

dura del agua enfermiza y los reflejos de los vasos delicados, sin agitación, casi tranquila. Apenas, apenas la barbilla se estremecía, atenuada entre la orla del velo y el collar de marta.

—Sí, algunas veces,—contestó él, después de un minuto de duda, repugnando á la mentira y sintiendo la necesidad de realzar aquel amor por encima de los engaños y las pretensiones comunes, para que pudiese permanecer para él, una causa de fuerza y no de debilitamiento, un acuerdo libre y no un vínculo gravoso.

La mujer iba delante sin vacilar, pero había perdido el sentimiento de todos sus miembros por el latido terrible del corazón que se repercutía, de la nuca al talón, como una sola cuerda. No veía ya nada, pero sentía al lado la presencia del agua fascinadora.

—Su voz no se olvida—añadió después de una pausa, habiendo recogido su valor.—Es una potencia inaudita. Desde la primera noche pensé que podría ser un instrumento para mi obra. Quisiera que consintiese en cantar las partes líricas de mi tragedia, las odas que se elevan de las sinfonías para resolverse al fin en figuras de baile, entre uno y otro episodio. La Tanagra, me ha prometido bailar. Confío en vuestros buenos oficios, amiga, para obtener el consentimiento de Donatella Arvale. La Trinidad dionisiaca estaría de este modo reconstituída de una manera perfecta en el nuevo escenario, para delicia de los hombres...

Así como hablaba, descubrió que sus palabras tenían un sonido falso, que su desenvoltura contras-

taba demasiado crudamente con la sombra mortal que se extendía por la cara velada de la amante. Mal de su grado, había exagerado la franqueza al considerar á la cantante como un simple instrumento de arte, como una pura fuerza ideal que atraer al círculo de su empresa magna. Mal de su grado, turbado por el sufrimiento que tenía al lado, se había inclinado ligeramente hacia la disimulación. Seguramente era verdad lo que él decía, pero la amante le había preguntado otra verdad. Interrumpióse bruscamente, por no serle tolerable el sonido de sus palabras. Comprendió que en aquel momento entre él y la actriz, el arte no tenía ninguna influencia, ningún valor vivo. Otra fuerza más imperiosa y más turbulenta los dominaba. El mundo creado por la inteligencia era inerte como aquellas mismas piedras sobre las cuales caminaban. La sola potencia veraz y formidable era el veneno que corría por su sangre humana. La voluntad de ella, decía: «Te amo y te quiero para mí sola en cuerpo y alma». La voluntad del otro decía: «Quiero que me ames y me sirvas, pero no puedo renunciar á ninguna cosa que excite en la vida mi deseo». La lucha era desigual y atroz.

Como la mujer callaba apresurando el paso involuntariamente, dispúsose él á afrontar la otra verdad.

—Comprendo que no era eso lo que queríais saber...

—Sí, no eso. ¿Y bien?

Volvióse hacia él con una especie de violencia de pasmo, que le recordó el furor de una lejana noche y el grito loco: «¡Ve, corre! Te espera».

En aquellas construcciones tranquilas, entre aquella agua mansa y aquellos sutiles cristales, en la isla fatigada, la faz del peligro le reapareció relampagueante.

Pero un importuno se les puso delante ofreciéndose á llevarlos á las fábricas próximas.

—Entremos, entremos,—dijo la mujer siguiendo al hombre, internándose en el corredor como en un refugio, para evitar la vergüenza de la calle, la luz del día profano, sobre su perdición.

El lugar era húmedo, manchado de salitre, oliendo á sal como un antro marítimo. Pasando por un patio repleto de leña para combustible, atravesando una puerta maltrecha, llegaron al lugar del fuego, se sintieron envueltos por el hálito ígneo, se encontraron ante la gran ara incandescente que dió á sus ojos un deslumbramiento doloroso, como si de repente se hubiesen incendiado en las llamas.

«¡Desaparecer, ser devorada, no dejar huella!» rugía el corazón de la mujer ébrio de destrucción. «En un momento ese fuego podría consumirme como un sarmiento, como una paja». Y se aproximaba á las bocas abiertas por donde se descubrían las llamas fluidas, más espléndidas que el mediodía de estío, envolviendo los vasos de tierra en los que se fundía el mineral informe que los artífices trabajaban con unos tubos de hierro para formarlos con el soplo, según las reglas del arte. «¡Virtud del fuego!» pensaba el animador, substraído á la inquietud, por la milagrosa belleza del elemento, que le era familiar como un hermano desde el día en que había encontrado la melodía reveladora. «¡Ah! ¡Poder

dar á la vida de las criaturas que me aman, las formas de la perfección á que aspiro! ¡Poder fundir en el más alto fervor todas sus debilidades, y hacer una materia obediente para imprimirles los mandatos de mi voluntad heroica y las imágenes de mi poesía pura! ¿Por qué, por qué, amiga mía, no queréis ser la divina estatua móvil de mi espíritu, la obra de fe y de dolor, con lo que nuestra vida podría superar á nuestro arte? ¿Por qué nos hallamos á punto de semejar á los vulgares amantes, que se lamentan y maldicen? Yo creí que realmente vos habríais podido darme más que el amor, cuando oí de vuestros labios la palabra admirable:—«Esto puedo yo, que el amor no puede».—Es preciso poder siempre todas las cosas que el amor puede y que el amor no puede, para igualar á mi naturaleza insaciable.

Hervía el trabajo alrededor del horno. En el extremo de los soplillos el vidrio fundido se hinchaba, serpenteaba, se hacía argentino como una nubecilla, resplandecía como la luna, estallaba, se dividía en mil fragmentos sutilísimos, crepitantes, rutilantes, más delgados que los hilos que se ven por la mañana en los bosques, entre rama y rama.

Los artífices formaban las copas armoniosas, obedeciendo cada uno al operar á un ritmo suyo propio, generado de la cualidad de la materia y de la costumbre del movimiento, contraído para dominarla. Los oficiales ponían una pequeña pera de pasta ardiente en los puntos indicados por los maestros; y la pera se alargaba, se retorció, se transformaba en una espalda, en un labio, en un pico de

ave, en un tallo, en una base. Desvanecíase poco á poco el color rojo bajo el instrumento; y el cáliz naciente era expuesto de nuevo á la llama, fijo en el asta; después se le sacaba dócil, dúctil, sensible á los más tenues toques que lo ornaban, que lo afinaban, que lo hacían igual al modelo transmitido por los abuelos, ó á la invención libre del nuevo creador.

Eran extraordinariamente ágiles y ligeros los movimientos humanos en torno á aquellas elegantes creaciones del fuego, del aliento y del hierro, como los movimientos de una danza silenciosa. La figura de la Tanagra apareció al animador en la ondulación perpetua de la llama, como una salamandra. La voz de Donatella le cantó la potente melodía.

«¡También hoy, yo misma te la he dado por compañera!» pensaba la Foscarina. «¡Yo misma la he llamado entre nosotros, he evocado su figura, mientras quizás tu pensamiento iba por otras partes, te la he conducido delante de improviso, como en aquella noche de delirio.»

Era verdad, era verdad. Desde el instante en que el nombre de la cantante había resonado contra la coraza de la nave de guerra, proferido por primera vez por los labios del amigo, en la sombra producida por el costado del coloso armado sobre las aguas crepusculares, desde aquel instante había ella, inconscientemente, exaltado en el espíritu de él, la nueva imagen, la había nutrido con sus mismos celos, con su mismo miedo, la había esforzado y magnificado de día en día, hasta iluminarla al fin con

la certeza. Más de una vez, le había repetido á él, quizás olvidado:

— «¡Te espera!»—Más de una vez le había representado á su imaginación, acaso despreocupada, aquella espera lejana y misteriosa. Así como en la noche dionisiaca el incendio de Venecia, había encendido los dos rostros juveniles con un mismo reflejo, así ahora los encendía su pasión, y no ardían, sino porque ella quería que ardiesen. «Seguramente», pensaba, «ahora es poseído por la imagen y la posee. Mi misma angustia incita su deseo. Goza amándola ante mis ojos desesperados...» Y su suplicio no tenía nombre; porque veía alimentado con su propio amor aquel otro que la hacía morir, sentía su propio ardor rodearlo como de una atmósfera necesaria, fuera de la cual no hubiese podido vivir.

—Apenas formado, se pone el vaso en la cámara del horno para darle el temple,—contestaba uno de los maestros vidrieros á Stelio, que interrogaba.—Se haría en mil pedazos si fuese expuesto al aire exterior de repente.

Se descubrían, en efecto, por una apertura, reunidos en un receptáculo, que era la prolongación del horno de fundir, los vasos brillantes, aun esclavos del fuego, aun en su dominio.

—Están ahí desde hace diez horas,—decía el vidriero señalando las lindas producciones.

Después aquellas hermosas criaturas delicadas, abandonaban al padre, se apartaban de él para siempre; se enfriaban, se transformaban en gemas, vivían su nueva vida en el mundo, se sujetaban á los hombres voluptuosos, iban contra los peligros,

seguían los cambios de la luz, recibían la flor cortada, ó la bebida embriagadora.

—¿Es nuestra gran Foscarina?—preguntó en voz baja á Stelio, el hombrecillo de los ojos rojos, que reconoció á la actriz en el momento en que ella sofocada se levantaba el velo.

Temblando con una emoción ingenua, el maestro vidriero adelantó un paso hacia ella, y se inclinó humildemente.

—Una noche, señora, me habéis hecho temblar y llorar como un chiquillo. ¿Me permitís que, en recuerdo de aquella noche, que no podré olvidar mientras viva, os ofrezca un modesto trabajo hecho de manos del pobre Seguso?

—¿Un Seguso?—exclamó Stelio Effrena, inclinándose vivamente hacia el hombrecillo, para poderle ver bien la cara.—¿De la gran familia de los vidrieros? ¿Puro? ¿De la buena raza?

—Para servirle, patrón.

—Un príncipe, pues.

—Sí, un Arlequín, fingido príncipe.

—¿Conocéis todos los secretos ¿no es verdad?

El muranés hizo un gesto misterioso, que evocó la arcana maestría, de la cual era él el último heredero. Los otros vidrieros sonreían alrededor del biombo, habiendo interrumpido la labor, mientras sus vidrios en el extremo de los hierros se descolorían.

—Conque, patrona mía, ¿os dignáis aceptarla?

Parecía salido de una tabla de Bartolomé Vivarini, hermano de uno de aquellos fieles que están de

rodillas bajó el manto de la Virgen, en Santa María Formosa; encorvado, flaco, enjuto, como sutilizado por el fuego, frágil como si su piel recubriese huesos de vidrio, con mechones grises y claros, nariz afilada y rígida, con la barbilla aguda, labios finos de cuyas comisuras partían las arrugas de la argucia y de la atención, manos flexibles, movibles y prudentes, enrojecidas por cicatrices de quemaduras, formas expresivas de destreza y de exactitud, acostumbradas á los movimientos conductores de las bellas líneas en la materia sensible, verdaderos instrumentos del arte delicado, conservadas perfectas en el heredero por el ejercicio ininterrumpido de tantas generaciones laboriosas.

—Sí, sois un Seguso,—dijo Stelio Effrena que lo observaba.—La prueba de vuestra nobleza son vuestras manos.

El vidriero se las miró sonriendo, por las palmas y por el dorso.

—Legadlas en vuestro testamento al museo de Murano, juntamente con vuestro soplillo.

—Sí, para que la pongan en compota con el corazón de Canova.

La risa franca de los trabajadores corrió en torno al ara, y las copas nacientes oscilaron en lo alto de los hierros entre rojas y azuladas, como los corimbos de la hortensia á punto de variar.

—Pero la prueba decisiva estará en vuestro vidrio.

—Veamos.

La Foscarina no había hablado, temiendo la alteración de su voz: pero toda su gracia dulce, reapar-

recida de improviso á flor de su tristeza, había aceptado el don y recompensado al donador.

—Veamos, Seguso.

El hombrecillo se rascó las sienes sudadas, haciendo un gesto de perplejidad, temiendo al buen conocedor.

—Quizás adivino,—prosiguió Stelio Effrena acercándose á la cámara de enfriar, y echando una mirada de elección á los vasos reunidos.—Sí, esta es...

Hé aquí que, con su presencia, había llevado al consuetudinario trabajo una animación insólita, el agradable ardor del juego que perseguía en su vida perpetuamente. Todas aquellas almas sencillas, después de haber sonreído, se apasionaban en la experiencia; esperaban la elección con la ansiedad curiosa con que se espera el éxito de la apuesta; solicitaban el parangón entre la sutileza del maestro y la del juez. Y el joven desconocido, que se encontraba en el taller como en un lugar familiar, igualándose á los hombres y á las cosas con una simpatía tan rápida y espontánea, ya no era para ellos un extraño...

—Sí, esta es...

La Foscarina se sentía atraída por el juego y casi obligada á inclinarse, súbitamente libre de acritud y de rencor ante la felicidad de su amigo. También allí, sin esfuerzo, había encendido de belleza y de pasión los instantes fugitivos, y comunicado por contagio el fervor de su vitalidad á los próximos, elevado los espíritus á una esfera superior, despertado en aquellos artifices decaídos el antiguo orgullo de su arte. La armonía de una línea pura, se

había convertido en aquellos momentos, en el centro de su mundo.

Y el animador se inclinaba hacia los vasos reunidos, como si de la elección dependiese la fortuna del diminuto vidriero titubeante.

«Sí, es verdad, tú solo sabes vivir», le decía ella mirándole con ternura. «Es necesario que lo poseas todo. Me contentaré viéndote vivir, viéndote gozar. ¡Y haz de mí lo que quieras!»

Sonrió aniquilándose. Le perteneció como una cosa que se tiene en el puño, como un anillo en un dedo, como un guante, como un vestido, como una palabra que puede ser dicha ó callada, un vino que puede ser bebido ó vertido por tierra.

—¿Conqué, Seguso?—exclamó Stelio Effrena impaciente por la excitación que se prolongaba.

El hombre le miró en las pupilas; después, obrando con espontaneidad se confió á su instinto nativo. Cinco vasos, entre tantos, habían salido de sus manos; se distinguían como si perteneciesen á una especie diversa. ¿Pero cuál de los cinco era el más bello?

Los trabajadores inclinaban hacia él la cara, mientras exponían al fuego las copas fijas en la caña para que no se enfriasen. Y las llamas, claras como aquellas que da la hojarasca crepitante del laurel, ondulaban al otro lado del biombo, pareciendo tener encadenados á los hombres por los hierros del arte.

—¡Sí, sí!—gritó Stelio Effrena, viendo al maestro vidriero extraer con infinita cautela el vaso elegi-

do.—La sangre no miente. El don es digno de la dogaresa Foscarina, Seguso.

El muranés, cogiendo el tallo del cáliz con el índice y el pulgar, sonreía ante la mujer, animado por el caluroso elogio. Su aspecto de agudeza y de sagacidad traía al pensamiento la zorrita de oro que corre tras la cola del gallo en el escudo de armas de Murano. Los párpados enrojecidos por los reflejos violentos, batían en su mirada, vuelta hacia la obra frágil, que aún le brillaba en la mano, antes de entregarla; y en sus dedos, casi acariciadores, y en toda su actitud se revelaba la facultad hereditaria de sentir la difícil belleza de las líneas sencillas y de las tenuísimas coloraciones. Como una de esas milagrosas flores que brotan en los arbustos esmirriados y retorcidos, así brotaba el cáliz recto del hombre encorvado que lo creara.

Bellísimo verdaderamente, y como las cosas naturales, misterioso, llevando en su concavidad la vida del soplo humano, en su transparencia similar de las aguas y de los cielos, igual en su orla violeta á las medusas que vagan sobre los mares, sencilla, puro, sin otro ornamento que aquella orla marina, sin otro miembro que su base, su tallo y su borde; y por lo que era tan bello, nadie habría podido decirlo ni con una palabra, ni con mil. Y su precio era ninguno, é incalculable, según la calidad de los ojos que lo viesan.

—Se romperá,—dijo Stelio.

La Foscarina había querido llevar consigo el don, sin envolverlo, como se lleva una flor.

—Me quitaré el guante.

Puso el cáliz en el borde del pozo que había en medio del sagrado. La herrumbre de la polea, la fachada deteriorada de la basílica, con sus vestigios bizantinos, el rojo ladrillo del campanario, el oro de los pajares en el otro lado del muro, y el bronce de los altos laureles, y los rostros de las mujeres que enhebraban los abalorios en los umbrales, y las hierbas, y las nubes, y todas las apariencias de en torno variaron la sensibilidad del cristal luminoso. En su color se fundieron todos los colores. Y pareció viviente, de una vida múltiple en su exigüedad, como el iris animal donde se refleja el Universo.

—¡Imaginad que suma de experiencia ha producido esta cosa bella!—dijo Stelio atónito.—Todas las generaciones de los Seguso á través de los siglos, han concurrido con el soplo y con el toque, para el nacimiento de esta obra, en el momento en que aquel hombrecillo inconsciente pudo seguir el impulso remoto, y transmitirlo exactamente á la materia. El fuego era igual, la pasta rica, el aire templado: todo era favorable. Sucedió el milagro.

La Foscarina, cogió con sus dedos desnudos el tallo del cáliz.

—Si se rompiese, sería preciso exigirle un mau-soleo, como hizo Nerón á los Manes de aquella taza suya quebrada. ¡Amor de las cosas! Otro déspota Jerjes, os ha precedido, amiga mía, en adornar con joyas á un árbol.

Tenía la amante en los labios, hasta donde llegaba la extremidad del velo, una sonrisa, apenas visible pero persistente; y él conocía aquella sonrisa por haber sufrido por su causa, en la ribera de la Brenta, en el campo que las estatuas hacían fúnebre.

—¡Huertos, huertos, por todos lados huertos! En un tiempo eran los más bellos del mundo, paraísos terrenales, como les llama Andrés Calmo, dedicados á la poesía, á la música y al amor. Tal vez alguno de esos viejos laureles ha oído á Aldo Manuzio hablar en griego con Navagero, ó á Madonna Gasparina, suspirar, siguiendo las huellas del conde Collalto...

Iban por un camino cerrado por los muros de los jardines desolados. En la sumidad de los muros, en los intersticios de los ladrillos rojos, movíanse algunas hierbas raras, largas y rígidas como dedos. Los laureles bronceos tenían las copas doradas por el sol declinante. En el aire brillaba un espeso polvillo de oro, como de venturina.

—¡Dulce y terrible sino el de Gaspara Stampa! ¿Conocéis sus Rimas? Mezcolanza de hielo y de ardor. De momento en momento, su pasión mortal, á través del petrarquismo del cardenal Bembo, lanza un hermoso grito. Conozco de ella un verso magnífico:

¡Vivir ardiendo y no sentir el mal!

—¿Os acordáis, Stelio,—dijo la Foscarina con aquella sonrisa inextinguible que la daba la apariencia de una sonámbula,—os acordáis del soneto que empieza:

Señor, yo sé que en mí ya no estoy viva
y veo también que en vos soy una muerta?

—No me acuerdo, Fosca.

—¿Recordáis vuestra hermosa invención sobre el Estío difunto? Y el Estío, yacía en la barca fúnebre vestido de oro como una dogaresa; y el cortejo lo conducía hacia la isla de Murano, donde un maestro del fuego debía encerrarlo en un féretro de cristal opalino á fin de que, sumergido en la laguna, pudiese al menos mirar las ondulaciones de las algas... ¿Os acordáis?

—Era una noche de Septiembre.

—La última de Septiembre; la noche de la Alegoría. Una gran luz en el agua... Estábais un poco ébrio: hablábais, hablábais... ¡Cuántas cosas dijisteis! Veníais de la soledad, estábais lleno, rebosante. Vertisteis un río de poesía sobre vuestra amiga. Pasó una barca cargada de granadas... Yo me llamaba Perdida... ¿Os acordáis?

Ella misma al caminar sentía la extrema ligereza de su paso, y en sí algo que se desvaneciese, como si su cuerpo fuese á cambiarse en una sombra. El sentimiento de su persona física parecía depender de aquel cristal que llevaba en la mano, no subsistir más que en aquel desatiento que le daban la fragilidad del objeto y el temor de dejarlo caer al suelo, mientras su mano desnuda poco á poco se enfriaba y las venas tomaban el color de la orla marina que corría por el borde del cáliz.

—Me llamaba todavía Perdida... ¿Tenéis en el recuerdo otro soneto de Gaspara, que comienza:

Yo quisiera que Amor dijese como
debo seguirle...?

¿Y aquel madrigal que empieza:

Si tú crees gustar á mi señor?

—No sabía que os era tan familiar la misera Anassilla, amiga mía.

—¡Ah! Os lo diré... Tenía apenas catorce años cuando recité en una antigua tragedia romántica titulada *Gaspara Stampa*. Yo hacía la parte de la protagonista... Fué en el Dolo, por donde pasamos el otro día para ir á Strá; en un teatrillo de campo, en una especie de barraca... Un año antes de morir

mi madre... Me acuerdo bien... Me acuerdo de algunas cosas como si fuesen de ayer. ¡Y han pasado veinte años! Me acuerdo del sonido que tenía mi voz aun infantil, cuando la esforzaba en las tiradas, porque alguno entre las cajas de bastidores, me susurraba que gritase fuerte, más fuerte siempre... Gaspara se desesperaba, se agitaba, deliraba detrás de su cruel Conde... Muchas cosas no comprendía, no sabía, en mi almita profanada; y no sé qué instinto de dolor, me conducía á encontrar los acentos y los gritos que debían sacudir á aquella muchedumbre miserable de quien esperábamos el pan cotidiano. Diez personas hambrientas me desgarraban como á una presa de botín; la necesidad brutal cortaba y arrancaba todas las flores del sueño que nacían de mi precocidad temblorosa... ¡Tiempo de sollozos, de sofocaciones, de temores, de tedios violentos, de oculto horror! Los que me martirizaban no sabían lo que se hacían, pobre gente obtusa, por la miseria y por la fatiga. ¡Dios les perdone y los tenga en paz! Únicamente mi madre, que también ella Stelio

Por amar mucho y no ser amada
Vivió y murió infeliz,

únicamente mi madre, tenía piedad de mi pena, y padecía mi mismo tormento, y sabía tenerme entre sus brazos, calmar mi horrible agitación, llorar conmigo, consolarme. ¡Bendita! ¡Bendita!

Su voz se cambió. Volvieron á abrirse en su interior los ojos maternos, clementes y firmes, infinitos como un horizonte de paz. «¡Dime, dime tú lo que debo hacer! ¡Guíame, enséñame, tú que lo sabes!» Toda su alma sintió la presión de aquellos brazos; y de la lontananza de los años, el dolor reflujo hacia ella lleno, pero sin aspereza, hecho casi suave. Los recuerdos de la lucha y del sufrimiento parecían regarla con una cálida ola, reconfortarla, reanimarla. ¡En qué yunques había sido forjado el hierro de su voluntad, y en qué aguas había sido templado! Dura, realmente, fué para ella la prueba, difícil la victoria, obtenida á precio de fatiga y de constancia, contra las fuerzas brutas y hostiles. Había sido testigo de las más desgarradoras miserias, de las más oscuras ruinas; había conocido los esfuerzos heróicos, la piedad, el horror, el umbral de la muerte.

—Yo sé lo que es el hambre, Stelio, y lo que es aproximarse la noche cuando es inseguro el albergue—dijo dulcemente, deteniéndose entre las dos paredes.

Y se levantó el velo hasta la frente, mirando con los ojos libres á su amigo.

Este palideció ante aquella mirada, tan súbita fué su turbación, tan vehemente su terror al aparecer el inesperado aspecto. Parecióle todo confuso como en la incoherencia de un sueño, incapaz de anudar aquella extraordinaria aparición con las recientes huellas de la vida, incapaz de apropiarse el significado de aquellas palabras á la misma figura de mujer que le sonreía, teniendo aún el delicado

crystal entre los dedos desnudos. Y no obstante él, había oído; y ella estaba allí, con su linda manteleta de marta, con la dulzura de sus bellos ojos que se alargaban en las pestañas como vaporados por una lágrima que de continuo brotase y se disolviese sin rodar, allí en el sendero solitario, entre dos muros.

—Y sé otras cosas.

Experimentaba la actriz un insólito bien hablando así. Aquella humildad parecía reafirmar su corazón como el más vehemente acto de soberbia. Por la conciencia de su dominio, y por su gloria en el mundo, nunca se había sentido exaltar ante el hombre que amaba; pero ahora la memoria de su obscuro martirio, de su pobreza, de su hambre, creaba en ella un sentimiento de superioridad real, sobre aquel que creía invencible.

Así como á lo largo de la ribera de la Brenta, las palabras del amado le habían parecido vanas, así ahora por primera vez, en la experiencia de la vida, se sentía más fuerte que él, á quien todas las fortunas habían tratado con predilección desde la cuna, y al que solo angustiaban los furores de su deseo y las ansiedades de su ambición. Le imaginó luchando con la necesidad, constreñido al trabajo como el esclavo, oprimido por las angustias materiales, obligado á los sufrimientos viles. ¿Había encontrado la energía para resistir, la paciencia para tolerar? Le apareció débil y perdido entre las ásperas tenazas de la necesidad, humillado y quebrantado. «¡Ah, para tí, todas las cosas agradables y soberbias, mientras vivas, mientras vivas!» No sostu-

vo la tristeza de aquella imagen, sino que la rechazó con un ímpetu de defensa y de protección casi maternal. Y con un ademán involuntario puso una mano sobre el hombro del amigo; la levantó, al darse cuenta; después la apoyó de nuevo. Sonrió como aquella que sabe lo que nunca había de saber él: como aquella que había vencido lo que él no habría podido vencer. Volvió á oír internamente las palabras graves de una promesa terrible. «Dime que no tienes miedo de sufrir... Creo á tu alma capaz de soportar todo el dolor del mundo.»

Sus párpados semejantes á las violetas se bajaron sobre aquel secreto orgullo; pero en las líneas de su rostro apareció una belleza infinitamente sutil y compleja, que emanaba de una concordancia nueva de la fuerzas interiores, de una misteriosa orientación de la voluntad recobrada. En la sombra que descendía de los pliegues del velo levantado, sobre las cejas, su palor se animó de una vida inimitable.

—No tengo miedo de sufrir—dijo contestando á aquel que había hablado en la ribera del río distante.

Y la mano, al levantarla del hombro, rozó la mejilla del amigo, que comprendió que ella contestaba á las lejanas palabras.

Calló embriagado, como si la amante le hubiese dado á beber la esencia misma de su corazón, exprimido como un racimo, en aquel cáliz. De todas las formas naturales de alrededor, por la difusa luz, ninguna le pareció igualar en misterio y en belleza á aquel semblante humano que dejaba entrever,

más allá de sus líneas, una profundidad sagrada, donde ciertamente, algo muy grande se había realizado en silencio. Stelio temblaba, esperando que continuase.

Caminaron por un momento el uno al lado del otro, por entre los dos muros. El camino se profundizaba en el suelo; sordo y blando bajo él pie; pero por encima pendían las nubes fúlgidas. Llegaron á un sitio donde desembocaban cuatro calles, y una casa de pobre apariencia surgió ante ellos. La Foscarina se detuvo á mirarla. Los postigos carcomidos y desvencijados, se tenían abiertos por una caña puesta de través, que los sujetaba. El sol bajo, penetrando, batía contra la pared fuliginosa, descubría los enseres: una mesa, un banco, una cuna.

—¿Os acordáis, Stelio,—dijo la amante,—de aquella hostería donde entramos en el Dolo, para esperar el tren? La hostería del Vampa: ardía un gran fuego en la chimenea, los enseres de cocina brillaban en las paredes; las cazuelas de polenta cocían en los fogones. Hace veinte años era lo mismo: el mismo fuego, los mismos utensilios, la misma polenta. Yo y mi madre, entrábamos después de la función, y nos sentábamos en un banco junto á una mesa. Yo había llorado, aullado, delirado, había muerto por el veneno ó por el hierro en el teatro. Me persistía en los oídos la resonancia de los versos, como dichos por una voz que no fuese la mía, y en el alma una voluntad extraña que no lograba arrojar, como una figura que contra mi inercia intentase aún dar aquellos pasos y repetir los gestos... La simulación de la vida me quedaba en los músculos

de la cara, que algunas noches no podían calmarse... La máscara, el sentimiento de la máscara viva que nacía ya... Abría desmesuradamente los ojos... Un hielo tenaz me persistía en la raíz de los cabellos... No conseguía recuperar la plena conciencia de mí misma, y de lo que á mi alrededor sucedía... El olor de la cocina me daba náuseas; la comida, que estaba en el plato, me parecía demasiado grosera, pesada como las piedras, imposible de tragar. La repugnancia surgía de algo indeciblemente delicado y precioso que yo sentía en el fondo de mi fatiga, de una nobleza indistinta que sentía en el fondo de mi humillación... No sé expresarlo... Era acaso la presencia obscura de aquella fuerza que debía desarrollarse después en mí, de aquella elección, de aquella diversidad con que la Naturaleza me había señalado... Algunas veces el sentimiento de esa diferencia se hacía tan profundo que casi me separaba de mi madre—¡Dios me perdone!—que casi me alejaba de ella... Una gran soledad se hacía en mi interior; nada me tocaba de cuanto á mi alrededor existía. Permanecía sola con mi suerte... Mi madre que estaba á mi lado, se retiraba á una lejanía infinita. ¡Ah, debía morir, y se preparaba ya á apartarse de mí, y aquellos eran, tal vez, los presagios! Me invitaba á comer con las palabras que ella únicamente sabía. Yo le contestaba: «¡Espera! ¡Espera!» Tan solo podía beber; tenía la avidez del agua fría. Algunas veces cuando estaba más cansada y más temblorosa, sonreía largo tiempo. Y ni aún la bendita, con su corazón profundo, podía comprender de qué nacía mi sonrisa...

¡Horas sin igual, en las que parece que la prisión del cuerpo haya sido rota por el espíritu que se va errando, á los límites extremos de la vida! ¿Cuál fué vuestra adolescencia, Stelio? ¿Quién puede imaginarla? Todos hemos sentido el peso del sueño que cae de repente sobre la carne después de la fatiga ó después de la embriaguez, grave y rápido como un golpe de maza, que parece aniquilarnos. Pero también el poder del sueño, en la vigilia, se enseñoorea á veces de nosotros con la misma violencia, nos domina y nos posee; y nuestra voluntad no es bastante para resistirlo, y parece que todo el tejido de nuestra existencia se deshaga y que con los mismos hilos, nuestras esperanzas tejan otro más lúcido y más extraño... ¡Ah, recuerdo ahora alguna de las hermosas palabras que dijisteis de Venecia, aquella noche cuando la representasteis, con manos maravillosas, ocupada en disponer sus luces y sus sombras en una continua obra de belleza. Vos únicamente, sabéis decir lo que no es decible... Allí en aquel banco, junto á aquella mesa tosca, en la hostería del Vampa, en el Dolo, donde el otro día me recondujo el acaso con vos, he tenido las más extrañas visiones que el sueño haya podido suscitar nunca en mi alma. Ví lo que no es olvidable: ví sobreponerse á las formas reales que me circundaban, las figuras que nacían de mi instinto y de mi pensamiento. Allí, ante mis ojos fijos que había abrasado la luz rojaya humeante del petróleo, de las candilejas improvisadas, allí empezó á animarse el mundo de mis expresiones... Las primeras líneas de mi arte se desarrollaron en aquel estado de angus-

tía, de fatiga, de fiebre, de repugnancia, en el cual mi sensibilidad se hacía casi diré plástica, como la materia incandescente que los vidrieros antes tenían en el extremo de sus cañas. Existía en ella una aspiración á ser formada, á recibir un soplo, á llenar la cavidad de una marca... Algunas noches, en aquellas paredes cubiertas por los utensilios de cobre, como en un espejo, me veía alterada por el dolor ó por el furor, con un rostro irreconocible; y por escapar á la alucinación y para interrumpir la fijeza de mi mirada, batía los párpados rápidamente. Mi madre repetía: «Come, hijita, come al menos esto.» ¿Pero qué era el pan, el vino, la carne, las frutas, todas aquellas cosas que pesaban, comprados con el duro ganarlas, comparadas con lo que yo tenía dentro? Repetía yo: «¡Espera!» Y cuando nos levantábamos para irnos, me llevaba conmigo un gran trozo de pan. Me gustaba comerlo, la mañana después, en el campo, bajo un árbol ó en la ribera de la Brenta, sentada en una piedra, ó sobre la yerba... ¡Aquellas estatuas!

La Foscarina se detuvo otra vez, al extremo del nuevo sendero murado, que conducía á un prado desierto, al Campo de San Bernardo, donde estaba el antiguo cenobio. Se descubría en el fondo el campanario de los Angeles, sobre el cual una bella nube imitaba á una rosa, en lo sumo de un tallo. Y la hierba era suave, plácida, verdísima, como en el parque de los Pisani en Strá.

—¡Aquellas estatuas!—repitió la actriz con la mirada fija como si estuviesen allí delante de ella

en multitud, y le impidieran el camino.—No me reconocieron el otro día; pero yo las reconocí, Stelio.

Las horas lejanas, los campos húmedos y vaporosos, las plantas despojadas, las villas en ruinas, el río silencioso, las reliquias de las reinas y de las emperatrices, las viseras de cristal sobre los rostros febriles, el laberinto silvestre, la persecución vana, el terror y la agonía, el palor espléndido y terrible, el cuerpo helado sobre los almohadones del carruaje, las manos exánimes, todas aquellas tristezas se iluminaron con una nueva luz en el espíritu del amado. Y miró á la criatura maravillosa, palpitante de terror y de estupor, como si la viese por primera vez, y las líneas, el paso, la voz y los vestidos de ella, tuvieron significados múltiples y extraordinarios que fueron para él indescifrables é incogibles como los relámpagos, por su rapidez y por su número. Estaba allí, la criatura de carne ca-duca, sujeta á las tristes leyes del tiempo; y una desmesurada masa de vida real é ideal gravitaba sobre ella, se ensanchaba á su alrededor, latía con el ritmo de su misma respiración. Había llegado al límite de la experiencia humana la mujer desesperada y nómada: sabía lo que él no hubiera podido saber nunca. El hombre de alegría sintió la atracción de tanto dolor acumulado, de tanta humildad y tanto orgullo, de tanta guerra y tanta victoria. Hubiera querido vivir aquella vida. Sintió envidia por aquella suerte. Miraba atónito en el dorso de su mano desnuda las delicadas venas violáceas, manifiestas como si la piel no las cubrie-

se, y las uñas nacaradas que brillaban alrededor del tallo del cáliz. Pensaba en una gota de aquella sangre circulando por la substancia limitada por los contornos comunes, y no obstante inconmensurables como el Universo. Parecióle que un sólo templo existía en el mundo: el cuerpo humano. Experimentó un deseo ansioso de detener á la mujer, de ponerse enfrente, de observarla atentamente, de descubrirle todos los aspectos, de interrogarla sin fin. Extrañas preguntas le surgían en el espíritu: «¿Pasabas, jovencita, por los caminos reales, en un carro cargado con los útiles escénicos, tendida sobre un haz de hojas, seguida por la compañía de histriones, á lo largo de las viñas, y un vendimador te ofrecía una canasta de racimos? ¿El hombre que te poseyó por primera vez tenía la cara de sá-tiro, y oíste tú, en tu terror, zumbiar el viento en la llanura, llevándose lejos aquella parte de tí, que buscarás siempre y nunca encontrarás? ¿Cuántas lágrimas bebiste, el día en que te oí, para que Antígona hablase en tí, con una voz tan pura? ¿Ven-ciste á los pueblos unos después de otros, como se vencen las batallas para ganar un imperio? ¿Los reconoces en el olor, como las fieras, diversos? Un pueblo se rebeló, te resistió, y al dominarlo, lo quisiste, más que los que te adoraron desde tu primera aparición. Otro, á la otra parte del Oceano, al cual revelaste una manera de sentir desconocida, no puede olvidarte, y te envía mensajes para que vuelvas... ¿Qué imprevistas bellezas veré nacer de tu amor y de tu dolor?»

Le reaparecía, allí en aquel prado solitario de la

isla olvidada, bajo el claro cielo de invierno, como le había aparecido en la lejana noche dionisiaca entre las alabanzas de los poetas que se hallaban sentados de la mesa en torno.

La misma potencia de fecundación y de revelación emanaba de la mujer, que había dicho, levantándose el velo: «Yo sé lo que es el hambre...»

—Era en Marzo, me acuerdo,—continuó la Foscarina dulcemente.—Salía por los campos muy temprano, con mi pan. Caminaba á la ventura. Las estatuas eran mi meta. Iba de una á otra, y me detenía como si las visitase. Algunas me parecían bellísimas, y yo me ensayaba en imitar sus actitudes. Pero permanecía más tiempo con las mutiladas, casi por instinto de consolarlas. Por la noche, en el escenario, recitando, me acordaba de alguna y experimentaba un sentimiento tan profundo de su lejanía y de su soledad, en la campiña tranquila bajo las estrellas, que parecía no poder hablar. La muchedumbre se impacientaba por aquellas pausas demasiado largas... Algunas veces, cuando había de esperar que acabase la larga tirada del interlocutor, tomaba la actitud de alguna que me era más familiar, y permanecía inmóvil, como si fuese yo también de piedra. Comenzaba ya á esculpirme...

Sonrió. La gracia de su melancolía, vencía á la de la tarde declinante.

—Amé con ternura á una que no tenía ya los brazos, con que en otro tiempo sugetaba sobre su cabeza un canasto de frutas. Las manos se habían quedado cogidas al canasto y me causaban pena.

Se alzaba sobre su pedestal en un campo de lino; un pequeño canal pasaba por la cercanía, en el cual el cielo, reflejándose, continuaba el azul de las flores. Si cierro los ojos, vuelvo á ver la cara de piedra y el sol que se colorea, pasando por los tallos del lino como por un vidrio verde... Siempre después, desde aquel tiempo, en los más calurosos momentos, me surgen visiones de paisajes en la memoria; y especialmente cuando con la sola fuerza del silencio, consigo comunicar un gran escalofrío á la multitud que me mira...

Se le habían coloreado los pómulos, y como le daba el sol oblicuo, arrancando destellos de la marta y de la copa, su animación parecía un aumento de luz.

—¡Qué primavera aquella! En mi vida errante ví entonces por primera vez un gran río. Me apareció de repente, hinchado y veloz entre dos riberas silvestres, en una llanura inflamada, como si fuese rastrojo, por los rayos horizontales del sol que rasaba el límite como una rueda roja. Sentí entonces lo que hay de divino en un gran río atravesando la tierra. Era el Adige, bajaba de Verona, de la ciudad de Julieta...

Una turbación ambigua se ocultaba en el fondo de la trágica, mientras reevocaba de este modo la miseria y la poesía de su adolescencia. Se sentía atraída á continuar, por una especie de hechizo, y todavía ignoraba de qué manera había llegado á aquellas confesiones, cuando se hallaba dispuesta á hablar con su amigo de otra juventud, no pasada, sino presente. ¿Por qué engaño del amor

de una tensión imprevista de su voluntad, de un propósito resuelto de afrontar la verdad dolorosa, de un recogimiento de su energía extraviada, había acabado por detenerse en el recuerdo de días tan lejanos, y á cubrir con su efigie virginal, aquella otra tan diversa?

—Entramos en Verona, una noche de Mayo, por la puerta del Palio. La ansiedad me sofocaba. Me apretaba contra el corazón el cuaderno donde me había copiado de mi puño la parte de Julieta; y repetía interiormente las palabras de salida: «¿Quién me llama? Heme aquí. ¿Cuál es vuestra voluntad?» Mi imaginación estaba agitada por una extraña coyuntura: ¡cumplía aquel día catorce años, la edad de Julieta! El charloteo de la nodriza me resonaba en los oídos; y poco á poco, mi destino se confundía con el de la veronesa. Al revolver de cada calle, creía ver venir un cortejo que acompañase un féretro cubierto de rosas blancas. Al descubrir las *Arcas de los Scaligeri*, encerradas en las verjas de hierro, grité á mi madre:—¡Aquí está la tumba de Julieta!—Y comencé á llorar copiosamente, y senti un deseo desesperado de amar y de morir. «¡Oh, tú, á quien ví demasiado pronto sin conocerte, y conocí demasiado tarde!»

Su voz, al repetir las palabras inmortales, penetró en el corazón del amado como una melodía desgarradora. Detúvose la actriz un poco, y repitió:

—¡Demasiado tarde!

Eran las palabras atroces que el amado mismo había proferido, y ella misma había repetido, en el

jardín nocturno donde las estrellas ocultas de los jazmines daban su perfume agudo, y también lo daban las frutas, como en los huertos de las islas, cuando ambos estaban para ceder al deseo cruel. «¡Es tarde, es demasiado tarde!» La mujer ya no joven, allí, en la benigna hierba, estaba ahora ante la imagen antigua de sí misma, ante su virginidad palpitante en los vestidos de Julieta, y ante el sueño primero de su amor. ¿Llegado al límite de su experiencia, no había conservado intacto aquel sueño, sobre los hombres y sobre el tiempo? ¿Pero de qué servía? Ahora evocaba su más lejana juventud muerta, solo para pasar por encima, para pisarla con su pie, conduciendo al amado hacia aquella otra que estaba viva y esperando.

Dijo, con la sonrisa de su inimitable pena:

—Fuí Julieta.

El aire, alrededor, estaba tan tranquilo, que el humo de los hornos se detenía en suspenso, contaminándolo. El oro parecía tremolar por todos lados como las venturinas. La nube, sobre el campanario de los Angeles, se purpureaba por los bordes. El agua era invisible, pero por las apariencias de las cosas pasaba su dulzura.

—Un domingo de Mayo, en la inmensa arena, en el anfiteatro antiguo, bajo el cielo abierto, ante una multitud de ciudadanos que habían respirado en la leyenda de amor y de muerte, fuí Julieta. Ningún rugido de las plateas más vibrantes, ningún clamor, ningún triunfo, ha valido nunca para mí, lo que la embriaguez y la plenitud de aquel gran instante. Verderamente, cuando oí decir á Romeo: «Enseño

á arder á las antorchas...> verdaderamente me encendí, me convertí en llama. Había comprado con mis ahorros, en la plaza de las Hierbas, bajo la fuente de la Madonna de Verona, un gran ramo de rosas. Las rosas fueron mi solo adorno. Las mezclé á mis palabras, á mis ademanes, á cada una de mis actitudes; dejé caer una á los pies de Romeo, cuando nos encontramos, deshojé una sobre su cabeza desde el balcón, y con todas recubrí al fin su cadáver en el sepulcro. El perfume, el aire y la luz, me arrebatában. Las palabras brotaban con una extraña facilidad, casi voluntarias, como en el delirio; y las oía acompañadas del ruido continuo de mis venas. Veía el vaso profundo del anfiteatro, mitad al sol, mitad á la sombra, y en la parte iluminada un relucir, como de mil y mil ojos. El día estaba tranquilo como hoy. Ni un soplo movía los pliegues de mi vestido, ó mis cabellos que se me erizaban sobre el cuello desnudo. El cielo estaba lejanísimo, y aún me parecía de vez en cuando que las más débiles palabras resonaran en la extrema lontananza, como truenos, ó que su azul se hiciese tan obscuro que á mí me colorease como de un agua marina en la que me ahogara. Y mis ojos se dirigían á cada momento hacia las altas hierbas que crecían en la sumidad de la pared; y me parecía que me llegase de ellas no sé qué asentimiento á lo que hacía y decía; y cuando las ví ondular al primer soplo del viento que descendía de las colinas, sentí crecer mi animación y la fuerza de mi aliento. ¡Cómo hablé del ruiseñor y de la alondra! Mil veces había oído al uno y á la otra en los campos; conocía todas sus

melodías del bosque, del prado, de las nubes; las tenía en los oídos vivas y agrestes. Cada palabra, antes de salir de mis labios, parecía pasar á través de todo el calor de mi sangre. No había fibra en mí que no diese un sonido á la armonía. ¡Ah, la gracia, el estado de gracia! Cada vez que me es dado llegar á la cumbre de mi arte, encuentro ese indelible abandono. Fui Julieta. «¡Es el día, es el día!» gritó mi terror. El viento me pasaba por los cabellos. Sentía el extraordinario silencio en el cual caía mi lamentación. Parecía que la muchedumbre hubiera desaparecido bajo tierra: estaba muda en las gradas circulares, ya todas en la sombra. Allá, la cima de la pared parecía enrojecida. Yo hablaba del terror del día, pero realmente sentía «la máscara de la noche» en mi rostro. Romeo estaba en la sepultura. Habíamos muerto, penetrado en la obscuridad. ¿Os acordáis? «Ahora que estás allí, me apareces como un muerto en el fondo del sepulcro. O mis ojos me engañan ó tú estás muy pálido...» Era de hielo al decir estas cosas. Mis ojos buscaron el resplandor en lo alto de la pared: se había apagado. El pueblo se agitaba en la Arena, pedía la muerte; no quería escuchar ni á la madre, ni á la nodriza, ni al hermano. El rugido de su impaciencia aceleraba los latidos de mi corazón intolerablemente. La tragedia acababa. Tengo el recuerdo de un gran cielo blanco como las perlas, y de aquel rumor casi marino que se calmaba á mi aparición, y de la resina que ardía en las antorchas, y de las flores que me cubrían, marchitas por mi fiebre, y de un tañido lejano de campanas que aproximaba

el cielo, y de aquel cielo que perdía poco á poco la luz como yo perdía la vida, y de una estrella, de la primera estrella que tembló en mis ojos con mi llanto... Cuando caí sobre el cuerpo de Romeo, la muchedumbre rugió en la sombra con tal violencia que me atemoriqué. Alguien me levantó, me condujo hacia aquel rugido. Aproximaron la antorcha á mi rostro lacrimoso: crepitaba fuerte y olía á resina, y era roja y negra, humo y llama. A esta antorcha, como á la estrella, no la olvidaré nunca. Y yo seguramente debía tener el color de la muerte... De ese modo Stelio, una noche de Mayo, fué mostrada al pueblo de Verona, Julieta rediviva.

Se detuvo otra vez y cerró los párpados, como quien se siente presa del vértigo; pero sus labios dolorosos sonrieron aún á su amigo.

—¿Después? La necesidad de andar, de ir á todas partes, de atravesar el espacio, de respirar en el viento... Mi madre me seguía en silencio. Atravesamos un puente, caminamos por el lado del Adige, después atravesamos otro puente, entramos en una calle pequeña, nos perdimos en las callejuelas obscuras, encontramos una plaza con una iglesia, y seguimos, siempre adelante. Mi madre me preguntaba de vez en cuando:—¿Dónde vamos?—Yo quería encontrar á la ventura un convento de Capuchinos donde estaba escondida la tumba de Julieta, porque con gran pesar mío no la habían sepultado en una de aquellas bellas arcas, encerradas en las hermosas verjas. Pero no lo quería decir y no lo podía decir. Abrir la boca, pronunciar una palabra, me era tan imposible como arrancar una estrella del

cielo. Mi voz se había perdido con la última sílaba de la moribunda. Mis labios habían permanecido sellados por un silencio necesario como la muerte. Y todo mi cuerpo me parecía semivivo, ya frío, ya abrasado, ya, no sé, como si tan solo los nudos de los huesos ardieran y el resto fuese de hielo.—¿Dónde vamos?—me preguntó otra vez la bondad, con angustia. ¡Ah, la última palabra de Julieta le contestaba en mí! Estábamos de nuevo junto al agua, sobre el Adige, al extremo de un puente. Creo que eché á correr, porque poco después, me sentí coger por los brazos por mi madre y permanecí allí, abrazada, contra el parapeto del puente, sofocada por los sollozos. «Echémonos así, las dos abrazadas,» quería decirle; pero no podía. El río llevaba consigo la noche con todas las estrellas. Y yo sentía que no existía en mí únicamente el deseo de morir... ¡Ah, bendita!

Se hizo palidísima, al volver á sentir en su alma la presión de aquel abrazo, los besos de aquellos labios, las lágrimas de aquella ternura, la profundidad de aquella pena. Pero miró á su amigo, y súbitamente una ola viva de sangre se difundió por sus mejillas, subió á su frente, casi impulsada por un secreto pudor.

—¿Qué os estoy diciendo? ¿Por qué os cuento todas estas cosas? Se habla, se habla, sin saber por qué.

Ocultó, bajando los ojos, su confusión. Al recuerdo de aquel terror misterioso que había precedido á las señales de la pubertad, al recuerdo del intenso amor materno, el instinto original de su sexo se despertaba en sus entrañas estériles.

Su avidez femenina, que se rebelaba al propósito heroico de la abnegación total, se turbó extrañamente, y se halló dispuesta á dejarse ilusionar. De las mismas raíces de su substancia se alzó una aspiración informe que no osaba fijar.

La posibilidad de una compensación divina, relampagueó sobre la tristeza de su renuncia necesaria. Sentía palpar su corazón, pero era como quien no se atreve á levantar la mirada hacia un rostro desconocido, ante la duda de leer en él, una sentencia de vida ó de muerte. Temía ver en un instante disolverse aquello que no era una esperanza, y que no obstante se parecía á una esperanza, nacida en su alma y en su carne de un modo nuevo. Molestábale la luz intensa que iluminaba el cielo, el lugar por donde ellos pasaban, los pasos que se veía obligada á dar, y hasta la presencia de su amigo. Pensó en la lentitud de la somnolencia, la indecisión del sopor hacia el alba, cuando la voluntad velada guía ligeramente al sueño feliz. Deseó la soledad, la quietud, la estancia cerrada y remota, la sombra de las cortinas pesadas. De improviso, por una ansiedad impetuosa que surgió de aquella impaciencia, como para cerrar con un acto mental un fantasma que estuviese á punto de desvanecerse, formó estas palabras que ascendieron hasta los labios, pero no los movieron: «¡Un hijo tuyo!»

Volvióse hacia su amigo y le miró á las pupilas, toda temblorosa. El pensamiento secreto ondulaba en su mirada como una imploración y como una desesperación. Pareció buscar en él, ansiosamente, un signo no revelado, casi un aspecto incógnito, casi otro hombre. Lo llamó en voz baja.

—¡Stelio!

Y su voz estaba tan cambiada que el joven se estremeció en su interior, y se inclinó hacia ella como para ayudarla.

—¡Amiga mía, amiga mía!

Atónito y temeroso veía pasar en ella, aquellas amplias ondas de vida, aquellas extraordinarias expresiones, y aquellas luces y aquellas sombras alternas, y no se atrevía á hablar, no osaba interrumpir el trabajo oculto en el que se agitaban las potencias de aquella alma grande y miserable. Sentía en las palabras de ella, la belleza y la tristeza de las cosas inexpresadas, pero confusamente; y mientras era cierto que algún difícil bien, estaba para surgir de una tal fiebre, no sabía á qué éxito pudiese ser conducido aquel amor, por la necesidad de hacerse perfecto ó perecer. Su espíritu se hallaba tendido en una espectación maravillosa, sintiéndose vivir con tanto fervor en aquellos lugares olvidados, sobre aquella hierba humilde, por aquel camino silencioso. Nunca había tenido más profundo el sentimiento de la fuerza incalculable de que es capaz el corazón del hombre. Y le parecía, al oír el latido de su propio corazón y adivinando la violencia del otro, que retumbaban los martillazos contra el yunque duro, donde se forja el destino humano.

—¡Habladme más!—dijo.—¡Aproximadme más á vos, alma querida! Ningún momento, desde que os amo, vale lo que este camino que hemos hecho juntos hoy.

Seguía la Foscarina caminando delante, inclina-

da la cabeza, envuelta por la ilusión. «¿Podría ser?» Sentía su esterilidad alrededor de su vientre, como un cinturón de hierro; pensaba en la tenacidad inexorable de los males que radican en la carne bruta. Pero la potencia de su pasión y de su deseo, reforzada por una idea, le aparecía en el acto de realizar un prodigio. Y lo que había de supersticioso en su naturaleza, surgiendo á obscurecer su lucidez, favorecía la esperanza naciente. «¿He amado acaso, antes de ahora? ¿No he esperado durante todos mis años este grande amor que debe salvarme y destruirme? ¿De cual, de aquellos que han aumentado mi trizteza, hubiese querido un hijo? ¿No es justo que salga una vida nueva de mi vida, ahora que he hecho el don entero de mí, á mi señor? ¿No le he dado intacto mi sueño de virgen, el sueño de Julieta? Toda mi existencia, transcurrida de aquella noche de primavera á una noche de otoño ¿no ha sido abolida?» Veía en su ilusión transfigurado el Universo. El recuerdo de la madre le daba del amor materno una imagen sublime. Los ojos clementes y firmes se volvían á abrir en su interior; y ella suplicaba: «¡Oh, dime que yo seré para una criatura de mi carne y de mi sangre, lo que tú fuiste para mí! ¡Asegúramelo tú que lo sabes!» La soledad del pasado le reapareció espantosa. No vió en lo futuro más que la muerte ó esa salvación. Pensó que habría aceptado todas las pruebas para merecerla; la consideró como una gracia que impetrar; fué invadida por un religioso ardor de sacrificio. Pareció que el latido febril de la lejana adolescencia evocada, se renovase en aquella su turba-

ción y caminase como entonces bajo él cielo, impulsada por una fuerza casi mística.

Iba al encuentro de la figura de Donatella Arvale que se dibujaba en el horizonte inflamado, en el fondo de un camino abierto hacia el agua. Y su primera pregunta imprevista le resonaba dentro: «¿Pensáis á menudo en Donatella Arvale, Stelio?»

El camino corto conducía al edificio de los Angeles, al canal lleno de barcas pescadoras, donde era visible la gran laguna tranquila y radiante.

Dijo la trágica:

—¡Qué luz! Como aquella noche, cuando aún me llamaba Perdida, Stelio.

Repetía una nota que ya había tocado en un preludio que quedó en suspenso.

—La última noche de Septiembre—añadió.—¿Os acordáis?

Tenía su corazón en lo alto, tanto que de momento en momento parecía que le faltase, y que la fuerza de su sentimiento no estuviera bajo su dominio, sino que pudiese de un instante á otro escaparle y dejarla en posesión de las turbulentas furias, á cuyo súbito aparecer había cedido más de una vez. Quería que su voz no temblase al proferir el nombre que necesariamente había de resonar, en aquel silencio, entre él y su amigo.

—¿Os acordáis de aquel buque de guerra anclado frente á los jardines? Una salva saludó á la bandera que era arriada en la popa. La góndola pasó rasando la coraza.

Titubeó un momento. Su palor se animó de una vida inimitable.

—Entonces, en aquella sombra, nombrasteis á Donatella.

Hizo un nuevo esfuerzo, como el que nadando sea sumergido por una nueva ola, y sacuda la cabeza fuera de la laguna.

—Empezó á ser vuestra.

Se sintió rígida de los pies á la cabeza, como por el efecto de una punzada venenosa. Tenía la mirada extraviada fija en las aguas deslumbradoras.

—Debe ser vuestra—dijo, con la dureza de la necesidad en la voz, como para rechazar con un segundo impulso las cosas terribles que intentaban surgir del fondo de su ardor.

Oprimido por una angustia violenta, incapaz de hablar, de interrumpir con una palabra vana aquellas apariciones fulmíneas del alma trágica, Stelio Effrena se detuvo, puso su mano sobre el brazo de la compañera para que también ella se detuviese.

—¿No es verdad?—le preguntó ella con dulzura casi tranquila, como si su contracción se hubiese atenuado de súbito y su pasión hubiera aceptado el yugo que la voluntad le había impuesto.—Hablad. No temo al sufrimiento. Sentémonos aquí. Estoy un poco fatigada.

Se apoyaron en un pretil, contemplando las aguas. Era tan pura la calma de la laguna en el solsticio, que las formas de las nubes y de las riberas parecían, reflejadas en ella, adquirir una cualidad ideal como si las imitase el arte. Las cosas próximas y las lejanas, el rojo palacio de los Da Mula en el canal, y allá bajo, el Fuerte de Tessara embanderado, tenían en las dos imágenes la misma evidencia.

Las barcas negras, con las velas replegadas, con las redes tendidas en las antenas, recogían en su casco el aspecto de infinito reposo que venía de los horizontes.

Ninguna de aquellas líneas podía ser movida por las palabras del dolor humano, y todas enseñaban el silencio, y prometían la paz á los hombres en el tiempo.

—¿Qué os diré?—dijo el joven, con una voz sofocada, como si hablase, mejor á sí mismo que á la mujer, no pudiendo vencer la angustia que le daban la certeza de su presente amor y la conciencia de su deseo inexorable como el destino.—Acaso lo que habéis imaginado, es verdad; acaso solo es un pensamiento de vuestra mente. Hoy sé una cosa cierta, que os amo y reconozco en voz todas las noblezas. Sé también otra cosa: que tengo una obra que realizar y una vida que vivir según la Naturaleza me dispone. ¡Acordáos también vos! En aquella noche de Septiembre os hablé largamente de mi vida y del genio que la conduce á donde está destinada. Vos sabéis que no puedo renunciar á nada...

Temblaba como si en las manos tuviese un arma afilada, y teniéndola que mover, no pudiese evitar el herir al inerme.

—A nada, y especialmente á vuestro amor que exalta mi fuerza y mi esperanza cada día. ¿Pero no me habéis prometido más que el amor? ¿No podéis vos por mí, lo que el amor no puede? ¿No queréis ser un soplo constante para mi vida y para mi obra?

Ella escuchaba inmóvil, sin batir los párpados. No de otro modo una enferma en la que esté suspendida la acción del movimiento voluntario, asiste á un espectáculo de horror, como un espíritu en una estatua.

—Es verdad,—prosiguió él, después de una pausa ansiosa, reanimándose, dominando su compasión, sintiendo que de la sinceridad de aquel minuto dependían las suertes de la libre alianza, en la cual no quería ser menguado, sino acrecido,—es verdad: cuando aquella noche os ví bajar por la escalera, entre la muchedumbre, en compañía de aquella que había cantado, creí que un pensamiento secreto os guiase, al no salirme sola al encuentro...

Ella sintió correr por las raíces de sus cabellos un hielo sutil, y empañarse sus ojos aun permaneciendo secos. Sus dedos temblaban alrededor del tallo de la copa, y los colores del cielo y de las aguas teñían el cristal oscilante en la mano dolorosa.

—Creí que vos misma la hubieseis elegido... Teníais el aspecto de quien sabe y prevé... Me sentí turbado.

Comprendió ella, en la atroz torsión, qué dulce le hubiese sido la mentira. Deseó que él mintiese ó callase. Midió el espacio que la separaba del canal, del agua que sumerge y ahoga.

—Había no sé qué de hostil en ella contra mí... Permaneció obscura, impenetrable... ¿Os acordáis de qué modo desapareció? Palideció la imagen; quedó el deseo del canto. Vos que la condujisteis hacia mí, más de una vez la reavivasteis. Visteis su sombra donde no estaba.

La amante vió la muerte. Ninguna otra espina había penetrado tan adentro, la había herido más cruelmente. «¡Yo misma, yo misma!» se repetía. Y oía el grito de su perdición: «¡Te espera!» Y de instante en instante sus rodillas estaban á punto de doblarse, su carne quebrantada estaba para obedecer á la voluntad furente que la impulsaba hacia el agua. Pero quedaba un algo lúcido en ella, para comprender que no era aquel el lugar ni el tiempo.

Empezaban en la laguna á negrear los bancos de arena descubiertos por la marea baja. De repente el torbellino interior se desvanecía tras una apariencia. Se creía la actriz inexistente; se asombraba al ver aquel cristal brillar en su mano; perdía el sentimiento de su cuerpo. Todo lo que sucedía era imaginario. Ella se llamaba Perdida. El Estío muerto yacía en el fondo de la laguna. Las palabras eran palabras.

—¿Podría amarla?

Un momento más y se hacía obscuro. Como la llamita de una luz se inclina por el viento, y parece apartarse del pábilo y permanece adherida por un tenue fragmento azulado, casi por una chispa pálida que súbito volverá á arder y se elevará si el viento cesa, así la razón de la desventurada estuvo para extinguirse. Pasó por ella el aura de la manía. El terror blanqueó y convulsionó su cara.

El no la miraba pero se fijaba en las piedras.

—¿Si la encontrase aún, podría desear volver hacia mí su destino?

Volvía á ver el animador á la persona juvenil de caderas potentes, surgir fuera de la selva sonora,

entre el movimiento alterno de los arcos que parecían extraer la nota de la música oculta que existía en ella.

— Tal vez.

Volvió á ver aquel rostro hermético, casi diamantino, ocupado por un pensamiento secretísimo, y el fruncir del entrecejo, que lo hacía enemigo.

— ¿Pero de qué serviría eso? ¿Y de qué sirven todas las vicisitudes y todas las necesidades de la vida contra la fe que nos liga? ¿Podremos nosotros parecernos á los amantes vulgares que pasan la vida molestándose, llorando y maldiciendo?

Ella apretó los dientes. La dominó el instinto salvaje de defenderse y ofender, como en una lucha desesperada. Sobre las vacilaciones de su pensamiento, estallaron los relámpagos de una voluntad homicida.

«¡No, no la tendrás!» Y la crudeza de su señor le pareció monstruosa. Parecióle sangrar por las sacudidas mesuradas y repetidas, como aquel hombre en la calle blanca de aquella ciudad de mineros. La escena horrenda le volvía á la memoria: el hombre derribado por un golpe de maza, incorporándose y tratando de echarse sobre su adversario, y la clava que lo golpeaba de nuevo, los golpes impulsados uno después de otro, por una mano firme y fría, su sordo ruido sobre la cabeza humana, el obstinado levantarse, la tenacidad de la vida, la carne del rostro reducida á una papilla roja. Las imágenes del atroz recuerdo se confundían con la realidad de su suplicio, en la incoherencia mental.

Levantóse de un salto, estupefacta por la fuerza ferina que invadía á sus venas. El cristal se rompió en su mano convulsa, la hirió, cayó á sus pies en fragmentos.

—¡Ah,—dijo la mujer dominando el temblor con una amargura que le torció la boca,—qué fuerte soy! Otra vez es mejor que vuestro corte no sea tan lento, ya que resisto tan poco, amigo mío!

Advirtió que la sangre goteaba de sus dedos. Los fajó con el pañuelo, que se manchó de encarnado. Miró los fragmentos del cristal que brillaban esparcidos por tierra.

—¡El cáliz se ha roto! Lo habéis elogiado mucho. ¿Vamos á levantarle un mausoleo aquí?

Hablaba amargamente, casi en befa, contraídos los labios por una risa acerba que no resonaba. El, callaba, desilusionado, lleno de rencor, viendo destruida la belleza de un esfuerzo, como aquel vaso perfecto.

—¡Imitemos á Nerón, ya que hemos imitado á Jerjes!

Más agudamente que su amigo, sentía ella el estridor de su voz, la malignidad de su risa, que era como un pasmo de los músculos. Pero no lograba detener á su alma, y la veía correr lejos de su voluntad, sin posible contención, como en la nave los marineros á quienes hayan escapado las aspas, quedan inertes ante el cabrestante que gira al revés espantosamente, abandonando la cuerda ó las cadenas. Experimentaba una necesidad acre é irresistible, de luchar, de deshacer, de pisotear, como invadida por un demonio pérfido. Toda traza de ter-

nura y de bondad había desaparecido; y toda esperanza y toda ilusión. El odio sordo, que existe en el amor de las mujeres ardientes, se revelaba dominador. En la mirada del hombre descubría la misma sombra que pasaba por su mirada.

—¿Os produzco ira? ¿Queréis volver á Venecia solo? ¿Queréis dejar detrás de vos al Estío muerto? El agua no es profunda, pero siempre hay bastante para quien no intenta salir á flote. ¿Queréis que pruebe? ¿Podría ser más dócil?

Decía estas cosas insensatas con una voz sibilante; y se había puesto casi lívida, consumida de repente como si un veneno la corroyese; y él se acordaba haberle visto en el rostro aquella misma máscara, en un día lejano de voluptuosidad, de furor y de tristeza. El corazón se le oprimió y después se le dilató.

—¡Si os he hecho daño perdonadme!—dijo intentando cogerle la mano para calmarla con un acto dulce.—¿Pero no nos habíamos dirigido juntos hacia ese punto? No me venía de vos...

Le interrumpió la trágica, irritada por aquella dulzura, por aquella medicina acostumbrada.

—¡Daño! ¿Y qué importa? ¡No os apiadéis, no os apiadéis! No lloréis por los hermosos ojos de la liebre destroncada...

Caminaba por el lado de la fábrica, á lo largo del canal violáceo, por delante de las puertas donde aun se hallaban sentadas las mujeres, aprovechando los últimos rayos de luz, teniendo sobre las rodillas canastos llenos de abalorios. La palabra se le quebró en los dientes. La contracción de los la-

bios mudósele en una convulsión frenética de risa, que sonó como sollozos desgarradores. Sintió un escalofrío el compañero; y le hablaba en voz baja, atemorizado ante los ojos ávidos de los curiosos:

—¡Reprímete! ¡Reprímete! ¡Foscarina, te lo ruego! ¡No seas así! ¡Te lo ruego! Llegamos en seguida á la ribera, en seguida á casa... Te diré... Entonces comprenderás... Estamos en la calle... ¿Me escuchas?

Ella había descubierto en uno de aquellos umbrales á una mujer en cinta, con el vientre enorme, hinchado como un odre, que obstruía el portal, y parecía absorta comiendo un pedazo de pan.

—¿Me escuchas? ¡Foscarina; te lo ruego! ¡Haz un esfuerzo! Apóyate en mí.

Temía verla caer en la convulsión horrible, y se hallaba pronto á sostenerla. Pero ella apresuraba el paso, sin poder contestar, sofocando la risa con la mano vendada con el pañuelo, mientras creía sentir, en el espasmo, la piel de la cara resquebrajarse.

—¿Qué tienes? ¿Qué ves?

Nunca aquel hombre olvidará el cambio de aquellos ojos. Estaban desmesuradamente abiertos, sin mirada, con una inmovilidad mortal en los sobresaltos implacables, como si careciesen de párpados; y no por eso veían menos; veían algo que no estaba allí, estaban llenos de una visión ignota, ocupados por una imagen monstruosa que generaba, acaso, aquella risa de angustia y de locura.

—¿Quieres que nos detengamos? ¿Quieres un sorbo de agua?

Se hallaban en las cercanías de la fábrica de los vidrieros, donde las tiendas estaban cerradas, donde los pasos resonaban, donde las carcajadas de la atroz hilaridad parecían prolongarse en ecos como bajo un pórtico. ¿Cuánto tiempo habían paseado á lo largo de aquel canal muerto? ¿Cuánta parte de vida había transcurrido en tanto? ¿Cuánta sombra dejaban dentro de ellos?

Ya en la góndola, acurrucada dentro de su manto, más lívida que en el camino del Dolo, la mujer probaba de dominar su espasmo, apretando las mandíbulas con las dos manos. Pero de vez en cuando la maligna risa escapando, estallaba en el silencio somnoliento, rompiendo el ritmo de los dos remos. Se oprimía más fuerte la boca como para sofocarse. Entre el velo levantado sobre las cejas y el pañuelo manchado de sangre, sus ojos permanecían abiertos y fijos en la inmensidad del crepúsculo.

La laguna y la neblina borraban todas las formas y todos los colores. Unicamente interrumpían la gris igualdad los grupos de los postes, semejantes á una procesión de monjas por un camino de cenizas. Venecia en el fondo humeaba como los restos de un vasto saqueo.

Cuando llegó el tañido de las campanas, el alma se recobró, las lágrimas brotaron, el horror fué vencido.

La mujer bajó las manos, se inclinó un poco hacia la espalda de su amigo, volvió á encontrar su voz para decirle:

—Perdóname.

Se humilló, sintió vergüenza de sí misma.

Desde aquel día, en cada uno de sus actos silenciosamente imploró el perdón y el olvido.

Una nueva gracia pareció entonces nacer en ella. Se hizo más ligera, habló en voz baja, se movió por la estancia con pasos delicados, se vistió con telas silenciosas, veló con la sombra de las pestañas sus hermosos ojos, que no se atrevían á mirar al amigo. El temor de pesar sobre él, de molestarle, de fastidiarle, le dió las alas de la adivinación. Su sensibilidad siempre despierta escuchó y espío á la puerta inaccesible de los pensamientos. Llegó á sentir, en ciertas horas, en su latido, el ritmo de aquella otra vida.

Su alma, dispuesta á crear un nuevo sentimiento capaz de vencer las violencias del instinto, reveló en su rostro, con indicios estupendos, la dificultad del propósito secreto. Jamás su arte inmensa había encontrado expresiones tan singulares; ni nunca, de la sombra de sus líneas, habían nacido significaciones tan obscuras. Su amigo, mirándola un día, le habló de la infinita potencia que se recoge en la sombra, producida por el casco, en el rostro del Pensativo.

—Miguel Angel—dijo él—en una pequeña cavidad de su mármol concentró todo el esfuerzo de la meditación humana. Como el río llena la palma de la mano que se hace cóncava, así el eterno misterio que nos rodea llena ese pequeño espacio abierto por el escalpelo del Titan, en la materia de las montañas; y allí ha quedado y allí se ha hecho denso con los siglos. No conozco sino la sombra movible de vuestro rostro, Fosca, que á veces iguala á aquella en la intensidad, y á veces la supera.

Se inclinaba hacia el animador ávida de poesía y de saber. Fué para él la figura ideal de aquella que escucha y que comprende. Una palabra bella, atrajo á sus ojos súbitamente las lágrimas, como la gota que cae en un vaso colmado y lo hace desbordar.

Ella le leyó las páginas de los soberanos poetas. La forma augusta del Libro pareció magnificada por su actitud al tenerlo, por el ademán que hizo al volver las hojas, por la gravedad religiosa de la atención, por la armonía de los labios que mudaban en rumores vocales los signos impresos. Leyendo los cánticos de Dante, fué severa y noble como las sibilas que en las bóvedas de la Sixtina sostienen el peso de los sagrados volúmenes con todo el heroísmo de sus cuerpos agitados por el soplo de las profecías. Las líneas de su actitud y hasta los mínimos pliegues de su túnica, al par de las modulaciones, aclararon el texto divino.

Espirada la última sílaba, vió á su amigo levantarse con ímpetu, temblar como en la fiebre, vagar por la estancia agitado por el dios, anhelar con la ansie-

dad que le daban los tumultos confusos de su fuerza creadora. A veces vióle llegar á ella con ojos radiantes, transfigurado por un súbito éxtasis, iluminado por una llama interior, como si de repente se hubiese encendido en él una sobrehumana esperanza, ó se hubiese revelado una verdad mortal. Con un escalofrío que borraba en la sangre el recuerdo de toda caricia, vióle llegar á ella é inclinarse hacia sus rodillas, abatido por el derrumbamiento terrible del mundo que él llevaba en sí, por la sacudida que acompañaba á alguna metamorfosis oculta. Sufrió y gozó ignorando si su amado sufría ó gozaba; sintió piedad, miedo y reverencia, observando aquel cuerpo voluptuoso adornado tan profundamente por el génesis de la idea. Calló, esperó, adoró, en aquella cabeza reclinada sobre sus rodillas, los pensamientos ignotos.

Pero comprendió mejor el grande afán, cuando un día, después de la lectura, le habló del desterrado.

—¡Imaginad, Fosca, si podéis, sin atemorizaros, el ímpetu y el ardor de la desmesurada alma al mezclarse á las energías elementarias para concebir sus mundos! Imagináos á Alighieri, lleno ya de su visión, camino del destierro, peregrino implacable, arrojado por la pasión y por la miseria de tierra en tierra, de refugio en refugio, á través de los campos, á través de las montañas, á lo largo de los ríos, á lo largo de los mares, en todas las estaciones, sofocado por la dulzura de la primavera, sacudido por la crudeza del invierno, siempre alerta, atento, abiertos los ojos voraces, ansioso por el tra-

bajo interior donde estaba en formación la obra gigantesca. Imaginad la plenitud de aquella alma, en el contraste de las necesidades comunes y de las inflamadas apariciones que le salían al revolver un camino, sobre un dique, en la cavidad de una roca, en el declive de una colina, en las espesuras de una selva, en un prado lleno del canto de las alondras.

Por el trámite de los sentidos, la vida múltiple y multiforme, se le precipitaba en el espíritu transfigurando en imágenes vivientes las ideas abstractas de que se hallaba repleto. Por cualquier parte, bajo el paso doloroso, brotaban manantiales imprevisos de poesía. Las voces, las apariencias y las esencias de los elementos entraban en el oculto trabajo y lo aumentaban, en sonidos, en líneas, en colores, en movimientos, en misterios innumerables. El Fuego, el Aire, el Agua, y la Tierra, colaboraban en el poema sagrado, fundían el total de la doctrina, la caldeaban, la hacían tenue, la regaban, la cubrían de hojas y de flores... Abrid este Libro cristiano é imaginad alzada, en frente, la estatua de un dios griego. ¿No veis brotar de uno y otro la nube ó la luz, los relámpagos ó los vientos del cielo?

Entonces la trágica comenzó á sentir como derivaba su misma vida en la obra que todo lo absorbía, como gota á gota su misma alma, entraba en la persona del drama, y sus aspectos, sus actitudes, sus gestos, sus acentos concurrían á formar la figura de la heroína «que vive al otro lado de la vida.» Fué como una presa para aquellos ojos voraces, que á veces la observaban con una violencia intolerable. Conoció de este modo una nueva manera de

ser poseída. Parecióle disolverse en sus elementos al fuego de aquella inteligencia, y después recomponerse en perfecciones por la necesidad de un heroísmo dominador sobre el Destino. Su obligación secreta, concordando con la virtud de la creación ideal, era la de no disentir con la imagen que debía asemejarla. El arte secundaba la aparición del sentimiento nuevo, preparado por ella.

También sufrió por aquel simulacro que arrojaba á su sombra, en la realidad de la renuncia y del dolor. Una extraña ambigüedad nació de aquella semejanza entre la ficción y su sér. Parecióle que su esfuerzo, oculto la preparase al dominio del juego escénico, y no á una conquista de su conciencia sobre el instinto obscuro. Parecióle extraviar su sinceridad humana y encontrarse en el estado de concitación ficticia en el cual solía colocarse cuando estudiaba el carácter de la persona trágica que había de encarnar. Conoció además otro tormento. Se cerró y se contrajo ante la mirada del investigador, como para impedir que la penetrase y la arrebatase aquella vida secreta. La aterrorizó el vidente. «¡Leerá en mi alma las mudas palabras que pondrá en boca de su personaje, y no podré pronunciarlas más que en la escena, bajo la máscara!» Sintió que su espontaneidad cesaba. Experimentó extravíos y descorazonamientos confusos, de los que á veces resurgió con una necesidad impetuosa de romper el encanto, de hacerse otra, de separarse de aquella imagen que debía asemejar, de romper aquellas líneas de belleza que la aprisionaban y la obligaban á un sacrificio determinado.

—¿No había también en la tragedia una virgen sedienta de amor y ávida de gozar, en la cual un alto espíritu reconocía la aparición viviente de su sueño más ligero, la Victoria invocada que debía coronarles la vida? ¿Y no había también una mujer amante y ya no joven, que tenía ya el pie en la sombra y que sólo le restaba dar un breve paso para desaparecer?—Más de una vez se sintió dispuesta á contradecir con un acto violento aquella resignación.

Temblaba entonces ante la posibilidad de recaer en el horror, de volver á ser presa de la horrible furia, de ser atrapada por la fiera insidiosa que no estaba muerta, sino que vivía aún y espiaba en la obscuridad esperando el momento de lanzarse. Semejante á la penitente, multiplicaba contra el peligro su fervor, hacía más rígida su disciplina, aumentaba su vigilancia, repetía con una especie de embriaguez el acto de suprema sumisión que había surgido del fondo de su miseria ante el fuego purificador: «Es necesario que lo poseas todo. Me contentaré viéndote vivir, viéndote gozar. ¡Y haz de mí lo que quieras!»

Amóla Stelio entonces por las inesperadas visiones que hacía nacer en él, por el sentido misterioso de los acontecimientos interiores, que le comunicaba con las mudanzas de su semblante. Sorprendióle que las líneas de un rostro, los movimientos de un cuerpo humano, pudiesen llegar y fecundar tan fuertemente á la inteligencia. Estremeciése y palideció un día, al verla entrar en la estancia con su paso silencioso, con el rostro expresando un dolor extra-

ordinariamente tranquilo, segura, como si viniese de las profundidades de la Prudencia, de allá donde todas las agitaciones humanas parecen un juego de vientos en el polvo de un camino sin fin.

—¡Ah! ¡Yo te he creado! ¡Yo te he creado!—le gritó ilusionado por la intensidad de la alucinación, creyendo ver á su misma heroína aparecer en el umbral de la remota estancia, ocupada por los tesoros extraídos de los sepulcros de los atrimadas.— ¡Detente un momento! ¡No muevas los párpados! ¡Ten los ojos inmóviles como dos piedras! Eres ciega. Y ves todo lo que los otros no ven. Y nadie te puede ocultar nada. Y aquí, en esta estancia, el hombre que tú amas ha revelado su amor á la otra, que aun está temblando. Y están aquí; y sus manos se han separado desde hace un instante, y su ardor está en el aire. Y la estancia está llena de tesoros fúnebres; y en dos mesas están preparadas las riquezas que vestían los cadáveres de Agamenon y Cassandra; y están allí, los cofrecillos colmados de joyas, y los vasos llenos de cenizas. Y el balcón está abierto y mira hacia la llanura de Argo y hacia las montañas lejanas. Y es el crepúsculo, y todo ese oro terrible reluce en la sombra. ¿Comprendes? Tú estás allí, en el umbral, conducida por la nodriza. Eres ciega y nada te es ignoto. ¡Párate un momento!

Hablaba con la fiebre improvisada de la invención. La escena le aparecía y desaparecía, como sumergida por un torrente poético.

—¿Qué harás? ¿Qué dirás?

La actriz sentía el hielo en la raíz de sus cabe-

llos. Su alma vibraba en los límites de su cuerpo, como una fuerza sonora. Se transformaba en ciega y adivina. El nimbo de la tragedia descendía y se posaba sobre su cabeza.

—¿Qué dirás? Los llamarás; llamarás á los dos por su nombre, en el silencio donde se encuentran los grandes despojos reales.

La actriz tenía en sus oídos el fragor de sus venas. Su voz debía resonar en el silencio de los milenios, en la lontananza de los tiempos; había de despertar la antigua aflicción de los hombres y de los héroes.

—Los cogerás por la mano; y sentirás las dos vidas inclinarse una hacia la otra con todas las fuerzas y mirarse fijamente como á través de un cristal que esté para quebrarse.

En sus ojos notó la trágica, la ceguera de las estatuas inmortales. Se vió á sí misma esculpida en el gran silencio, y sintió el rugido de la muchedumbre muda, dominada por la potencia sublime de la actitud.

—¿Y después? ¿Y después?

El animador se dirigió hacia ella con ímpetu, como si quisiese golpearla, para arrancarle chispas.

—Debes despertar á Cassandra de su sueño, has de sentir revivir sus cenizas en tus manos, has de tenerla presente en tus visiones. ¿Quieres? ¡Comprendes! Es preciso que tu alma viva tocando el alma antigua y se confunda con aquella, y forme una sola alma y una sola desventura, de tal modo, que el error del tiempo parezca destruído, y haga eviden-

te esa unidad de la vida, á la cual, tiende el esfuerzo de mi arte. Cassandra está en tí, y tú estás en ella. ¿No la has amado, no amas á la hija de Priamo? ¿Quién olvidará nunca, si una vez te ha oído, quién olvidará el sonido de tu voz, y la convulsión de tus labios en el primer grito del furor fatídico: «¡Oh, Tierra! ¡Oh, Apolo!» Te vuelvo á ver muda y sorda, con aquel aspecto de fiera apresada recientemente. ¡Ah! Pero entre tantos gritos terribles existía algún anhelo infinitamente dulce y triste. Los Viejos te comparaban al «rojo ruiñeñor.» ¿Cómo decían, cómo decían tus palabras cuando tú te acordabas de tu hermoso río? ¿Y cuando los viejos te preguntaban por el amor del Dios? ¿No las recuerdas?

La Trágica palpitaba como si de nuevo la invadiese el soplo del dios. Se había transformado en una materia ardiente y ductil, sujeta á todas las animaciones del poeta.

—¿No las recuerdas?

—¡Oh bodas, bodas de París funestas á los corazones! ¡Oh vosotras, aguas paternas del Scamandro! Entonces, junto á vuestras llanuras, de vosotras se nutría mi adolescencia...

—¡Ah, divina! ¡Tu melodía nos evita el pesar por no oír las sílabas de Esquilo! Me acuerdo. El alma de la muchedumbre, oprimida por el lamento «en discordes sonidos» se extendió y fué feliz por aquel suspiro melodioso; y cada uno de nosotros volvió á tener la visión de sus años lejanos y de su felicidad inocente. Puedes decir: «Yo fui Cassandra.» Ha-



blando de ella, te acordarás de una vida anterior... Su máscara de oro estará entre tus manos...

Tomóle las manos, y sin darse cuenta las atormentaba. Ella no sentía el dolor. Ambos se hallaban atentos á las chispas que nacían de sus fuerzas mezcladas. Una misma vibración eléctrica corría por sus nervios maravillosos.

—Tú estás allí, junto á los restos de la princesa esclava, y palpas la máscara... ¿Qué dirás?

Pareció que en la pausa esperasen un relámpago para ver. Los ojos de la actriz volvieron á quedar inmóviles; la ceguera tornaba otra vez á ellos: Todo su rostro se hizo de mármol. Instintivamente el animador le dejó libres las manos que hicieron el ademán de palpar el oro sepulcral.!

Dijo con una voz, que creó la forma, tangible:

—¡Qué grande es su boca!

Tembló el poeta con un ansia casi de miedo.

—¿La ves?

Permanecía ella con los ojos fijos y sin mirada.

—También yo la veo. Es grande. El trabajo horrible de la adivinación la había dilátado. Gritaba, imprecaba, se lamentaba sin tregua. ¿Puedes imaginar su boca en el silencio?

En la misma actitud, casi estática, dijo lentamente:

—¡Qué estupor cuando calla!

Parecía que repitiese palabras que le hubiese sugerido un genio misterioso; mientras parecía al poeta, al escucharlas, que él mismo fuese á proferirlas. Un temblor profundo lo agitaba, como ante un prodigio.

—¿Y sus ojos?—preguntó temblando.—¿De qué color crees que eran sus ojos?

No contestó. Las líneas marmóreas de su rostro se mudaron como si las atravesase una onda ligera de sufrimiento. Un surco se le señaló en el entrecejo.

—Quizás negros,—añadió él despacio.

—No eran negros,—dijo ella,—pero lo parecían porque en el ardor fatídico, las pupilas se dilataban tanto, que devoraban el iris...

Se detuvo como si de repente le faltase la respiración. Un velo tenue de sudor se le extendía por la frente. Stelio la miraba mudo, palidísimo; y el intervalo desaparecía por las fuertes palpitations de su corazón agitado.

—En las pausas,—continuó la reveladora con una lentitud penosa,—cuando secaba la espuma de sus labios lívidos, sus ojos eran dulces y tristes como dos violetas.

Se detuvo de nuevo, afanosa, con el aspecto del que sueña y soñando sufra. Su boca parecía abrasada. Sus sienes estaban bañadas.

—Así, debían ser, antes de cerrarse para siempre.

Se sintió, entonces, completamente envuelto por el torbellino lírico; respiró en el éter inflamado de su poesía. El sentimiento musical, generador del drama, se determinó en las formas del prelude que componía. La tragedia encontró en aquella fuente sonora, el equilibrio perfecto entre las dos fuerzas que habían de animarla, entre la fuerza de la escena y la fuerza de la orquesta. Un motivo de extraordinaria potencia señaló en el mar sinfónico la aparición del antiguo Destino.

—Tú representarás en el nuevo Teatro el *Agamenon*, la *Antigone*, y además, *La Victoria del hombre*. Mi tragedia es un combate: celebro en ella la renovación del drama, con la derrota de la Voluntad monstruosa que revuelve las estirpes de Labdaco y Atreo. Comienza con el gemido de una antigua víctima y se cierra con el «grito de la luz.»

—¿Te acuerdas,—le decía á la actriz para representarle aquella presencia violenta,—te acuerdas de la cabeza cortada de Marco Crasso, en el relato de Plutarco? Bajo la tienda real, el armenio Artuades, festeja con un gran convite al rey de los partos Orodes; y los capitanes se sientan alrededor y beben; y el espíritu de Dionisio invade á aquellos bárbaros que no son insensibles al poder del ritmo, porque ante las mesas un traliano representante de tragedias llamado Giason, canta los casos de Agaves en las *Bacantes* de Eurípides. No están aún levantadas las mesas, cuando entra Sillaces trayendo la cabeza de Crasso, y, adorado el Rey, la echa allí en medio, ensangrentada. Los partos mueven

un gran estrépito de alegría. Entonces, Giasson, hace vestir á uno del coro con el traje de Penteo, y él, cogida la cabeza de Crasso, completamente invadido del furor dionisiaco, canta aquellos versos:

Traemos de los montes
á las casas una hiedra recién cortada
insigne presa...

Y el coro salta de alegría. Y como Agaves dice que ha cazado sin redes á aquel leoncillo, el coro pregunta quién lo ha tocado primero. Y Agaves contesta:

Mía es la vanagloria...

Pero de un salto se pone en pie Pomassetres, que estaba comiendo todavía, y arranca furioso, de manos del actor el despojo, y grita que á él toca, mejor que á Giasson, decir aquellas palabras, porque es el matador del romano. ¿Sientes la belleza portentosa de la escena? El rostro feroz de la Vida relampaguea de repente al lado de la Máscara de metal y de cera; el olor de la sangre humana excita el frenesí rítmico del coro; un brazo que ha dado muerte, desgarrar los velos de la ficción trágica. Este inaudito final con que termina la expedición de Crasso, me dá el entusiasmo. Pues bien, la irrup-

ción de la Moira antigua en mi tragedia moderna, parece la llegada imprevista de Sillaces al convite del Armenio. Al principio, la virgen, en la terraza que mira á los muros ciclópeos y á la puerta de los Leones, tiene entre las manos, el libro de los Trágicos y lee la lamentación de Antigone. La divinidad fatal está encerrada en aquel libro, dominadora sobre las imágenes del dolor y del delito. Pero aquellas imágenes son evocadas por las palabras vivas; y junto al puro peplo de la mártir tebana, colorea la insidiosa púrpura extendida de Clitemnestra, y los héroes de la *Orestíada*, parecen recomenzar á vivir, mientras un hombre explora sus sepulcros en el Agora. Parecen agitarse obscuramente en el fondo de la escena como Sombras, inclinarse y escuchar los diálogos, enrarecer el aire con su aliento. Se oyen de improviso los gritos que animan el gran suceso. Hé aquí el hombre que ha descubierto los sepulcros y ha visto el rostro de los atridas, helo completamente irradiado por la maravilla de la muerte y del oro. Está allí, con el aspecto del que delira. Las almas están temblando. ¿Resurge la fábula del suelo para engañar á los hombres aún? Las almas están temblando y alerta. De repente la potencia de maldición y de ruína se precipita y las agarra para arrastrarlas hacia las culpas infames. Empieza el combate desesperado. La Tragedia ya no tiene su máscara inmóvil, sino que enseña su rostro desnudo. Y el libro que leía la virgen ignorante, no puede volver á ser abierto sin estremecimiento, porque las almas sienten que aquel horror lejano se ha hecho presente y

viviente, y que allí respiran y deliran como en una realidad inevitable. La ilusión del Tiempo ha desaparecido. La Vida es una.

La misma grandeza de su concepción lo atemorizaba. A veces buscaba á su alrededor ansiosamente, escrutaba los horizontes, interrogaba á las cosas mudas, como si evocase una ayuda, como si esperase un mensaje. Permanecía largo tiempo en silencio, con los ojos cerrados, esperando.

—Es preciso ¿entiendes? que presente ante los ojos de la multitud, esa masa enorme en un sólo instante. Hé aquí en lo que consiste la dificultad de mi Preludio. Este primer esfuerzo es el máximo que la obra me exige. A un mismo tiempo he de sacar de la nada, y colocar al alma innumerable, en el estado musical más apto para recibir la insólita revelación. La orquesta ha de producir este prodigio. «El arte, como la magia, es una metafísica práctica» dice Daniel Glauro; y tiene razón.

Llegaba en ocasiones á la casa de su amiga, anhelante y agitado como si le persiguiese una Erinne. Ella no le interrogaba, pero toda su persona se convertía en una caricia para el inquieto.

—He tenido miedo,—le dijo él un día sonriendo,—miedo de quedar sofocado... Tú me crees un poco loco ¿verdad? ¿Te acuerdas de aquella noche tempestuosa cuando volví del Lido? ¡Qué dulce fuiste, Fosca! Poco antes, en el puente de Rialto, había encontrado un Motivo; había traducido en notas la palabra del Elemento... ¿Sabes lo que es un Motivo? Un pequeño manantial del que puede nacer una multitud de ríos, una sola simiente de la que puede

nacer una corona de forestas, una chispa de la que puede nacer una cadena de incendios sin fin: un núcleo productor de infinita fuerza en suma. No existe en el mundo de los orígenes ideales un sér más potente, un órgano de producción con mayor virtud. Y no hay para un cerebro activo, goce más elevado que el que pueden dar los desenvolvimientos de una tal energía... ¡Goce, sí, y temor alguna vez, amiga!

Rió con su risa ingenua. En el modo con que hablaba de aquellas cosas, estaba el indicio de la extraordinaria facultad que igualaba su espíritu al de los primitivos transfiguradores de la Naturaleza. Existía una analogía profunda entre la espontánea formación de los mitos, y aquella su necesidad instintiva de animar á todo aquello que se le colocaba ante los sentidos.

—Antes me había puesto á desenvolver el Motivo de aquella noche tempestuosa, que quiero llamar el Odro de Eolo. Helo aquí. Es esto.

Se aproximó al teclado, y tocó algunas teclas con una sola mano.

—¡Nada más que esto! Pero tú no puedes imaginar la fuerza generadora de estas pocas notas. Un torbellino de música ha nacido de ellas y no he conseguido dominarlo... ¡Vencido, sofocado, obligado á huír!

Rió otra vez; pero su alma ondulaba como un mar.

—¡El Odro del príncipe Eolo abierto por los compañeros de Odiseo! ¿Te acuerdas? Los vientos prisioneros estallan, é impulsan á la nave. Los hombres tiemblan de espanto.

Pero su alma no tenía reposo y nada podía liberarla del trabajo. Y besó las manos de su amiga, y se alejó de ella; y fué vagando por la estancia, se detuvo delante del piano que Donatella había tocado, al cantar la melodía de Claudio; inquieto, se aproximó á la ventana, vió el jardín despojado, las hermosas nubes solitarias, las torres sagradas. Su aspiración se dirigía á la criatura musical, hacia aquella que había de cantar los himnos en la sumidad de las sinfonías trágicas.

La mujer dijo en voz baja, y límpidamente:

—¡Si Donatella estuviese aquí con nosotros!...

Volvióse Stelio, dió algunos pasos hacia ella, y la miró fijamente, sin hablar. Sonrió la Foscarina, con su tenue sonrisa ocultadora, viéndole tan próximo y, sin embargo, tan distante. Comprendió que en aquel momento él, no quería á nadie, ni á ella ni á Donatella; sino que las consideraba á las dos como puros instrumentos del arte, como fuerzas que emplear, «arcos que tender.» Ardía en su poesía y ella estaba allí, con su pobre corazón herido, con su secreto suplicio, con su imploración silenciosa, atenta únicamente á preparar su sacrificio, á transpasar al otro lado del amor y de la vida, como la heroína del drama futuro: «¡Ah! ¿qué cosa habría que pudiera aproximarte á mí, lanzarte sobre mi corazón fiel; hacerte estremecer de otra ansiedad? pensaba ella viéndole extraño, perdido en el sueño. «Un gran dolor acaso; un suceso imprevisto, una desilusión cruda, un daño irreparable.»

Volvióle á la memoria aquel verso de Gaspara Stampa, alabado por él:

¡Vivir ardiendo y no sentir el mal!

Y volvió á ver el súbito palor de su amado, cuando ella se detuvo en el sendero, entre las dos paredes, y había declarado sus primeros títulos de nobleza en la lucha por la vida.

«¡Ah, si un día pudieses sentir lo que vale realmente una devoción como la mía, una servidumbre como ésta que te ofrezco! ¡Si verdaderamente un día tuvieses necesidad de mí, y, vencido, en mí encontraras la fe, y, fatigado, hallases en mí la fuerza!»

Se reducía la amante á invocar el dolor en auxilio de su esperanza; y mientras en su interior decía: «si un día...» el sentimiento del tiempo la dominaba, el sentimiento del tiempo que huye, de la llama que se consume, del cuerpo que se marchita, de las infinitas cosas que se corrompen y perecen.

Cada día que pasaba debía dejarle una señal en el rostro, descolorarle los labios, aclararle los cabellos; cada día, al presente, le aproximaba á la vejez, apresuraba la obra de destrucción en la carne miserable. «¿Qué remedio?»

Reconoció una vez más que siempre el deseo, el invencible deseo, era el causante de todas las ilusiones y de todas las esperanzas, que parecían ayudarla á realizar «lo que el amor no puede.»

Reconoció que cualquier ésfuerzo por extirparlo, hubiera sido estéril; y descorazonada, vió, en un momento, disiparse el artificio al cual había obliga-

do su voluntad á su alma. Con vergüenza secreta, comprendió de qué modo misero se parecía en aquel punto, á la actriz que vuelve de la escena y abandona su máscara. ¿Al pronunciar aquellas palabras que habían interrumpido el silencio, expresando, con el acento de la sinceridad, un pesar simulado, no había hecho como quien recita una parte? ¡Pero había sufrido, había retorcido su corazón, había extraído de lo más sano de su sangre, una tal dulzura! «¡Qué más!»

Reconoció que la torturante constricción de aquellos días, no había servido para crear en ella ni siquiera el indicio del sentimiento nuevo, en el cual el amor debiera sublimarse. Era como aquellos jardineros que, con las tijeras, dan una forma artificial á las plantas tenaces, las cuales, no obstante, conservan su tronco gallardo y todas sus raíces intactas, para deformar con una rápida expansión de vida, el dibujo, si no es asidua la obra del hierro en las ramas rebeldes.

Su esfuerzo era, pues, tan doloroso como inútil; porque solo tenía una eficacia exterior, dejando inmutable el fondo, y casi acreciendo la intensidad del mal al contenerlo. ¡Su tarea secreta se reducía, pues, á una constante disimulación! ¿Valía la pena de vivir para esto?

No quería, ni podía seguir viviendo sino á condición de encontrar por último su armonía. Pero en la experiencia de aquellos días, no había logrado más que aumentar la agudeza de su inquietud y de su tristeza, ó perderse enteramente en el ímpetu del alma creadora, que la atraía para fundirla, co-

mo una substancia plástica. Y tan alejada estaba de la armonía buscada, que había notado, en un cierto punto, su espontaneidad detenerse, y ofuscarse su sinceridad, y un sordo fermento de rebelión dilatarle el pecho y volver el aura de la manía temida.

¿Allí, sobre las almohadas del diván, en la sombra, no era la misma mujer que una noche de Octubre, en la aridez del veneno, había dicho á su amigo: «¿Es preciso que yo muera?» ¿No era la misma mujer que en otra parte, de pie, había saltado sobre él, como para devorarle?

¿Si entonces, el turbulento deseo del joven, la hacía padecer cruelmente, no padecía ahora más cruelmente, al advertir que aquel ardor se había calmado, y que se notaba en él una especie de contención, y á veces casi la impaciencia, al hacerle las más leves caricias? Sentía vergüenza de apesadumbrarse al verle poseído por la idea, y dispuesto á concentrar todas sus energías en el solo esfuerzo mental. Pero un oscuro rencor se apoderaba de ella, algunas veces, cuando él se despedía, y las ciegas sospechas en las noches hacían estragos en su alma insomne. Cedió al mal nocturno. Palpitante y febril en la obscuridad del *felse* (1), vagó por los canales, titubeó antes de dar al remador el nombre de un río lejano; quiso volver atrás; sollozó sofocadamente sobre su mal; sintió que su pasmo se hacía insostenible; se inclinó hacia el encanto letal del agua; habló con la muerte; después se abandonó á

(1) Se llama así la especie de camarote ó camareta de las góndolas.

su miseria. Espió la casa de su amigo. Permaneció largas horas en una espectación miedosa é inútil.

Fueron aquellas sus peores agonías, en aquel tristísimo río de la Panade, que tiene en su extremo un puente, bajo el arco del cual aparece la isla mortuoria de San Miguel, en la laguna abierta. El antiguo palacio gótico, al ángulo de San Caciano parecía una ruína suspendida que hubiese, de repente, de precipitarse sobre ella y sepultarla. Los cimientos negros se veían podridos á lo largo de las paredes, descubiertas por la baja mar, exhalando el olor de la disolución. Y oyó una vez al alba, despertarse los pajarillos en el huerto de las Clarisas.

«¡Partir!» La necesidad del acto se hizo sentir con una urgencia súbita. Ya en un día memorable dijo á su amigo: «Ahora me parece que únicamente puedo una sola cosa: irme, desaparecer, dejarte libre con tu sino. ¡Yo puedo esto, que el amor no puede!» Al presente, no le era permitida la duda. Era preciso que venciese cualquier vacilación, que saliese al fin de aquella especie de inmovilidad fatal de los acontecimientos, en los que desde tanto tiempo, se agitaba entre la vida y la muerte, como si hubiese caído en aquel agua turbulenta y muda de allá bajo, junto á la isla fúnebre, y allí se debatiese angustiosamente, sintiendo ceder bajo el pie el fondo blando, creyendo constantemente ser engullida, y teniendo siempre ante la vista, la extensión igual de la gran calma, y sin ahogarse nunca.

Nada, en efecto, había sucedido, nada sucedía. Desde aquella alba de Octubre, la vida exterior continuaba sin variación. Ninguna palabra había

sido proferida que estableciese un término, que indicase una interrupción. Casi parecía que la dulce promesa del viaje á las Colinas Euganeas, fuese á cumplirse, al aproximarse el florecimiento de los melocotoneros.

Y no obstante, ella comprendía la imposibilidad absoluta de continuar viviendo, tal como vivía, al lado del amado. Era un sentimiento indefinido é indestructible, como el del que se encontrase en una casa que ardiese, ó del que en la montaña fuese detenido por un ventisquero, ó en el desierto hubiese bebido de su odre el último sorbo. Había en ella algo de realizado, como en el árbol que ha dado todo su fruto, como en el campo que ha sido segado, como en la corriente que ha llegado al mar.

Su necesidad interior era como la necesidad de los hechos naturales, de las mareas, de las estaciones, de los cambios celestes. Y fué por ella aceptada, sin examinarla.

Y su valor resurgió, su alma se reafirmó, su actividad se despertó, sus cualidades viriles de conductora se manifestaron. En pocos momentos arregló su itinerario, reunió á su gente, fijó el día de la partida. «Irás á trabajar allá bajo, entre los bárbaros, al otro lado del Océano,» se dijo á sí misma duramente. «Irás á trabajar otra vez, vagando de ciudad en ciudad, de hotel en hotel, de teatro en teatro, y todas las noches harás rugir á la muchedumbre que te paga. Ganarás mucho dinero. Volverás cargada de dinero y de sabiduría, si no te sucede que quedes aplastada bajo una rueda en un choque, un día de niebla...»

«¡Quién sabe!» añadió. «¿De quién has recibido la orden de irte? De alguien que existe en tí, en lo más profundo de tí, y que ve lo que tú no ves, como la ciega de la tragedia. ¡Quién sabe que allá bajo, en alguno de aquellos grandes ríos pacíficos, tu alma no encuentre su armonía, y tus labios no aprendan esa sonrisa que en vano han ensayado tantas veces! Quizás descubrirás en el mismo momento, en tu espejo, un cabello blanco y esa sonrisa. ¡Ve en paz!»

Preparó su equipaje.

Parecía que pasara de cuando en cuando por el cielo de Febrero, el soplo de la estación precoz.

—¿Sientes la primavera?—dijo Stelio á su amiga, y sus narices se dilataron.

Ella se abandonó echándose hacia atrás, notando que su corazón se despedazaba; dirigió la cara al cielo, que se hallaba esparcido de vapores, como de plumas volubles. El rugido ronco de una sirena se prolongó en el estuario pálido, haciéndose poco á poco suave como la nota de una flauta. Parecióle á la mujer que algo se le escapase de lo íntimo del pecho, y se desvaneciese con aquel sonido por la

lejanía, como un dolor que se transformase poco á poco en un recuerdo.

Contestó:

—Ha llegado á los Tres Puertos.

Iban una vez más por las lagunas á la ventura, sobre el agua, familiar á su sueño, como el tejido al tejedor.

—¿Has dicho «á los Tres Puertos?»—exclamó el joven, vivamente, como si un espíritu se despertase en él.—Allí precisamente, cerca de la playa baja, al ponerse la luna, los marineros hacen prisionero al Vientecillo, y lo llevan atado á Dardi Seguso... Te contaré un día la historia del Archiorgano.

Sonrió la Foscarina al ver el modo misterioso con que él, había señalado el acto de los marineros.

—¿Qué historia?—preguntó inclinándose hacia la seducción.—¿Y cómo dices Seguso? ¿Es el maestro vidriero?

—Sí, pero uno antiguo, que sabía griego y latín, música y arquitectura, admitido en la Academia de los Peregrinos, que tenía sus huertos en Murano, y era invitado á menudo á cenar por Vecellio, en su casa, en la comarca de los Biri, amigo de Bernardo Capello, de Jacobo Zane y de otros patrios petrarquistas... Precisamente en casa de Caterina Zeno, vió el órgano famoso que había sido construído por Matías Corvino, rey de los húngaros; y se le ocurrió el hermoso pensamiento en una disputa con aquel Agustín Amadi, que había logrado tener en su colección de instrumentos, una verdadera lira griega, un gran septacordio lesbio, rico en marfil y oro... ¡Ah! ¿Te imaginas la reliquia de

la escuela de Mitileno, traída á Venecia por una galera que, pasando por las aguas de Santa Maura, arrastró tras su estela hasta Malamocco, el cadáver de Safo, como un haz de hierbas secas? Pero esta es otra historia.

Una vez más la mujer nómada pareció retroceder á su juventud, para sonreír atónita, como una niña á la cual se enseñe un libro con estampas. ¡Cuántas historias maravillosas, cuántas deliciosas invenciones el Imaginífico había encontrado para ella en el agua, en la beatitud de la hora! ¡Cuántos encantamientos había sabido componer para ella, en el ligero barquito, al ritmo del remo, con su palabra que todo lo hacía visible! Al lado de él, en el ligero barquito, ¡cuántas veces había soboreado aquella especie de lúcido sueño, en el cual se interrumpían todas las penas y ondulaban tan solo las visiones de la poesía!

—Cuenta,—le suplicó, y quería añadir: «Será la última,» pero se contuvo, porque había ocultado á su amigo lo que tenía resuelto.

El rió.

—¡Ah! Sientes avidez de fábulas, como Sofía.

Al oír aquel nombre, como al oír nombrar la primavera, sintió lacerársele el corazón, la crueldad de su sino atravesarle el alma, todo su sér volverse hacia los bienes perdidos.

—Mira,—dijole él, indicando la taciturna llanura lagunar, que aquí y acullá se estremecía al paso del aura.—¿Estas infinitas líneas en silencio no aspiran á transformarse en música?

Pálido en la bonanza de la tarde, el estuario llevaba ligeramente sus islas, como el cielo lleva sus nubes más benignas. Las largas zonas sutiles del Lido y de la Terraferma, tenían la apariencia de restos negruzcos, que flotan á trechos sobre las ondas en bonanza. Torcello, Burano, San Francisco del Desierto, de lejos no aparecían con aspecto de desembarcaderos, sino de tierras sumergidas, las cimas de las cuales sobresaliesen el nivel del agua, como las cofas de los navíos que están á pique. Eran débiles los testimonios de los hombres, en aquella soledad llana, como las letras corroídas por el tiempo en las antiqüísimas lápidas.

—En cierta ocasión, pues, el maestro vidriero, al oír en casa de Zeno celebrar el famoso órgano de Matías Corvino, «*Corpo di Baco*» exclamó: «Se verá qué órgano sabré hacer también yo con mi soplillo. ¡Quiero hacer el Dios de los órganos! *Dant sonitum glaucae per stagna loquacia cannae...* ¡Quiero que el agua de la laguna le dé el sonido, y que las piedras, los peces, y todo, canten el *Multi-solum silentium!*... ¡Se verá, cuerpo de Diana!» Rieron todos los presentes, excepto Julio de Ponte, porque tenía los dientes oscuros. Y Sansovino hizo una disertación sobre los órganos hidráulicos. Pero el jactancioso, antes de despedirse, convidó á la compañía á oír su nueva música el día de la Ascensión y prometió que el Dux, en su Bucintoro (1), se detendría en medio de la laguna á escuchar. Aquella noche, corrió por Venecia la voz de que

(1) Góndola, figurando un animal mitológico.

Dardi Seguso había perdido la razón; y el Consejo, que era amantísimo de sus vidrieros, envió á Murano un mensajero por noticias. El mensajero encontró al artífice con su cortesana Perdilanza del Mido, que le acariciaba, inquieta y atemorizada, porque le parecía que desatinase. El maestro, después de haberle mirado con ojos llameantes, dejó escapar una potentísima carcajada, que dió la seguridad de su estado, mejor que palabra alguna; y tranquilo, le ordenó que dijese al Consejo que, para la Ascensión, Venecia, con San Marcos, con el Canalazzo, y con el Palacio del Dux, tendría una nueva maravilla. Y al día siguiente, presentó una instancia para obtener una de las cinco islitas que había alrededor de Murano, como los satélites de un planeta, desaparecidas hoy, ó transformadas en ciénagas. Entre Temodia, Trencore, Galbaia, Mortesina, y la Fólega, después de explorar las aguas, escogió á Temodia como se escoge una esposa. Y Perdilanza del Nido, comenzó á sentirse afligida... ¡Mira, Foscarina! Pasamos quizás sobre el recuerdo de Temodia. Las cañas del órgano están sepultadas en el fango, pero no se estropearán. Eran siete mil. Pasamos sobre las ruínas de una selva de vidrio canoro. ¡Qué delicadas son las algas aquí!

Se inclinaba hacia las límpidas aguas; y ella también por el otro lado. Los lazos, las plumas, el terciopelo, las otras materias tenues que componían con un arte sabio y sutil el sombrero de la Foscarina, sus ojos y la sombra glauca que los cercaba, la misma sonrisa, con la cual hacía encantadora la gracia de su florecer; el ramo de junquillos que ha-

bía colocado á proa en el lugar del farolito, las imaginaciones peregrinas del animador, los nombres soñados de las islas desaparecidas, el azul que ora sí, ora no, se descubría entre el vapor niveo, el gorjeo débil que ora sí, ora no, llegaba de una bandada de pájaros invisibles; todas las cosas más delicadas eran vencidas por los juegos de aquellas apariencias fugitivas, por el color de aquellas cabelle-ras salinas que vivían en los cambios de marea, volviéndose, como por la sugestión de una caricia alterna. Dos milagros mezclados parecían colorar-las. Verdes como el grano que nace en el surco, rojas como el follaje que muere en el encinar, y verdes y rojas en las innumerables variaciones de las plantas que nacen y que mueren, daban imagen de una estación ambigua que fuese propia de la laguna en su lecho. La luz del día iluminándolas á través de la limpidez, no disminuía de fuerza, pero aumentaba el misterio, de tal modo, que en su flexibilidad había un recuerdo de su obediencia á las atracciones lunares.

—¿Por qué se afligía Perdilanza?—preguntó la mujer permaneciendo reclinada hacia las transparentes aguas.

—Porque en la boca y en el alma del amante su nombre había sido vencido por el nombre de Temodia, que pronunciaba apasionadamente; y porque la isla era el único lugar á donde no le estaba permitido seguirlo. Allí había construido el vidriero su nuevo taller y permanecía gran parte del día y casi toda la noche ayudado por sus oficiales, á los cuales había exigido el secreto, bajo juramento, ante el altar. El Consejo, al ordenar que el maestro

fuese provisto de cuanto necesitase para el grandioso trabajo, decretó también la decapitación para el caso en que la obra no fuese igual al orgullo del que la ofreciera. Dardi entonces se puso un hilo de escarlata alrededor del cuello.

La Foscarina se incorporó, para variar de posición, como trasoñada. Entre las apariencias del fondo algoso y las de la fábula se extraviaba como en el laberinto; y empezaba á sentir la misma ansiedad, confundiendo en su espíritu la realidad con los fantasmas. Parecía que él hablase de sí mismo, empleando aquellas extrañas figuras, como cuando en la última tarde de Septiembre le había descubierto el mito del granado; y el nombre de la mujer imaginaria, empezaba precisamente con las dos primeras sílabas del que él le daba entonces.

¿Quería acaso significar alguna cosa, bajo el velo de aquel relato? ¿Y qué podía ser? ¿Y por qué en la proximidad del lugar donde la había dominado la horrible risa, complaciase en aquella fantasía que parecía inspirada en el recuerdo de la copa rota?

El encanto se cortó, el olvido se disolvió. Tratando de comprender, ella misma se forjó con aquella materia de sueño, un instrumento de tortura. Pareció olvidar que su amigo ignoraba su próxima partida. Miróle, le reconoció en la cara aquella felicidad intelectual que solía brillar en él, como algo diamantino y agudo. Instintivamente le dijo entre sí: «Me voy. ¡No me hieras!»

—Sorsi ¿qué es aquello blanco que flota, allí, bajo el muro?—preguntó Stelio al remador.

Costeaban por Murano. Aparecían las paredes de

los huertos, las copas de los laureles. El humo negro de los hornos ondulaba, como duelos suspendidos en el aire argentino.

La actriz entonces, con un súbito horror, tuvo la visión del puerto lejano donde la esperaba la nave enorme y viviente; volvió á ver la nube perpetua sobre la ciudad brutal de los mil y mil caminos, de los montes de carbón, de las selvas de antenas, de los monstruosos armamentos, volvió á oír el fragor de los yunques, el estridir de los arganós, la ansiedad de las máquinas, el inmenso gemido del hierro en el bochorno del fuego.

—Es un perro muerto—dijo el remador.

Un cadáver hinchado y amarillento flotaba junto al rojo muro de ladrillo, en las hendiduras del cual, tremolaban las hierbas y las flores, hijas de la ruina y del viento.

—¡Boga!—gritó Stelio, dominado por la repugnancia.

La mujer cerró los ojos. Impulsado por el remo, el barquito se deslizó, corrió sobre el agua transparente. El cielo se hacía cada vez más blanco. Un esplendor igual difundiéndose, reinaba en el estuario. Voces de marineros llegaban de un lanchón cargado de hortalizas. De San Giacomo di Palude llegaba el gorjeo de pájaros. Una sirena oyóse en la lontananza.

—Conque el hombre del hilo de escarlata...—dijo la Foscarina, ansiosa de conocer la continuación, porque quería comprender.

—Sintió muchas veces vacilar la cabeza sobre el cuello—prosiguió Stelio riendo.—Le era preciso so-

plar tubos gruesos como troncos de árboles, y con el arte de una boca viva, no con la fuerza de una fragua, y sin interrumpirse, con un solo aliento. ¡Imaginate! No eran suficientes los pulmones de un ciclope. ¡Ah! ¡Un día contaré el ardor de aquella vida, colocada entre el hacha del verdugo y la necesidad del milagro, en coloquio con los elementos! Tenía el Fuego, el Agua, la Tierra; le faltaba el Aire, el movimiento del Aire. Entre tanto los Diez le enviaban todas las mañanas un hombre colorado á darle los buenos días: ¿sabes? aquel hombre colorado con el capuchón sobre los ojos, que está abrazado á la columna, en la adoración de las llagas, del segundo Bonifacio. Después de infinitas pruebas, se le ocurrió una buena idea á Dardi. Habló con Priscianese, bajo los laureles, de la mansión de Eolo y de sus doce hijos y de la llegada de Laercio á la isla occidental. Releyó á Homero, á Virgilio, á Ovidio en los hermosos manuscritos de Aldo. Después fué á buscar á un mago esclavón que tenía fama de encantar los Vientos en favor de las largas navegaciones. «Tendría necesidad de un vientecillo, ni muy fuerte ni muy ligero, dócil para poderlo manipular como quisiera, un vientecillo que me sirva para hacer ciertas cosas que tengo en la cabeza... *Lenius aspirans aura secunda venit...* ¿Me has comprendido, viejo?»

El inventor de fábulas se echó á reir sonoramente porque veía la escena con todas las particularidades, en una casa de la calle de la Testa en San Zanepolo, donde el esclavón vivía con su hija Cornelia Sciavonetta, honrada cortesana (*piezo só pare, scudi 2*).

—¿Qué dice? ¿Lo sabes?—pensaban los dos gondoleros, al oírle hablar en su lengua, mezclada con sílabas oscuras.

La Foscarina trataba de secundar aquella alegría, pero la hacía sufrir la risa juvenil, como ya otra vez en las revueltas del laberinto.

—La historia es larga—añadió él.—Algún día haré algo. Me la reservo para una época de ocios... ¡Imagina! El esclavón hace el hechizo. Dardi manda todas las noches á los marineros á los Tres Puertos, para tender el engaño al Vientecillo. Una noche, por fin, antes del alba, mientras la luna se pone, le sorprenden dormido en un banco de arena en medio de una bandada de golondrinas cansadas, que él ha conducido... Está allí, en posición supina, respirando ligeramente como un niño el aroma de la sal, casi cubierto por las colas en horquilla; el rumor del mar lo adormece; las blanquinegras viajeras palpitan sobre él, rendidas por el largo viaje...

—¡Oh dulce!—exclamó la mujer ante aquella fresca pintura.—¿Dónde la has visto?

—Aquí comienza la gracia de la fábula. Los marineros lo cogen, lo atan con mimbres, lo llevan á bordo y se dan á la vela con rumbo á Temodia. La barca se ve invadida por las golondrinas que no abandonan al conductor de la bandada...

Stelio se detuvo porque las particularidades de la aventura se le amontonaron en la imaginación en tan gran número, que no supo escoger ninguna. Pero escuchó atento un canto aéreo que venía de la parte de San Francisco del Desierto. Se descu-

bría el campanario un tanto oblicuo de Burano, y detrás de la isla del hilo, los campanarios de Torcello en el solitario esplendor.

—¿Y qué pasó?—preguntó su compañera.

—No puedo decir más, Fosca. Sé demasiadas cosas... Figúrate que Dardise apasiona de su prisionero... Se llama Ornitio, porque es conductor de pájaros emigrantes. Un continuo silbar de golondrinas se oye constantemente en torno á Temodia; los nidos cuelgan de todos los puntos salientes que rodean la obra; algunas alas se abrasan en las llamas del horno, cuando Ornitio sopla creando una columna luminosa y ligera con la bola de pasta incandescente. ¡Ah! ¡Pero antes de amansarlo y de enseñarle el arte, cuantas fatigas! El maestro del fuego empieza á hablarle latín y á recitarle algunos versos de Virgilio, creyendo ser comprendido. Pero Ornitio, pelo azul, habla griego, naturalmente con un acento un poco sibilante... Sabe de memoria dos odas de Safo, desconocidas de los humanistas que él llevó un día de primavera de Mitilena á Chio; y soplando las cañas desiguales, se acuerda de la flauta de Pan... Te diré, te diré algún día todas estas cosas.

—¿De qué se nutría?

—De pólen y de sal.

—¿Y quién se lo buscaba.

—Nadie. Le bastaba respirar el pólen y la sal que se hallan esparcidos en el aire.

—¿Y no probaba de escapar?

—Siempre. Pero Dardi empleaba infinitas caute-
las, como enamorado que estaba.

—¿Y Ornitio le correspondió?

—Sí, comenzó á corresponderle, especialmente porque le gustaba aquel hilo de escarlata que el maestro llevaba siempre alrededor del cuello desnudo.

—¿Y Perdilanza?

—Languidecía de dolor en el abandono. Te lo contaré algún día... Iré un verano á la playa de Pelletrina para componerte esta hermosa fábula en la arena de oro.

—Pero ¿cómo acaba?

—Se realiza el milagro. El Archiorgano surge en Temodia, con sus siete mil tubos de vidrio; semejante á uno de esos bosques congelados que Ornitio —el cual se inclinaba á magnificar sus viajes— decía que había visto en los países hiperbóreos. Es el día de la Ascensión. El Serenísimo, entre el Patriarca y el Arzobispo de Spalatro, se adelanta por la dársena de San Marco en el Bucintoro. Ornitio cree que Cronos vuelva en triunfo, tanta es la pompa. Se abren alrededor de Temodia las cataratas, y animado por el silencio eterno de la laguna, el instrumento gigantesco bajo los dedos mágicos del nuevo misurgo extiende una honda de armonía tan vasta, que llega á la Terraferma, y se propaga por el Adriático. El Bucintoro se detiene, porque sus cuarenta remos se bajan á lo largo de sus costados como alas que se plegan, abandonados en sus escálamos por los remeros atemorizados. Pero de improviso la onda se quiebra, se reduce á pocos sonidos discordes, se debilita, se apaga. Dardi siente de improviso ensordecer el instrumento bajo sus manos, como si el alma se desvaneciese, como si en

sus profundidades una fuerza extraña devastase la obra prodigiosa. ¿Qué ha sucedido? No oye más que el gran clamor de escarnio que pasa á través de los tubos mudos, el estrépito de la artillería, los aullidos de la plebe. Un barquichuelo se separa del Bucintoro llevando al hombro encarnado con el tajo y con el hacha. El golpe tiene por señal el hilo de escarlata, y es preciso. La cabeza cae; y rueda hasta el agua donde flota como la de Orfeo...

—¿Qué había sucedido?

—Perdanza se había echado á las cataratas! El agua la arrastró hacia las profundidades del órgano. Su cuerpo, con toda su famosa caballera, quedóse á través del instrumento, grande y delicado, impidiendo al corazón sonoro...

—¿Pero Ornitio?

—Ornitio recogió la cabeza sangrienta sobre el agua y voló hacia el mar. Las golondrinas notaron su fuga y ls siguieron. En pocos momentos se formó una nube negra y blanca de golondrinas detrás del fugitivo. En Venecia y en las islas, todos los nidos quedaron desiertos por aquella partida intempestiva. El Estio no tuvo golondrinas. Septiembre no tuvo las despedidas que suelen hacerlo triste y agradable...

—¿Y la cabeza de Dardi?

—¡Nadie sabe donde esté! —concluyó riendo el inventor de fábulas.

Y escuchó de nuevo el canto aéreo, en el cual comenzaba á distinguir un ritmo.

—¿Oyes?—dijo.

E hizo á los remadores señal de detenerse.

Los remos quedaron alzados sobre la banda. Era tan grande el silencio que lo mismo que de lejos se oía el canto, se oía de cerca el gotear de las palas.

—Son las monjas —dijo Sorsi en voz baja— las pobrecitas cantan aún los láudes de San Francisco.

—Boga.

La góndola se deslizó por la tranquila superficie.

—¿Quieres, Fosca, que lleguemos hasta San Francisco?

La mujer estaba con la cabeza baja pensativa.

—Hay quizás un sentido oculto en tu invención —dijo ella después de un intervalo.— Acaso he comprendido.

—¡Ay de mí! Sí, existe alguna semejanza entre mi audacia y la del muranés. Creo que yo también debiera llevar al cuello un hilo de escarlata, para aviso.

—Tú tendrás tu bella suerte. No temo por tí.

Cesó de reír el joven.

—Sí, amiga mía, es preciso que yo venza, y tú me ayudarás. Todas las mañanas recibo también una visita amenazadora, la espectación de los que me aman y de los que me odian, de los amigos y de los enemigos. A la espectación, le sienta bien el hábito del verdugo, porque no hay nada más despiadado en la tierra.

—Pero es la medida de tu poder.

Sintió el poeta el pico de un buitre en el hígado. Instintivamente se incorporó, dominado por una impaciencia ciega que lo hizo sufrir hasta por la lentitud de aquel andar.

¿Por qué permanecía en ocio? En todo instante, en todo momento era necesario experimentar, luchar, afirmarse, acrecerse, contra las destrucciones, las disminuciones, las violaciones, el contagio. En todo instante, en todo momento, era preciso tener el ojo puesto en la mira, hacer convergir todas las energías á aquella, sin tregua, sin cesar. De este modo la necesidad parecía continuamente despertar en el fondo de él un instinto bélico, un furor de lucha y de represalia.

—¿Conoces aquella frase del grande Heráclito? «El arco tiene por nombre BROS y por obra la muerte». Es una frase que antes de comunicar á los espíritus su significado cierto, los excita. La oía de continuo dentro de mí, cuando me hallaba sentado en tu mesa, en aquella noche de otoño, en la Epifanía del Fuego. Tuve una hora de vida verdaderamente dionisiaca, una hora de delirio interior, pero terrible como si yo contuviese la montaña incendiada donde rugen, y se desunen las Tiades. Verdaderamente me parecía oír, ora sí, ora no, clamores y cantos, y los gritos de un estrago lejano. Y me asombraba de permanecer inmóvil, y el sentimiento de mi inmovilidad corpórea aumentaba mi frenesí profundo. Y únicamente veía tu figura que de repente se había hecho bellísima, y en tu figura la fuerza de todas tus almas; y detrás de tí, los países y las multitudes. ¡Ah, si pudiera decirte como te ví! En el tumulto, mientras pasaban imágenes maravillosas acompañadas de nubes de músicas, te hablaba como á través de una batalla, te lanzaba un llamamiento que acaso tú oías, no tan sólo por el amor,

sino por la gloria; no por una sed sola, sino por dos; y no sabía cuál fuese la más ardiente. Y como me aparecía tu rostro, así me aparecía la imagen de mi obra. ¡La ví! ¿Entiendes? Con una increíble celeridad, en la palabra, en el canto, en el gesto, en la sinfonía, mi obra se integró y vivió de una tal vida, que si yo lograra infundir una parte, en las formas que quiero expresar, seguramente podría inflamar con mi llama al mundo.

Hablaba conteniendo la voz; y el ímpetu sofocado de sus palabras tenía un extraño reflujo en aquella agua tranquila, en aquel resplandor por donde se prolongaba la cadencia igual de los dos remos.

—¡Expresar! Esa es la necesidad. La más alta visión no tiene ningún valor si no está manifestada y condensada en formas vivientes. Y yo lo he de crear todo. Yo no vierto mi substancia en moldes heredados. Mi obra es de invención total. Yo no debo ni quiero obedecer sino á mi instinto y al genio de mi estirpe. Y del mismo modo que Dardi vió en casa de Caterino Zeno el famoso órgano, tengo yo también ante mi espíritu otra obra, realizada por un creador formidable, gigantesca, allí, en medio de los hombres.

La imagen del creador barbárico le reapareció: los ojos cerúleos brillaron bajo la frente vasta; los labios se juntaron sobre el robusto mentón; llenos de sensualidad, de soberbia y de desprecio. Después volvió á ver los cabellos blancos, que el viento crudo agitaba en aquella nuca senil, bajo las anchas alas del sombrero de fieltro, y la oreja casi lívida, con el lóbulo hinchado. Volvió á ver después el

cuerpo inmóvil, abandonado sobre las rodillas de la mujer de rostro de nieve, y el ligero temblor que agitaba uno de los pies en alto. Volvió á pensar en su escalofrío inefable, de espanto y de alegría, al sentir de improviso bajo su mano, que de nuevo palpitaba el corazón sagrado.

—¡Ah! No delante, pero sí alrededor de mi espíritu he debido decir. A veces se asemeja á un oceano de tempestad, que pruebe derribarme y engullirme. Mi Temodia es una roca de granito en alta mar, y yo soy como un artífice que allí construye un puro templo dórico, entre las violencias de las olas, contra las cuales haya de defender el orden de sus columnas, atento su espíritu incesantemente, para no cesar nunca de oír entre aquel fragor, el íntimo ritmo que tan sólo regulara los intervalos de sus líneas y de sus espacios. Hasta en ese sentido, mi tragedia es un combate.

Volvió á ver el palacio patricio tal como le había aparecido en la primera mañana de Octubre, con las águilas, con los corceles, con las ánforas, con las rosas, cerrado y mudo, como un gran sepulcro, mientras en el fastigio, el cielo se inflamaba con el hálito del aurora.

—En aquella mañana—prosiguió diciendo—después de la noche de delirio, al pasar por el canal, junto al muro de un huerto, cogí algunas flores violáceas en los intersticios de ladrillo, é hice aproximar la góndola al palacio Vendramin, para echarlas delante de la puerta. La ofrenda era demasiado pequeña, y pensé en los laureles, en los mirtos y en los cipreses. Pero en aquel acto mío espontáneo se

expresaba mi reconocimiento hacia aquel, que había de imponer á mi espíritu la necesidad de ser heroico, en su esfuerzo de liberación y de creación.

Acometido por una súbita risa, volvióse hacia el remador de popa.

—¿Te acuerdas, Zorsi, de aquella regata que hicimos una mañana para llegar al mar?

—¡Ya lo creo! Qué manera de bogar. Aun me duelen los brazos. Y aquel hambre que sentíais patrón, ¿dónde la dejamos? Cada vez que veo al patrón de la barca me pregunta por el forastero, y dice que no lo olvidará nunca, porque aquel día hizo la mayor pesca de su vida...

El gondolero no interrumpió su charla hasta que advirtió que el señor no le escuchaba ya y convenía callar, y hasta retener la respiración.

—¿Oyes el canto?—dijo Stelio á su amiga cogiéndole una mano dulcemente, porque sentía haber reavivado aquel recuerdo que la hacía sufrir.

Ella dijo levantando el rostro:

—¿De dónde viene? ¿Viene del cielo? ¿Viene de la tierra?

Una melodía infinita se extendía por la blanca paz.

Añadió:

—¡Cómo sube!

Sintió que se estremecía la mano de su amigo.

—Cuando Alejandro llega á la estancia luminosa donde la virgen ha leído la lamentación de Antigone,—dije él, apresando en su conciencia un indicio del trabajo obscuro que se operaba en el fondo de su misterio—relata que ha cabalgado por la llanura

del Argos y haber atravesado el Inacos, río de silice ardiente. Todos los campos están cubiertos de florecitas silvestres que mueren; y el canto de las alondras llena por completo el cielo... Millares de alondras, una multitud sin número... Cuenta que una ha caído de pronto á los pies de su caballo, pesada como una piedra, y se ha quedado allí, muda, fulminada por su embriaguez, por haber cantado con excesiva alegría. El la ha recogido. «¡Hela aquí!» Tú entonces extiendes la mano hacia él, la coges y murmuras: «¡Oh, está caliente aún!...» Mientras tú hablas, la virgen tiembla. Tú la sientes temblar...

La trágica volvió á sentir en la raiz de los cabellos el hielo, como si de nuevo el alma de la ciega entrase en ella.

—Al final del Preludio el impetu de las progresiones cromáticas expresa esa alegría ascendente, esa ansiedad de alegría.... ¡Escucha! ¡Escucha! ¡Ah, que maravilla! Esta mañana, Fosca, esta mañana, trabajaba yo... Mi misma melodía ahora se desenvuelve en el cielo... ¿No estamos en gracia?

Un espíritu de vida atravesaba la soledad, una aspiración vehemente conmovía el silencio. Parecía que en las líneas inmóviles, en los horizontes vanos, en las aguas, en las tierras, una voluntad natural de ascender pasase como un despertar ó como el anuncio de algún gran retorno. El alma de la mujer se abandonó allí como una hoja en un torbellino, y fué arrebatada á lo sumo del amor y de la fe. Pero la impaciencia febril de la acción, la prisa

de obrar, la necesidad de solicitar el cumplimiento, asaltaron al joven. Su capacidad de trabajo pareció multiplicarse. Pensó en la plenitud de sus horas que estaban para llegar. Vió los aspectos concretos de su obra, la masa de las páginas, el volumen de las partituras, la variedad de la tarea, la riqueza de las materias aptas para recibir el ritmo. Vió del mismo modo la colina quirita, el edificio naciente, el equilibrio de las piedras talladas, los operarios atentos á levantar pared, el arquitecto vigilante y severo, la mole vaticana frente al Teatro de Apolo, la ciudad santa debajo. Evocó sonriendo la imagen del hombrecillo, que sostenía la empresa con una magnificencia papal, saludó la figura exangüe y nariguda del príncipe romano, que no desmintiendo de su nombre, con el oro recogido en los siglos de rapiña y nepotismo, alzaba un templo armonioso al renacimiento de las Artes que habían iluminado de belleza la vida fuerte de sus mayores.

—Dentro de una semana, Fosca, mi Preludio estará terminado si la gracia me asiste. Querría ensayarlo en seguida con la orquesta. Para ello tal vez vaya á Roma. Antimo della Bella está más impaciente que yo. Casi todas las mañanas recibo carta suya. Creo que mi presencia en Roma por algunos días ha de ser necesaria también, para impedir algún error en la construcción del Teatro. ¡Antimo me escribe que se discute sobre la oportunidad de derribar la vieja escalinata de piedra que del jardín de los Corsini sube al Janículo! No sé si recuerdas la disposición del sitio. El camino que conducirá al Teatro, pasando bajo el Arco Setti-

miano, vuelve por uno de los lados del Palacio Corsini, atraviesa el jardín y llega al pie de la colina. La colina—¿te acuerdas?—está completamente verde, cubierta de pequeños prados, de cañas, de cipreses, de plátanos, de laureles y de encinas, tiene un aspecto silvano y sagrado, coronada de altos pinos itálicos. Hay en el declive una verdadera selva de encinas, regada por corrientes subterráneas. Toda la colina es rica en aguas vivas. A la izquierda se eleva la Fuente Paolina. Más abajo negrea el Bosque Parrasio, la antigua sede de los Arcades. Una escalinata de piedra, partida en dos ramales por una sucesión de anchas pilas rebosantes, asciende á un rellano, donde empiezan dos paseos de laureles verdaderamente apolíneos y dignos de conducir á los hombres hacia la Poesía. ¿Quién podría imaginar un ingreso más noble? Los siglos lo han sombreado de misterio. La piedra de los peldaños, de los balaustres, de las pilas, de las estatuas, compete en aspereza con la corteza de los plátanos venerandos, que por la vejez se han resquebrajado. Se oye tan solo el canto de los pájaros, el crepitar de los surtidores de agua, el murmullo de la fronda. ¡Ah, y yo me figuro que los poetas, y todos los hombres pueden oír la palpitación de los Amadriades y la respiración de Pan...

Infatigable el coro aéreo subía, subía, sin atenuaciones, sin pausas, llenando de sí á todos los espacios, semejante al inmenso desierto, semejante á la infinita luz. La impetuosa melodía en el sonido de las lagunas, creaba la ilusión de un ansia concorde que se elevase de las aguas, de las arenas, de las yerbas, de los vapores, de todas las cosas

naturales para seguir la ascención. Todas las cosas que habían parecido inertes, tenían ahora una palpitación profunda, un alma conmovida, un deseo de comunicarse.

—¡Oye! ¡Oye!

Y las imágenes de la vida evocadas por el animador, y los antiguos nombres de las energías inmortales circulantes en el Universo, y las aspiraciones de los hombres á transpasar el círculo de su suplicio cotidiano, para calmarse en el esplendor de la Idea, y los votos y las esperanzas y los atrevimientos y los esfuerzos, en aquel lugar de olvido y de plegaria, frente á la isla humilde donde el Esposo de la Pobreza había dejado sus vestigios, fueron inmunes á la sombra de la Muerte, por la sola virtud de aquella melodía.

—¿No parece la alegría furente de un asalto?

En vano las riberas escuálidas, las piedras trituradas, las raíces putrefactas, las huellas de las obras destruidas, los olores de la disolución, los cipreses fúnebres, las cruces negras, en vano recordaban la misma palabra que junto al río las estatuas habían expresado con sus labios de piedra. Más fuerte que todas las señales, tan sólo aquel canto de libertad y de victoria tocaba el corazón de aquel que había de crear con alegría. «¡Adelante! ¡Adelante! ¡Arriba, siempre más arriba!»

Y el corazón de Perdida, puro de toda vileza, dispuesto á cualquier prueba, secundando la ascención del himno, se volvió á prometerá la Vida. Como en la lejana hora de delirio nocturno, la mujer repetía: «¡Servir, servir!»

El barquito entraba en un canal cerrado entre dos riberas verdes, las cuales llegaban á la línea visual de tal modo, que se descubrían los innumerables tallos de la hierba y se distinguían, los nuevos por el tierno color.

*Laudato si, mi signore, per sora nostra matre terra
la quale ne sustenta et governa
et produce diversi fructi con coloriti fiori et herba*

Por la plenitud de su alma, medía la mujer el amor del Povorello por las criaturas. Era tanta su abundancia, que buscaba por todos lados cosas que adorar; y su mirada volvía á ser infantil, y todas aquellas cosas se le reflejaban como en la paz del agua, y algunas parecían volver de su más lejano pasado para darse á conocer y se le presentaban bajo el aspecto de apariciones inesperadas.

Cuando el barquito chocó contra el desembarcadero, admiróse la Foscarina de haber llegado.

—¿Quieres bajar ó quieres que volvamos atrás?
—le preguntó Stelio moviéndose.

Titubeó ella un momento, porque su mano estaba en la mano de él, y la separación equivalía á una disminución de dulzura.

—Sí—contestó sonriendo—caminemos un poco aún, por la hierba.

Desembarcaron en la isla de San Francisco. Algunos cipreses jóvenes los acogieron tímidamente. Ningún rostro humano apareció. La miriada invisible llenaba con su loa el desierto. El vapor se desgarraba, se aglomeraba en nubes, al declinar el sol.

—¡Sobre cuánta hierba hemos caminado, Stelio!

Añadió:

—Pero ahora viene la subida de peñascos.

Añadió:

—Venga la subida y que sea dura.

Maravillóse el amado de la alegría insólita que había en aquel acento. La miró; vió en los hermosos ojos la embriaguez.

—¿Por qué—dijo—nos sentimos tan alegres y libres en esta isla perdida?

—¿Lo sabes tú?

—Esta es una peregrinación triste para los otros. El que viene aquí vuelve con el sabor de la muerte en la boca.

Dijo ella:

—Nosotros estamos en gracia.

Dijo él:

—Quien más espera, más vive.

Y ella:

—Quien más ama, más espera.

El ritmo del canto aéreo continuaba llevando á él sus esencias ideales.

Dijo él:

— ¡Qué bella eres!

Un súbito rubor inundó el apasionado rostro. Detúvose la actriz palpitando. Cerró los párpados.

Dijo con una voz sofocada:

— Pasa una corriente abrasada. ¿No sentías en el agua de vez en cuando un soplo ardiente?

Olfateó el aire.

— Huele como á heno segado. ¿Lo notas?

— Es el olor de los bancos algosos que comienzan á descubrirse.

— ¡Mira los hermosos campos!

— Son las Vignole. Y aquello es el Lido. Y aquella es la isla de San Erasmo.

El sol sin velo ya abrasaba el estuario. La humedad de los bancos emergentes simulaba la vida de las flores. Las sombras de los cipreses se hacían más largas y más azules.

— Estoy cierta — dijo — de que por los alrededores hay almendros en flor. Vamos hacia el dique.

Sacudió la cabeza hacia atrás, con uno de aquellos actos suyos instintivos que parecían romper un freno ó librarse de un obstáculo.

— ¡Espera!

Y sacando rápidamente las dos largas agujas que sujetaban el sombrero, se descubrió la cabeza. Dirigióse hacia el embarcadero y echó en la góndola la cosa reluciente. Volvió hacia su amigo, ligera, levantando con los dedos la masa de sus cabellos

en donde penetró el aire y brillaron los rayos. Parecía que gozase la amante de un gran alivio, como si su respiración se hubiese dilatado.

—¿Sufrían las alas?—dijo Stelio riendo; y miró el pliegue rudo que no había sido hecho con el peine sino con la tempestad.

—Sí, hasta el menor peso me fastidia. Si no temiese parecer excéntrica iría siempre con la cabeza descubierta. Pero cuando veo los árboles no resisto ya. Mis cabellos recuerdan que han nacido de especie selvática y quieren respirar á su modo, al menos en el desierto...

Hablaba con franqueza y vivacidad, caminando por la hierba con una esbelta ondulación. Y Stelio se acordó de aquel día que en el jardín Granedigo, hábiale parecido semejar al hermoso lebrel rojo.

—¡Oh, mira un capuchino!

El hermano guardián salía á su encuentro saludando con afabilidad. Ofrecióse para introducir en el convento al visitante, pero advirtió que la regla prohibía el ingreso á la compañera.

—¿Entro?—dijo Stelio mirando á su amiga que sonreía.

—Sí, entra.

—¿Y tú te quedas sola?

—Me quedo sola.

—Te traeré una astilla del pino santo.

Siguió Stelio al franciscano por el pequeño pórtico con el techo de vigas, de las cuales pendían los nidos vacíos de las golondrinas. Antes de atravesar el umbral, se volvió á saludar á la amiga. La puerta se cerró.

O BEATA SOLITVDO!

O SOLA BEATITVDO!

Entonces, como en el órgano, un juego instantáneo de registros muda los sonidos, todos los pensamientos de la mujer, en un momento, se transfiguraron. El horror de la ausencia, el peor de los males, apareció en el alma amante. Su amigo ya no estaba allí; ya no oía su voz, no sentía ya la respiración, ya no tocaba la mano dulce y firme. Ya no lo veía vivir; no veía el aire, la luz, la sombra la vida del mundo, armonizarse con aquella vida. «¡Si no volviese, si esa puerta no se abriese ya!» No podía ser. Pasados algunos momentos volvería á atravesar el umbral, y ella lo recibiría en las pupilas y en su sangre. Pero así, de ese modo dentro de algunos días debía desaparecer; y primero la llanura y después la montaña, y después llanuras y montañas, y ríos además, y después el estrecho, y después el oceano, el infinito espacio que no vencen los gritos y los llantos, habían de colocarse entre su amor y aquella frente, aquellos ojos, aquellos labios. La imagen de la ciudad brutal, negra de carbón y erizada de armamentos, ocupó la isla tranquila; el fragor de los yunques, el estridor de los arganos, la ansiedad de las máquinas, el inmenso gemido del hierro, sofocaron la melodía primaveral.

Y á cada una de aquellas cosas sencillas, á la hierba, á las arenas, á las algas, á aquella pluma

suave que descendía de arriba, caída tal vez de una diminuta garganta canora, se opusieron las calles inundadas por la riada humana, las casas de los mil ojos informes llenos de fiebres enemigas del sueño, los teatros ocupados por el anhelo ó por el estupor de los hombres que durante una hora adormecían su voluntad. dirigida ferozmente á la guerra del lucro. Y volvió á ver su retrato y su nombre por las paredes infestadas por la lepra de los anuncios, en los carteles llevados por los faquinos embrutecidos, en los puentes gigantescos de las fábricas, en las portezuelas de los vehículos veloces, en lo alto, en lo bajo, en todos lados.

—¡Ves! ¡Mira! ¡Un ramo de almendro! El almendro ha florecido en el huerto del convento, en el segundo claustro, cerca de la gruta del pino santo. ¡Y tú lo sabías!

Su amigo venía corriendo, alegre como un niño, seguido del capuchino sonriente que llevaba un ramo de tomillo.

—¡Ves! ¡Mira qué prodigio!

Tomó la Foscarina el ramo temblando, y las lágrimas le velaron los ojos.

—Tú lo sabías.

Por entre las pestañas descubrió el amado el centelleo repentino, algo argentino y tierno, una humedad luciente, y caduca que asemejó el blanco del orbe á los pétalos de las flores. De toda la persona amante, amó entonces apasionadamente las señales delicadas que partían del ángulo de los ojos hacia

las sienas, y las tenues venas obscuras que hacían los párpados semejantes á las violetas, y las ondulaciones de las mejillas y el menton extenuado, y todo aquello que ya no podía reflorar, todo lo que era sombra en el apasionado rostro.

—¡Ah padre!—dijo con un aire alegre reprimiendo su angustia.—¿No llorará el Poverello de Cristo en el paraíso por este ramo cortado?

El padre sonrió con sutil indulgencia.

—Este buen señor—contestó—cuando ha visto el árbol, no me ha dado tiempo para abrir la boca. Tenía ya en la mano un ramo y tan solo he podido decir, Amén. Pero el almendro es rico.

Era plácido y afable, con una corona de cabellos casi todos negros aún, alrededor de la tonsura, con una cara aceitunada y fina, con dos grandes ojos leonados, que resplandecían límpidos como topacios.

—Aquí está el tomillo que da olor—añadió ofreciendo la hierba.

Se oía un coro de voces juveniles que cantaban un Responso.

—Son los novicios. Tenemos quince.

Y acompañó á los visitantes al prado que se extendía detrás del convento. De pie sobre el dique bajo un ciprés tocado por el rayo, el franciscano amable mostró con la mano las islas fértiles, alabó su abundancia, enumeró las clases de frutas, elogió las más exquisitas en las diversas estaciones, señaló con el dedo los barcos que hacían rumbo hacia Rialto, con las nuevas verduras.

—Alabado sea mi señor, por la señora nuestra madre tierra,—dijo la mujer del ramo florido.

El franciscano fué sensible á la belleza de aquella voz femenina. Calló.

Otros cipreses circundaban el prado santo, y cuatro, los más vetustos, llevaban la señal del fulgor, sin follaje y sin médula. Estaban inmóviles las cimas, únicas formas salientes en la horizontalidad de las tierras y de las aguas, que se igualaban en la línea lejana. Ni el menor soplo de viento rizaba el infinito espejo. Los fondos algosos se transparentaban como claros tesoros; las cañas palustres brillaban como vergas de ámbar; las arenas descubiertas imitaban los cambios de la madreperla; el fango simulaba la blancura opalina de la medusa. Un encantamiento profundo como un éxtasis, se extendía por el desierto. La melodía de las criaturas aladas continuaban aún en los espacios invisibles, pero parecía que ya fuese á calmarse, al fin, en el silencio santo.

—A esta hora, en las colinas de la Umbría—dijo aquel que había arrancado el ramo—cada olivo tiene á su pie, como un despojo, un haz de ramos cortados, y parece más dulce, porque se halla oculta la energía de las raíces torcidas. San Francisco pasa y con su dedo calma el dolor en las llagas hechas por la podadora.

El capuchino se despidió y presignóse.

—¡Sea alabado Jesucristo!

Los huéspedes lo vieron alejarse por entre las sombras de los cipreses.

—Está en paz—dijo la mujer.—¿No te parece, Stelio? Había una gran paz en su semblante y en su voz. Fijate también en su paso.

Una franja de sol y una franja de sombra alternamente tocaban la tonsura y la túnica.

—Me ha dado una astilla del pino—dijo Stelio.— Se la mandaré á Sofía que es devota del Seráfico. Mirala. Ya no huele á resina. ¿Sientes?

Por Sofía besó la Fosca la reliquia. Los labios de la buena hermana se posarían allí, donde los suyos se habían posado.

—Mándasela.

Caminaron en silencio por un momento, con la cabeza inclinada, sobre las huellas del hombre en paz, por entre la hilera de cipreses cargados de piñas, con dirección al embarcadero.

—¿No tienes deseos de verla?—preguntó con un estremecimiento de timidez, la Foscarina, á su amigo.

—Sí, muchos.

—Y á tu madre...

—Sí; el corazón se me va hacia ella, que me espera todos los días.

—¿Y no volverás?

—Sí, volveré, quizás.

—¿Cuándo?

—No lo sé aún. Pero deseo volver á ver á mi madre y á Sofía. Lo deseo mucho, Foscarina.

—¿Y por qué no vas? ¿Qué te detiene?

Tomóle él la mano que tenía ella caída. Continuaron de este modo su camino. Como el sol oblicuo les iluminaba la mejilla derecha, en la sombra veían las suyas juntas.

—Cuando te figurabas antes en las colinas umbrías—dijo la mujer—acaso pensabas en las colinas de tu país. Aquella imagen de los olivos podados

no era una cosa nueva para mí. Me acuerdo que un día me hablaste de la poda... En ningún otro trabajo el hombre de la gleba tiene más profundo sentimiento de la vida muda que existe en el árbol. Cuando está delante del peral, del manzano, ó del melocotonero, con la podadera y con las tijeras que han de aumentar las fuerzas, y pueden ocasionar la muerte, de toda su sabiduría, conquistaba en sus coloquios con la tierra y con el cielo, surge el espíritu genial de la adivinación. El árbol pasa por su hora más delicada, cuando su sensibilidad se despierta afluyendo á las yemas que se hinchan y parecen próximas á abrirse. ¡El hombre con su hierro ha de regular el equilibrio del movimiento misterioso de la linfa! El árbol está allí, intacto aún, ignorante de Hesiodo y de Virgilio, trabajando para su flor y para su fruto; y cada rama en el aire está viva como la arteria en el brazo del podador. ¿En cuál caerá el corte? ¿La linfa curará la llaga?... Así me hablabas tú un día de tu huerto de frutales. Me acuerdo. Me dijiste que todas las heridas debían estar en la parte del septentrión para que no las viese el sol...

Hablaba como en aquella lejana noche de Noviembre, cuando el joven había llegado anhelante, después de haber transportado al héroe.

Sonreía él. Y se dejaba atraer por la mano querida. Y sentía el olor del ramo florido, semejante al olor de una leche amargosa.

—Es verdad—dijo.—Y Laimo, que preparaba el unguento de San Fiacro, y Sofía que traía la tela fuerte para fajar las llagas más anchas, después de la cura...

Volvía á ver al colono de rodillas, que mezclaba en la pila de piedra estiércol de buey, arcilla y orujo según las reglas de la sabiduría antigua.

—Dentro de diez días—añadió—toda la colina vista desde el mar, estará como una nube fresca y rosada. Sofía me ha escrito recordándomelo... ¿No te ha vuelto á aparecer?

—Ahora está con nosotros.

—Ahora se asoma á la ventana y mira al mar que se empurpura, y mi madre está con ella, que le dice: «¿Quién sabe Stelio esté en aquel velero que hay allá en frente, esperando el viento! Me ha prometido volver de improviso por el mar, en una goleta». Y el corazón se le oprime.

—¿Por qué la engañas?

—Sí, es verdad, Fosca. Puedo vivir alejado durante meses y meses y sentir que mi vida está llena. Pero de repente llega una hora en que nada en el mundo me parece más dulce que aquellos ojos; y hay una parte de mí que queda inconsolable. He oído á los marineros del Tirreno llamar al Adriático el golfo de Venecia. Esta noche me figuro que mi casa está en el golfo y me parece más próxima.

Estaban en el embarcadero. Volvieron la cabeza para mirar otra vez la isla de la plegaria que elevaba sus cipreses imploradores.

—¡Allá abajo está el canal de los Tres Puertos que va al mar libre!—dijo el nostálgico que se veía á sí mismo en el puente de la goleta, en vista de sus tamarindos y de sus mirtos.

Se embarcaron. Callaron durante un largo rato. La melodía entre tanto descendía al archipiélago suave. Así como la luz del cielo impregnaba de sí

á las aguas, del mismo modo el canto del cielo se posaba sobre las tierras. Pero Murano y Torcello aparecían frente al fulgor occidental como dos galeones enarenados; y las nubes se disponían en falange, allá bajo, hacia los Dolomitas.

—Ahora que el plan de la obra está acabado, solo tienes necesidad de calma para tu labor—dijo la mujer, continuando muy despacio la persuasión, mientras se le estremecía el alma en el pecho.—¿No has trabajado siempre allá bajo en tu casa? En ningún otro sitio podrás calmar la ansiedad que te domina. Yo lo sé.

Dijo él:

—Es verdad. Cuando el furor de la gloria nos asalta, creemos que la conquista del arte se asemeja al asedio de una ciudad fuerte, en que las campanas y el clamor acompañasen al entusiasmo en la toma; cuando no vale más que la obra que crece en el silencio austero, no vale sino la pertinacia lenta é indomable, no vale sino la soledad dura y pura, el dedicar por completo el espíritu y la carne á la Idea que queremos hacer vivir entre los hombres para siempre, como una fuerza dominadora.

—¡Ah, tú lo sabes!

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas, al oír aquellas palabras sordas en las que sintió la profundidad de la pasión viril, la necesidad heroica de la dominación moral, el propósito firme de superarse á sí mismo y de esforzar sin tregua á su destino.

—¡Tú lo sabes!

Y sintió el escalofrío que dan los espectáculos fieros; y ante aquella voluntad valerosa, todo el

resto le pareció vano; y las otras lágrimas que le habían velado la vista al ofrecerle las flores, le parecieron afeminadas y viles, en parangón con aquellas que ahora le subían á los ojos, y que eran las únicas dignas de ser bebidas por su amigo.

—Pues bien, ve á tu mar, á tu tierra, á tu casa. ¡Vuelve á encender tu lámpara con el aceite de tus olivos!

Tenía el joven los labios apretados y un surco en el entrecejo.

—La buena hermana irá aún á poner una brizna de hierba en la página difícil.

Inclinó Stelio la cabeza bajo el peso de un pensamiento.

—Descansarás hablando con Sofia en la ventana, y verás tal vez, volver á pasarlos rebaños, en viaje, por la llanura, hacia la montaña.

El sol iba á llegar á la gigantesca acrópolis de las Dolomitas. La falanje de nubes se extendía como si combatiese, traspasada por innumerables dardos esplendorosos, y se cubría de una sangre maravillosa. Las aguas ensanchaban la inmensa batalla que se realizaba en torno á las torres inexpugnables. La melodía iba desvaneciéndose en la sombra de las islas ya desunidas. Todo el estuario se cubría de una magnificencia oscura y guerrera, como si una miriada de estandartes se inclinase sobre él. Y el silencio no esperaba más que el resonar de trompas imperiales.

Dijo él, despacio, después de una larga pausa:

—¿Y si me pregunta Sofía por el hado de la virgen que lee la lamentación de Antígona?

La mujer se estremeció:

—¿Y si me pregunta por el amor del hermano que registra los sepulcros?

La mujer tuvo miedo del fantasma.

—¿Y si la página donde ella pone la hierba, es aquella en que el alma temblorosa cuenta su lucha desesperada y oculta, contra el horrible mal?

La mujer no encontró palabras en su temor imprevisto. Callaron los dos y miraron las puntas agudas de la cadena lejana que llameaban como si salieran entonces del fuego primordial.

El espectáculo de aquella grandeza desierta y eterna producía en los dos espíritus un sentimiento de misteriosas fatalidades y casi un terror indistinto, que no sabían ni vencer ni analizar.

Venecia estaba obscurecida por aquella masa de pórfidos rojos; yacía sobre las aguas envuelta en un velo violáceo de donde surgían sus tallos mármoreos, labrados por los hombres, para custodiar los broncees que dan la señal de las plegarias habituales. Pero los trabajos y las plegarias habituales de los hombres, pero la antigua ciudad cansada por haber vivido demasiado, pero los mármoles desunidos y los broncees consumidos; pero todas aquellas cosas oprimidas por el peso de los recuerdos, y perecederas, se humillaban parangonadas con el tremendo Alpe ardiendo, que desgarraba el cielo con sus mil puntos inflexibles, ciudad enorme y sola, acaso en espectación de un pueblo joven, de Titanes.

Tras el largo silencio, Stelio Effrena preguntó á la mujer súbitamente.

—¿Y tú?

La Foscarina no contestó.

Las campanas de San Marcos dieron la señal de la Salutación angélica, y el tañido potente se dilató en largas ondas sobre la laguna aún sanguínea, que dejaban los amantes en posesión de la sombra y de la muerte. De San Giorgio Maggiore, de San Giorgio degli Schiavoni, de San Giovanni in Bragora, de San Moisé, de la Salute, del Redentore, y así siguiendo, por todo el dominio del Evangelista, de las torres extremas de la Madonna dell Orto, de San Giobbe, de Sant' Andrea, las voces de bronce contestaron, se confundieron en un solo máximo coro, extendieron sobre la muda adunación de las piedras y de las aguas, una sola máxima cúpula de invisible metal, que pareció comunicar en sus vibraciones con el brillar de las primeras estrellas.

Estremeciéronse ambos cuando la góndola entró en la humedad del río obscuro, al pasar por debajo del puente que mira hacia la isla de San Miguel, al pasar por junto á los cimientos negros que se estropeaban á lo largo de los muros corroídos. De los campanarios próximos, de San Lázaro, de Santa María del Miracoli, de Santa María del Pianto, contestaron otras voces; y el tañido sobre sus cabezas era tan fuerte, que creían sentirlo en las raíces de los cabellos, como un escalofrío de su carne.

—¿Daniel, eres tú?

Pareció á Stelio reconocer junto á la puerta de

su casa, en el edificio Sanudo, la figura de Daniel Glauro.

—¡Ah, Stelio, te esperaba!—le gritó en el torbellino de los sonidos, la voz afanosa.—¡Ricardo Wagner ha muerto!

El mundo parecía haber disminuído de valor.

La mujer nómada volvió á armarse de su ánimo y preparó su equipaje. Del héroe que yacía en el féretro llegaba á los corazones nobles una elevada excitación. Ella supo recibirla y convertirla en actos y en pensamientos de vida.

Sucedió que su amigo llegó cuando ella recogía los libros familiares, las cosas predilectas de las cuales no quería separarse nunca, las imágenes que tenían para ella un poder de sueño ó de consola-
ción.

—¿Qué haces?—le preguntó él.

—Me preparo á partir.

Vió que el rostro de Stelio se alteraba, pero no vaciló.

—¿Dónde vas?

—Lejos. Atravieso el Atlántico.

Palideció el amante. Pero de repente dudó; pensó que no era verdad lo que le decía, que tan solo tra-

taba de conocer el efecto producido, ó que aquella resolución no era firme, y que esperaba ser detenida. La inesperada desilusión en la ribera de Murano, le había dejado en el corazón su huella.

—¿Te has resuelto así, tan de improviso?

La actriz fué franca, segura y pronta.

—No de improviso—contestó.—Mi ocio dura mucho tiempo, y tengo sobre mí el peso de toda mi gente. Mientras el Teatro de Apolo se abre y *La Victoria del hombre* se termina, voy á despedirme de los bárbaros. Trabajaré para la hermosa empresa. ¡Para rehacer el tesoro de Micenas, será necesario mucho oro! Y es preciso que todo tenga un aspecto insólito de magnificencia, alrededor de tu obra. Quiero que la máscara de Cassandra no sea de materia vil... Y quiero, especialmente, tener el modo de apagar tu deseo: que durante los tres primeros días el pueblo tenga libre acceso en el Teatro, y lo tenga después, constantemente, un día cada semana. Esta fe me ayuda á alejarme de tí. El tiempo vuela. Es preciso que cada uno se encuentre preparado en su puesto y con todas las fuerzas, cuando llegue el momento. Yo no faltaré. Espero que estarás contento de tu amiga. Voy á trabajar; y, ciertamente, es esta más difícil que las otras veces para mí. ¡Pero tú, pero tú, pobre hijo mío, qué peso llevas! ¡Qué esfuerzo te pedimos! ¡Qué cosa tan grande esperamos de tí! ¡Ah, tú lo sabes!...

Había comenzado animosamente, en un tono que á veces parecía alegre, procurando aparecer aquello que sobre todo debía ser: un bueno y fiel instrumento al servicio de una potencia genial, una com-

pañera viril y voluntariosa. Pero alguna onda de la emoción reprimida, escapando, le subía á la garganta y pasaba por la voz. Sus pausas se hacían más largas, é inciertas sus manos, que vagaban por entre los libros y las reliquias.

—¡Que sea todo propicio á tu labor! Esto es lo único que importa; el resto es nada. ¡Elevemos el corazón!

Echó hacia atrás la frente con los dos bucles salvajes, y tendió al amigo las dos manos, que estrechó él, pálido y grave. En los ojos queridos de la amiga, que fueron como un agua pululante, vió pasar el mismo relámpago de belleza que lo había deslumbrado una noche en la estancia, donde ardían los tizones y se desenvolvían las dos grandes melodías.

—Te amo y creo en tí—dijo.—Yo no te faltaré y tú no me faltarás. Nace de nosotros algo que será más fuerte que la vida.

Ella dijo:

—Una melancolía.

Ante sus ojos, sobre la mesa, estaban los libros familiares con las páginas con la punta doblada, con el margen señalado, con algunas hojas, con algunas flores, con algún tallo de hierba entre una y otra, con el reconocimiento del dolor que había pedido y logrado, consuelo de luz y de olvido. Ante sus ojos estaban las cosas predilectas, extrañas, diversas, casi todas sin valor: el pie de una muñeca, un corazón de plata *ex voto*, un barquito de marfil, un reloj sin esfera, una linterna de hierro, un pendiente desemparejado, una piedra de fuego, una lla-

ve, un sello, otras naderías; pero todas consagradas á un recuerdo pío, animadas por una creencia supersticiosa, tocadas por el dedo del amor ó de la muerte, reliquias que hablaban á una alma sola y le hablaban de la ternura y de la crueldad, de guerra y de tregua, de esperanza y de abatimiento. Ante sus ojos estaban las imágenes que incitaban al pensamiento y predisponían á la meditación, figuras á las cuales los artífices habían confiado una confesión secreta, intrincos de señales en las que se hallaba encerrado un enigma, líneas sencillas que daban la paz como la vista de un horizonte, alegorías arcanas donde estaba velada alguna verdad, que como el sol, no puede ser mirada por los ojos mortales.

—Mira—dijo á su amigo señalándole una estampa antigua.—La conoces bien.

La conocían bien los dos; pero se inclinaron juntos á mirarla, y parecía nueva como una música, que á quien le interroga, contesta siempre una cosa diversa. Era de Alberto Duro.

El gran Angel terrestre de las alas de águila, el Espíritu sin sonido, coronado de paciencia, estaba sentado sobre la piedra, con el codo apoyado en la rodilla, y la mejilla en la mano cerrada, sobre el muslo un libro y el compás en la otra mano. A sus pies echado, y enroscado como una serpiente, estaba el fiel lebel, el perro que en el alba de los tiempos cazó con el hombre. A su lado, casi encaramado en una rueda como un pajarito, dormía el niño ya triste, teniendo el estilo y la tablita donde ha de escribir la primera palabra de su ciencia. Y alre-

dedor, estaban esparcidos los instrumentos de las obras humanas, y sobre la cabeza vigilante, junto al ápice de una ala, corría por la doble ampolleta la arena silenciosa del Tiempo; y se descubría en el fondo el mar, con sus golfos, con sus puertos, con sus faros, tranquilo é indomable, sobre el cual poniéndose el sol en la gloria del arco iris, volaba el murciélago llevando inscrita en sus membranas la palabra reveladora. Y aquellos puertos, y aquellos faros, y aquellas ciudades, habían sido construídos por el Espíritu coronado de paciencia. Había arrancado las piedras para las torres, derribado el pino para los navíos, templado el hierro para todas las luchas. El mismo había impuesto al Tiempo el instrumento que lo mide. Sentado, no para descansar, sino para meditar otro trabajo, observaba á la Vida con sus ojos fuertes donde fulguraba el alma libre. De todas las formas circundantes, ascendía á él el silencio, excepto de una. Se oía tan sólo la voz del fuego rugiente en el hornillo, bajo la retorta donde de la materia sublimada debía generarse alguna virtud nueva para vencer un mal ó para conocer una ley. Y el gran Angel terrestre de las alas de águila, de cuyo lado blindado de acero pendían las llaves que abren y cierran, contestaba así á aquellos que le preguntaban: «El sol va á su ocaso. La luz que nace en el cielo muere en el cielo; y un día ignora la luz del otro día. Pero la noche es una; y su sombra está en todos los rostros y su ceguera en todos los ojos, salvo en el rostro y en los ojos de aquel que tiene encendido su fuego para iluminar su fuerza. Yo sé que el vivo es igual que el muer-

to, el despierto como el que duerme, el joven como el viejo, porque el cambio de uno hace al otro, y todo cambio tiene el dolor y la gloria por iguales compañeros. Yo sé que la armonía del Universo está hecha de discordancias, como en la lira y en el arco. Sé que yo soy y no soy; y que es uno mismo el camino para lo alto y para lo bajo. Sé los olores de la podredumbre y las infecciones innumerables que son anejas á la naturaleza humana. Todavía, más allá de mi saber, prosigo realizando mis obras manifiestas y secretas. Veo que algunas perecen, mientras yo persisto; veo otras que parecen que han de durar eternamente bellas é inmunes de toda miseria, y no son mías, aunque nacidas de mis males más profundos. Veo que ante el fuego todas las cosas cambian, como los bienes ante el oro. Una sola es constante: un valor. No me siento, sino para levantarme.»

El joven rodeó con su brazo el talle de su amiga; y fueron de este modo hacia la ventana sin hablar.

Vieron los cielos lejanísimos, los árboles, las cúpulas, las torres, la laguna extrema sobre la cual se inclinaba la faz del crepúsculo, las colinas Euganeas cerúleas y quietas como las alas replegadas de la tierra en el reposo de la noche.

Se volvieron uno hacia el otro; y se miraron en la profundidad de los ojos.

Después se besaron como para sellar un pacto silencioso.

El mundo parecía haber disminuído de valor.

Stelio Effrena pidió á la viuda de Ricardo Wagner que á los dos jóvenes italianos que una noche de Noviembre habían transportado del barco á la ribera al héroe desvanecido, y á cuatro más de sus compañeros, les fuese concedido el honor de transportar el féretro de la estancia mortuoria á la barca, y de la barca al carro.

Tanto fué concedido.

Era el 16 de Febrero, y una hora después del mediodía. Stelio Effrena, Daniel Glauro, Francisco de Lizo, Baltasar Stampa, Fabio Molza y Antimo della Bella, esperaban en el atrio del palacio. El último había llegado de Roma habiendo obtenido traer consigo dos artesanos, empleados en la obra del Teatro de Apolo, para que llevasen al funeral haces de laureles cogidos en el Janículo.

Esperaban sin hablar y sin mirarse, dominados todos por el latido de sus corazones. Oíase tan solo:do rumor de pasos por los peldaños de aquella gran puerta, que en los candelabros del umbral, llevaba esculpidas las dos palabras: DOMVS PACIS.

El hombre del remo que había sido querido por

el héroe bajó á llamarles. Tenía los ojos abrasados por las lágrimas, en aquel rostro viril y fiel.

Stelio Effrena, fué delante; los compañeros le siguieron. Subida la escalera entraron en una estancia baja y poco iluminada donde había un olor triste de bálsamos y de flores. Esperaron algunos instantes. Abrióse la otra puerta. Entraron uno á uno en la estancia contigua. Todos palidieron, uno á uno.

El cadáver estaba allí, encerrado en la caja de cristal; y al lado, de pie, se hallaba la mujer del rostro de nieve. La segunda caja, de metal bruñido, brillaba abierta sobre el pavimento.

Los seis portadores se dispusieron ante los restos mortales esperando una señal. Grandísimo era el silencio, y ninguno parpadeaba; pero un dolor impetuoso asaltaba sus almas como una ráfaga, y las sacudía hasta en los más profundo de sus raíces.

Todos miraban fijos al elegido de la Vida y de la Muerte. Una infinita sonrisa iluminaba la faz del héroe tendido; infinita y distante como el iris de la nieve, como el brillo del mar, como la reverberación de los astros. Los ojos no podían sostenerlo, pero los corazones con una maravilla, con un asombro y con un espanto que los hacía religiosos, creyeron recibir la revelación de un secreto divino.

La mujer del rostro de nieve hizo un leve ademán permaneciendo rígida en su actitud, como un simulacro.

Moviéronse entonces los seis compañeros, hacia

el ataud; tendieron los brazos, recogieron el vigor.

Stelio Effrena colocóse á la cabeza y Daniel Glauro á los pies, como aquel día. Solivieron el peso concordes, á una orden dada en voz baja por el conductor. Todos sufrieron en los ojos un deslumbramiento, como si de pronto una zona de sol atravesase el cristal. Baltasar Stampa rompió en sollozos. Un mismo nudo apretó todas las gargantas. La caja onduló; después bajó; entró en el envoltorio de metal, como en una armadura.

Los seis compañeros quedaron postrados en torno. Titubearon antes de bajar la tapa, fascinados por la infinita sonrisa. Al oír un rumor ligero, Stelio Effrena alzó los ojos: vió la faz de nieve inclinada hacia el cadáver, aparición sobrehumana del amor y del dolor. El instante fué igual á la eternidad. La mujer desapareció.

Bajada la tapa, volvieron á levantar el peso aumentado. Lo transportaron fuera de la estancia, después por la escalera, con lentitud. Arrebatados por una angustia sublime, en el metal del féretro veían reflejarse sus rostros fraternales.

La barca fúnebre esperaba ante la puerta. Sobre la caja se extendió el paño. Los seis compañeros esperaron con la cabeza descubierta que la familia descendiese. Bajó reunida y apretada. La viuda pasó velada; pero el esplendor de su semblante, quedó para siempre en la memoria de los testigos.

El cortejo fué breve. La barca mortuoria iba delante; seguía la viuda con los íntimos; después seguía el pelotón juvenil. El cielo estaba obscuro so-

bre la gran vía de agua y de piedra. El silencio era digno de Aquel que había transformado en infinito canto para la religión de los hombres, las fuerzas del Universo.

Una bandada de palomas, partiendo de los mármoles de los Scalzi, con un movimiento relampagueante, voló sobre el ataúd atravesando el canal, y enguirnaldó la cúpula verde de San Simeone.

En el desembarcadero, un ejército taciturno de devotos esperaba. Las grandes coronas daban su perfume al aire ceniciento. Se oía el agua chocar contra las proas curvadas.

Los seis compañeros sacaron el féretro de la barca y lo llevaron en hombros al carro, que estaba preparado en la vía férrea. Los devotos aproximándose depositaron sus coronas sobre el paño. Nadie hablaba.

Entonces avanzaron los dos artesanos con sus haces de laureles traídos del Janículo.

Membrudos y fuertes, elegidos entre los más bellos, parecían forjados en el antiguo molde de la estirpe romana. Estaban graves y tranquilos, con la libertad salvaje del Agro en sus ojos con venas de sangre. Sus líneas enérgicas, la frente baja, el pelo corto y crespo, las mandíbulas sólidas, el cuello taurino, recordaban los perfiles consulares. Su actitud, exenta de todo obsequio servil, los hacía dignos del cargo.

Los seis compañeros en competencia, iguales en fervor, cogiendo los ramos de los haces, los esparcieron sobre el féretro del héroe.

Nobilísimos eran aquellos laureles latinos, corta-

dos en la selva de la colina donde en tiempos remotos descendían las águilas á llevar los presagios, donde en tiempos recientes y sin embargo fabulosos, tantos ríos de sangre vertieron por la belleza de Italia los legionarios del Liberador. Tenían los ramos derechos, robustos, oscuros, las hojas duras, fuertemente enclavadas, con los bordes ásperos, verdes como el bronce de las fuentes, ricos de un aroma triunfal.

Y viajaron hacia la colina bávara aún adormecida en el hielo; mientras los troncos insignes daban ya los nuevos retoños en la luz de Roma, al rumor de las fuentes ocultas.

* Setignano di Desiderio
el XIII de Febrero MDCCC

II LA VICTORIA DEL HOMBRE

III TRIUNFO DE LA VIDA

